La herejía de Horus

James Swallow

LA HUIDA DE LA EISENSTEIN

La herejía se extiende



Después de ser testigo de la tremenda matanza sufrida por las fuerzas imperiales en Istvaan III, el capitán Garro de la Guardia de la Muerte se apodera de una nave y pone rumbo hacia Terra para advertir al Emperador de la traición de Horus. Sin embargo, la fugitiva Eisenstein resulta dañada por los disparos enemigos y queda a la deriva en el espacio disforme, los dominios de los Poderes Siniestros.

¿Podrán Garro y sus guerreros sobrevivir al Caos y llevar su advertencia hasta el Emperador antes de que los planes de Horus se cumplan?



James Swallow

La huida de la Eisenstein

La herejía se extiende

Warhammer 40000 » Herejía de Horus - 4

ePub r1.6

diegoan 10.10.2020

Título original: *The Flight of the Eisenstein*
James Swallow, 2007
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Editor digital: diegoan

Primer editor: epublector (r1.0 a 1.5)
ePub base r2.1





Índice de contenido

Gracias a Lindsey Priestley, Marc Gascoigne, Alan Merret, Steve Horvath, John Gravato, Matt Farrer y a los dependientes de la tienda de Games Whorshop en Bromley y en especial a Dan, Graham y Ben por mostrarme el camino.


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS



Una época legendaria.

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada; los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a las innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una era nueva de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhéroes que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador en una victoria tras otra. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno capaz de superar a un centenar o más de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus, llamado el Glorioso, la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, e igual que un hijo para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin igual, un diplomático eminente y su ambición no conoce límites.

El escenario está dispuesto.

Dramatis personae

Los primarcas

Horus	Señor de la Guerra y comandante de la legión de los Hijos de Horus.
Rogal Dorn	Primarca de los Puños Imperiales.
Mortarion	Primarca de la Guardia de la Muerte.

La Guardia de la Muerte

Nathaniel Garro	Capitán de la Séptima Compañía.
Ignatius Grulgor	Comandante de la Segunda Compañía.
Calas Typhon	Primer capitán.
Ullis Temeter	Capitán de la Cuarta Compañía.
Andus Hakur	Sargento veterano, Séptima Compañía.
Meric Voyen	Apotecario, Séptima Compañía.
Tollen Sendek	Séptima Compañía.
Pyr Rahl	Séptima Compañía.
Solun Decius	Séptima Compañía.
Kaleb Arin	Asistente del capitán Garro.

Otros marines espaciales

Sajá Tarvitz	Primer capitán de los Hijos del Emperador.
Iacton Qruze	*El que Se Oye a Medias*, capitán de la Tercera Compañía de los Hijos de Horus.
Sigismund	Primer capitán de los Puños Imperiales.

Miembros imperiales no pertenecientes al Adeptus Astartes

Maloghurst	*El Retorcido*, palafrenero del Señor de

	la Guerra.
Amendera Kendel	*Dama del Olvido*, escuadra Tormenta de Dagas, de las Buscadoras de Brujas.
Malcador	*El Sigilita*, Regente de Terra.
Kyril Sindermann	Iterador principal.
Mersadie Oliton	Rememoradora oficial, documentalista.
Euphrati Keeler	*La nueva santa*, rememoradora.
Baryk Carya	Capitán de la fragata *Eisenstein*.
Racel Vought	Oficial de vuelo de la fragata *Eisenstein*.
Tirin Maas	Oficial de comunicaciones de la fragata *Eisenstein*.

Primera Parte
La estrella cegada

Si el único rasgo que estos astartes tienen en común con nosotros, los meros mortales, es su lealtad mutua, uno se atrevería a preguntar, ¿si la perdieran, en qué se convertirían?

Atribuido al rememorador
IGNACE KARKASY

Nosotros somos la voz del toque a rebato. Somos la perdición de los tiranos y la caída de los rivales.

Del mantra de batalla de los
Incursores del Crepúsculo

A los hombres les sucede como a la seda; les es difícil cambiar su color una vez decidido.

Atribuido a un antiguo
Señor de la Guerra terrano, Mo Zi

Uno

Reunión

Una espada magnífica

Señor de la Muerte

Las naves se reunieron en el vacío. Los recargados buques y sus infinitamente ornamentadas formas parecían una congregación de edificios góticos que se desplazaran lentamente por la silenciosa oscuridad. Se asemejaban a catedrales en su complejidad, y viajaban por el espacio porque alguien las había arrancado de la superficie de sus respectivos mundos para colocarlas encima de las naves de guerra. Las proas, finamente esculpidas, con filigranas que llegaban a convertirse en puntas de flecha, apuntaban majestuosa y letalmente hacia la oscuridad en perfecta formación. En algunas ardían fuegos que parecían desafiar al vacío espacial. Fuegos plasmáticos que dibujaban rastros de color blanco-anaranjado compuestos por gases turbulentos vomitados por las chimeneas situadas a lo largo de los kilométricos cascos de metal. Esos faros se iluminaban únicamente en los instantes previos a un combate. Las descargas de brillante calor servían de advertencia al enemigo.

Os traemos la sabiduría de la iluminación.

La nave que avanzaba a la cabeza de la flotilla había sido construida con un acero del color de un cielo tormentoso, y llevaba la proa pintada de oscuro color verde oceánico. Se movía como podía hacerlo una daga en manos de un asesino paciente, de forma inexorable e infalible. Apenas mostraba ornamentación. Sus únicos adornos eran de tipo marcial. Grabados en el espolón de proa con letras del tamaño de un hombre había largas hileras de nombres que recordaban las batallas en las que había tomado parte, los mundos por los que había pasado y los oponentes que había destruido. Únicamente presentaba dos ornamentos destacables: una dorada águila de dos cabezas con las alas desplegadas situada frente al puente de mando, y un gran icono hecho de una aleación de hierro y níquel que representaba un cráneo, observante y amenazador, inscrito en un marco de acero con forma de estrella situado en el borde del puntiagudo espolón.

Las naves adoptaron una formación detrás de ella muy similar a la de punta de lanza de sus adversarios. Como eco de la determinada resolución de estos guerreros, la nave mostraba orgullosa su nombre en alto gótico de forma prominente en su casco: *Resistencia*.

Detrás de ella había otras naves de su mismo tipo, de distintos diseños y tamaños: *Voluntad Indómita, Aguijón de Barbarus, Señor de Hyrus, Terminus Est, Inmortal, Espectro de la Muerte* y otras.

Esta era la flota que se reunió en la umbra del sol Iota Horologii para llevar la Gran Cruzada y la voluntad del Emperador de la Humanidad a uno de los gigantescos mundos cilíndricos de los jorgall. Transportados a millares por las naves que servían a su legión, los instrumentos de esta voluntad habían de ser los astartes de la XIV Legión, la Guardia de la Muerte.

* * *

Kaleb Arin recorría rápidamente los pasillos de la *Resistencia*, sosteniendo con fuerza el objeto envuelto en trapos que apretaba contra su pecho. Años de servicio le habían enseñado a desplazarse de forma que resultara prácticamente invisible a la vista de las enormes figuras de los astartes. Era un experto en pasar desapercibido entre ellos. Hasta ese momento, y a pesar de los muchos años de servicio que demostraban los ribetes de su gargantilla, Kaleb no había logrado evitar esa sensación de pavor que sentía al encontrarse junto a aquellos que se habían ocupado de él desde el mismo instante en que había doblegado la rodilla ante la XIV Legión. Las arrugas de su tez pálida y las canas de su cabello mostraban su edad, pero todavía se desplazaba con la vitalidad de un hombre mucho más joven. La fuerza de su convicción, y otras razones que se guardaba mucho de mostrar en público, lo habían espoleado a lo largo de todo su voluntario e incuestionable servicio.

Pensaba que había pocos hombres en la galaxia que pudieran sentirse tan contentos como él. La verdad que nunca le abandonó la veía ahora tan clara como la había visto décadas atrás, cuando encontrándose bajo una fuerte lluvia de tóxicas nubes de tormenta, había aceptado sus propias limitaciones, sus propios fallos. Aquellos que seguían luchando por lo que jamás podrían alcanzar, aquellos que se castigaban a sí mismos por caer de las vertiginosas alturas a las que nunca podrían llegar, eran almas que no lograrían alcanzar la paz en toda su vida. Kaleb no era como ellos. Kaleb entendió su lugar en el esquema general de las cosas. Él sabía dónde se suponía que debía estar y qué se suponía que debía hacer. Su lugar estaba allí, en ese momento, sin hacerse preguntas, sin que le costara trabajo aceptarlo, tan solo haciéndolo.

Además, se sentía orgulloso de ello. Qué hombre, se preguntaba, puede esperar andar por donde él andaba, entre semidioses creados a partir de la sangre del propio Emperador. El servidor no dejaba de maravillarse ante ellos. Se mantenía en los bordes de los corredores, esquivando a los gigantescos guerreros mientras estos se preparaban para el combate.

Los astartes eran estatuas vivientes, grandes mitos de piedra descendidos de su plinto para andar entre los hombres. Caminaban protegidos por sus armaduras de

color mármol con ribetes verdes e incrustaciones doradas; algunos equipados con los últimos diseños, otros, con los modelos más antiguos mostrando abolladuras en los cascos. Eran hombres imposibles, las manos vivientes del Imperio realizando su misión envueltos por el miedo y el asombro como si fuera una capa. Jamás entenderían la forma en que los mortales los veían.

Kaleb sabía que, a pesar de su dedicación, algunos miembros de la Legión lo despreciaban, considerándolo una criatura irritante en el mejor de los casos, equiparándolo a uno de los servidores semimecánicos sin cerebro, en el peor. Él lo aceptaba como parte de su destino, con la misma estoicidad y tenacidad que el código de la Guardia de la Muerte. Jamás se engañaría a sí mismo pensando que era uno de ellos. Esa posibilidad ya se le había presentado a Kaleb y había fracasado. Pero en el fondo de su corazón sabía que vivía para seguir el mismo código que ellos y que su frágil cuerpo humano moriría por esos ideales si ello servía al Imperio. Kaleb Arin, aspirante fracasado, sirviente y asistente del capitán, estaba tan satisfecho de su vida como cualquier hombre pudiera llegar a estarlo.

La carga era difícil de llevar en su envoltorio, a pesar de que la sostenía apretada contra el pecho. Jamás se habría atrevido a dejar que tocara el suelo o pasara demasiado cerca de un obstáculo. Le llenaba de orgullo el mero hecho de sostenerla, incluso a través del grueso paño de terciopelo verde oscuro. Encontró su camino a través de los recurrentes y retorcidos corredores, a través de las pasarelas que atravesaban las malolientes y ensordecedoras cubiertas de los cañones. Salió a los niveles superiores en los que la tripulación de la nave no podía entrar, a una sección de la nave de acceso exclusivo a los astartes. Si quisiera entrar en esa zona, incluso el capitán del *Resistencia* debería pedir permiso a los oficiales de la Guardia de la Muerte para hacerlo.

Kaleb sintió un escalofrío de satisfacción, e inconscientemente pasó la mano por sus ropas y el cierre en forma de cráneo de su gargantilla. El aparato era del tamaño de la palma de su mano y estaba hecho de algún tipo de peltre. Los mecanismos de su interior eran tan útiles como un pase certificado para las máquinas de control y vigilancia de la nave. En cierta forma era el símbolo de su posición. Kaleb imaginaba que el símbolo era tan antiguo como la propia nave, tal vez incluso tan antiguo como la Legión. Había sido utilizado por centenares de servidores que habían alcanzado la muerte en el mismo puesto que ahora él ostentaba, e imaginaba que también lo sobreviviría a él.

O tal vez no. Las antiguas costumbres estaban empezando a desaparecer, y entre los hermanos de batalla más veteranos ya eran pocos los que se preocupaban por mantener vivas las tradiciones de la Legión. Los tiempos y los Adeptus Astartes estaban cambiando. Kaleb había visto cómo las cosas iban variando a lo largo del tiempo, gracias a los tratamientos rejuvenecedores que le habían prolongado la vida y proporcionado una parte de la longevidad de sus amos.

Eternamente ligado a los astartes, pero aun así manteniéndose a distancia de ellos, había sido testigo de su lento cambio de actitud. Había empezado pocos meses después de la decisión del Emperador de retirarse de la Gran Cruzada y conceder el honor de nombrar Señor de la Guerra al noble primarca Horus. Seguía inmóvil, todo a su alrededor en silencio, moviéndose lenta y gélidamente, como un glaciar. En sus momentos de mayor pesadumbre, Kaleb se encontraba a sí mismo preguntándose hacia dónde les llevarían a él y a su amada legión la nueva y emergente forma de hacer las cosas.

El semblante del sirviente se entristeció, pero se deshizo del repentino ataque de melancolía con una mueca. No era el momento de aventurar efímeros futuros y preocuparse por lo que podría llegar a pasar. Estaban en los instantes previos a una batalla que, una vez más, reforzaría el derecho de la humanidad a viajar por las estrellas sin temor ni peligro.

Mientras se aproximaba a la armería, miró por la reforzada claraboya y observó las estrellas. Kaleb se preguntaba cuál de ellas sería el mundo de los jorgall, o si los alienígenas tenían algún indicio de la tormenta que estaba a punto de caerles encima.

* * *

Nathaniel Garro levantó a *Libertas* hasta la altura de los ojos y observó detenidamente su filo. El metal denso y pesado de la espada brilló a la azulada luz de la sala y despidió reflejos irisados a medida que inclinaba el filo. No había ninguna imperfección visible en su matriz cristalina de monoacero. Garro ni siquiera miró a su sirviente mientras este esperaba con una medio reverencia.

—Es un trabajo excelente. —Le hizo un gesto al hombre para que se incorporara—. Estoy satisfecho.

Kaleb recogió el paño de terciopelo.

—Creo entender que el servidor que se hizo cargo de vuestra arma era un herrero-máquina o un hacedor de espadas en su vida anterior. Algunos elementos de su anterior artesanía todavía prevalecen.

—Así es.

Garro dio varias estocadas con *Libertas*, moviéndose rápidamente y con facilidad dentro de los confines de su servoarmadura MARK IV. Dejó entrever una pequeña sonrisa en su enjuto rostro. Las melladuras que el arma había sufrido durante la pacificación por parte de la legión de las lunas de Carinea le habían preocupado, especialmente las consecuencias de un error suyo que le había hecho golpear un pilar de hierro en vez de clavarse en la carne de su enemigo. Era bueno volver a sentir su arma favorita en la mano. La considerable masa de la ancha espada le complementaba, y la idea de dirigirse al combate sin ella preocupaba ligeramente a Garro. Jamás se permitiría decir en voz alta palabras como «suerte» o «destino»

excepto como parte de una broma, pero aun así, sin sentir a *Libertas* en su funda, había de confesar que se sentía un poco… menos protegido.

El astartes vio su propio reflejo en el metal pulido: unos viejos ojos en una cara que, a pesar de su habitual seriedad, parecía demasiado joven para él; una cabeza desprovista de pelo y con diversas cicatrices. Un aspecto patricio que delataba sus raíces de dinastías guerreras en la antigua Terra. Una tez muy pálida, pero sin llegar a la palidez de sus hermanos de la Guardia de la Muerte que lo habían jaleado en el frío y letal Barbarus. Garro levantó la espada a modo de saludo y volvió a deslizar a *Libertas* en la vaina que llevaba en el cinturón. Se quedó mirando a Kaleb.

—Es incluso anterior a mí, ¿lo sabías? Por lo que me han dicho, algunos de sus elementos fueron fabricados en la vieja Tierra antes de la Era de los Conflictos.

El servidor asintió.

—Entonces, mi señor, puede afirmarse que es más que correcto que un hijo de la Tierra sea quien la empuñe.

—Lo único que importa es que se encuentre al servicio del Emperador —replicó Garro entrechocando los guanteletes.

Kaleb abrió la boca para responder, pero un movimiento junto a la puerta le llamó la atención e inmediatamente el sirviente de Garro se inclinó respetuosamente.

—Una espada magnífica —dijo una voz.

El astartes se dio la vuelta para observar cómo se aproximaban un par de sus hermanos. Mientras las figuras se acercaban resistió el deseo de esbozar una sarcástica sonrisa.

—Es una lástima que no se encuentre en manos de un guerrero más joven y vigoroso —dijo el interlocutor.

Garro estudió al hombre que había hablado. Al igual que muchos de los guerreros de la Guardia de la Muerte, el recién llegado llevaba el cráneo afeitado, pero al contrario que la mayoría, lucía una cola de caballo en la parte posterior de la cabeza, con mechones negros y grises, que se balanceaba sobre sus hombros. Su cara tenía las facciones muy marcadas y estaba cubierta de surcos, pero los ojos mostraban una mirada irónica.

—La imprudencia de la juventud —replicó Garro sin reparos—. ¿Estás seguro de que podrías llegar a blandirla, Temeter? Quizá necesitarías la ayuda de Hakur para lograrlo. —Garro señaló al segundo hombre, una figura enjuta de rasgos muy finos y un ojo cibernético.

La tosca muestra de humor degeneró en una explosión de risas secas.

—Disculpadme, capitán —replicó Temeter—, tan solo pensaba en que podríais cambiarla por algo más acorde con vos…; tal vez ¿un bastón para ayudaros a caminar?

Garro exageró un gesto de reflexión haciendo ver que estudiaba la propuesta del otro hombre.

—Tal vez tengáis razón, pero ¿cómo podría dejar mi espada a alguien a quien el aliento todavía le huele a la leche de su mamá?

Las risas resonaron por toda la estancia y Temeter levantó la mano simulando haber sido vencido.

—No me queda más opción que inclinarme ante la edad y experiencia de nuestro gran capitán.

Garro avanzó un paso y cogió con fuerza el guantelete de su hermano de armas.

—Ullis Temeter, perro de guerra. ¡En tu cuenta personal tienes pocos años menos que yo!

—Cierto, pero son los suficientes para marcar la diferencia. En cualquier caso, no cuentan los años, sino la calidad de los mismos.

El otro miembro de Guardia de la Muerte, que estaba al lado de Temeter, mantuvo un gesto de seriedad en el rostro imperturbable.

—Entonces cabe aventurar que el capitán Temeter tiene una gran carencia.

—No lo apoyes, Andus —le replicó Temeter—. ¡Nathaniel tiene suficientes recursos sin necesidad de que tú lo ayudes!

—Simplemente estoy al lado del comandante de mi compañía, como todo buen sargento debe hacer —dijo el veterano acompañándose con un gesto de cabeza.

Cualquiera que no hubiera conocido a Andus Hakur tan bien como su capitán podría haber pensado que el veterano había insultado deliberadamente a Temeter, y de hecho Garro escuchó la fuerte respiración de su sirviente ante esas palabras; pero la expresión de Hakur era tan seca que podría considerarse árida.

Por su parte, el capitán Temeter se rio del comentario. Tanto él como Garro habían servido con el viejo guerrero años antes de llegar a dirigir sus propias compañías. Todavía era motivo de discusión entre ellos el que Garro hubiera persuadido al viejo astartes para que se uniera a su grupo en vez de al de Temeter.

Garro devolvió el saludo a Hakur y se puso al lado de Temeter.

—No esperaba veros hasta después de la asamblea en el *Terminus Est*. Todavía estaba aquí esperando esto —dijo al mismo tiempo que golpeaba la empuñadura de la espada—. No quería abordar la nave de Typhon sin ella.

Temeter dirigió una mirada inquisidora al sirviente y sonrió ligeramente.

—Estoy de acuerdo, no es una nave a la que ir sin una cierta protección, ¿verdad? Pero entonces, ¿debo suponer que no te has enterado de las noticias?

Garro miró de reojo a su viejo amigo.

—¿Qué noticias, Ullis? Vamos, no te hagas el interesante conmigo. Habla.

Temeter bajó la voz.

—Nuestro estimado señor de la Primera Gran Compañía, el capitán Calas Typhon, ha abandonado el mando de la operación de asalto a los jorgall. Algún otro nos dirigirá.

—¿Quién? —insistió Garro—. Typhon no dejará el mando a ningún astartes. Su orgullo no se lo permitiría.

—Y no te equivocas —continuó Temeter—, no ha renunciado ante ningún astartes.

La repentina revelación de la verdad golpeó a Garro como una tormenta de hielo.

—Quieres decir que…

—Sí. El primarca está aquí, Nathaniel. Mortarion en persona ha decidido tomar parte en esta batalla. Ha adelantado la cuenta atrás.

—¿El primarca? —las palabras salieron de la boca de Kaleb en un susurro, mostrando su temor y expectación en cada sílaba.

Temeter lo miró como si se diera cuenta por primera vez de la presencia del servidor de Garro.

—De hecho, pequeño humano, mientras hablamos está caminando por los pasillos de la *Resistencia*.

Kaleb cayó de rodillas e hizo el signo del águila con unas manos visiblemente temblorosas.

Muy a su pesar, su amo sintió que se le secaba la garganta. Hasta las noticias de Temeter, Garro, como la mayoría de la legión, estaba convencido de que el espectral líder de la Guardia de la Muerte se encontraba en cualquier otro lugar, en alguna misión importante para el propio Señor de la Guerra. Su repentina y secreta llegada lo había dejado anonadado. Saber que Mortarion avanzaría al frente de ellos contra los jorgall le hacía sentir una mezcla de euforia e inquietud.

—¿Para cuándo se ha convocado la reunión? —preguntó sin apenas voz.

Temeter sonrió abiertamente. Estaba disfrutando con placer del instante de inquietud del habitualmente estoico Garro.

—Ahora mismo, viejo amigo. Estoy aquí para convocarte al cónclave. —Se le acercó y con voz de conspiración añadió algo más—: He de advertirte que el primarca ha traído con él una compañía muy interesante.

* * *

La sala de la asamblea no tenía nada de destacable. De hecho, no era más que un rectangular espacio vacío en la parte frontal del casco de la *Resistencia*, abierto a las estrellas por su extremo más alejado por medio de dos ventanales ovalados de cristal blindado para mantener la presión. Los ventanales estaban protegidos por unos postigos que dejaban pasar reflejos blanquecinos cuando la luz de una nebulosa próxima incidía de forma adecuada.

El techo formaba un arco con los extremos del costillar de hierro del armazón de la nave allí donde se unía a las ribeteadas placas de acero del blindaje. No había sillas ni asientos en los que reposar. No tenían ninguna función en aquel lugar. No era una sala en la que fueran a tener lugar largos debates o discusiones, sino el lugar en el que se impartían órdenes concisas, se comunicaban directivas y se exponían de forma

directa los planes de batalla. Los únicos ornamentos eran unos pocos estandartes de batalla colgados de las vigas de metal.

La sala estaba cubierta de sombras. Los cubículos que se formaban entre las vigas de la superestructura estaban oscuros como el azabache. La iluminación creaba nuevas sombras, moldeadas por los reflejos amarillo-blanquecinos del sol del sistema. En el centro de la sala, un tanque hololítico conformaba un fantasmagórico cubo azulado flotando en el aire. Los miembros del Adeptus Mechanicus, apiñados junto al proyector en forma de disco que había bajo el cubo, se movían en órbitas unos alrededor de los otros, pero jamás a más de un palmo de distancia.

—Tal vez —murmuró Garro—, temen alejarse y entremezclarse con los guerreros que hay congregados aquí.

El capitán miró a su alrededor, fijándose en las caras de los oficiales superiores de la flota y representantes designados del resto de naves de la flotilla. La comandante de la *Resistencia*, una mujer enjuta con la cara muy seria, captó su mirada y lo saludó respetuosamente. Garro le devolvió el saludo y siguió con su observación.

—¿Dónde está Grulgor? —le preguntó Temeter, a su espalda, con un susurro.

—Allí, con Typhon —le respondió Garro, señalando con un gesto de la barbilla.

—Ah —dijo Temeter asintiendo—. No debería sorprenderme.

Los capitanes de la Primera y Segunda Compañías de la Guardia de la Muerte estaban hablando en voz baja. El murmullo de sus voces era tan bajo que ni siquiera los agudos sentidos de un astartes eran capaces de captar lo que decían. Garro vio que Grulgor se había dado cuenta de su llegada y, como era habitual, hacía caso omiso de su presencia, pese a la falta de protocolo que representaba no saludarlo.

—Nunca llegará a ser amigo tuyo, ¿verdad? —aventuró Temeter, que también se había dado cuenta—. Ni siquiera por un solo instante.

Garro le dedicó un apenas perceptible encogimiento de hombros.

—No es algo que me preocupe. No ascendemos de rango por lo bien que nos llevamos. Es una cruzada lo que estamos ganando, no un concurso de popularidad.

Temeter inspiró, falsamente ofendido.

—Habla por ti. Yo soy extremadamente popular.

—No dudo en absoluto que te lo creas.

Typhon y Grulgor se separaron bruscamente y se dieron la vuelta para reunirse con sus cohortes a medida que ellos se acercaban. El primer capitán de la Guardia de la Muerte, señor de la Primera Compañía y mano derecha del primarca, era una figura impresionante enfundada en su armadura de exterminador del color del hierro. Una melena de cabello oscuro le cubría los hombros y la barbuda cara del individuo quedaba enmarcada por la pesada capucha del uniforme. El casco, con un único cuerno surgiendo de la frente, lo llevaba bajo el brazo. Fueran cuales fueran las emociones que albergaba, las disimulaba muy bien, aunque no tanto como para ocultar las profundas líneas de preocupación que tenía alrededor de los ojos.

—Temeter, Garro. —Typhon les dedicó una mirada directa, calculadora; su voz era como un gruñido suave.

El despreocupado talante que había acompañado a Temeter hasta ese momento desapareció de repente, evaporado bajo la penetrante mirada del primer capitán. Garro únicamente podía aventurar la rabia que se ocultaba bajo esos oscuros ojos, que todavía se mostraban resentidos por haber sido usurpado de su derecho a dirigir el ataque contra los jorgall en la onceava hora.

—Grulgor y yo estábamos discutiendo los cambios en el plan de ataque —prosiguió Typhon.

—¿Cambios? —repitió Temeter—. No he sido informado de que…

—Estás siendo informado ahora —lo interrumpió Grulgor con una ligera sonrisa burlona.

Pese a haber nacido en un mundo en el otro extremo de la galaxia, Ignatius Grulgor tenía un aspecto físico similar a Garro, con la cabeza afeitada y parecida colección de cicatrices; pero allí donde Garro era estoico y mesurado, Grulgor se encontraba siempre al borde de la arrogancia, gruñendo en vez de hablar, prejuzgando en vez de considerar las opciones.

—La Cuarta Compañía ha sido reasignada para realizar acciones de abordaje sobre los mundos satélite —terminó de decir Grulgor.

Temeter se inclinó, ocultando la irritación que Garro estaba seguro que sentía su camarada al habérsele negado una parte de la gloria de la misión.

—Como el primarca desee. —Levantó la cabeza y su mirada se cruzó con la de Garro—. Gracias por informarme, capitán.

—Comandante —Grulgor escupió la palabra—. Te dirigirás a mí por mi rango, capitán Temeter.

Temeter frunció el ceño.

—Disculpa, comandante, evidentemente ha sido error mío. A veces olvido las tradiciones cuando mis pensamientos están ocupados en otras cosas.

Garro vio cómo la mandíbula de Grulgor se tensaba. Como todas las legiones astartes, ellos tenían hábitos y costumbres que les eran característicos. La Guardia de la Muerte se diferenciaba de sus legiones hermanas, por ejemplo, en su estructura de mando y sus rangos. La tradición dictaba que la XIV Legión nunca estaría compuesta por más de siete grandes compañías, aunque estas divisiones estaban formadas por muchos más hombres que las cohortes de otros astartes, como los Lobos Espaciales y los Ángeles Sangrientos; y mientras que muchas legiones mantenían la tradición de otorgar el título honorífico de primer capitán al comandante de la Primera Compañía, la Guardia de la Muerte también incluía dos títulos privilegiados más, que se otorgaban a los capitanes de la Segunda y la Séptima Compañías, respectivamente. Por tanto, aunque no había ninguna superioridad jerárquica entre ellos, Grulgor podía ostentar el cargo de comandante si así lo deseaba, al igual que Garro era conocido como capitán de batalla. Según tenía entendido Garro, este rango

honorífico en particular se remontaba a las Guerras de la Unificación, cuando uno de los oficiales de la XIV había sido especialmente distinguido por el Emperador en persona. Siglos después, él estaba muy orgulloso de poder ostentarlo.

—Nuestras tradiciones son las que nos hacen ser lo que somos —intervino Garro con serenidad—. Es correcto y es bueno que las mantengamos.

—Con moderación, tal vez —corrigió Typhon—. No podemos permitirnos quedar anquilosados por unas reglas del pasado que ya no es más que polvo.

—Ciertamente —añadió Grulgor.

—Ah —terció Temeter—. Así pues, Ignatius, ¿mantienes la tradición con una mano, mientras con la otra la apartas de tu camino?

—Las tradiciones son buenas y correctas siempre que sirvan a un propósito. —Grulgor lanzó una gélida mirada a Garro—. Ese sirviente mascota que conservas es una «tradición», pese a que no tiene razón de ser. Es una tradición sin valor alguno.

—He de disentir, comandante —replicó Garro—. El sirviente realiza sus funciones de forma impecable.

Grulgor gruñó.

—Hace tiempo tuve uno de esos. Creo que lo perdí en alguna luna helada en algún lugar. Se murió de frío, esa cosa debilucha. —Miró hacia la distancia—. A mí me parece que conservarlo es algo sentimental, Garro.

—Como siempre, Grulgor, prestaré a tus comentarios toda la consideración que se merecen —le replicó Garro.

Se apartó en cuanto vio con el rabillo del ojo una figura dorada que se movía a través de la columna de luz.

Temeter miró en la misma dirección que Garro y dio un par de golpecitos en la hombrera de su armadura.

—Te dije que Mortarion se había traído compañía.

* * *

Kaleb se mantuvo ocupado con el paño de la espada, plegando el terciopelo verde en un cuadrado perfecto. En la sala de armas, el equipo de combate del capitán Garro estaba perfectamente alineado a su alrededor, colocado en sus colgantes y estantes. En uno de los muros, apoyado en delgados soportes de acero, se encontraba el pesado bólter de su amo. Había sido pulido hasta alcanzar un brillo mate; los detalles de latón relucían bajo la tenue luz bioluminíca de los globos de brillo.

El sirviente volvió a colocar el paño en su lugar y se retorció las manos sumido en sus pensamientos. Le era difícil mantener la concentración con la idea de que el primarca estaba tan solo unos niveles por encima de él dándole vueltas en la cabeza sin cesar. Kaleb contempló el techo de acero y se imaginó lo que vería si la *Resistencia* tuviera un techo de cristal. ¿Irradiaría Mortarion frío y oscuridad, como algunos afirmaban? ¿Sería posible que un hombre normal como él pudiera llegar a mirar al

Señor de la Muerte a los ojos sin que su corazón dejara de latir? El sirviente respiró profundamente para tranquilizarse. Tenía muchas cosas que hacer, y la distracción le dificultaba realizar sus tareas habituales. Mortarion era hijo del propio Emperador, y el Emperador… el Emperador era…

—Kaleb.

Se dio la vuelta y vio a Hakur. El veterano sargento era uno de los pocos astartes que llamaban al sirviente por su nombre.

—¿Si, mi señor?

—Ocúpate de tu trabajo. —Señaló hacia el techo, al lugar que Kaleb había estado mirando—. Ver a través del acero es un privilegio reservado al primarca.

El siervo logró esbozar una débil sonrisa y se inclinó, recogiendo la gamuza de pulir y un poco de cera. Bajo la neutral mirada de Hakur se dirigió al centro de la alcoba y se puso a trabajar en la pesada coraza de ceramita y latón que había allí. Era la pieza ornamental que Garro llevaba únicamente en combate o en ocasiones formales. En conjunción con su rango honorífico de capitán de batalla, la coraza decorativa mostraba un águila con las alas desplegadas y el pico entreabierto, esculpida en bronce como si estuviera a punto de levantar el vuelo. En la parte posterior había una segunda águila que protegía la cabeza cuando se llevaba por encima del generador dorsal de la servoarmadura astartes.

Lo que hacía única a esa pieza era que las águilas diferían del águila del Emperador. Mientras que el símbolo del Imperio de la Humanidad tenía dos cabezas, una ciega para poder ver el pasado, y otra para ver el futuro, las águilas del capitán de batalla eran singulares. Kaleb pensaba que eso significaba que únicamente veían lo que estaba a punto de ocurrir, que tal vez eran algún tipo de amuleto que permitía saber si un disparo o un ataque iba a ser letal antes de que se produjera. Una vez había expresado en voz alta esta idea, solo recibió el escarnio y la mofa de los guerreros de Garro. Estos pensamientos, le había dicho más tarde el sargento Hakur, eran supersticiones que no tenían cabida en el interior de una nave de la cruzada del Emperador. «La nuestra es una guerra para acabar con las fábulas y la falsedad bajo la fría luz de la verdad, no para propagar los mitos. —El veterano había tocado las águilas con un dedo—. No son más que figuras inanimadas de bronce, al igual que nosotros no somos más que hueso y carne».

Aun así, Kaleb no podía evitar llevar colgada del cuello una cadena con un símbolo de bronce, oculto entre los pliegues de su túnica, donde nadie pudiera verla.

* * *

La figura era básicamente femenina, esbelta y ágil, vestida con un brillante mono parecido a una piel de serpiente, hecho a base de una densa cota de malla y una placa de armadura dorada similar a un corpiño. Una media máscara le colgaba abierta del cuello, lo que dejaba al descubierto un rostro de porte elegante. A Garro muchas veces

le resultaba difícil estimar la edad de alguien que no fuera un astartes, pero calculó que esa mujer no podía tener más de treinta años solares. El cabello, de un color negro purpúreo, lo llevaba recogido en una cola que sobresalía de la afeitada cabeza adornada con el tatuaje de un águila roja. Era muy bella, pero lo que le llamó la atención fue la forma en que se movía sin hacer ruido por el suelo de hierro de la sala. Si no la hubiera visto emerger de entre las sombras, el astartes habría pensado que la mujer era un holofantasma, una imagen muy bien detallada y creada por un proyector.

—Amendera Kendel —aclaró Typhon, con un deje de desprecio—. Una detectora de brujas.

Temeter hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—De la unidad Tormenta de Dagas. Está aquí comisionada por la Hermandad Silenciosa, aparentemente siguiendo órdenes directas del propio Sigilita.

Grulgor torció la boca en un gesto de desagrado.

—Aquí no hay psíquicos. ¿Qué utilidad puede tener esta mujer en la batalla que se avecina?

—El regente de Terra debe de tener sus razones —sugirió Typhon, aunque su tono demostraba claramente lo que pensaba de ello.

Garro observó a la detectora de brujas deambulando por la estancia. Sus habilidades eran encomiables. Se movía de forma extremadamente sigilosa, incluso siendo su presencia obvia a la vista, pasando entre los oficiales de la flota de una forma aparentemente aleatoria, aunque los entrenados sentidos de Garro le permitieron comprobar lo contrario.

Kendel estaba observando. Estaba estudiando las reacciones de la gente reunida en la sala de la asamblea, catalogándolos para una revisión posterior. Al astartes le hizo pensar en un explorador examinando el terreno antes de la batalla, observando los puntos débiles y los objetivos. Anteriormente jamás se había encontrado con una hermana del silencio, únicamente había oído hablar de sus éxitos al servicio del Imperio.

Su nombre, pensó, lo tenían bien merecido. Kendel era silenciosa, como el viento al cruzar por un cementerio, y al pasar al lado de los presentes en la sala, notó que algunos de ellos no podían evitar sentir un inconsciente escalofrío. Era como si la buscadora proyectara a su alrededor un aura invisible que obligara a los mortales a detenerse por un instante.

Garro la observó atravesar la entrada de la sala y su mirada se fijó en el brillante bronce y acero de dos figuras gigantescas que permanecían en pie a cada lado de la escotilla. Con una voluminosa placa de armadura corporal considerablemente decorada y más altos que Typhon, los dos gigantescos centinelas bloqueaban las puertas de acero con sus guadañas de combate entrecruzadas, el arma característica de los guerreros de élite de la Guardia de la Muerte. Únicamente los pocos que eran favorecidos por el propio primarca podían portar esos artefactos. Se las conocía como

«segadoras de hombres», y habían sido forjadas con cierta similitud a la guadaña de siega común con la que se decía que Mortarion había luchado en su juventud. El primer capitán llevaba una, pero Garro reconoció aquellas dos armas de forma inmediata.

—Guardias del Sudario —susurró.

Aquellos dos astartes formaban la guardia de honor personal del primarca, condenados a no mostrar jamás su rostro a nadie que no fuera el propio Mortarion, incluso después de su muerte. Se decía que los guerreros denominados Guardias del Sudario eran elegidos en secreto por Mortarion entre los guerreros de la legión y se les hacía pasar por muertos en combate. Eran sus guardianes sin nombre, a los que jamás se les permitía aventurarse a más de cuarenta y nueve pasos de su señor. Garro sintió un escalofrío al darse cuenta de que no había sido consciente de la entrada en la sala de los Guardias del Sudario.

—Si ellos están aquí, ¿dónde está nuestro señor? —se preguntó Grulgor.

Una fría sonrisa de comprensión apareció en los labios de Typhon.

—Siempre ha estado aquí.

Al otro extremo de la sala, una sombra gigantesca se separó de la penumbra que había junto a una de las ventanas ovales. Sus fuertes pisadas hicieron enmudecer la sala mientras avanzaba. Con una de cada dos pisadas llegaba también el pesado sonido metálico de la base de un bastón de hierro golpeando en la distancia. Los músculos de Garro se tensaron cuando el sonido hizo que varios de los oficiales de la flota se apartaran del holoproyector.

En antiguas leyendas terráqueas que habían sobrevivido de entre las historias de naciones-estado como Mérica, la Vieja Rus y Oseania, existía la leyenda de una criatura que andaba en la oscuridad para reclamar los muertos recientes, un individuo esquelético, una encarnación que cosechaba las almas de sus cuerpos como el campesino cosecha el trigo durante la siega. No eran más que mitos, meras especulaciones de los supersticiosos y los temerosos, y pese a ello, en ese lugar y momento, a billones de años luz del origen de esas leyendas, el reflejo de esa criatura se mostró en el claroscuro de la *Resistencia*, alto y cadavérico bajo una capa tan gris como el hielo marino.

Mortarion se detuvo y tocó las placas del suelo con la empuñadura de su guadaña de combate, una cabeza más alta que el propio primarca. Únicamente los Guardias del Sudario permanecieron en pie; el resto de asistentes, humanos o astartes, se arrodillaron. La capa de Mortarion se abrió al alzar su mano libre con la palma hacia arriba.

—Levantaos —les dijo.

La voz del primarca era baja y firme, en consonancia con la pálida y afeitada cabeza que sobresalía del pesado collar que llevaba al cuello. Hilos de gas blanco se arremolinaban alrededor del collar, emisiones de los gases que podían hallarse en la atmósfera de Barbarus. Garro captó su olor y, por un instante, su memoria sensorial

lo condujo de regreso a aquel planeta torvo, con sus letales cielos siempre cubiertos de nubes.

Los asistentes a la asamblea se volvieron a poner de pie, pero aun así, el primarca siguió dominando la habitación. Bajo su capa gris había un guerrero enfundado en brillante bronce y desnudo acero. El cráneo y la estrella ornamentales de la Guardia de la Muerte destacaban en su placa pectoral, y en su cintura, al nivel del pecho de un astartes, Garro vio la funda en forma de tambor en que portaba la Linterna, una pistola de energía de extraordinaria manufactura artesanal shenlongui.

El otro único ornamento de Mortarion era una cadena de incensarios globulares de latón. Estos también contenían muestras de la venenosa atmósfera superior del mundo adoptivo del primarca. Garro había oído que Mortarion a veces los cataba, como un experto cata un vino, y que en ocasiones los lanzaba en combate como si fueran granadas para que el enemigo se asfixiara y muriera.

El capitán de batalla se dio cuenta que había estado conteniendo la respiración, e inspiró cuando Mortarion dirigió su mirada a la concurrencia. El silencio fue total cuando su señor comandante empezó a hablar.

* * *

—Alienígenas —Pyr Rahl convirtió sin esfuerzo la palabra en una maldición, tamborileando con sus dedos sobre el cañón del bólter—. Me pregunto de qué color será la sangre que derramemos. ¿Blanca? ¿Púrpura? ¿Verde? —Miró a su alrededor y se pasó la mano por el corto cabello—. Vamos, ¿quién quiere hacer una apuesta conmigo?

—Nadie quiere, Pyr —respondió Hakur, haciendo un gesto negativo con la cabeza —. Estamos hartos de tus apuestas triviales. —Echó un vistazo a la coraza en el que el sirviente de Garro estaba trabajando.

—De todas formas, ¿con qué podríamos apostar? —añadió Voyen, uniéndose a Hakur en el armario de las espadas.

Los dos veteranos eran muy diferentes en su aspecto físico. Voyen era ancho de hombros mientras que Hakur era enjuto, y aun así se mostraban de acuerdo en la mayoría de cosas que afectaban a la escuadra.

—¡No somos trabajadores ni soldados avariciosos por obtener ganancias!

Rahl frunció el entrecejo.

—No es una apuesta por dinero, apotecario, nada tan vulgar como eso. Estas cosas sirven únicamente para llevar una cuenta. Jugamos por el derecho a tener razón.

Solun Decius, el miembro más joven de la escuadra de mando, se acercó secándose con una toalla el sudor que le habían provocado sus ejercicios. Tenía una mirada dura que parecía fuera de lugar en una persona de su edad. Sus ojos estaban iluminados por una energía apenas contenida, entusiasmado ante las posibilidades de gloria que la llegada del primarca había creado.

—Yo aceptaré tu apuesta si con eso te callas. —Decius miró a Hakur y a Voyen, pero sus superiores no le apoyaron—. Yo digo que roja, como los orkos.

Rahl soltó un bufido.

—Blanca como la leche, como los megarácnidos.

—Ambos estáis equivocados —repuso Tollen Sendek con su habitual tono de voz monótono. Estaba detrás de Rahl, con la cara enterrada en una placa de datos llena de mapas tácticos—. La sangre de los jorgall es de color carmesí oscuro. —El guerrero tenía unas cejas muy pobladas y unas bolsas bajo los ojos que le proporcionaban una eterna expresión somnolienta.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión? —le preguntó Decius.

Sendek alzó la placa de datos.

—Leo mucho, Solun. Mientras tú maltratas los dientes de tu espada sierra hasta dejarlos romos, yo estudio al enemigo. Estos textos sobre disecciones del Magos Biologis son fascinantes.

Decius gruñó.

—Todo lo que yo necesito saber es cómo matarlos. ¿Esos textos tuyos dicen algo acerca de eso, Tollen?

Sendek asintió categóricamente con la cabeza.

—Sí que lo dicen.

—Venga, cuéntanos. —Voyen indicó al severo astartes que se levantara—. No guardes esa información para ti solo.

Sendek suspiró y se puso en pie; su perpetuamente malhumorada expresión quedó iluminada por el brillo de la pantalla de la placa de datos. Se dio unos golpecitos en el pecho.

—Los jorgall prefieren utilizar implantes mecánicos para mejorar su forma física. Tienen algunos rasgos humanoides: cabeza, cuello, ojos y boca, pero al parecer, su cerebro y el sistema nervioso central no están situados aquí —dijo tocándose la frente—, sino aquí. —La mano de Tollen se situó, abierta, sobre el pecho.

—Entonces, ¿para matarlos es necesario un tiro al corazón? —preguntó Rahl, que recibió un asentimiento de Tallen como respuesta.

—Ah —exclamó Decius—, ¿como este? —En un latido, el astartes había girado sobre sí mismo y había desenfundado su bólter. El arma vomitó un único proyectil que destrozó el torso de un maniquí de prácticas a pocos metros de la placa pectoral de Garro. El sirviente del capitán se estremeció al oír el estallido del disparo, provocando que Hakur soltara un chasquido con la lengua.

Decius se dio la vuelta, satisfecho de sí mismo. Meric y Voyen miraron de soslayo a Hakur.

—Cachorro arrogante. No entiendo lo que el capitán vio en él.

—Una vez dije lo mismo de ti, Meric.

—Velocidad y habilidad no tienen nada que ver con el autocontrol —replicó el apotecario con voz tensa—. Exhibiciones como esta son más propias de petimetres

como los Hijos del Emperador.

Estas palabras arrancaron una débil sonrisa a Hakur.

—Bajo la piel todos somos astartes, todos somos hermanos e iguales.

El humor de Voyen se esfumó rápidamente.

—Esto, hermano, es tan cierto como falso.

* * *

En el cubo hololítico se hizo visible la forma de la construcción jorgall. Era un cilindro grueso de varios kilómetros de longitud, con un extremo bulboso donde se alojaban los tubos propulsores, afilándose en el otro extremo hasta formar una proa cónica. Gigantescas velas en forma de pétalo cubiertas de paneles brillantes surgían de la popa del objeto, capturando la energía solar y reconduciéndola a través de gigantescas ventanas del tamaño de mares interiores.

Mortarion resiguió su forma con el dedo.

—Un mundo cilíndrico. Este tiene el doble de masa que las construcciones similares encontradas y eliminadas en las órbitas de Tasak Beta y Fallaon, pero, al contrario que en esa ocasión, nuestro objetivo es la primera nave jorgall encontrada moviéndose por sí misma en el espacio profundo.

Uno de los tecnoadeptos presionó algunos conmutadores con sus mecadendritas y la imagen retrocedió, revelando un halo de naves con forma de lágrima en formación cerrada alrededor de la nave cilíndrica.

—Una fuerza considerable de naves de escolta viaja por delante de nuestro objetivo. El capitán Temeter dirigirá el ataque para incapacitar esas naves e interrumpir sus líneas de comunicaciones. —El primarca devolvió el saludo de Temeter—. Elementos de la Primera, Segunda y Séptima Grandes Compañías vendrán conmigo como punta de lanza contra el objetivo principal. Este tipo de campo de batalla es especialmente adecuado para nuestras habilidades. Los jorgall respiran una mezcla de oxígeno y nitrógeno con grandes concentraciones de cloruros, un veneno muy débil que nuestros pulmones pueden soportar sin ningún esfuerzo. —Como si quisiera remarcar este punto, Mortarion aspiró una bocanada de aire de su máscara—. El primer capitán Typhon apoyará mi ataque. El comandante Grulgor penetrará en el complejo propulsor y tomará el control de los sistemas de propulsión del cilindro. El capitán de batalla Garro neutralizará los criaderos.

Garro saludó con un movimiento firme, imitando el gesto de Typhon y de Grulgor. Se guardó para sí la desilusión por el objetivo asignado, muy lejos de la posición de ataque del primarca, y empezó a considerar los primeros elementos de su plan de batalla.

Mortarion dudó un instante, y Garro estuvo casi seguro de que notó el atisbo de una sonrisa en la voz del primarca.

—Como algunos de vosotros ya habréis deducido, esta batalla no la librará exclusivamente la Guardia de la Muerte. A petición de Malcador el Sigilita, tenemos con nosotros un grupo de investigadores de la División Astra Telepática, al mando de la Hermana Dama del Olvido Amendera. —El primarca inclinó la cabeza y Garro vio a la hermana del silencio inclinándose levemente en respuesta. Ella habló con el lenguaje de los signos, unos pequeños movimientos de dedos y muñeca.

—Estas honorables hermanas se nos unirán para seguir el rastro psíquico que nos ha traído hasta este mundo cilíndrico.

Garro se puso tenso. ¿Psíquicos? Esta era la primera noticia que tenía al respecto sobre la nave jorgall, y se dio cuenta de que tan solo Typhon parecía no sorprenderse por la noticia.

—Estoy convencido de que la gran importancia de esta misión está bien presente en todos vosotros —prosiguió el Señor de la Muerte con su profunda voz resonante —. Los jorgall penetran constantemente en nuestro espacio con sus naves generacionales, intentando colonizar mundos que pertenecen al Emperador. No podemos permitir que consigan establecerse en ninguno de ellos. —Giró la cabeza, que desapareció bajo la capucha—. A su debido tiempo, los astartes borrarán de los cielos de la humanidad a estas criaturas, y hoy vamos a dar un firme paso en esta dirección.

Garro y sus hermanos de batalla saludaron una vez más cuando Mortarion dio media vuelta y se alejó hacia las sombras. No vociferaron ningún grito de batalla ni rompieron el silencio con juramentos de ningún tipo. El primarca había hablado, y su voz era más que suficiente.

Dos
Asalto
Hermanos y hermanas
Mensaje en una botella

* * *

El empuje de los motores de la nave pesada de asalto era como un martillo golpeándoles constantemente los huesos y presionaba a los astartes contra las sujeciones de aceleración. Garro mantenía los músculos tensos contra las poderosas fuerzas gravitacionales y dejó que su mirada recorriera el interior de las compuertas que formaban la proa de la cápsula de abordaje. Un intrincado entramado de pergaminos cuidadosamente escritos las cubrían, recordando las innumerables acciones en que la nave había tomado parte.

No era más que una de los cientos que surcaban el vacío en esos instantes, abarrotadas de guerreros preparados para la batalla, todas ellas dirigiéndose hacia la nave-mundo jorgall con la simplicidad y constancia de un misil dirigido.

A través de los visiocircuitos conectados con las lentes de su armadura, Garro repasó rápidamente toda la información que le llegaba por el sistema de mando de los comunicadores de voz. Era información procedente de las cámaras oculares de sus líderes de escuadra, notas telemétricas del auspex médico de Voyen y, por un instante, una deformada imagen de baja resolución procedente de la aserrada proa de la cápsula.

Garro se concentró en ella durante unos segundos y se dedicó a observar el movimiento del gigantesco cilindro a medida que se acercaban a él. El casco exterior, de un metal perlífero, se hacía cada vez más grande. Tanto, que su curvatura apenas era apreciable y el único indicio de que estuvieran aproximándose era que los detalles de la superficie se hacían cada vez más claros; un grupo de puntas metálicas que podían ser antenas allí; una bulbosa torreta escupiendo fuego trazador amarillo allá.

Al capitán no le preocupaban los cañones de los jorgall. El asalto se estaba produciendo a una velocidad vertiginosa, bajo contramedidas electrónicas de camuflaje, descargas de calor y brillantes nubes de fragmentos de metal que impedirían una adecuada lectura de los sensores. Confiaba en la habilidad de Temeter; estaba seguro de que el capitán de la Cuarta Compañía había desbaratado

las funciones de las naves de escolta, impidiendo que los alienígenas pudieran defenderse con ellas del ataque.

El muro ya estaba muy cerca, la distancia que los separaba desaparecía por segundos. Garro vio otras cápsulas convergiendo en los límites de la imagen. Los sensores de largo alcance habían determinado que esa porción del casco del cilindro era más delgada, por lo que era en ese punto, situado a medio kilómetro del eje central del cilindro, por donde la Guardia de la Muerte penetraría en la nave enemiga. Garro dejó que la imagen se desvaneciera y se sujetó, cambiando al sistema de comunicación global. Su voz resonó en los cascos de todos los astartes de la cápsula.

—Endureced vuestros huesos, hermanos. Impacto inminente. Quiero un despliegue rápido y preciso. ¡Quiero que seáis tan incisivos que el propio Emperador aplauda vuestra perfección! —Aspiró profundamente cuando la alerta de proximidad empezó a aullar—. Hoy el primarca nos guía, ¡y vamos a conseguir que esté orgulloso de hacerlo! ¡Por Mortarion y por Terra!

—¡Por Mortarion y por Terra! —Garro distinguió el áspero tono de barítono de Hakur en medio del coro de asentimiento.

La voz de Decius sonó en el comunicador cargada de entusiasmo.

—¡Por la Séptima! —gritó; y toda la compañía vociferó su lema para reagruparse —. ¡Por la Séptima!

Garro se unió al clamor, pero sus palabras se vieron abruptamente interrumpidas cuando la cápsula de abordaje embistió el casco del cilindro jorgall. El sonido del metal al rasgarse y el de la atmósfera interior al escaparse al espacio resonó en el grueso fuselaje de la cápsula mientras esta se adentraba cada vez más profundamente en su objetivo; sus laterales aserrados abrieron una profunda brecha, penetrando varios metros de quitinosas planchas de blindaje. Girando y cambiando de dirección, el cerebro del piloto automático de la cápsula desplegó unos apéndices hidráulicos para evitar una descompresión explosiva de la atmósfera de la nave.

Las vibraciones, los chirridos y el ensordecedor avance parecía que iban a durar una eternidad cuando, de repente, todo se detuvo. La cápsula de asalto se escoró. Garro oyó el metal rozando contra metal y vio cómo la runa de apertura de la compuerta de salida que había ante él se iluminaba.

—¡Preparados para el asalto! —gritó.

La compuerta salió despedida al explotar las cargas de liberación. Garro dejó que el bólter se deslizara hasta su mano, preparado para matar a cualquiera que quisiera intentar entrar, pero lo único que penetró en la cápsula fue una repentina inundación de líquido azulado, no un enemigo. El líquido estaba helado, y se le acumuló con rapidez alrededor de las piernas y le subió hacia el estómago.

—¡Vamos! —rugió Garro.

El capitán de batalla fue consciente de que sus hombres lo seguían mientras se lanzaba al asalto saliendo de la cápsula de desembarco. Se sumergió en el fango de color cobalto y se dirigió rápidamente hacia la superficie.

Únicamente tenían un uno por ciento de probabilidades. El asalto había penetrado por la parte inferior de un poco profundo lago químico y los oscuros cascos de las cápsulas sobresalían en el viscoso líquido como las puntas de los dedos de un guantelete. El líquido estaba helado y congelándose en forma de halos blanco-azulados allí donde el gélido beso del espacio había penetrado junto a los invasores. Utilizando el respirador de su casco, Garro aspiró una profunda bocanada de aire que le supo a sales metálicas. Cerca de él vio cómo Grulgor pateaba furiosamente alejándose de su nave y gruñendo órdenes.

En la orilla, señalando con su guadaña, estaba Mortarion. La visión del primarca fue suficiente para aumentar el ritmo cardíaco de Garro, quien se apresuró a avanzar por la poco profunda piscina mientras empuñaba con fuerza el bólter.

—¡Por la Séptima! —gritó el capitán, y no le hizo falta mirar hacia atrás para ver que el resto de sus hombres lo seguían en formación.

Garro avanzó desde el punto de despliegue con la escuadra de veteranos de Hakur junto a él, y con Decius y Sendek como apoyo. A su alrededor, el caótico chasquido de los disparos y el choque de las espadas alteraron la tranquila atmósfera que rodeaba el lago. Hordas de astartes se enfrentaban a los alienígenas en un furioso y letal combate.

La fuerza alienígena quedó rápidamente desorganizada. Incluso en el caso de no humanos, Garro notaba los cambios en el empuje y la motivación de una unidad cuando perdían el coraje. Los grupos se separaban y volvían a reunirse en medio de una gran confusión, en vez de retirarse aunque fuera de un modo parcialmente ordenado. Aniquilarlos a todos no sería demasiado difícil para la Guardia de la Muerte.

Era evidente que los jorgall habían entendido demasiado tarde que los objetos en rumbo directo contra su nave-mundo no eran una descarga masiva de munición, sino naves tripuladas. La forma casi suicida de una operación de abordaje como aquella los había conmocionado y no estaban preparados para la brutal ferocidad del asalto de la Guardia de la Muerte. Su error principal había sido equivocarse al desplegar sus tropas. Los *cyborgs* desplegados a orillas del lago clorhídrico fueron masacrados mientras sus agudos gritos retumbaban entre las dunas de arena que rodeaban la zona.

De forma casi inconsciente, el capitán de batalla pensó en el siguiente curso de acción, considerando cómo podrían asegurar la zona de desembarco antes de que las compañías se dividieran para alcanzar sus respectivos objetivos. Garro condujo a sus hombres con gran empuje a través de un nido de endiablados bailarines que realizaban una letal danza de metal con sus espadas de acero, le disparaba un par de proyectiles de bólter entre las costillas de cada jorgall que veía. Los astartes se desplegaron hacia adelante desde su punto de desembarco, formando un anillo de armaduras blancas que arrollaba a los defensores en su avance.

Disparando sin dejar de avanzar en ningún momento, las tropas de Garro llegaron a lo alto de una duna de gránulos cristalinos que crujían sonoramente bajo

sus botas, matando en lucha cuerpo a cuerpo unos cuantos adversarios. Una falange jorgall, atrapada a medio huir, se detuvo y dio la vuelta, con la esperanza de detener a los astartes. Las armas vomitaron fuego por ambos bandos; el feroz rugido de los bólters ahogaba el sibilante crepitar de las armas electrostáticas de los proyectores energéticos implantados en el cuerpo de sus oponentes.

Decius, que prefería el brusco impacto de un puño de combate, se sumergió en medio de la nube de alienígenas e hizo morder el polvo a uno tras otro, convirtiendo en pulpa sus largos cuellos y sus ovaladas cabezas.

—¿Ya ha olvidado lo que le dije? Le avisé que apuntara al torso para una muerte rápida —dijo Sendek.

—No lo ha olvidado —afirmó Hakur.

Con un peculiar y ululante grito, dos de los alienígenas más grandes saltaron directamente contra Garro. En pleno salto, se abrieron como los pétalos de una flor al desplegarse, con sus tres piernas y brazos totalmente extendidos. El astartes vio los puntos en que partes completas de las extremidades habían sido reemplazadas por metal y negras curvas de carbono. Con un rápido movimiento, el capitán enfundó el bólter y desenvainó a *Libertas*. Un destello azul de energía relució por toda la hoja. Con un amplio golpe, Garro cortó ambas criaturas por la mitad, atravesando fácilmente con su espada la escamosa piel del enemigo.

Hakur gruñó mostrando su aprobación.

—Veo que sigue bien afilada.

—Sí —replicó Garro, sacudiendo las gotas de oscura sangre roja de la espada. Se detuvo un momento para examinar el resultado del ataque, observando los miembros seccionados con la misma indiferencia que las imágenes estáticas de la placa de datos de Sendek.

En su estado natural, lleno de vida, un jorgall adulto podía llegar a tener unos cuatro metros y medio de altura y se movía sobre tres piernas de tres articulaciones que surgían de la parte inferior de su torso como los radios de una rueda. Aparte del cuello extensible, la parte superior del cuerpo de los alienígenas se parecía a la parte inferior, pero en este caso las tres extremidades terminaban en manos con seis dedos.

La cabeza en forma de huevo presentaba unos grandes ojos húmedos y unos cortes carnosos que hacían las veces de nariz y boca. Tenían una piel similar a la de los reptiles de Terra, cubierta de escamas con pequeñas protuberancias óseas. Sin embargo, parecía que no existía un solo jorgall «natural». Todos los ejemplares de jorgall que habían encontrado y eliminado los servidores del Imperio, desde las crías aún no desarrolladas hasta los viejos moribundos, habían sido modificados con implantes o mecanismos cibernéticos. La información reunida hablaba de elementos tan extraños como piernas con pistones para saltar, pies reemplazados por ruedas, garras-cuchillo, planchas de blindaje subdérmico, pictógrafos en el interior de las cavidades ópticas, e incluso armas de agujas introducidas en la parte hueca de los huesos.

La similitud en la funcionalidad de los implantes alienígenas y los órganos biogenéticos de los astartes no pasó desapercibida para Garro, pero estos eran alienígenas, y ellos, los invasores. No eran en nada parecidos a él, y el Emperador había decretado que debían ser castigados por osar aventurarse en el espacio humano.

Cerca de la orilla del lago, una horda de jorgall con garras, seguramente una variante de combate cuerpo a cuerpo, atacaba a un dreadnought de la Segunda Compañía. El venerable guerrero había quedado atrapado en el fangoso limo químico de la orilla del lago, y Garro vio cómo giraba rápidamente alrededor del eje de su torso, machacando a sus enemigos con el puño-sierra. Un destello blanco surgió de alguna parte en el centro de los atacantes jorgall, y el capitán oyó la risa de Ignatius Grulgor mientras este se levantaba rodeado de alienígenas e inclinaba la cabeza hacia atrás.

El comandante de la Segunda tenía la cara desprotegida; el hediondo aire del mundo-botella no le preocupaba. En cada mano llevaba un bólter modelo Marte reglamentario y, con sumo placer, Grulgor descargó a quemarropa ambas armas contra el enemigo.

La gran velocidad de los proyectiles arrancaba grandes trozos de carne de los jorgall a los que atravesaban. Aquello le proporcionó al dreadnought el tiempo que necesitaba para salir de su fangosa trampa. En pocos segundos, Grulgor se encontraba en el centro de un círculo de cadáveres alienígenas, y de sus armas salía un denso vapor de condensación. El comandante saludó al primarca y dedicó una taimada y audaz mueca a Garro antes de ponerse en movimiento en busca de nuevos objetivos.

—Es tan obvio, ¿no creéis? —murmuró Hakur—. El estimado Huron-Fal podría haberse librado solito de esos enemigos, pero Grulgor ha tenido que meter las narices, más preocupado por exhibir su bravura delante del primarca que utilizar su munición donde esta sea más útil.

—Somos la Guardia de la Muerte, no somos artistas —le recriminó Garro—. Somos profesionales de la guerra, nada más, directos y brutales. No buscamos elogios ni honores, solo cumplir nuestro deber.

—Evidentemente —dijo en voz baja el veterano.

Decius llegó hasta Garro pateando los restos de aquellos a los que había matado.

—¡Argh! ¿Huele este hedor, señor? La sangre de estas cosas apesta.

El capitán de batalla no respondió. Dudó, bastante distraído, observando a Mortarion en medio de su controlada furia. Al lado del primarca, Typhon y los dos miembros de la Guardia del Sudario blandían con seguridad sus guadañas, moviéndose sin problemas entre un numeroso y vociferante grupo de jorgall. El Señor de la Muerte había estimado que era evidente que esos meros peones alienígenas no merecían el honor de morir bajo su guadaña, y en vez de eso estaba acabando con ellos con la luz de su Linterna.

Los blancos rayos de energía que surgían sin parar del cañón de la sólida pistola de bronce dejaban destellos purpúreos en la retina de Garro a pesar de las

protecciones de su visión mejorada. Allí donde la energía de la Linterna impactaba, los defensores jorgall se convertían en tizones que acababan vaporizándose en mitad de un espeso humo.

Mortarion llegó a un ululante grupo de chusma alienígena que estaba acuchillando a un guerrero herido, haciéndoles retroceder sin esfuerzo mientras llevaba a lugar seguro al guardia de la muerte. El primarca le dedicó al hombre, que había perdido el casco, unas inaudibles palabras a las que el astartes rugió su asentimiento, volviendo a la lucha.

—¡Magnífico! —dijo Decius.

Garro notó la necesidad imperiosa del joven de bajar aullando por la duna para unirse a Mortarion, de dejar a un lado todo protocolo de batalla por la simple posibilidad de luchar junto al aura de su señor. Era un deseo difícil de controlar. Garro lo sentía con igual fuerza, pero él no podía rebajarse a imitar el comportamiento exhibicionista de hombres como Grulgor.

Entonces el joven astartes desvió la mirada y observó los alrededores.

—¿Así que estas son las grandes creaciones de los alienígenas? Pues no son gran cosa.

—Hubo un tiempo en que los humanos que viajaban a las estrellas vivieron en cilindros como este —le comentó Sendek mientras recargaba—, mucho tiempo atrás, antes de que domináramos la fuerza de la gravedad. Las denominaban colonias onhyl.

Decius no pareció impresionado.

—Me siento como una mosca atrapada en una botella. ¿Qué tipo de mundo interior es este? —Señaló hacia adelante, hacia donde el paisaje se curvaba para encontrarse a sí mismo a pocos kilómetros sobre sus cabezas. Una pequeña barra de iluminación se extendía a lo largo del eje del cilindro, desapareciendo hacia proa y hacia popa en medio de una bruma amarillenta. Los ojos de Garro se entrecerraron al observar unas motas de color verde oscuro moviéndose en su dirección por el corredor de gravedad cero en el centro de la nave-mundo. Hakur, que estaba a su lado, se puso tenso.

—Yo también los veo, capitán de batalla. Son refuerzos aerotransportados.

Garro avisó por el sistema de comunicaciones general.

—¡Guardias de la Muerte, vigilad el cielo!

En los ensangrentados bancos de arena, Mortarion golpeó al aire con su guadaña.

—¡El capitán de la Séptima tiene una visión muy aguda! Los alienígenas intentaban distraernos con objetivos muy fáciles para que nuestra atención se centrara en el suelo.

El primarca dedicó a Garro una ligera inclinación de cabeza y se dirigió a lo alto de otra polvorienta duna haciendo caso omiso de los proyectiles de aguja enemigos que le rebotaban en la armadura. Mortarion dejó que le resbalara la capucha para poder observar con más libertad el cielo.

—Vamos a demostrarles que se han equivocado.

Durante un largo segundo, Nathaniel se sintió petrificado en su sitio por el reconocimiento de su señor, a pesar de que esa no había sido su intención. La atención que le había dedicado su primarca, uno de los hijos del Emperador, incluso por un mero instante, era algo muy importante, y en el fondo entendió por qué hombres como Grulgor eran capaces de hacer lo que fuera para conseguirlo. Garro sacudió la cabeza para reaccionar y cambió el cargador del arma.

—¡Séptima, a las armas! —gritó, levantando el bólter hasta el hombro y observando el cielo a lo largo del arma.

* * *

Los jorgall voladores llegaron en tal número que eclipsaron incluso los guerreros de tierra que la Guardia de la Muerte había encontrado en el lago. Equipados con una centelleante armadura verde que los cubría formando bandas, los alienígenas aerotransportados habían sacrificado dos de sus extremidades para que los cirujanos mecánicos les instalaran unas alas de plumas metálicas afiladas como cuchillas. Los pies los habían transformado en garras y también tenían lanzaproyectiles y pistolas de aguja en las articulaciones que les permitían mejores campos de tiro.

Descendieron ululando y gritando, y se encontraron con un muro de proyectiles bólter y rayos de plasma a alta temperatura que los aniquiló, pero se trataba únicamente de la primera oleada, y había varias más en camino, picando desde la amarillenta neblina como rayos verdes.

Garro vio a uno de los hombres de Hakur rodeado por zumbantes destellos de luz artificial y olió el hedor de carne humana carbonizada cuando una bandada de alienígenas voladores acabó con su vida. Cerca de él, el dreadnought Huron-Fal desplegó los lanzamisiles y disparó sus cargas explosivas contra las bandadas que revoloteaban a su alrededor, derribando a docenas de ellos a causa de la onda expansiva. Garro se movió con precaución, manteniéndose en las dunas de óxido más bajas, y acabando con los alienígenas con ráfagas de fuego automático a medida que iban descendiendo para atacar. El esquema de ataque de los alienígenas era claro. Estaban intentando hacer retroceder a los astartes hacia el gélido líquido del lago.

—No será hoy —dijo el capitán de batalla para sí en el momento de atravesar el ala de una gigantesca hembra adulta. La criatura cayó en barrena con la cabeza por delante y se partió el cuello al chocar contra la arena.

Se dio cuenta de que tenía compañía. Garro miró por encima del hombro y se sorprendió ligeramente al ver un grupo de pequeñas figuras doradas acercándose hacia él por detrás. Las Hermanas del Silencio se movían con paso rápido, manteniendo coherentes corredores de fuego y una disciplina y eficiencia de combate que jamás antes había visto fuera de sus hermanos astartes.

Le era difícil distinguir a cada una de las mujeres. Su armadura estaba pulida hasta poseer un brillo cegador, sin adornos, como los símbolos de latón o flotantes

pergaminos que llevaba la Guardia de la Muerte. Mantenían la cara oculta tras unos dorados cascos con forma de halcón que le recordaban las puertas cerradas de algunas antiguas fortalezas, y que sin duda estaban equipados con respiradores que permitirían a las hermanas respirar en el tóxico aire del mundo-botella. Todas parecían idénticas, como si hubieran sido forjadas utilizando algún místico molde hecho por la mano del Emperador. Se preguntó si los hombres normales tendrían la misma impresión al observar a los astartes.

Las hermanas estaban armadas con espadas y lanzallamas, y los filos y los chorros de fuego partían y engullían a los jorgall voladores en cuanto se ponían a tiro. Algunas también llevaban bólters.

Cuando juraban entrar al servicio del Emperador, esas mujeres prometían que jamás hablarían, y ni siquiera lo hacían cuando las alcanzaban los disparos de las armas de aguja o los rayos de energía del enemigo. Se comunicaban en línea de visión, utilizando gestos similares al lenguaje de batalla de los astartes, o por códigos de chasquidos a través del comunicador. Por la forma en que atravesaban el campo de batalla, no cabía duda que sabían perfectamente hacia dónde se dirigían.

Mientras avanzaban, la hermana más próxima a Garro le dedicó una mirada, y el capitán de batalla sintió que un extraño escalofrío le recorría el cuerpo. Que esas hermanas recorrían el espacio en busca de psíquicos renegados para capturarlos o expurgarlos era de sobras conocido. Pero lo que no se sabía era de qué forma lo hacían.

Garro había oído que, a diferencia de otros seres vivos, estas mujeres eran silenciosas no solo en el mundo material, sino también en el efímero reino de la mente. Había muchos nombres para estas criaturas: intocables, parias…

Frunció el entrecejo ante la naturaleza irracional de sus pensamientos y los apartó a un lado. Al segundo siguiente ya se había olvidado de todo aquello al ver que las luces de advertencia de su visor empezaron a parpadear. Garro captó el sonido de un graznido por encima de las afiladas alas.

Se movió cuando una bandada de jorgall se abalanzó contra él. Rápido como solo podía serlo un astartes, golpeó con la mano la espalda de la hermana que había a su lado, alejándola mientras una nube de garras cortaba el aire en su dirección. Garro levantó el brazo para desviar el golpe y notó cómo las garras le hacían mella en el antebrazo. El graznante jorgall rasgó hacia arriba, hacia su casco, arrancándoselo del anillo de sujeción con un golpe seco. Trastabilló pero se mantuvo en pie, aprestando su bólter. El arma de Garro ladró y, desde la arena, la hermana apoyó su fuego. Ningún miembro de la bandada que había osado atacarlos sobrevivió para poder remontar de nuevo el vuelo.

El capitán de batalla pateó sus cabezas con una mueca en la cara, satisfecho por el hecho de no haber coleccionado ninguna nueva cicatriz a causa de ese encuentro. Poniéndose de pie, la detectora de brujas se dirigió hacia él y le entregó el casco arrancado por el jorgall. Estaba en muy mal estado, pero el gesto simbólico era muy

importante. La mujer miró hacia arriba y luego inclinó la cabeza. La hermana del silencio se tocó el pecho a la altura del corazón y la frente con la mano que tenía libre. Su agradecimiento estaba claro. No muy seguro del protocolo a seguir, Garro simplemente asintió con la cabeza, y eso pareció ser suficiente. La mujer se puso de nuevo en movimiento, dejándolo atrás. Únicamente cuando le dieron la espalda se dio cuenta Garro de la coleta de cabello negro que surgía del dorado casco de las hermanas y el águila roja que les cubría la armadura.

Se dirigió hacia el fragor de la batalla que tenía lugar sobre una duna cubierta de jorgall muertos y, muy de vez en cuando, por alguna figura equipada con servoarmadura gris pálido. Cada hermano muerto hacía que la rabia de Garro aumentara, como una piedra colocada sobre otra, pues cada uno de ellos valía por un millar de intrusos.

El capitán escuchó una vez más el demoledor crepitar de la Linterna de Mortarion, y miró en esa dirección para observar cómo el primarca la disparaba al aire como un reflector, abrasando a todos los alienígenas que alcanzaba, a quienes convertía instantáneamente en una lluvia de cenizas.

El áspero rugido de Typhon sonó con fuerza en el canal de comunicaciones global.

—Si esto es todo a lo que tenemos que enfrentarnos, ¡me pregunto si hoy nuestra valía encontrará algo con que medirse realmente!

—Mi padre me envió hoy aquí —las palabras de Mortarion eran suaves, pero con una fuerte intencionalidad—. ¿Creéis que se equivocó al hacerlo, primer capitán?

Otra persona habría temblado ante la velada amenaza, pero no Typhon.

—Únicamente estoy irritado por la poca dificultad de este enfrentamiento, mi señor. Llevamos demasiado tiempo aquí, mi comandante.

Garro escuchó un gruñido de asentimiento.

—Quizá tengas razón, amigo mío —cuando volvió a hablar, el primarca lo hizo en voz alta, sin utilizar el sistema de comunicaciones—. ¡Hijos de la muerte! ¡Ya conocéis vuestros objetivos! Poneos al frente de vuestras unidades y perseguid al enemigo. Typhon, conmigo; Grulgor, a los motores; Garro, los criaderos. ¡En marcha!

Los componentes de la Séptima Compañía se dirigieron hacia él, y el capitán de batalla pudo comprobar que habían sufrido pocas bajas. El apotecario Voyen lo estudió de arriba abajo, comentando silenciosamente el estado de su casco, que había colgado del cinturón. Decius tampoco llevaba el casco puesto, y su pálida cara estaba marcada por una mueca asesina. Las manchas de vísceras de su puño de combate eran un testimonio mudo de las muertes que había causado.

Los saludó con la cabeza y los hombres de la Séptima reasumieron su formación. Se pusieron en marcha y dejaron que los hombres de Grulgor acabaran con los últimos restos de jorgall voladores que quedaban. Cruzaron las dunas cristalinas a paso rápido, penetrando en las formaciones altas como árboles entretejidas sobre algún tipo de fibra rugosa.

Sendek estudió su auspex.

—El dispositivo táctico índica lecturas de calor comparables a las de los criaderos jorgall en esa dirección —indicó—. Por allí. La brújula virtual tiene problemas para asimilar la estructura interna de este mundo-botella.

—¿Está actualizada esa información? —le preguntó Hakur—. Los servidores-sensor se olvidaron de decirnos que aterrizaríamos en un lago químico. Me pregunto qué más se habrán olvidado de decirnos.

Sendek frunció el entrecejo.

—Las lecturas son… contradictorias.

—Pues será mejor que estemos preparados para cualquier sorpresa —señaló Rahl, levantando su combi-bólter con una sola mano.

* * *

—No permitáis que os domine el exceso de confianza por el nombre de vuestro objetivo, capitán —dijo Mortarion sin mirarlo cuando Garro observó el mapa hololítico en la sala de la *Resistencia*—. El llamado criadero no es solo donde se desarrollan los jóvenes jorgall, sino también el lugar en que se modifican. Probablemente encontraréis huevos llenos de adultos armados, además de sus larvas.

Garro recordó las palabras del primarca mientras observaba los altos y fibrosos árboles. Hacia el interior del «bosque», donde los tallos estaban plantados en filas densas y regulares, esa especie de árboles estaba cargada de orbes grisáceos que colgaban como frutos monstruosos. Algunos mostraban signos de movimiento en su interior, cosas que se movían muy lentamente. Aquí y allí había charcos de fluido que Sendek designó inmediatamente como «yemas». Voyen estuvo de acuerdo con su descripción, señalando a los orbes goteantes que colgaban abiertos, amorfos y, evidentemente, vacíos.

—Las raíces de los árboles absorben el líquido, reintroduciéndolo en el sistema —afirmó Sendek—. Notablemente eficaz.

—Estoy abrumado ante tanta maravilla —dijo Rahl en un tono que demostraba todo lo contrario.

Decius se mantenía alerta, con el bólter preparado.

—¿Dónde están las defensas? ¿Es que estos xenos se preocupan tan poco por su progenie que la dejan a merced de cualquier depredador que pase por aquí?

—Tal vez sus hijos sean los depredadores —aventuró Hakur con un tono de voz sombrío.

Uno de los hombres de la escuadra de veteranos se detuvo y señaló hacia adelante.

—Capitán —señaló—, ¿ha visto eso?

—¿Qué es eso? —preguntó Garro.

El astartes se inclinó y recogió un brillante objeto metálico de forma casi oval. Le dio vueltas en las manos.

—Esto, señor…, es un casco, creo. —Lo levantó en alto para mostrárselo. La sangre de Garro se heló al reconocer el uniforme de las Hermanas del Silencio. Algo se movió en el interior, y una cabeza cercenada cayó del casco al suelo, arrastrando una cola de cabello rubio.

—Un buen corte —comentó el astartes—. Muy limpio.

Los ojos de Voyen se entrecerraron.

—¿Dónde está… el resto de ella?

Decius utilizó su bólter para señalar en dirección a varias ramas de los árboles.

—Aquí, allí y allá. También por allí, creo.

En cada una de las ramas señaladas se veían ensangrentados fragmentos de color rojo y dorado.

—¿Las hermanas venían hacia los criaderos? —Hakur miró disimuladamente alrededor—. ¿Qué pueden querer las detectoras de brujas de este lugar?

Decius se rio entre dientes.

—Eso, viejo, creo que es secundario ante otra pregunta: qué fue lo que la mató.

Por delante de él, donde los árboles eran mucho más gruesos, se oyeron disparos de bólter. Garro observó pequeños fogonazos mientras un rumor creciente se propagaba por el suelo arenoso a sus pies. Les llegaron sonidos crepitantes, agudos como un hueso al partirse, cuando los árboles a media distancia empezaron a temblar y doblarse, tocando el suelo con las copas como si algo muy grande los hubiera tumbado.

—Estás a punto de conocer la respuesta —dijo Rahl aprestando su bólter.

Las hermanas aparecieron entre los árboles, moviéndose como danzarinas y acosando con sus armas a un jorgall modificado. Era el alienígena más grande que Garro había visto en el mundo-botella, y de un diseño que no estaba incluido en los datos de Sendek. Por fuera parecía un jorgall en su forma más básica, pero tenía aproximadamente diez veces su masa normal. Tan alto como las copas de los árboles, la cosa parecía una amalgama de carne escamosa y metal, un jorgall deformado por el gigantismo y modificado tecnológicamente para ser aún más grande.

El capitán de batalla pudo distinguir la materia orgánica dentro del orbe de cristal que había en medio de la masa del *cyborg*. Tal vez, pensó, era lo único que quedaba de la forma original del jorgall. No tenía brazos. En su lugar había grupos de tentáculos grisáceos de hierro que surgían de las articulaciones de los brazos superiores. Algunos se movían como serpientes y golpeaban a las hermanas, mientras que los otros se arremolinaban alrededor de una carga invisible que la cosa sostenía sobre su pecho.

—¿Algún tipo de guardián? —aventuró Voyen.

—Algún tipo de objetivo —respondió Decius al mismo tiempo que abría fuego.

La Guardia de la Muerte se movió para ayudar a las hermanas, disparando mientras se aproximaban y sumando así sus disparos a la tormenta de proyectiles que estaba cayendo sobre el *cyborg*. Garro tuvo la ligera impresión de que la forma mecánica estaba intentando escapar, pero entonces se dio la vuelta y anuló cualquier

impresión de querer huir. Quizá habría podido escapar de las mujeres, pero con la llegada de Garro no le quedaba otra opción que detenerse y luchar.

Varias antenas metálicas surgieron del suelo, abriendo profundos surcos con sus afilados bordes. Se flexionaban y agitaban, arrancando raíces y trozos de tierra. Hakur fue tomado por sorpresa por uno de estos tentáculos, que lo golpeó y lo hizo caer a un lado. Garro vio cómo otro arrancaba la pierna a uno de sus soldados y lo dejaba fuera de combate en medio de un mar de sangre. El capitán se agachó ante otro de estos apéndices, que le pasó silbando por encima de la cabeza.

Una detectora de brujas, pillada mientras cambiaba su cargador, murió cuando la alcanzó una de las puntas en medio del pecho. Le atravesó el torso y la clavó en un árbol, desgarrándola en medio de un chorro de sangre. Goteando aún el líquido vital, los tentáculos se doblaron y golpearon a los guerreros del Emperador, alcanzando a Rahl en la espalda con un golpe de retorno y arrancando la capucha dorada de otra de las mujeres de Kendel. Sin su casco, la doncella paria, con una coleta rojiza y una máscara facial segmentada, empezó a ahogarse y cayó al suelo. La venenosa atmósfera de la nave jorgall estaba corroyéndole los pulmones. Voyen se puso en movimiento para socorrerla antes de que se derrumbara. El *cyborg* era demasiado rápido, demasiado salvaje y demasiado incontrolado en sus movimientos. Para matarlo deberían utilizar una táctica mucho más directa.

Garro presionó el selector de su bólter para ponerlo en fuego automático y cargó contra el híbrido alienígena.

El capitán de batalla vació un cargador entero en las piernas y el tórax del *cyborg*, del que manaron fluidos oleosos y chispas eléctricas allí donde impactaron los proyectiles. La cosa jorgall aulló y gruñó, centrando su atención en la figura con armadura gris pálido. Látigos de acero surgieron de repente, flexionándose y zumbando por el esfuerzo, pero Garro rodó por el suelo, evitando los lugares donde golpeaban. Las puntas de los látigos repiquetearon en la armadura de ceramita, y Garro sintió un pinchazo de dolor cuando rozaron el lugar donde las garras de los voladores le habían herido junto al lago, reabriéndole las heridas recibidas entonces. Una flexión afortunada del tentáculo, un segundo de retraso por su parte, y el bólter salió volando por los aires con la cincha de sujeción rota por la fuerza del impacto que se lo había arrebatado de la mano.

Garro se movió para evitar la mayor parte de la fuerza del impacto, y volvió a rodar para poder desenfundar a *Libertas*. Unas demoledoras líneas de metal se le acercaron y las rechazó con el filo de la espada, provocando centellas anaranjadas en la tenue luz artificial del bosque de huevos. Los otros estaban disparando sin parar contra el *cyborg*, pero su atención seguía centrada en Garro y en el objeto que sostenía con fuerza, alguna cosa envuelta en una muselina gris. El capitán de batalla se lanzó contra el mecanoide jorgall y le cortó las puntas de unos tentáculos y le cercenó otros directamente. Se dio la vuelta al notar que unas extremidades de metal le tocaban los pies, y las golpeó con fuerza, pero se encontraba muy cerca de su torso y los apéndices

del *cyborg* eran más gruesos en aquel lugar, más musculosos, más resistentes. Lo envolvieron poderosas espirales, y Garro notó cómo se alejaba el suelo. El híbrido máquina lo sacudió violentamente, con el brazo-arma flagelándole el costado allí donde *Libertas* no podía ayudarlo. En el interior del cráneo le rechinaron los dientes y se le llenó la boca de sangre.

Oyó cómo el flexiacero de las junturas de su armadura se quebraba, notó el fuerte olor ácido del refrigerante escapándose al agrietarse su generador dorsal. El astartes gimió entre dientes cuando sintió un gran dolor provocado por la presión entre su caparazón y la caja torácica. Era una lucha para seguir llevando aire a sus pulmones mientras la presión seguía creciendo por momentos. Garro fue consciente del movimiento cuando el *cyborg* lo acercó hacia él, hacia la cápsula cristalina que contenía su corazón carnoso. Unos ojos huecos, de depredador, lo miraban brillando con odio alienígena. El jorgall deseaba verlo morir, saborear la situación.

La letal presión siguió creciendo mientras los tres pulmones de Garro se quedaban sin aire. El corazón le latía aceleradamente. La oscuridad se cerraba a su alrededor. En los límites de la conciencia, el capitán vio una brillante imagen fantasmal, una figura que le parecía que era su primarca que lo llamaba hacia el olvido.

En ese momento, Garro recurrió a una última gota de locura, a una fuerza desesperada. «Por la voluntad de Terra —se dijo a sí mismo—, en nombre de mi planeta natal y del Imperio de la Humanidad, ¡no voy a caer!».

Nuevas energías lo inundaron, ardientes y salvajes. Garro miró a su yo más interior y encontró una indestructible determinación que lo endureció ante el letal abrazo del alienígena. El capitán notó cómo una gran calidez confortaba sus agonizantes músculos mientras observaba la majestuosidad de Terra con su ojo interior, y allí, sosteniéndolo con su mano en forma de copa, el Emperador. «¡En nombre del Emperador, no puedo fallar! ¡No fallaré!».

Emitió un inarticulado y furioso gruñido de desafío y atacó furiosamente los apéndices alienígenas, reuniendo hasta la última gota de energía que le quedaba en *Libertas*. El filo de la espada de energía mordió el acero jorgall y lo partió, chirriando al cortar los nervios artificiales y el cableado mecánico. El *cyborg* trastabilló y tropezó cuando Garro logró liberarse. Varios fragmentos de ceramita resquebrajada se desprendieron de la armadura del capitán al mismo tiempo que sus doloridos pulmones aspiraban grandes bocanadas de aire. Mientras la forma mecánica intentaba alejarlo a empujones, el capitán se lanzó al ataque con la brillante punta de su espada por delante.

Garro vio cómo los elementos que formaban la boca del jorgall temblaban de miedo cuando *Libertas* tocó la corona de su cápsula de cristal. Pero al contrario que el alienígena, el capitán no se contuvo para disfrutar la crueldad del momento. En vez de eso, empujó con todo su peso la espada, que partió la cápsula y atravesó el carnoso torso del alienígena hasta que surgió por el otro lado en medio de una lluvia carmesí.

El jorgall cayó con un ruido atronador, derribando en su caída varios árboles. Cosas a medio madurar surgieron de los huevos, gimiendo y escupiendo, pero fueron acribilladas por las armas de la Guardia de la Muerte y de las detectoras de brujas.

Recuperando su espada, Garro se desplomó mientras los últimos estertores nerviosos sacudían las extremidades del jorgall. El objeto que protegía, la forma cubierta en una muselina grisácea, resbaló hasta sus pies. El capitán se arrodilló y lo desenvolvió con la punta de la espada.

En su interior había un jorgall inmaduro. Pero lo que le sorprendió no fue que la cría de jorgall estuviera completamente libre de modificaciones mecánicas, sino que se tratara de una horrible mutación. Era como una amalgama de criaturas, una malformación de dos alienígenas que, de alguna forma, hubieran quedado unidos durante el crecimiento. Su cráneo era enorme, una forma bulbosa con cuatro cámaras perfectamente distinguibles, muy diferente de la típica forma ovoide de su especie. Piernas y brazos se movían nerviosamente hacia él y sus ojos lechosos giraban y se entrecerraban en dirección a Garro.

Sin aviso previo, el aire a su alrededor cambió. La atmósfera se hizo oleosa y pegajosa a la piel, con un áspero olor a ozono. Garro ya había experimentado esa misma sensación anteriormente, en otros campos de batalla, en otras guerras libradas por la humanidad. La mente de Garro aulló una única palabra, y entonces entendió perfectamente por qué las Hermanas del Silencio estaban precisamente allí.

—«¡Psíquico!».

Trazó un arco con su espada, preparado para separar la cabeza de la criatura del resto del cuerpo.

—Espera.

La palabra lo golpeó como un jarro de agua fría, haciendo que el brazo se le quedara rígido. El olor a ozono lo envolvió por completo, nublando sus pensamientos y ralentizándole la mente, al igual que había ocurrido cuando el *cyborg* lo estaba ahogando. Aquella sensación intrusa se adentró en Garro y rebuscó en su interior con gran facilidad, como si estuviera ojeando un libro.

—Guardia de la Muerte —susurró, con un deje de diversión en sus palabras—, tan seguro estás de tu rectitud, y tan asustado de encontrar una grieta en tu espíritu.

Garro trató de completar su golpe letal, pero estaba inmovilizado, como si estuviera atrapado en ámbar.

—Pronto llegará el fin. Veremos el mañana. Y tú también puedes. Toda tu adoración morirá. Todos podremos…

El torso del mutante explotó en un surtidor de sangre y fragmentos de hueso cuando un proyectil de bólter le abrió un agujero del tamaño de un puño. De repente, la bruma desapareció y Garro parpadeó, como si estuviera despertando de un profundo sueño. Al darse la vuelta, se encontró con la hermana Amendera Kendel a su espalda. El bólter de la guerrera humeaba. Sus oscuros ojos lo estudiaron a través

de la visera del casco. El capitán se levantó con cuidado y repitió el gesto que ella había hecho junto al lago, tocando con sus dedos el corazón y la frente.

Fue consciente de un sonido que se acercaba a través del bosque-criadero, un silbido que fue creciendo rápidamente de intensidad. Era un sonido átono que hacía daño en los oídos. Era un lamento, el grito de los no nacidos.

—¡Mirad! —gritó Hakur—. ¡En los árboles! ¡Hay movimiento por todas partes!

Todos los orbes-huevo que Garro tenía a la vista estaban temblando mientras las cosas jorgall de su interior se agitaban y golpeaban su envoltura, intentando desesperadamente salir de su confinamiento. Dirigió una rápida mirada a Kendel mientras la hermana ordenaba a sus guerreras que colocaran al mutante muerto en una bolsa de malla. Ella lo miró y asintió. Tal vez Voyen estaba en lo correcto, tal vez el *cyborg* era una especie de guardián que protegía al niño psíquico, y ahora que estaba muerto, sus hermanos estaban furiosos.

Salpicaduras de yema rezumaron por los troncos. Kendel hizo unos gestos categóricos a sus hermanas y las mujeres entraron en acción, dirigiendo los lanzallamas hacia el follaje. Garro vio lo acertado de su acción y empezó a dar órdenes por el comunicador.

—Preparad las granadas y los demás explosivos. Seguid el ejemplo de las hermanas. Destruid los árboles.

La materia fibrosa de los árboles estaba seca y era una yesca ideal. En pocos instantes el bosque alienígena estaba ardiendo, y los huevos grisáceos estallaban o hervían. Muchos de los modificados lograron llegar al suelo, locos de rabia, pero fueron aniquilados con meticulosa precisión.

Garro observó cómo las llamas azuladas abrasaban y danzaban al propagarse, acabando con los durmientes y los recién nacidos de la nave mundo. Por toda la nave, los jorgall morían a manos de la Guardia de la Muerte, convirtiendo en mentira las últimas palabras del niño mutante.

—Una mentira —dijo Garro en voz alta, observando el humo venenoso por encima de su cabeza.

Tres

«Aeria Gloris»

Un cáliz envenenado

Poner en duda

Las naves de la fuerza de combate de la Guardia de la Muerte se reagruparon entre los restos de sus enemigos y supervisaron la magnitud de la destrucción que habían provocado. Lo que quedaba de la flota jorgall era una nube de gases cristalizados, fragmentos de metal y muertos. Algunas de las naves alienígenas en forma de gota se mantenían relativamente intactas. Una a una fueron destruidas con cargas atómicas y reducidas a bolas de plasma radiactivo calientes como estrellas. En menos de un día terráqueo estándar no quedaría nada reconocible que mostrara el aspecto de un enemigo que la Guardia de la Muerte había arrasado de un modo tan completo.

Los Stormbirds de los equipos funerarios recorrían la zona del enfrentamiento, llena de restos, en busca de los astartes que habían sido lanzados a la oscuridad durante las operaciones de asalto. A los que encontraran, los enterrarían como a héroes una vez les hubieran extraído las glándulas progenoides. Aquella valiosa materia biológica de los muertos continuaría sirviendo a la legión tras su fallecimiento y pasaría a reforzar a los nuevos iniciados cuando comenzara la siguiente ronda de reclutamiento. En raras ocasiones, un hallazgo afortunado haría que a manos de las tripulaciones de recuperación llegara un hermano de batalla todavía con vida, durmiente en el interior de la armadura bajo la reconfortante cobertura de la membrana de ansus, pero eso ocurría en muy pocos casos.

Más allá de la zona donde las naves de la Guardia de la Muerte se congregaban como aves carroñeras alrededor de un cadáver, la gran nave jorgall efectuaba una lenta y renqueante maniobra de giro que la llevaría hasta el plano eclíptico del sistema Iota Horologii. A su paso dejaba un rastro que se asemejaba a la cola de un cometa, compuesto de piezas rotas y fragmentos desprendidos de los inmensos paneles solares agrietados. Los impulsores principales se encendían y apagaban en secuencia a medida que los motores de fusión se esforzaban por hacer virar la enorme masa de la nave-planeta. Varios miembros del destacamento de Adeptus Mechanicus que se encontraban a bordo de la nave de combate *Espectro de Muerte* se habían mostrado en desacuerdo y le habían solicitado a Mortarion unos cuantos días para saquear toda la tecnología posible de la nave alienígena. Sin embargo, el primarca, como era su

derecho, se había negado a la petición. La misiva donde se incluían las órdenes de lord Malcador, y por tanto, por extensión, las del propio Emperador, era que la incursión jorgall en el sector debía ser, textualmente, exterminada. El señor de la Guardia de la Muerte tenía muy claro que no había lugar alguno para la duda en aquellas órdenes. No debía quedar nada en absoluto de los alienígenas.

Y sin embargo…

Nathaniel Garro contempló las diferentes maniobras de las naves de la flota desde la galería situada sobre el hangar principal de lanzamiento de naves de la Resistencia. Sobre él se extendía la gruesa cubierta de cristal blindado, y al otro lado, el espacio. Debajo de él se encontraban las estructuras de vigas de bronce y de rejilla que formaban la cubierta de aterrizaje y despegue. Bajó poco a poco la vista.

Allí abajo, entre los Stormbirds de aspecto grácil y las pesadas siluetas de las Thunderhawks, se encontraba una pequeña nave de transporte de personal de aspecto similar a un cisne. Las alas extendidas de la aeronave estaban pintadas de negro y dorado, por lo que destacaba entre los demás aparatos de los astartes, como un llamativo pájaro de caza posado en mitad de una bandada de aves rapaces.

A bordo de esa nave permanecería el único resto tangible de la incursión después de que todas las señales de la presencia de los jorgall en ese sector del espacio fueran borradas por completo. Se dio cuenta de que se estaba preguntando qué otras órdenes tendrían las Hermanas del Silencio, unas órdenes que no habían dejado de cumplir a pesar de las instrucciones precisas que había dado el primarca. Sin duda, que desobedecieran los deseos de Mortarion no era un desafío al primarca si lo que estaban haciendo era cumplir la voluntad del Emperador. No se trataba de que aquello fuera una desobediencia; no era más que un asunto trivial, algo que no tenía la más mínima importancia. Garro jamás había conocido el caso, y no podía imaginárselo siquiera, de que las órdenes del primarca y las del Emperador no coincidiesen.

Un siseo aceitoso le indicó que la escotilla de la galería se estaba abriendo. Garro alzó la mirada para ver quién había llegado para interrumpirle el habitual momento de soledad del que solía disfrutar después de un combate. Sonrió levemente cuando dos figuras aparecieron en la vacía y resonante galería. Hizo una leve reverencia cuando Amendera Kendel estuvo un poco más cerca de él. Una mujer más joven que ella, vestida con una versión menos adornada de la túnica de la buscadora de brujas, la seguía de cerca.

Kendel le dio a Garro la misma impresión que, supuso, él debía darle a ella: alguien recién llegado del campo de batalla, cansado, pero satisfecho de que el combate hubiera ido bien.

—Hermana —le dijo Garro a modo de saludo—. Espero que el día haya acabado de un modo satisfactorio para usted.

La mujer hizo unos cuantos gestos con las manos y la joven que estaba a su lado tradujo aquellas palabras sin sonido.

—Hermano de batalla Garro, me alegro de verle. Los objetivos del Imperio se han cumplido de la manera más satisfactoria.

Nathaniel alzó una ceja y miró fijamente a la joven. La observó con mayor detenimiento y se dio cuenta de que no llevaba ningún tipo de armadura ni mostraba arma alguna a la vista, a diferencia de Kendel.

—Discúlpeme, pero tenía entendido que las Hermanas del Silencio jamás hablaban.

La muchacha asintió, pero cambió levemente de actitud al contestar.

—Así es, mi señor. Ninguna hermana puede pronunciar una sola palabra mientras viva una vez haya hecho el Juramento del Silencio. Yo no soy más que una novicia, capitán. Todavía he de hacer ese juramento, por lo que aún puedo hablar. Las hermanas acompañantes como yo sirven a nuestra orden cuando es necesario comunicarse con personas ajenas a ella.

—Ya veo —respondió Garro, asintiendo—. Entonces, ¿puedo preguntarle a su señora qué es lo que quiere de mí?

Kendel realizó una nueva serie de gestos y la novicia volvió a actuar como intérprete, con un tono de voz totalmente formal.

—Deseaba hablar con usted, antes de que abandonáramos la Resistencia, sobre los combates en los que usted y sus guerreros tomaron parte a bordo del cilindro jorgall. El Emperador no desea que se hable de ello.

El capitán pensó en ello. Por supuesto… ¿Por qué otro motivo habría matado Kendel al psíquico alienígena con un disparo en el pecho en vez de a la cabeza? Para preservar los posibles secretos que aquella deforme cabeza pudiera contener. La gran obra iniciada por el Señor de la Humanidad para comprender el reino etéreo de la disformidad estaba más allá de la propia comprensión de un simple capitán. Si el Emperador requería el cadáver de un mutante alienígena para aumentar ese entendimiento, Nathaniel Garro no era quién para contradecirlo.

—Así se hará. El Emperador tiene sus tareas y nosotros las nuestras. Mis guerreros jamás han cuestionado algo así.

La hermana del silencio se le acercó un poco y lo contempló con atención. Le hizo una nueva serie de signos a la novicia, y esta dudó por unos instantes. Hizo una pregunta a su señora antes de trasladarle sus palabras a Garro.

—La hermana Amendera quiere saber…, le gustaría preguntarle si la criatura le habló.

—No tenía boca —contestó Garro con mayor rapidez de la que pretendía.

Kendel se puso un dedo en los labios e hizo un gesto negativo con la cabeza. Después se llevó el dedo a la sien.

Nathaniel se miró las manos. Todavía tenía manchas de sangre alienígena en ellas.

—Estoy limpio de toda impureza —insistió—. Esa criatura no me contaminó.

—¿La criatura le habló? —repitió la novicia.

Tardó unos instantes en contestar.

—Sabía lo que yo era. Me dijo que era capaz de ver el mañana. Me dijo que todo lo que adoro moriría. —Garro dijo esto último acompañado de un bufido de desprecio —. Pero soy un astartes. No adoro nada en absoluto. No honro a ningún falso dios, tan solo la realidad de la Verdad Imperial.

La respuesta pareció complacer a la hermana Amendera, quien inclinó la cabeza en un leve gesto de reverencia.

—Capitán, su lealtad, como la de todos los guerreros de la Guardia de la Muerte, no ha sido puesta en duda en ningún momento —le transmitió la novicia—. Es evidente que lo que la criatura buscaba era debilitar su voluntad. Hizo muy bien en resistirla.

La dama del olvido hizo el signo del aquila seguido de una reverencia. La novicia imitó los gestos de Kendel.

—Mi señora desea que usted y los guerreros de su compañía acepten las felicitaciones y la gratitud de las Hermanas del Silencio. Dice que presentará sus nombres al Sigilita en reconocimiento al servicio prestado a Terra.

—Es un honor —le contestó Garro—. Disculpe, pero me gustaría saber qué le ocurrió a su camarada, la doncella que quedó con la cabeza al descubierto durante el combate.

La novicia hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, la hermana Thessaly. Sufrió heridas graves, pero se recuperará. Nuestros médicos a bordo de la *Aeria Gloris* la curarán. Tengo entendido que uno de los suyos, el hermano Voyen, le salvó la vida.

—*Aeria Gloris* —repitió Garro—. No conozco esa nave. ¿Forma parte de nuestra flota?

Los labios de Kendel formaron una sonrisa y le hizo nuevos gestos a la novicia.

—No, capitán, es parte de la mía. Véalo usted mismo.

La mujer señaló con la mano a través de la cúpula de cristal y Garro siguió la indicación con la mirada.

Una parte del vacío estelar se movió por delante de la proa de la Resistencia, cruzando el hueco que se abría entre la nave astartes y el lejano brillo de la estrella iotana. Mientras que las naves convencionales de las flotas del Imperio lucían inmensos gallardetes y luces de señalización a lo largo del casco, la recién llegada, la *Aeria Gloris*, se acercó envuelta en la oscuridad surgiendo de la profundidad interestelar igual que un depredador saldría a la superficie de un océano envuelto por la noche.

Garro jamás había visto en persona una de las naves negras. Eran las naves nodriza de las Hermanas del Silencio, que las llevaban de un extremo a otro de la galaxia en las misiones de cazas de brujos encomendadas por el Emperador. Era difícil distinguir algo más que los detalles básicos de la forma de la nave. La silueta del crucero de batalla se recortaba contra el brillo de Iota Horologii. Tenía un tamaño que rivalizaba con el acorazado insignia de la Guardia de la Muerte, el *Voluntad*

Indomable. Carecía de la tradicional parte delantera en forma de espolón que poseían la mayoría de las naves imperiales, y la proa acababa en un morro chato y aplanado. Debajo de la popa se extendía una única y larga vela de borde afilado. Sobre ella había tallada un aquila de reluciente piedra volcánica. Donde la *Resistencia* y las demás naves de la flota del Adeptus Astartes eran las espadas utilizadas contra los enemigos de Terra, la *Aeria Gloris* era el martillo contra los brujos.

—Impresionante —murmuró Garro.

No había mucho más que decir. Se preguntó cómo sería deambular por las cubiertas de aquella nave. Le atraía y le repelía al mismo tiempo pensar en los secretos que aquella embarcación debía contener.

La hermana Amendera hizo otra reverencia y un gesto de asentimiento hacia la novicia.

—Debemos marcharnos, apreciado capitán —le dijo la joven—. Hemos de ponernos en camino hacia la Luna antes del final del día, y el espacio disforme cada vez es más turbulento.

—Buen viaje, hermanas —les deseó Garro, incapaz de apartar la mirada de la oscura nave estelar.

* * *

Kaleb guio el carrito por la cámara de la armería procurando mantenerse en la franja exterior de la enorme estancia. En la bandeja superior del carrito iba el bólter de su señor. El habitualmente pulcro acabado del arma estaba estropeado por los daños sufridos durante el enfrentamiento en la nave-planeta de los jorgall. Kaleb era el asistente de Garro, y uno de los deberes que le imponía su cargo era llevar el bólter a los servidores armeros y asegurarse de que el arma recuperaba todo su esplendor en el menor tiempo posible. Estaba decidido a no decepcionar a su capitán.

Pasó junto a grupos de miembros de la Guardia de la Muerte que estaban informando sobre el combate mientras dejaban allí las armas. Eran guerreros de la compañía de Temeter que conversaban de un modo animado sobre los momentos más complicados del asalto a la nave alienígena. También había astartes de la primera compañía de Typhon, todos de un humor agresivo. Al otro lado de la estancia distinguió a Hakur, que estaba hablando con Decius. El joven astartes le estaba relatando un momento del combate al veterano con un entusiasmo que el ceñudo superior evidentemente no compartía.

Los guerreros de la Legión XIV no solían celebrar sus victorias con grandes festejos. Kaleb había oído comentar que tales celebraciones eran más propias de los Lobos Espaciales o de los Devoradores de Mundos. Sin embargo, la Guardia de la Muerte también conmemoraba a su manera sus triunfos y honraba a los que habían caído en combate.

La Guardia de la Muerte ofrecía una imagen que las demás legiones se apresuraban a aceptar: la de unos guerreros brutales, implacables y duros de corazón; pero la realidad era más complicada que todo aquello. Era cierto que aquellos astartes rara vez parecían disfrutar de los combates en sí, pero no eran tan sombríos o deprimentes como creían casi todos. Comparada con los relatos que Kaleb había oído sobre legiones estoicas y carentes de pasión como los Ultramarines o los Puños Imperiales, la Guardia de la Muerte casi podía ser considerada escandalosa y descuidada.

El asistente se detuvo después de rodear una pilastra al oír las risotadas de la figura que había quedado al descubierto delante de él. Se quedó dubitativo unos instantes. El comandante Grulgor estaba en mitad del camino, charlando en voz baja pero distendida con un astartes de la segunda compañía. Los dos individuos se estrecharon las manos con un gesto firme y serio, y a pesar de la escasa iluminación del lugar, Kaleb distinguió la forma de una especie de amuleto redondeado de bronce entre los dedos de Grulgor antes de que pasara a la mano del otro astartes.

Se dio cuenta de inmediato que había interrumpido un encuentro privado, algo que solo los guerreros del Adeptus Astartes podían compartir, algo que un simple sirviente como él no debía ver. Sin embargo, no tenía dónde ocultarse, y si se daba la vuelta, el traqueteo de las ruedas del carrito lo delataría, A pesar de no querer hacerlo, no le quedó más remedio que toser un poco. Fue un sonido muy leve, pero se produjo un silencio inmediato cuando el comandante se dio la vuelta y se fijó por primera vez en el asistente.

Kaleb estaba mirando fijamente al suelo, por lo que no pudo ver la expresión de absoluto desprecio con la que Grulgor lo atravesó.

—El pequeño esclavo de Garro —escupió el comandante—. ¿Estás escuchando lo que no deberías? —Dio un paso hacia el asistente, y Kaleb no pudo evitar retroceder. La voz de Grulgor tomó el tono de un profesor que está enseñando a un alumno, aprovechándose de un tercero para dar una lección a su costa—. ¿Sabes lo que es esto, hermano Mokyr?

El otro astartes lo contempló con gesto desdeñoso.

—No es un servidor, comandante. No hay suficiente acero ni pistones para que lo sea. Parece un hombre.

Grulgor hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no es un hombre, sino un sirviente. —El énfasis que puso en el nombre del cargo iba cargado de desprecio—. Un capricho, una antigua práctica que data de tiempos antiguos. —El comandante lo señaló con ambos brazos—. Míralo bien, Mokyr. Mira bien este fracaso.

Kaleb se atrevió por fin a hablar.

—Mi señor, con su permiso, debo cumplir las tareas que…

No le hizo ningún caso.

—Antes de que nuestro primarca trajera nueva y poderosa sangre a la legión, existían numerosos rituales y costumbres que atenazaban a los Adeptus Astartes. La mayoría ya se han eliminado —Grulgor torció el gesto—. Algunos se mantienen debido a la terca fidelidad que les demuestran hombres que deberían actuar de otro modo.

Mokyr asintió.

—El capitán Garro.

—Sí, Garro. —El tono de voz de Grulgor era despreciativo—. Permite que el sentimentalismo nuble su buen juicio. Por supuesto que acepto que es un excelente guerrero, pero nuestro hermano Nathaniel es un anticuado, alguien demasiado atado a sus raíces terranas. —El astartes se inclinó sobre Kaleb y bajó la voz—. ¿O me equivoco en lo que pienso? Quizá Garro te mantiene cerca de él no como alguna clase de tradición desfasada, sino como un recordatorio, como un ejemplo vivo de lo que significa fallarle a la legión.

—Por favor —musitó el sirviente, quien apretaba con tanta fuerza el asa del carrito que los nudillos se le habían puesto blancos.

—No lo entiendo —comentó Mokyr, quien estaba realmente confundido—. ¿Cómo es posible que este esclavo sea un fallo?

—Ah —le empezó a responder Grulgor mientras se apartaba del sirviente—, pero es que si no hubiese sido por el destino, este desgraciado habría caminado entre los miembros de las legiones astartes. Podría haber estado a tu lado, hermano, con la armadura blanca y empuñando un arma por el Imperio. Aquí nuestro amigo, fue un aspirante a la Decimocuarta Legión, lo mismo que lo fuimos todos nosotros. Pero no fue lo bastante fuerte para superar las pruebas de aceptación, y quedó derrotado por su propia debilidad. —El comandante se dio unos leves golpes en la barbilla en un gesto pensativo—. Dime, siervo, ¿dónde perdiste la voluntad? ¿Mientras cruzabas las negras llanuras? ¿Fue en el túnel de los venenos?

Kaleb le contestó con apenas un susurro.

—Fue en el jardín de las espinas, mi señor.

El doloroso recuerdo le volvió a la mente, fresco y con todos los detalles a pesar de los años que habían transcurrido desde que aquello sucedió. El asistente frunció la expresión de la cara al acordarse de las punzantes púas venenosas que se le clavaban en la piel desnuda, con el cuerpo cubierto de regueros de sangre. Recordó el dolor y lo que fue todavía peor, la vergüenza de notar cómo le fallaban las piernas. Volvió a acordarse de su caída sobre la gruesa capa de barro, donde se quedó tirado, llorando, porque sabía que había perdido para siempre la oportunidad de convertirse en un guerrero de la Guardia de la Muerte.

—El jardín de las espinas, claro… —musitó Grulgor al mismo tiempo que se daba unos golpecitos con los dedos en uno de los avambrazos—. Han sido muchos los que se han desangrado finalmente en esa prueba. Que llegaras hasta allí fue toda una hazaña.

Mokyr alzó una ceja.

—Señor, ¿queréis decir que este… individuo fue un aspirante? Pero si los que fracasan, mueren…

—Solo la mayoría de ellos lo hacen —le corrigió el comandante—. La mayoría perecen a causa de las heridas que han sufrido o por los venenos que no logran resistir durante los siete días de pruebas, pero hay unos pocos que fracasan y, sin embargo, consiguen sobrevivir. Casi todos prefieren elegir la Paz del Emperador al deshonor que supone volver a sus clanes. —Miró con frialdad a Kaleb—. Pero tampoco todos lo hacen. Algunos carecen de la fuerza de voluntad necesaria incluso para un honor semejante. —Grulgor se volvió para mirar a Mokyr y aspiró aire por la nariz con un gesto altanero—. Algunas legiones utilizan a estos desechos, pero en la Guardia no actuamos de ese modo. Sin embargo, Garro decidió invocar un antiguo derecho y le salvó la vida al sacar a este despojo del pozo de su propia incapacidad. —Grulgor soltó un bufido—. Qué noble.

Kaleb encontró el valor de responder.

—Tengo el privilegio de servir —le contestó.

—¿Lo es? —replicó el astartes con un gruñido—. ¿Te atreves a mostrar tus deficiencias entre nosotros, los elegidos de Mortarion? No eres más que un insulto. Nos imitas y te cuelgas de los faldones de nuestras capas mientras luchamos por el futuro de la humanidad. ¿Nos cuidas las armas y pretendes con eso ser merecedor de nuestra compañía? —Luego empujó el carrito de Kaleb contra la pared—. Acechas entre las sombras. No eres más que la mascota espía de Garro. ¡No eres nada! —La furia que Grulgor sentía le centelleó en la mirada—. Si yo fuera el capitán de la Primera Compañía, el ritual sin sentido que te permitió seguir existiendo se acabaría en un instante.

—Entonces, ¿resulta que el comandante de la Segunda Compañía se encuentra insatisfecho con su honroso puesto? —dijo una nueva voz.

—Apotecario Voyen —Grulgor saludó al recién llegado con un gesto de asentimiento algo precavido—. Por desgracia, existen muchas cosas con las que me siento insatisfecho —contestó al mismo tiempo que se apartaba del tembloroso asistente.

—La vida es un desafío constante en ese sentido —comentó Voyen con una voz cargada de forzada despreocupación, pero miró de reojo a Kaleb.

—Así es —admitió el comandante—. ¿En qué puedo ayudarte, hermano?

—Tal vez me podrías explicar por qué el asistente de mi capitán se ha visto retrasado durante el transcurso de sus obligaciones. El capitán de batalla regresará dentro de poco y querrá saber el motivo que ha impedido que sus órdenes se hayan cumplido.

Kaleb vio con toda claridad cómo se estremecía un nervio de la mandíbula de Grulgor en respuesta a la temeraria contestación de Voyen. Por un momento temió que el veterano astartes replicara de un modo furibundo al joven apotecario, pero ese

momento se desvaneció cuando intercambiaron una mirada de entendimiento sobre algo que él no conocía.

Grulgor se apartó del paso de Kaleb con un gesto exagerado.

—El esclavo puede continuar con sus tareas —se limitó a decir, y con eso, el comandante les dio la espalda a los dos y se alejó del lugar. Mokyr lo siguió de cerca. Kaleb los contempló mientras se alejaban y distinguió de nuevo el brillo del extraño amuleto de bronce cuando el astartes se metió el objeto en una de las cartucheras de munición que llevaba en el cinto.

Inspiró de forma temblorosa y le hizo una reverencia a Voyen.

—Gracias, mi señor. Debo confesar que no logro comprender el motivo por el que el comandante me detesta tanto.

Voyen acompañó al asistente cuando este reanudó el camino hacia la armería.

—Ignatius Grulgor lo odia todo con la misma intensidad, Kaleb. No deberías tomártelo como algo personal.

—Y a pesar de eso, algunas de las cosas que dice… Algunas de esas ideas las comparto.

—¿De verdad? Pues entonces, contéstame a esto: ¿crees que el capitán Garro, el jefe de la Séptima Compañía, te considera un insulto? ¿Que un hombre de honor como él pensaría siquiera en algo así?

Kaleb hizo un movimiento negativo con la cabeza.

Voyen puso una de sus enormes manos en el hombro del asistente.

—Es cierto que jamás serás uno de nosotros, pero a pesar de ello, sirves a nuestra legión.

—Pero Grulgor tiene razón —insistió Kaleb—. A veces, soy un espía. Voy por la nave y soy invisible a plena vista, pero yo veo y oigo. Mantengo a mi señor informado del ambiente en la legión.

La expresión del rostro del apotecario no cambió.

—Un buen comandante siempre debe estar bien informado. No hablamos de confabulaciones o de conspiraciones. No es más que tenerlo al corriente sobre el estado de ánimo y de lo que se habla. No deberías ver problema alguno en eso.

Llegaron al estrado del arsenal donde los servidores de armamento los estaban esperando. El sirviente les entregó el bólter del capitán. Kaleb notó cómo una tremenda tensión se soltaba en su interior al mismo tiempo que sentía los labios pugnando contra la necesidad de hablar. Voyen pareció darse cuenta de ello, así que se lo llevó hasta un rincón aislado, cerca de una portilla de observación.

—Es algo más que eso. He visto cosas. —Kaleb habló en voz baja, en tono casi conspirador—. Ocurre a veces en los compartimentos más apartados de la nave, por donde los miembros de la tripulación no suelen pasar. Hay reuniones de gente encapuchada, mi señor. Encuentros clandestinos entre individuos que no pueden ser más que vuestros hermanos de batalla.

Voyen se había quedado muy quieto.

—Me hablas de las logias, ¿verdad?

Kaleb se sintió sorprendido de que el apotecario hablara de un modo tan abierto de aquello. Las discretas congregaciones de guerreros de las legiones astartes no eran muy conocidas por las personas ajenas a aquel mundo, y, sin duda alguna, había ciertos asuntos sobre los que una persona como Kaleb no debería tener conocimiento.

—He oído mencionar esa palabra. —El asistente se frotó las manos en un gesto cargado de nerviosismo. Tenía las palmas sudorosas. Algo en su interior le decía que se callara, pero no pudo evitar seguir hablando—. Ahora mismo acabo de ver cómo el comandante Grulgor le pasaba un medallón al hermano Mokyr. Vi uno idéntico entre los efectos personales del fallecido sargento Raphim después de su muerte en combate en las lunas de Carinea. —Kaleb se pasó la lengua por los labios—. Es un disco de bronce que lleva grabados el cráneo y la estrella de nuestra legión, mi señor.

—¿Qué crees que es?

—¿Un emblema, señor? ¿Una señal de pertenencia a cualquiera de esos grupos de supersticiosos?

El astartes lo miró fijamente, sin mostrar emoción alguna.

—Temes que esas reuniones amenacen la unidad de la Guardia de la Muerte, ¿verdad? ¿Que en su seno se encuentre la semilla de la sedición?

—¿Y cómo es posible que no sea así? —le respondió sibilante Kaleb—. El secretismo es un enemigo de la verdad. ¡Y la verdad es lo que el Emperador y sus guerreros defienden! Si los guerreros se reúnen en las sombras… —Se calló de repente y parpadeó.

Voyen sonrió levemente.

—Kaleb, respetas al capitán Garro, y todos conocemos la grandeza de nuestro primarca. ¿Crees que unas personas tan poderosas como ellos se quedarían con los brazos cruzados y permitirían que una subversión semejante creciera ante sus propios ojos? —El apotecario volvió a apoyar una mano en el hombro del asistente y Kaleb notó una leve presión en la zona. Se dio cuenta del tamaño y de la fuerza del guantelete de ceramita del guerrero, que le cubría por completo el hombro—. Lo que has visto a hurtadillas y has oído en rumores no es nada que deba preocuparte y, desde luego, no es un asunto con el que debamos distraer al capitán. Confía en mí y haz caso de lo que te digo.

—Pero… —respondió Kaleb, que de repente notó la garganta reseca—, ¿cómo puede saber eso?

La sonrisa desapareció de los labios de Voyen.

—No sé decirte.

* * *

Nathaniel Garro seguía teniendo un aspecto imponente con una simple túnica de aspecto informal incluso entre sus guerreros, que todavía no se habían quitado la

armadura de combate. Caminó entre los astartes que se encontraban en el extremo más alejado de la amplia cámara de la armería, en la zona de la larga estancia de hierro que pertenecía a la Séptima Compañía. Habló con cada uno de ellos, compartiendo una sonrisa o un gesto de asentimiento con aquellos que se encontraban de buen humor, o expresando una muestra de compasión hacia aquellos que habían perdido a un camarada en el combate contra los jorgall. Buscó a Decius hasta encontrarlo. Quería darle una leve reprimenda. El joven astartes estaba limpiando con un grueso paño su puño de combate, un guantelete de tamaño desproporcionado.

—Solun, el planteamiento táctico del ataque no estaba dirigido al combate cuerpo a cuerpo —le indicó—. Llevas un bólter por buenas razones.

—Si no le importa a mi capitán, ya he sido reconvenido por el hermano Sendek a ese respecto. Me informó, con todo lujo de detalles y de forma prolongada, sobre los puntos en los que me había equivocado en referencia a las reglas de enfrentamiento.

—Ya veo —dijo Garro sentándose a su lado en el banco—. ¿Y cuál fue tu repuesta?

El joven guerrero sonrió.

—Le dije que, con reglas o sin ellas, seguíamos vivos, y que la victoria es lo único con lo que se puede medir el éxito.

—¿Ah, sí?

—¡Por supuesto! —Decius siguió limpiando con gran cuidado el puño de combate —. En la guerra, lo que importa sobre todo lo demás es el resultado final. Si no se logra la victoria… —se quedó callado unos momentos mientas buscaba las palabras adecuadas—, no tiene sentido.

Andus Hakur, que estaba cerca de ellos, se pasó una mano por la barbilla, donde asomaban los pelos grises de una barba incipiente.

—¡Oír una agudeza táctica como esa de labios de un cachorro! Me temo que me voy a marear de la impresión.

En los ojos de Decius apareció una mirada de enfado ante la burla del veterano, pero Garro se dio cuenta y se rio con suavidad para quitarle importancia al asunto.

—Solun, tendrás que perdonar a Andus. A su edad, su afilada lengua es la única arma que es capaz de manejar con soltura.

Hakur se llevó una mano al pecho en un gesto de dolor fingido.

—¡Oh, una flecha en pleno corazón, disparada por mi propio capitán! ¡Qué tremenda tragedia!

Garro mantuvo una sonrisa tranquila, pero lo cierto era que captaba el cansancio y el dolor en la forzada voz de su viejo amigo. Hakur había perdido varios hombres de su escuadra en el mundo astronave, y la pena que sentía se encontraba bajo la superficie.

—Todos luchamos bien hoy —le dijo el capitán. Las palabras le salieron solas, sin haberlas pensado—. Una vez más, los guerreros de la Guardia de la Muerte han sido

las herramientas que graban la voluntad del Emperador en toda la galaxia.

Ninguno de los otros astartes le respondió. Todos y cada uno de ellos se quedaron en silencio mirando por encima del hombro de Garro. Los guerreros de la Séptima Compañía se pusieron de rodillas mientras él se daba la vuelta para saber el motivo.

Garro se sintió turbado por el hecho de que ni siquiera hubiera oído acercarse a su primarca. Al igual que había ocurrido en la cámara de reuniones antes del ataque, Mortarion tan solo revelaba su presencia cuando a él le apetecía.

Garro hizo una profunda reverencia ante el señor de la Guardia de la Muerte. Se dio cuenta de que Typhon estaba al lado del primarca, y que detrás de la capa del primer capitán había medio oculto un servidor.

—Mi señor —lo saludó con respeto.

En el rostro de Mortarion apareció una fría sonrisa, visible a pesar incluso del ancho collar que le cubría el cuello y los labios.

—Las hermanas se han marchado. Alabaron mucho a la Séptima.

Garro se atrevió a alzar un poco la mirada. Al igual que él, el primarca ya se había quitado la servoarmadura de bronce y acero. Llevaba puesta la típica túnica que se utilizaba cuando no se estaba de servicio, aunque debajo llevaba parte de un equipo de combate. Incluso así, con una vestimenta tan simple, no había forma alguna de confundirlo con nadie más. Era un individuo alto y enjuto, un hombre creado a partir de músculos de acero tensado. Era tan alto con sus botas de suela lisa como Typhon equipado con la armadura de exterminador de la Primera Compañía.

Además, por supuesto, estaba la segadora. Llevaba el arma colgada a la espalda, y el arco de la pesada hoja negra se prolongaba por detrás de su cabeza como una curva oscura.

—Nathaniel, por favor, yérguete, es muy cansado mirar hacia abajo para hablar con mis hombres.

Garro se irguió por completo y miró fijamente a los ojos de color ámbar del primarca. Tuvo que hacer un esfuerzo por no dar un paso atrás. La ardiente mirada de Mortarion se le clavó profundamente, y al capitán le dio la impresión de que el primarca le sopesaba el corazón con sus largos y esbeltos dedos.

—Deberías tener cuidado, Typhon —comentó el Señor de la Muerte—. Este guerrero tendrá tu puesto algún día.

Typhon, siempre hosco, se limitó a sonreír sin alegría. Garro tenía ante sí a los dos miembros de la Guardia del Sudario, en los límites de su capacidad de visión; detrás, al primer capitán, y después, al primarca, por lo que se sentía como si se encontrara en el fondo de un pozo. Cualquier persona corriente probablemente se habría venido abajo ante semejante escrutinio.

—Mi señor, ¿qué servicio puede prestaros la Séptima? —preguntó.

Mortarion le indicó con un gesto que se acercara.

—Que su capitán venga a mi lado, Garro. Se ha ganado una recompensa.

Nathaniel hizo lo que se le ordenaba. Echó un rápido vistazo en dirección a Hakur, y recordó las palabras que le había dicho a las orillas del lago: «No buscamos elogios ni honores». Garro no tenía ninguna duda sobre lo que le estaría divirtiendo al sargento lo que estaba ocurriendo.

—Mi señor, no merezco ningún… —empezó a decir Garro.

—Supongo que no estaba a punto de negarse, ¿verdad, capitán? —lo cortó Typhon con una advertencia—. Una falsa modestia semejante no sería bien recibida.

—Soy un simple siervo del Emperador —logró contestar Garro—. Es un honor más que suficiente.

Mortarion le hizo un gesto al servidor para que avanzara. El capitán vio que lo que llevaba era una bandeja con cuencos y cálices.

—Bueno, pues en vez de eso, Nathaniel, quizá puedas honrarme compartiendo mi bebida.

Garro se puso tenso al reconocer las copas y el líquido que contenían.

—P… por supuesto, mi señor.

Se decía que no existía una toxina tan fuerte, ni un veneno tan poderoso ni una enfermedad tan letal como para que un Guardia de la Muerte no fuese capaz de resistirla. Los miembros de la Legión XIV habían sido desde sus comienzos los guerreros del Emperador más preparados para actuar en los ambientes más hostiles, capaces de combatir en mitad de nubes corrosivas o en atmósferas ácidas en las que ningún humano normal habría logrado sobrevivir. Barbarus, base de la legión y planeta adoptivo del propio primarca, había conformado esa característica. Y a los astartes de Mortarion les sucedía lo mismo que a su primarca. La Guardia de la Muerte era una legión resistente, invencible.

Se endurecían a través de un entrenamiento y de una preparación exhaustiva cuando eran neófitos astartes. Se exponían de forma voluntaria a agentes químicos y contaminantes, además de a cepas víricas letales y a venenos de mil tipos diferentes. Eran capaces de resistir a todo eso. Gracias a ello habían conseguido la victoria en Urssa, el planeta repleto de hongos, del mismo modo que se habían enfrentado a los enjambres de avispones de Ogro IV, y ese era el motivo por el que se les había elegido para enfrentarse a los jorgall, que respiraban cloro.

El servidor mezcló con habilidad los distintos líquidos oscuros y llenó las copas. A la nariz de Garro llegó el olor de los compuestos químicos. Se trataba de una mezcla del agente nervioso llamado magenta, alguna de las variedades del veneno del escarabajo espada y otras sustancias menos reconocibles. Ningún astartes al servicio de Mortarion se habría atrevido a llamar a aquello un ritual. Ese término evocaba conceptos de idolatría primitiva, un anatema para la pura lógica de la Verdad Imperial. Aquello simplemente era una costumbre, una tradición de la Guardia de la Muerte que había sobrevivido a pesar de las intenciones de individuos como Ignatius Grulgor. Las copas eran propiedad de Mortarion, y tras cada batalla en la que participaba en persona, el Señor de la Muerte escogía a uno de los guerreros que lo

habían acompañado y compartía con él una copa de veneno. La beberían y vivirían, y de ese modo cimentarían la fuerza inquebrantable de la legión a la que representaban.

El servidor le ofreció la bandeja al primarca, quien tomó una de las copas. Luego le entregó otra a Garro y otra más a Typhon. Mortarion alzó su copa en gesto de saludo.

—Contra la muerte —brindó.

El primarca se llevó la copa a los labios y, con un rápido movimiento de la muñeca, la vació de un solo trago, apurándola hasta el fondo. Typhon sonrió a medias pero con ferocidad y también se la bebió de golpe para responder al brindis.

Garro vio que el rostro del primer capitán se enrojecía, pero Typhon no dio más muestra de sentirse incómodo. El capitán de la Séptima olfateó el contenido de la copa y los sentidos se le rebelaron. Dos de los órganos que le habían implantado, la neuroglotis y el preomnor, se revolvieron tan solo con el olor que desprendía aquel brebaje nocivo. Sin embargo, rechazar la copa sería considerado un signo de debilidad, y Nathaniel Garro jamás permitiría que nadie lo acusara de algo semejante.

—Contra la muerte —respondió.

El capitán apuró la copa con un único movimiento y después la dejó boca abajo sobre la bandeja. Entre los guerreros de la Séptima Compañía se oyó un murmullo de aprobación, pero Garro apenas lo oyó. El palpitar de la sangre le retumbó en los oídos mientras una tremenda sensación de calor abrasador le quemaba la garganta y el esófago. Los poderosos mecanismos de su fisiología de astartes se apresuraron a contrarrestar las toxinas que había ingerido. Decius lo contemplaba con admiración, soñando sin duda en que llegaría el día en que sería su mano, y no la de Garro, la que sostendría esa copa.

La fría sonrisa de Mortarion se ensanchó.

—Una cosecha excelente y poco común, ¿no te parece?

Garro no podía hablar, ya que sentía el pecho envuelto en llamas, de modo que se limitó a asentir. El primarca se rio en voz baja, de buen humor. Por el efecto que le había causado, la copa de Mortarion bien podía haber contenido agua. Le puso una mano en la espalda al capitán.

—Ven, Nathaniel. Demos un paseo para bajar la bebida.

* * *

Typhon hizo una reverencia ante el primarca cuando llegaron a la rampa que llevaba a la balconada que se extendía por encima de la amplia estancia de la armería y le pidió permiso para retirarse. Luego se alejó hacia la zona donde el comandante Grulgor y la Segunda Compañía repasaban sus armas. Garro miró hacia atrás y vio a los dos miembros de la Guardia del Sudario que los seguían de cerca. Se movían con tanta precisión que más parecían dos autómatas que dos hombres.

—No te preocupes, Nathaniel —le comentó Mortarion—. Todavía no tengo planeado sustituir a mis guardianes. No voy a reclutarte como miembro de los muertos secretos.

—Como deseéis, mi señor —le contestó Garro tras recuperar el uso del habla.

—Sé que no te gustan las celebraciones como la de las copas, pero debes entender que, a veces, los actos honoríficos y de alabanza son necesarios —asintió para sí mismo—. Los guerreros deben saber que se les valora. El elogio… el elogio de tus iguales es necesario en el momento adecuado. Sin algo así, hasta el individuo de carácter más firme puede llegar a creer que no se lo valora.

Al decir aquello, en la voz del primarca apareció un leve tono de melancolía, pero fue tan breve y desapareció con tanta rapidez que Garro creyó que se lo había imaginado.

Mortarion se dirigió hasta el borde de la balconada y se quedaron contemplando la gran reunión de guerreros. Aunque la Resistencia no disponía del espacio suficiente para transportar a toda la legión, allí abajo había buena parte de las siete compañías de la Guardia de la Muerte, completas o en parte. Garro vio a Ullis Temeter, y su camarada lo saludó. Garro le respondió con un gesto de cabeza.

—Nathaniel, eres una persona respetada —le dijo el primarca—. No hay ni un solo capitán de la legión que no reconozca tu habilidad en combate —sonrió levemente de nuevo—; hasta el comandante Grulgor, aunque es posible que odie admitirlo.

—Gracias, mi señor.

—Y en cuanto a los hombres… Los hombres confían en ti. Se inspiran en ti para buscar fuerza de carácter, liderazgo, y tú se los das.

—No hago más que lo que me ordena el Emperador, mi señor —contestó Garro. El capitán se sentía inquieto. A pesar de todo lo honroso que era compartir un momento como aquel con el señor de la legión, lo incomodaba en igual medida. Aquello no era el escenario directo del combate, donde Garro tenía muy claro lo que se esperaba de él. Se encontraba en una situación muy extraña, en compañía de uno de los mismísimos Hijos del Emperador.

Si Mortarion se daba cuenta de su inquietud, no dio muestra alguna de ello.

—Para mí es importante que la legión tenga una unidad de propósito. Es tan importante para mí como lo es para mi hermano Horus que haya unidad entre todos los guerreros del Adeptus Astartes.

—El Señor de la Guerra —murmuró Garro.

A bordo de la *Resistencia* se habían oído rumores de que una parte de la flota de la Guardia de la Muerte partiría en una nueva misión tras acabar con los jorgall. El rumor que con más fuerza sonaba era el que implicaba que esa parte de la flota se reuniría con la Sexagésimo Tercera Flota Expedicionaria de la Gran Cruzada, bajo el mando nada menos del hijo preferido del propio Emperador, Horus, el Señor de la Guerra. En ese momento se dio cuenta de que era algo más que un simple rumor.

Garro ya había combatido en el pasado al lado de los guerreros de la XIV Legión, la de Horus, y sentía una profunda admiración por individuos como Maloghurst, Garviel Loken y Tarik Torgaddon.

—He servido junto a los Lobos Lunares en el pasado, mi señor.

—Ahora son los Hijos de Horus —lo corrigió Mortarion con suavidad—. Lo mismo que los guerreros de la Guardia de la Muerte antaño fueron los Incursores del Crepúsculo. Mi hermano espera grandes hazañas de mi legión, capitán. Se avecina una batalla que nos pondrá a todos a prueba, desde el Señor de la Guerra hasta el más humilde asistente.

—Estaré preparado.

El primarca asintió.

—No lo pongo en duda, Nathaniel, pero estar preparado no va a ser suficiente. —Rodeó el pasamano de la barandilla de hierro con los dedos—. La Guardia de la Muerte debe pensar con la misma mente. Debemos tener un propósito único y común o fallaremos.

Garro se sintió más incómodo todavía y se preguntó si no estaría notando los efectos más tardíos del contenido de la copa.

—No… no estoy muy seguro de entenderos, mi señor.

—Nuestros guerreros deben tener confianza en las líneas de mando con sus superiores y con sus subordinados, pero también es importante que dispongan de un lugar donde las barreras creadas por los rangos desaparezcan. Deben disponer de libertad para pensar y para hablar sin trabas.

La claridad de ideas de la que Garro había carecido hasta ese momento le llegó de sopetón.

—Mi señor se refiere a las logias.

—Me han comentado que siempre te has negado a participar en ellas. ¿Por qué, Nathaniel?

Garro bajó la vista y se quedó mirando las planchas que formaban el suelo.

—¿Me está ordenando que forme parte de una de ellas, mi señor?

—No puedo dar órdenes a las logias, lo mismo que no puedo dar órdenes a las estrellas del firmamento —le respondió Mortarion con voz tranquila—. No, capitán, no te lo ordeno. Tan solo te pido que me ilumines sobre el motivo.

Garro se quedó callado durante un largo rato antes de hablar de nuevo.

—Señor, somos Adeptus Astartes, con el camino señalado por el Señor de la Humanidad y la tarea encargada de reunir los fragmentos dispersos de esa humanidad para colocarlos bajo el manto del Imperio. Debemos iluminar a los perdidos al mismo tiempo que castigamos a los caídos y a los invasores. Solo podremos lograrlo si tenemos la verdad de nuestra parte. Si lo hacemos de un modo abierto, bajo la fría luz del universo, no tengo ninguna duda de que al final expurgaremos a la galaxia de las falacias de los dioses y de las deidades…, pero no seremos capaces de llevar la verdad secular a ninguna parte si la más mínima parte de

ella se encuentra oculta. Únicamente el Emperador puede mostrar el camino que debemos seguir. —Inspiró profundamente, aunque algo tembloroso, debido a que era muy consciente de la intensa mirada con la que el primarca lo estaba observando—. Esas logias, aunque tienen su valía, se basan en la ocultación, y no quiero formar parte de nada de eso.

Mortarion aceptó lo que decía con una leve inclinación de cabeza.

—¿Qué hay de aquellos de tus hermanos de batalla que piensan diferente?

—Es su elección, mí señor. No tengo derecho a tomar una decisión por ellos.

El primarca se irguió de nuevo.

—Gracias por tu sinceridad, capitán. No esperaba menos de ti. —Se calló un momento—. Tengo que pedirte algo más, Nathaniel, aunque me temo que esta vez sí es una orden.

—¿Sí, mi señor? —le preguntó Garro al mismo tiempo que notaba una extraña sensación en el pecho.

—En cuanto acabemos con los preparativos aquí, la flota se pondrá en marcha para reunirse en el sistema Istvaan con la nave de mando del Señor de la Guerra, el *Espíritu Vengativo*. Horus va a celebrar un consejo de guerra con miembros de los Devoradores de Mundos y de los Hijos del Emperador. Necesitaré un asistente para que vaya conmigo. El primer capitán Typhon estará ocupado con otros menesteres, así que te he escogido para que me acompañes.

Garro se quedó sin habla. Conceder semejante privilegio a un simple capitán era algo sin precedentes, y la idea hizo que le faltara el aire. Estar en presencia de Mortarion ya era bastante increíble, pero hacerlo a su lado en una asamblea de los propios Hijos del Emperador convocados por el Señor de la Guerra en persona…

Sería algo glorioso.

Cuatro
Dos caras
Un grito en la oscuridad
Reunión de leyendas

La pantalla pictográfica era flexible, igual que un paño, y colgaba del techo de la armería igual que un tapiz. Los cables que salían de ella estaban sujetos a unas relucientes conexiones de bronce de las paredes. Los flujos de datos no cesaban de transmitir las imágenes a través de las redes de comunicación existentes entre las naves. La imagen que se veía en la pantalla era en directo, algo distorsionada por la interferencia de la estrella de Horologii, y aunque parecía estar produciéndose en ese mismo instante, en realidad llevaba unos cuantos minutos de retraso respecto a lo que ocurría en verdad. La transmisión se ralentizaba a causa de la física relativista, aunque tampoco es que aquel detalle fuera algo que importara a los astartes reunidos allí para observar lo que ocurría.

Las imágenes procedían de los pictógrafos de la proa del *Aguijón de Barbarus*, una fragata ligera a la que habían encomendado la tarea de seguir de cerca el mundo astronave de los jorgall en el último viaje que iba realizar. Las imágenes se estaban grabando para la posteridad. Sin duda las mejores se convertirían en noticias impactantes que se distribuirían por todo el espacio imperial.

Las toberas del mundo astronave brillaron enrojecidas cuando de las aberturas surgieron chorros de llamas de fusión, cada uno de ellos tan largo como el propio *Aguijón*. En el borde de las imágenes se veía el destello de otras naves de menor tamaño, lanzaderas y Thunderhawks, que escapaban de la astronave enemiga con los últimos miembros de las fuerzas imperiales a bordo. Los pictógrafos giraron para seguir a la gigantesca nave y los filtros de luz se activaron cuando el sol del sistema planetario apareció a la vista.

El mundo astronave aceleraba mientras se alejaba. Aumentaba de velocidad a cada momento que pasaba. Los mandos del sistema de propulsión, capturados por los guerreros de la Segunda Compañía de la Guardia de la Muerte, habían quedado desbloqueados gracias a los adeptos del Mechanicus. El Aguijón de Barbarus se mantuvo a una distancia segura mientras seguía a la astronave alienígena marcando la misma trayectoria hacia el sol. Alrededor del cilindro iridiscente empezaron a formarse grandes arcos restallantes de energía electromagnética cuando comenzó a

entrar en la invisible cromosfera de la estrella. Los paneles solares de popa quedaron destruidos. Se chamuscaron y ardieron doblándose sobre sí mismos como las alas de un insecto expuesto a la llama de una vela. El mundo astronave cayó cada vez más y más de prisa en dirección al rugiente plasma de la capa fotosférica. El metal del casco se desprendió en tiras de un kilómetro de largo, lo que dejó al descubierto el costillar de la nave, que comenzó a fundirse y a derretirse. Finalmente, la nave alienígena se hundió en una reluciente protuberancia de la corona y desapareció para siempre en aquel alto horno estelar.

—Se acabó —murmuró el hermano Mokyr—. Ya son cenizas y polvo, lo mismo que todos los enemigos de la Guardia de la Muerte. Un final apropiado para semejante escoria alienígena.

Entre los guerreros de la Segunda Compañía allí reunidos se extendió un murmullo de satisfacción.

Fueron ellos quienes hicieron posible aquel descenso hacia el sol, ya que habían tomado a sangre y fuego las tremendamente bien defendidas cúpulas de motores de los jorgall. Era apropiado que fuesen ellos los testigos directos de los últimos momentos de la nave alienígena.

—Me pregunto cuántos supervivientes quedarían a bordo —comentó un sargento mientras contemplaba la burbujeante superficie de la estrella.

Mokyr soltó un gruñido.

—Ninguno. —Se dio la vuelta hacia el capitán de la compañía—. Una gran victoria. ¿No es así, mi comandante?

—Una gran victoria —contestó Grulgor con voz cargada de rencor—. Pero no lo bastante grande.

Tras decir aquello, miró enfurecido al otro lado del pasillo, donde Garro estaba hablando con el primarca.

—Aplaca tu cólera, Ignatius. Esfuérzate por una vez por no llevarla como un emblema sobre el pecho —le advirtió Typhon, que apareció de repente. Los astartes se apartaron para dejarle paso.

—Perdóneme, primer capitán —le replicó Grulgor—. Es que resulta que mi cólera, como la ha llamado usted, es más que apropiada cuando me veo forzado a presenciar cómo son recompensados aquellos que no se lo merecen.

Typhon alzó una ceja.

—¿Estás cuestionando una decisión tomada por el primarca? Cuidado, comandante, la sedición comienza con pensamientos como ese.

Grulgor se le acercó para que la conversación fuera más privada.

—Garro rescata a mujeres y mata a recién nacidos, ¿y por eso lo recompensan con un trago de la copa? ¿Es que las exigencias de la legión han caído tan bajo como para recompensar semejante comportamiento?

El primer capitán no hizo caso de aquella pregunta y le contestó con otra.

—Dime, ¿por qué reniegas de Nathaniel Garro con tanta vehemencia? Es un guerrero de la Guardia de la Muerte, ¿no? Es tu hermano de batalla, un astartes como tú.

—¡Garro el estricto! —la contestación burlona de Grulgor estaba cargada de furia —. ¡No merece ser un miembro de la Guardia de la Muerte! ¡Es arrogante y altanero, siempre mira por encima del hombro! Se cree superior a los demás guerreros de la legión. ¡Es demasiado orgulloso y demasiado bueno para el resto de nosotros!

—¿Nosotros? —inquirió Typhon, provocando al comandante para que dijera lo que se ocultaba bajo la superficie.

—Para los hijos de Barbarus, Calas. ¡Para ti y para mí, para hombres como Ujioj y Holgoarg! ¡Para aquellos de la Guardia de la Muerte que nacimos en nuestro puñetero planeta! Garro procede de Terra; nació allí. Hace gala de ello como si fuera una marca sagrada, ¡y siempre nos está recordando que es superior a nosotros porque ya luchaba por la legión antes de que se la entregaran a Mortarion! —Grulgor meneó la cabeza—. Desprecia sobremanera a mi compañía, a la hermandad y a la camaradería de nuestra logia. Es demasiado altanero como para mezclarse con el resto de nosotros fuera de los márgenes de los rangos de autoridad. ¿Y sabes por qué? ¡Porque ese preciado derecho de nacimiento es lo único que posee! ¡Si no se hubiese visto favorecido por el Emperador con esa maldita coraza con el águila que lleva puesta, ni siquiera le permitiría besarme el borde de la capa!

—Temeter también nació en Terra, lo mismo que Huron-Fal y Sorrak y tantísimos otros guerreros de nuestras filas —le replicó el capitán con voz Tranquila —. ¿Es que a ellos también los detestas?

—Ninguno de ellos anda arrastrando las antiguas costumbres como un fantasma cargado de cadenas. ¡Ninguno de ellos se cree superior a nosotros por su lugar de nacimiento! —Grulgor entrecerró los ojos—. Garro se comporta como si tuviera derecho a juzgarme. No toleraré que actúe de un modo condescendiente un individuo que vivió sin problemas de agua o de alimento, ¡cuando todo mi clan tuvo que luchar por cada brizna de aire puro!

—Pero ¿no es el propio Mortarion un nativo de Terra? —inquirió Typhon con una sonrisa taimada, en un claro desafío a Grulgor para que se atreviera a más.

—El lugar de nacimiento del primarca fue Barbarus —insistió el comandante, mordiendo así el anzuelo—. Él es, y siempre será, uno de los nuestros. Esta legión pertenece en primer lugar al Señor de la Muerte y, después, al Emperador. Alguien debería recordarle eso a Garro, no alabarlo de un modo que no se merece.

—Unas palabras atrevidas —comentó Typhon—, pero me temo que vas a sufrir otra decepción. Nuestro señor no solo le ha concedido a Garro el honor de compartir las copas hoy, sino que, además, se lo llevará como ayudante de campo al consejo de guerra que se celebrará cuando lleguemos a nuestro nuevo destino.

La pálida cara de Grulgor enrojeció de furia.

—¿Has venido a mofarte de mí, Typhon? ¿Te divierte contarme todos los favores que recibe Garro?

Typhon apretó la mandíbula con fuerza.

—Cuidado con tu tono, comandante. No te olvides de con quién estás hablando. —Typhon apartó la mirada—. Grulgor, eres un verdadero guerrero de la Guardia de la Muerte. Eres una herramienta tajante, letal e incansable, y eres leal a tu primarca.

—Jamás lo pongas en duda —le advirtió Grulgor casi con un gruñido—, o te arrancaré la cabeza, sin importarme que seas el primer capitán.

La amenaza divirtió a Typhon.

—Jamás me atrevería a hacer algo así, pero quiero hacerte una pregunta: ¿hasta dónde llegarías por esa lealtad que dices sentir por Mortarion?

—Hasta las puertas del infierno, y a cruzarlas si él me lo ordenara.

La respuesta de Grulgor fue inmediata y enfática. Typhon lo observó con atención.

—¿Incluso sí con ello se fuera contra una autoridad superior?

—¿Como el Sigilita? —replicó Grulgor—. ¿O esos haraganes que llenan el Consejo de Terra?

—O incluso superior.

El comandante se rio con un bufido despectivo.

—En primer lugar, al Señor de la Muerte y, después, el Emperador. Ya lo he dicho, y lo decía en serio. Si eso me convierte en un individuo de menor valía que Garro, entonces, quizá lo sea.

—Al contrario —contestó Typhon, asintiendo—. Hace que tu valía aumente. Ignatius, existen ciertos poderes que están a punto de aparecer, y harán falta hombres de tu calibre cuando llegue ese momento.

Grulgor lanzó una mirada despectiva hacia Garro.

—¿Y qué hay de él?

Typhon se encogió de hombros, un gesto muy peculiar debido a las gruesas placas de la armadura que llevaba puesta.

—Nathaniel Garro es un excelente guerrero y comandante, y goza del respeto de muchos astartes, tanto de su legión como de otras. Que alguien como él, un individuo tan apegado a Terra, estuviera al lado del primarca cuando llegara el momento de tomar decisiones…, sería muy importante.

Grulgor soltó una risa burlona.

—Garro tiene metida por atrás una barra de acero. Se rompería antes de arrodillarse ante nada que no fuera el gobierno de Terra.

—Razón de más para que el primarca lo tenga vigilado de cerca —la voz áspera de Typhon se convirtió en un susurro—. Sin embargo, veo la verdad que hay en tus palabras, Ignatius. Cuando llegue el momento de escoger y Garro no tome la decisión correcta…

—Es posible que se necesite una herramienta tajante, ¿no es así?

Typhon asintió.

—Así es.

Los dientes del comandante quedaron al descubierto cuando sonrió con ferocidad.

—Gracias, primer capitán —le contestó en un tono de voz más elevado—. Vuestro consejo ha aplacado sobremanera el mal humor que sentía.

* * *

La *Resistencia* surgió de la enloquecida vorágine que era el espacio disforme y entró de nuevo de golpe en la realidad corpórea, a la cabeza de la flota de la Guardia de la Muerte, que se dirigió en línea recta hacia la formación en rombo abierto de la Sexagésimo Tercera Expedición. Garro, equipado de nuevo con la armadura y las insignias honoríficas, se encontraba a un lado del primarca mientras este contemplaba las fuerzas del Señor de la Guerra desde la sala de reuniones. Mortarion, flanqueado por los dos miembros de la Guardia del Sudario, se encontraba apoyado con una mano contra la gruesa ventana de cristal blindado que formaba la cuenca ocular derecha del gigantesco cráneo de piedra situado en la proa de la nave.

—Mi hermano quiere impresionarnos —comentó Mortarion en voz alta—. Es evidente que los Hijos de Horus han reunido una tremenda fuerza de combate en este lugar.

Garro tuvo que admitir que pocas veces había visto algo semejante, y desde luego, nunca desde que el Emperador había dejado de dirigir la Gran Cruzada en persona. La oscuridad estaba repleta de naves de todo tipo y tonelaje, y el espacio que se abría entre ellos estaba saturado de naves auxiliares, lanzaderas y cazas de combate en vuelos de patrulla. La formación en punta de flecha de la flota gris y verde de la Guardia de la Muerte se deslizó por el vacío con suavidad hasta el hueco que había dejado precisamente con esa finalidad. Por estribor, a lo lejos, al otro lado de la nave insignia de Typhon, el *Terminus Est*, divisó la recargada silueta púrpura y dorada de un crucero de la III Legión, los Hijos del Emperador y, por encima de ella, en un punto de anclaje distinto, una nave con el esquema de color azul y blanco de la XII Legión, los Devoradores de Mundos.

Sin embargo, lo que enseguida captó su atención fue el enorme y solitario acorazado que orbitaba por delante de todos ellos, con su propio halo de espacio abierto alrededor y protegido por una pantalla de ágiles interceptores de la clase Rayen. El *Espíritu Vengativo* del Señor de la Guerra era un pesado lingote de hierro repujado, algo de lo que emanaba un aura de poder oculto. Garro fue capaz de distinguir incluso desde aquella distancia los cientos de torretas artilleras y las siluetas de los enormes pero esbeltos cañones de aceleración, de un tamaño del doble de la longitud de la *Resistencia*. Mientras que la nave de la Guardia de la Muerte mostraba el emblema del cráneo y la estrella, la nave insignia de Horus lucía un enorme anillo

dorado atravesado por la mitad por una estrecha elipse. El ojo del propio Señor de la Guerra, siempre abierto y sin parpadear para ver todo lo que ocurría. No pasaría mucho tiempo antes de que Garro subiera a bordo de esa nave, llevando consigo el honor de su compañía.

Las luces de un panel de control situado bajo las ventanas parpadearon y cambiaron para indicar que la *Resistencia* se había colocado en la posición que le habían asignado. Garro miró al primarca.

—Mi señor, ya se ha preparado un Stormbird en el hangar de despegue para vuestro traslado. Estamos listos para responder al llamamiento del Señor de la Guerra en cuanto queráis.

Mortarion se limitó a asentir y se quedó donde estaba, contemplando la escena en silencio.

Tras unos momentos, Garro se sintió obligado a hablar de nuevo.

—Mi señor, ¿no nos ordenaron acudir a la presencia del Señor de la Guerra en cuanto llegáramos?

El primarca sonrió con gesto forzado.

—Verás, capitán, es que hemos pasado del campo de batalla al terreno de la política. Sería una falta de educación por nuestra parte acudir demasiado pronto. Somos la XIV Legión, así que debemos respetar el orden con respecto a nuestros hermanos. Hay que permitir que los Hijos del Emperador y los Devoradores de Mundos lleguen en primer lugar. En caso contrario, mis hermanos se enfadarían conmigo.

—Somos la Guardia de la Muerte —barbotó Garro—. ¡No somos unos segundones!

La sonrisa de Mortarion se ensanchó.

—Por supuesto —dijo, mostrándose de acuerdo—. Sin embargo, debes entender que, en ocasiones, es mejor permitir que nuestros camaradas piensen que lo somos.

—No… no le veo el sentido a eso, mi señor —admitió Garro.

El primarca apartó la mirada del espectáculo que estaba observando.

—Pues entonces, mira y aprende, Nathaniel.

* * *

Garro se sintió de nuevo empequeñecido por el tamaño de su comandante cuando entraron en el reducido espacio del compartimento de transporte del Stormbird. Mortarion se sentó enfrente de él, al otro lado del estrecho pasillo, y tuvo que mantenerse agachado hacia adelante, por lo que la cabeza le quedó a un palmo escaso de la del capitán. El Señor de la Muerte le habló en un tono paternal y Garro lo escuchó con atención, absorbiendo cada palabra mientras la pequeña nave cruzaba el vacío entre la *Resistencia* y el *Espíritu Vengativo*.

—Nuestra función en el consejo de guerra es muy importante —le explicó Mortarion—. Los datos que llevas en la mano son la mecha que encenderá el infierno que está a punto de devorar el sistema Istvaan. —Al oír aquello, Garro abrió la mano y contempló el grueso rollo de cable memorístico que llevaba en la mano—. Tenemos la responsabilidad de llevar la mala nueva de esta perfidia al Señor de la Guerra, lo mismo que lo fue la de nuestros hermanos de batalla el traernos el aviso de que el sistema Istvaan se ha vuelto contra el Emperador.

Garro examinó de forma detenida el rollo de cable y pensó que se trataba de un objeto demasiado inocuo para contener algo tan potencialmente volátil. El pequeño artefacto no parecía capaz de representar la sentencia de muerte de mundos enteros. Antes de partir desde la Resistencia, el primarca le había mostrado a Nathaniel el registro pictográfico que contenía el rollo, y las imágenes le causaron una impresión tan tremenda que todavía no había logrado superarla.

Lo vio todo de nuevo. El recuerdo era reciente y fácil de rememorar. Garro contempló otra vez el aterrorizado rostro de una mujer en la pantalla hololítica de la sala de reuniones, una silueta de sombras difusas similar a uno de aquellos espíritus míticos que se dedicaban a acosar a los vivos. Era una oficial de bajo rango del ejército, una mayor. Al menos, llevaba uniforme de mayor. Garro distinguió unas barricadas de piedras entre las sombras vacilantes, a la luz anaranjada y titilante de una vela química. Las gotas de sudor hacían que su enjuto rostro brillara, y la estrecha llama se reflejaba en sus nerviosos ojos verdes. Cuando habló, lo hizo con la voz de una persona con el ánimo destrozado por el recuerdo de unos horrores que ningún ser humano debería haber contemplado jamás.

—Es una revuelta —empezó diciendo la mujer. Las palabras le salieron de entre los labios como si fueran una maldición desesperada. Siguió farfullando algo sobre el «rechazo» de la población y una «superstición», sobre cosas en las que ningún soldado de primera línea como ella debería haber creído—. Praal ha enloquecido y los cantores de guerra están con él —dijo finalmente.

Garro frunció el entrecejo al oír aquel nombre, y el primarca detuvo la grabación para explicárselo.

—El noble barón Vardus Praal es el gobernador escogido para administrar Istvaan III, el mundo capital del sistema, en nombre del Imperio.

—¿Él es…? ¿Está diciendo que el gobernador de todo un planeta se ha rebelado contra Terra y se ha unido a unos paganos idólatras? —Nathaniel parpadeó. La idea de que un individuo de semejante rango imperial hiciera algo así le resultaba algo del todo inconcebible—. ¿Por qué? ¿Qué clase de locura le ha afectado para cometer un acto como ese?

—Eso es lo que mi hermano Horus nos tendrá que aclarar a todos —le respondió el primarca.

El astartes se quedó contemplando fijamente la borrosa cara de la mujer, que se había quedado parada de perfil para mirar algo que quedaba fuera del ángulo de

visión de la lente del pictógrafo.

—Mi señor, también desconozco el significado de la expresión «cantores de guerra» que ha utilizado.

Garro se preguntó si sería alguna clase nombre coloquial, o incluso un título honorífico.

—Se trata de una leyenda local según los archivos de la Vigésimo Séptima Expedición, la que sometió el sistema hace más de un decenio. Al parecer son un grupo de chamanes guerreros de fantásticos poderes. Sobre su existencia no se encontraron más que pruebas circunstanciales.

El primarca se mantuvo callado unos momentos antes de pulsar con un delgado dedo uno de los mandos de la pantalla hololítica para que continuara mostrando la grabación.

La mujer desenfundó con una violencia repentina una pistola y disparó hasta matar algo borroso que se distinguía en uno de los lados de la imagen. Se acercó de nuevo al pictógrafo y llenó la imagen. El pánico que se había apoderado por completo de ella les llegó a través de la pantalla.

—Envíen a alguien, a quien sea… —les suplicó—. Solo hagan que esto se detenga…

Entonces se oyó el aullido.

La increíble naturaleza antinatural del sonido, la característica alienígena de semejante asonancia hizo que a Garro se le encogiera el estómago. Los dedos se le cerraron de forma automática alrededor del gatillo de un bólter que no llevaba en la mano. El ímpacto sónico derribó a la mujer y dañó el control de imagen del pictógrafo, que pasó a mostrar una serie de escenas inconexas que se deslizaron a toda velocidad. Nathaniel vio sangre, piedras, piel desgarrada y, después, una oscuridad silenciosa.

—No ha llegado noticia alguna del sistema Istvaan desde que recibimos esto —explicó Mortarion en voz baja mientras le daba algo de tiempo a Garro para que comprendiera y aceptara lo que acababa de ver—. Ni transmisiones de voz, ni mensajes de pictógrafo ni comunicaciones astropáticas.

El capitán asintió con gesto rígido. El grito lo había atravesado como la hoja de un cuchillo, y el eco tuvo el mismo efecto que un arma cuya punta se retorciera en el interior de su corazón. Garro se estremeció para sacudirse la extraña sensación y se dio la vuelta hacia su señor. Mortarion le explicó que, por pura casualidad, la señal de socorro la había captado la tripulación del *Valle de Halos*, una nave mercante dedicada al transporte de suministros y puesta al servicio de la XIV Legión. El mercante había sufrido unas peligrosas fluctuaciones en el campo Geller mientras se encontraba de camino hacia la Sexta Flota de la Guardia de la Muerte, desplegada en Arcturan, así que había salido del immaterium para efectuar las reparaciones oportunas.

Había sido allí, mientras la nave flotaba en el espacio al borde del plano eclíptico del sistema Istvaan, donde el desesperado mensaje había encontrado por fin un receptor. Los tecnoadeptos analizaron los datos que mostraban el ritmo de pérdida de energía, de atenuación de claridad y conceptos similares, y determinaron que el mensaje se había lanzado al espacio más de dos años antes. Garro pensó en la aterrorizada oficial que había visto en el hololito y se preguntó cuál habría sido su destino. Los últimos y terribles momentos de su vida habían quedado grabados y conservados para siempre, mientras que sus huesos yacían en algún lugar del planeta, olvidados y putrefactos.

—¿La tripulación de la nave detectó algo más que tuviera importancia, mi señor? —le preguntó—. Quizá si los tripulantes fueran interrogados…

Mortarion apartó la mirada por un momento y después se volvió de nuevo hacia él.

—El *Valle de Halos* fue una de las naves que perdimos en los combates de la zona de Arcturan. Murieron todos los tripulantes. Por suerte, esta grabación de la señal procedente de Istvaan fue enviada al *Terminus Est* antes de ese lamentable incidente.

El primarca dijo aquello en un tono de dar por finalizado el asunto que Garro se vio obligado a aceptar. El Señor de la Muerte colocó la bobina en la mano de Garro.

—Lleva esta carga por mí, Nathaniel. Y recuerda: observa y aprende.

* * *

El interior del *Espíritu Vengativo* no era menos impresionante que el exterior visto desde lejos. El amplio espacio del hangar de aterrizaje era de tales dimensiones que Garro se imaginó que una nave estelar de pequeño tamaño, del tipo de una corbeta, podría atracar allí, y todavía sobraría espacio. La guardia de honor dispuesta en el lugar saludó llevándose un puño al pecho. El viejo saludo marcial resonó por doquier. El gesto de llevarse la mano al pecho había sustituido al tradicional saludo de las palmas cruzadas formando la señal del aquila.

El capitán Garro bajó detrás de Mortarion y los guerreros de la Guardia del Sudario. A Garro lo seguía un contingente de astartes de la Primera Compañía de Typhon. El sonido de las pisadas retumbó de forma rítmica, igual que un trueno antes de estallar, cuando los guerreros de la XIV Legión desembarcaron en la nave insignia del Señor de la Guerra. Garro no pudo evitar mirar a su alrededor para contemplar todo lo que pudo de la nave de Horus, procurando memorizar todo lo que veía. Se dio cuenta de que había otros Stormbirds en los sustentáculos de aterrizaje, y que los estaban preparando para los vuelos de regreso. Uno de ellos llevaba pintado el morro con unas fauces rugientes y llenas de colmillos, propio de los Devoradores de Mundos, mientras que otra iba decorada con rebordes de color púrpura y las alas doradas de los Hijos del Emperador.

—Mi hermano Fulgrim no nos ha concedido la gracia de su presencia —murmuró Mortarion, refiriéndose con un sarcasmo apenas disimulado al Stormbird decorado de púrpura—. Qué propio de él.

Garro se fijó con más atención y se dio cuenta de que la nave no llevaba los estandartes que se solía mostrar cuando se transportaba a un primarca. De hecho, se acordó de que no había visto por ninguna parte al *Pájaro de Fuego*, la nave de asalto de Fulgrim. No formaba parte de aquella Ilota de combate.

Se preguntó si esa ausencia tenía algo que ver con esos elementos de política de los que le había hablado su comandante. Frunció el entrecejo. Siempre se había imaginado que los primarcas formaban una fraternidad inquebrantable, que eran camaradas de un modo tan superior que estaban por encima de cualquier clase de emoción mezquina como la rivalidad o la envidia. Sin embargo, de repente se sintió muy ingenuo. Los guerreros astartes como él o como Grulgor estaban muy por encima de los humanos normales, y a pesar de ello, disentían en muchos aspectos y asuntos, más a menudo de lo que le hubiera gustado. Entonces, ¿por qué le sorprendía que los primarcas, que se encontraban tan por encima de los astartes normales como estos de los humanos, tuvieran el mismo tipo de emociones y defectos?

Garro pensó que quizá aquello era algo bueno. Si los primarcas se acercaran demasiado a la condición de deidades, era posible que perdieran de vista que se trataba del Imperio de la Humanidad y que estaban luchando por el bien de la gente común de toda la galaxia, que servían al Emperador.

El contingente de la Guardia de la Muerte, con un miembro de los Hijos e Horus a la cabeza, atravesó el cavernoso hangar hasta el punto donde les esperaba un transporte neumático para llevar a Mortarion hasta las cubiertas principales de proa del *Espíritu Vengativo* y a la Corte de Lupercal. Garro miró hacia arriba, hacia el complejo entramado de puentes y pasillos voladizos. Algunos estaban repletos de grúas o de artillería, mientras que otros mostraban numerosas pasarelas de servicio para la tripulación y los servidores mecánicos. Le dio la impresión de que todo era demasiado normal para tratarse de una nave estelar que se estuviera preparando para una operación de combate a gran escala. El capitán esperaba haber encontrado decenas de personas apiñadas en las galerías superiores para contemplar la llegada de los primarcas. Era muy raro, incluso a bordo de una nave tan ilustre como la nave insignia del propio Señor de la Guerra, coincidieran representaciones no ya de dos, sino de hasta tres legiones al mismo tiempo. Observó con mayor atención todavía, a la espera de ver algunos astartes de la legión de Horus contemplando el espectáculo, pero lo único que vio fueron los tripulantes de cubierta, y nadie más. Garro negó con la cabeza. Estaba completamente seguro de que si las circunstancias hubieran ocurrido a la inversa y el encuentro se hubiera llevado a cabo a bordo de la *Resistencia*, todos los astartes a bordo de la nave habrían querido ver algo como aquello. Le dio la impresión de que faltaba algo.

—¿Qué es lo que te preocupa, Nathaniel? —El primarca se había detenido al lado del transporte neumático y estaba contemplándolo mientras lo esperaba.

Garro respiró profundamente y, de repente, cayó en la cuenta de qué era lo que le acuciaba desde el fondo de la mente.

—Mi señor, había oído decir que la Sexagésimo Tercera Expedición llevaba con ella un numeroso contingente de rememoradores. Si se tiene en cuenta la importancia de una reunión como esta, me parece muy extraño no ver ni uno solo de ellos para registrar el acontecimiento —le explicó mientras hacía un gesto de barrido con un brazo.

Mortarion alzó una pálida ceja.

—Capitán, ¿es que estás preocupado de que tu heroico perfil no se vea reflejado de forma correcta en los ripios de algún poeta? ¿Que tu nombre no aparezca bien escrito, o alguna otra clase de indignidad semejante?

—No, mi señor, pero esperaba que inmortalizaran un acontecimiento tan poco habitual como este. ¿No es esa su función?

El primarca frunció el entrecejo. Los hijos del Emperador no habían acatado de buena gana el edicto imperial que había promulgado y que los obligaba a que todo un ejército de artistas, desde escultores y compositores hasta poetas y escritores, pasando por toda clase de individuos creativos, acompañase a las flotas de la Gran Cruzada. A pesar de la insistencia desde Terra de que los hechos gloriosos de los Adeptus Astartes debían registrarse para la posteridad, tan solo unas cuantas legiones estaban dispuestas a aceptar de buen grado la presencia de aquellos civiles. Al propio Garro no le interesaba mucho la idea, pero comprendía de un modo abstracto el valor que para las futuras generaciones de la humanidad podría tener el verdadero relato de los éxitos de sus misiones. Por lo que se refería a su propia legión, el Señor de la Muerte había tenido buen cuidado de que las naves de la XIV siempre estuvieran enzarzadas en campañas lejos de ellos, en algún punto más allá del alcance de las delegaciones de rememoradores que formaban parte de las flotas expedicionarias de mayor tamaño.

La personalidad de Mortarion, como la de la legión, era reservada, poco comunicativa y recelosa de aquellos que no conocía. El Señor de la Muerte consideraba a los rememoradores como poco más que unos intrusos.

—Garro —le dijo al capitán—, esas bandas de escribas de dedos manchados de tinta y de intelectuales de salón están aquí, pero no controlan el destino de esta flota. El Señor de la Guerra me informó de que hace pocos días se produjo un… incidente. Algunos rememoradores murieron porque se aventuraron en zonas que no eran seguras para ellos. Por ese motivo, se han establecido controles de tránsito más estrictos respecto a su libertad de movimientos. Todo en aras de su propia seguridad, por supuesto.

—Ya veo —contestó Garro—. Es por su bien, entonces.

—Exacto —replicó Mortarion antes de entrar en el vehículo—. Después de todo, lo que hablemos hoy quedará anotado en nuestros archivos. No hay necesidad de

escribas o de copistas que lo inmortalicen. La historia lo hará por nosotros.

Garro echó un último vistazo a su alrededor mientras subía por la rampa, y con el rabillo del ojo captó un repentino movimiento que le llamó la atención. Distinguió a la figura apenas durante un momento, pero el ocuglobo, el implante que llevaba en el ojo, permitió que el cerebro de Nathaniel procesara cada detalle de ese instante con una claridad increíble. Se trataba de un individuo de avanzada edad vestido con la túnica de un iterador de rango superior, alguien bastante fuera de lugar entre las vigas de acero y los raíles de atraque del hangar. Se movía con rapidez y de un modo furtivo, manteniéndose entre las sombras, decidido a llegar a un determinado lugar, pero con aspecto de sentirse temeroso de hacerlo. El iterador llevaba en una de las manos una hoja de papel. Quizá se trataba de un pase, o de un certificado de alguna clase. El anciano jadeaba por el esfuerzo, y casi en el mismo instante en que Garro captó su presencia, desapareció en un pasillo que se adentraba en las profundidades de a nave.

El capitán de la Guardia de la Muerte torció el gesto antes de entrar en el vehículo. Aquel curioso momento no hizo más que aumentar la sensación de inquietud que se había apoderado de su ánimo desde el mismo momento en que había llegado al *Espíritu Vengativo*.

¿Qué se podía pensar de un lugar al que se le llamaba la Corte de Lupercal? El título transmitía un gran sentimiento de vanidad. Los Hijos de Horus la mencionaban con un leve tono de burla, como si la estancia fuera en cierto modo una imitación de la gran corte que el Emperador tenía en Terra. Garro avanzó en la posición que le correspondía. El pecho no le cabía en el interior de la adornada placa de la armadura que lo cubría por la tensión expectante que sentía. No sabía qué esperar de lo que iba a ocurrir. El capitán no había visto al Señor de la Guerra en persona más que una vez, y fue solo un momento, cuando encabezaba a la Séptima Compañía en el desfile posterior al encuentro en Ullanor.

Y allí estaba él, sentado en un trono negro situado sobre un estrado y bajo numerosos estandartes sombríos y desconocidos para Garro. Estaba seguro de que había otras personas en la estancia, pero no eran más que simples reflejos de luz y de color bajo el brillo que emanaba de la presencia de Horus. Garro notó un curioso cosquilleo en las piernas, casi como si un recuerdo implantado en los músculos lo impulsara a ponerse de rodillas.

El Señor de la Guerra. Era sin duda cada partícula de ese título, la escultura perfecta del astartes ideal sentado en un trono de piedra, alguien bello y poderoso que irradiaba poder contenido. El asiento estaba cubierto por unas telas con hilos de oro blanco y de cobre entretejidos. El ropaje se extendía como una cascada sobre la estructura de basalto del trono. Horus llevaba puesta una armadura que Garro tan solo había visto plasmada en obras de arte. La componían unas placas de flexiacero teñido de verde con unos intrincados motivos decorativos. Los avambrazos eran de color negro carbón.

Ciertas partes del equipo de combate de Horus recordaban a elementos de la Mark III, la llamada «armadura de hierro», y a la Mark IV en uso en esos momentos, la armadura imperial del tipo Maximus. Algunas partes daban la impresión de ser tecnológicamente más avanzadas que ninguna de las piezas utilizadas por la Guardia de la Muerte. El Señor de la Guerra llevaba al cinto una pistola de aspecto exótico fabricada a base de una sustancia que se asemejaba al cristal, y que llevaba guardada en una funda de piel de animal. Sin embargo, la armadura de Horus no daba la sensación de ser capaz de contenerlo, ya que daba la sensación de que si el Señor de la Guerra flexionaba con fuerza los hombros, la capa de ceramita y metal que lo cubría se partiría en varios trozos que saldrían despedidos por los aires.

Incluso en un momento de reposo como aquel, el señor de todas las legiones era una supernova hecha carne, preparada para entrar en acción en cualquier instante. El brillo de la pupila partida del Ojo de Horus le relucía en el pecho al reflejar la apagada luz de los globos de brillo flotantes. Nathaniel apartó la mirada del mítico ser que tenía ante él con esfuerzo y contuvo la tremenda emoción que sentía. No era el momento de sentirse aturdido o de quedarse pasmado, boquiabierto como un neófito. «Observa y aprende», le había ordenado Mortarion. Garro se aprestó a hacerlo.

Su mirada se cruzó con la de uno de los astartes que se encontraba sobre el estrado y que llevaba puesta la armadura verde de la rebautizada legión de Horus. Era Garviel Loken, a quien dirigió un rápido gesto de asentimiento a modo de saludo. Garro había compartido en una ocasión un búnker con Loken y sus guerreros, durante los combates por la invasión orka de Krypt. Los guerreros de la Guardia de la Muerte y de los Lobos Lunares habían luchado juntos durante una semana a lo largo de las heladas llanuras, donde habían cubierto la superficie de hielo azul de manchas oscuras con la sangre alienígena.

Loken le sonrió, y aquel simple gesto le sirvió a Nathaniel para relajarse un poco. Cerca de Loken vio a los demás miembros del círculo interno de Horus, el Mournival, y se sintió sorprendido. El lenguaje corporal de los cuatro capitanes era muy sutil, pero no tanto como para que Garro no fuese capaz de captarlo. Había mucha tensión allí, con Loken y Torgaddon en un bando y Aximand y Abbadon en el otro. Se dio cuenta por el modo en que evitaban mirarse a los ojos y por la ausencia de la sensación de camaradería, algo que Garro había acabado por considerar una característica clave de la legión del Señor de la Guerra. ¿Habría alguna clase de enemistad oculta en el seno de los Hijos de Horus? El astartes almacenó aquella información para pensar en ella más tarde.

Su primarca había acertado al adivinar que el señor de los Hijos del Emperador no iba a asistir a la reunión. En su lugar había un oficial superior al que Garro conocía por experiencias de primera mano, cuando se habían cruzado en varias batallas, y lo cierto era que en esas ocasiones se había confirmado la mala reputación de aquel individuo. El comandante general Eidolon y sus tropas llevaban puestas unas armaduras tan elegantes que hacían que la Guardia de la Muerte, con su equipo de

combate de color gris y verde, parecieran de menor categoría por comparación. Los miembros de esa legión tenían fama de presumidos, de que se dedicaban a pulir la armadura y a decorarla más todavía mientras los demás astartes ansiaban entrar en combate. Sin embargo, el martillo de feroz aspecto que portaba Eidolon y las espadas que mostraban sus guerreros indicaban a las claras su valía como combatientes. A pesar de ello, Garro no pudo evitar pensar que los Hijos del Emperador se habían arreglado demasiado para la ocasión.

La otra presencia en la cámara era casi tan imponente como el propio Horus. Garro tampoco pudo evitar comparar al primarca de los Devoradores de Mundos con su propio señor mientras ambos intercambiaban una mirada neutral. Mientras que Mortarion era de estatura elevada y tenía una complexión fibrosa, el primarca Angron era bajo y fornido. El rostro pálido del Señor de la Muerte era todo lo contrario de la cara del Ángel Rojo, que parecía un puño, con los ojos casi cubiertos por un entramado de cicatrices. La simple presencia de Angron sugería la posibilidad de una explosión de feroz violencia incontrolada que se extendería por toda la cámara.

Mientras que Mortarion representaba la tenaz y siempre presente promesa de la muerte, su hermano primarca personificaba la pura agresión más asesina. La ancha y mortífera silueta del señor de los Devoradores de Mundos estaba cubierta por una armadura de bronce y a la espalda llevaba una capa de cota de malla que dejaba en el aire el olor a sangre reseca. A su lado había un grupo escogido de guerreros de su legión, encabezados por un astartes al que Garro solo conocía por su reputación. Era Khârn, el comandante de la Octava Compañía. A diferencia de Eidolon, que era conocido por sus bravuconadas, el nombre de Khârn era sinónimo de brutalidad en el campo de batalla. Corrían tales rumores sobre las matanzas que Khârn había llevado a cabo que hasta los guerreros de la Guardia de la Muerte más encallecidos las encontraban difíciles de aceptar sin torcer el gesto.

Garro se detuvo en seco cuando Horus empezó a hablar. La voz del Señor de la Guerra atrajo toda su atención.

—Con la llegada de nuestro hermano Mortarion, ya estamos todos —exclamó Horus.

El Señor de la Guerra se puso en pie y Garro tuvo que reprimir de nuevo el impulso de ponerse de rodillas. Un servidor sin labios que se encontraba en un nicho envuelto en sombras que había cerca de donde se encontraba Nathaniel tocó unos mandos y el brillo de las lámparas de la estancia disminuyó de intensidad al mismo tiempo que un hololito tomó forma ante ellos. Reconoció el planeta Istvaan III por las placas pictográficas que había visto en manos de Mortarion. Eran tomas orbitales captadas por los aparatos de visión a larga distancia. Algunas estaban borrosas debido al brillo del satélite de mayor tamaño del planeta, la Luna Blanca. Así pues, ese era el mundo en el que la vil semilla de la traición de Vardus Praal había echado raíces.

Horus les habló en un tono de voz premioso. Sus palabras resonaron por toda la estancia mientras repetía los detalles que Mortarion le había comentado a Garro a

bordo del Stormbird. Les contó cómo el primarca Corax y su Guardia del Cuervo habían sometido al planeta y habían dejado Istvaan preparado para convertirse al modo de vida imperial.

—¿Debemos asumir entonces que la Verdad Imperial no arraigó en la población? —lo interrumpió Eidolon con voz altanera y sarcástica.

Garro le lanzó una mirada de desprecio. Por lo que se veía, los malos modales del comandante de los Hijos del Emperador no habían mejorado desde la última vez que lo había visto. Horus no hizo caso al deslenguado astartes y, en vez de ello, le hizo un gesto a Mortarion, quien tomó la palabra y empezó a explicar el asunto de la señal de socorro. Nathaniel supo lo que se esperaba de él en ese momento y procedió a entregarle la espiral de memoria a un servidor que la estaba esperando. El servidor se ocupó de cargarla en la consola del hololito.

El mensaje se cargó en la consola y los guerreros allí reunidos lo vieron. Garro no quiso volver a presenciar aquellas escenas, por lo que se dedicó a pasear la mirada entre los rostros de sus hermanos astartes para estudiar su reacción ante el terror y el pánico de aquella mujer. La expresión de Khârn reflejaba la de su primarca Angron: un rostro impasible en el que solo de vez en cuando se distinguía una leve mueca de desdén cuando alzaban un poco la comisura del labio. El gesto altanero de Eidolon no cambió ni un ápice, sin que aparentemente le importara el estado de suciedad y abandono que mostraba la mensajera. El rostro de Horus era inescrutable, ya que su expresión se mantenía tan inalterable como una estatua de piedra.

Garro miró a su alrededor y posó la vista en los guerreros del Mournival. Tan solo Torgaddon y Loken parecían afectados por el contenido del mensaje, y de los dos, Garviel era el que peor expresión mostraba. Cuando resonó el horrible grito asesino, Garro ya estaba preparado, pero a pesar de ello, sintió que se le revolvía el estómago. En ese preciso momento estaba mirando a Loken, y vio que el Hijo de Horus se estremecía, lo mismo que le había ocurrido a él a bordo de la *Resistencia*. Garro compartía por completo la sensación de inquietud de su camarada. El siniestro mensaje que acompañaba a aquella llamada de socorro no era una simple petición de ayuda, una apelación a los Adeptus Astartes para que se apresuraran a defender a los inocentes. Se trataba de algo mucho más profundo, algo mucho más siniestro que eso. La grabación procedente de Istvaan hablaba de un engaño de la peor clase, de la más repugnante, que hacía que los ciudadanos del Imperio volvieran a la negra senda de la ignorancia, y lo habían hecho de forma voluntaria.

La simple idea de que ocurriera algo semejante provocaba una tremenda sensación de repugnancia en el capitán de la Guardia de la Muerte. Lo que se encontraría en Istvaan y contra quienes tendría que combatir no serían alienígenas o criminales, o personas que no conocían la Verdad Imperial. El enemigo había formado antaño parte de sus camaradas al servicio del Emperador. Lucharían contra individuos corrompidos, contra renegados y desertores: contra traidores. La sensación de repugnancia que notaba en el estómago se convirtió en furia.

Garro volvió a concentrarse en lo que ocurría en ese momento, ya que el Señor de la Guerra les estaba mostrando un holograma de la Ciudad Coral, la sede de gobierno del tercer planeta del sistema y el origen de la llamada de socorro. El ataque iba a ser inmenso, con elementos de las cuatro legiones, regimientos de soldados normales e incluso máquinas de guerra, como los titanes, organizados para converger sobre la base de operaciones de Vardus Praal, el palacio del Señor del Coro. Nathaniel absorbió todos y cada uno de los detalles del plan, memorizando los elementos para repasarlos más tarde. La mención del nombre de su primarca le llamó la atención de nuevo.

—Tu objetivo será enfrentarte al contingente principal del ejército de la Ciudad Coral —dijo Horus dirigiéndose a Mortarion.

Garro no pudo evitar sentirse lleno de orgullo cuando su señor le respondió al comandante supremo tras escuchar las órdenes.

—Me siento agradecido por este desafío, mi Señor de la Guerra. Es el campo de batalla natural de mi legión.

Tan solo había una misión que cumplir antes de que comenzara el asalto final a la Ciudad Coral, y era la incursión con la que destruirían las estaciones de vigilancia situadas en Istvaan Extremis, el planeta más alejado del centro del sistema y base de todo un entramado de sensores. Una vez cegados, los defensores de Istvaan III solo sabrían que el castigo ya se encontraba en camino. Lo que no sabrían era cuándo o por dónde llegaría.

—Sí —murmuró Garro para sí mismo mientras estudiaba con atención el hololito y la compleja distribución urbana que mostraba. La Ciudad Coral iba a ser un campo de batalla bastante exigente, pero eso era algo que Nathaniel estaba ansioso por comprobar en persona.

El resto del orden de combate quedó expuesto con rapidez. Los Hijos del Emperador y los Devoradores de Mundos se encargarían de tomar el palacio y la legión del Señor de la Guerra atacaría un centro religioso importante que se encontraba al este, un vasto complejo catedralicio llamado el Sagrario de la Sirena. Aquel nombre le resonó en la mente una y otra vez, y Garro no dejó de darle vueltas a aquellas extrañas palabras.

Sagrario de la Sirena… cantor de guerra…

Aquellas frases alienígenas le provocaron de nuevo una creciente intranquilidad, que no fue capaz de impedir, acompañada de una fría sensación de premonición.

Cinco
Decisiones tomadas
Presagios
In extremis

Nathaniel oyó por encima del estruendo y del bullicio de las maniobras de embarque cómo alguien lo llamaba por su nombre. Se dio la vuelta y vio que se trataba de un astartes con una armadura de color púrpura. Garro se quedó dudando un momento, y miró hacia atrás para comprobar si había roto algún protocolo menor al salirse de la formación. Vio a su primarca y al señor de los Devoradores de Mundos charlando. Decidió que disponía de unos momentos antes de que su comandante lo llamara.

El guerrero de los Hijos del Emperador siguió acercándose y Garro entrecerró los ojos. Durante la reunión, ni el comandante Eidolon ni ninguno de los miembros de su guardia de honor se habían dignado darse por enterados de la presencia del capitán de la Guardia de la Muerte, pero allí estaba uno de los Hijos del Emperador, llamándolo. No reconoció los emblemas de la armadura del individuo, pero estaba seguro de que ese astartes no había estado presente en la reunión celebrada en la Corte de Lupercal.

—Eh, guardia de la muerte —le dijo una voz burlona desde detrás del morro chato que formaba el filtrador respiratorio del casco—, ¿eres tan torpe que no haces caso de tus superiores?

La figura llegó a su lado y se quitó el casco. Garro sintió que lo embargaba la alegría, y sonrió por primera vez en muchos días.

—¡Por la sangre! Saúl Tarvitz… ¿Todavía estás vivo? Apenas se te puede reconocer debajo de tanta decoración.

El individuo en cuestión asintió levemente. El cabello le llegaba hasta los hombros y enmarcaba un rostro de rasgos nobles estropeado tan solo por una placa de bronce que llevaba sobre la frente.

—Primer capitán Tarvitz, Nathaniel. He progresado en la vida desde la última vez que nos vimos.

Los dos astartes se saludaron agarrándose por las muñecas, y los antebrazos de las armaduras resonaron al entrechocar. En cada uno de ellos se veía grabada una pequeña águila tallada a punta de cuchillo. Era una señal de la deuda de combate que se debían el uno al otro.

—Eso veo —respondió Garro fijándose en las filigranas y los grabados de las hombreras de la armadura, que indicaban el nuevo rango de Tarvitz—. Te lo mereces, hermano.

Había pocas personas fuera de la Guardia de la Muerte a los que Garro hubiera distinguido con ese apelativo, pero Tarvitz era una de ellas. Se había ganado la amistad de Nathaniel durante la campaña de Preaxior, y le había demostrado que, a pesar de la fama de pavos reales que tenían los astartes de Fulgrim, había guerreros en las filas de los Hijos del Emperador que personificaban los ideales del Imperio.

—Me preguntaba si nuestros caminos se cruzarían aquí.

Tarvitz asintió.

—Haremos algo más que cruzarnos, amigo mío. Nuestras compañías formarán parte de la punta de lanza que se encargará de silenciar las estaciones de vigilancia.

—Sí, por supuesto.

Garro sabía que la Primera Compañía de la III Legión lucharía al lado de su propia unidad, la Séptima Compañía, pero saber que Saúl Tarvitz también participaría le hizo sentir más confianza todavía.

—Entonces, ¿eidolon te ha puesto al mando?

Tarvitz sonrió a medias.

—No, lo tendré pegado a la espalda. No es de los que dejan escapar ni una brizna de gloria. Me imagino que me azuzará para asegurarse de que la Guardia de la Muerte no se lleve la parte del león en las bajas causadas al enemigo.

La sonrisa de Garro se volvió más crispada.

—Me alegro mucho de verte, hermano de honor —le dijo de repente, sintiéndose emocionado por un instante.

Tarvitz también se dejó llevar por el momento.

—Conozco esa mirada, Nathaniel. ¿Qué es lo que te preocupa?

Garro hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Nada, no es nada. Estoy cansado, eso es todo. Quizá también un poco impresionado por… por todo esto —contestó al mismo tiempo que señalaba su alrededor.

El otro oficial se quedó mirando a los primarcas, que seguían enfrascados en su conversación.

—Sí, en eso estoy contigo. —Hizo una mueca—. ¿Es cierto lo que se rumorea? ¿Que el Señor de la Guerra puede detenerte el corazón en cuanto te mira?

—Es alguien impresionante, de eso no cabe duda —le confirmó Garro— pero ¿es que esperabas menos de uno de los Elegidos del Emperador? —Dudó por un momento—. Me sorprende que no hayas formado parte de la guardia de honor. ¿Es que tu rango no te hace merecedor de ello?

—Eidolon tiene más poder que yo —le contestó Tarvitz—, y jamás compartiría con otro oficial su momento de gloria bajo la mirada de Horus.

Garro soltó un gruñido.

—Si se vanagloria demasiado de ese momento, siempre puedes pedirle que te cuente cómo Angron lo hizo callar de un grito por su descaro y el Señor de la Guerra le dio la razón al primarca.

Tarvitz se echó a reír.

—¡Dudo mucho que llegue a contar esa parte de la reunión!

—No. —Garro se volvió para mirar otra vez a Mortarion y vio que el Señor de la Muerte le hacía en ese momento una leve reverencia al devorador de mundos—. Creo que ya nos marchamos. Entonces, ¿hasta la vista en el campo de batalla, Saúl?

—Hasta el campo de batalla, Nathaniel.

—Dile a Eidolon que intentaremos dejarle algo de gloria. Si nos lo pide de forma educada.

El capitán de batalla se despidió con un saludo y siguió a su comandante hacia el interior del Stormbird.

* * *

—¿De verdad crees que puedes ganarle? —le preguntó Rahl mientras se daba golpecitos con un dedo en la barbilla.

Decius no levantó la vista.

—Es una batalla como otra cualquiera, y estoy decidido a ganarla.

Rahl miró a Sendek, que permanecía a la espera, tranquilo y preparado.

—Va a machacarte hasta dejarte inmovilizado. —El astartes se acercó y se inclinó sobre el escenario del combate—. Mira. Tu magíster se encuentra amenazado por su castellano, tu dragonar está atrapado por su artillería y…

—Si quieres echar una partida, tendrás que esperar a que haya acabado con Sendek —lo cortó en seco Decius—. Hasta entonces, si quieres seguir mirando, quédate callado. Necesito pensar.

—Y por eso perderás —le replicó Rahl.

—Déjalos jugar tranquilos, Pyr —intervino Hakur. El veterano apartó a Rahl del tablero de regicida cuando vio brillar la rabia en los ojos de Decius—. No los distraigas más.

Rahl dejó que el veterano lo apartara.

—¿Te parece bien que apostemos por el resultado?

Hakur sonrió.

—No me gustaría dejarte en evidencia otra vez.

Rahl sonrió.

—Andus, Solun va a perder. Es tan obvio como esa nariz en tu cara.

Hakur le sonrió a su vez.

—¿De verdad? Muy bien. Aunque no soy tan hermoso como tú, tengo la ventaja de la sabiduría, y fíjate bien en lo que te digo: Solun Decius no es el tonto que tú crees que es.

—Nunca he dicho que fuera tonto —respondió Rahl a la defensiva—. Es que Sendek es el pensador de los dos, y el regicida es un juego de inteligencia. He visto lo que Solun es capaz de hacer en las jaulas de prácticas, y ahí es donde radica la fuerza del chaval, en sus puños.

Andus se echó a reír.

—No deberías subestimarlo. No formaría parte de la escuadra del capitán de batalla si fuera un bruto sin cerebro.

El veterano echó un vistazo en dirección a la mesa, donde Decius acababa de mover un soldado para tomar uno de los iteradores de su adversario.

—Admito que es joven, pero es alguien muy prometedor. Ya he visto a otros como él antes. Si los dejas que sigan sin guía alguna, toman el camino equivocado y acaban convertidos en cadáveres. Sin embargo, si te preocupas por enseñarles, con cuidado y atención, al final terminas con un hermano capaz de convertirse en capitán algún día.

Rahl parpadeó.

—Creí que no te caía bien.

—¿Por qué? ¿Porque me meto con el chaval? Es parte de mi encanto. —Andus se acercó a Rahl y bajó la voz—. Por supuesto, si le cuentas algo de lo que te he dicho, lo negaré por completo y, después, te romperé las piernas.

Se oyó un golpe seco y decisivo de madera contra madera y Rahl se dio la vuelta a tiempo de ver cómo Sendek tumbaba a la emperatriz sobre el tablero al mismo tiempo que le reconocía a Decius su victoria con una sonrisa, aunque a regañadientes.

—Bien jugado, hermano. Eres un rival muy curioso.

—¿Lo ves? —dijo Hakur.

—Ah, es que debe de haberle dejado ganar —contestó Rahl sin convicción—. Ha sido compasivo.

—La compasión es para los débiles —dijo Voyen, apareciendo de repente en la estancia. Sin embargo, pronunció el axioma de combate con falsa solemnidad—. ¿Quién pide compasión? —preguntó mientras se echaba hacia atrás la capucha de la túnica de descanso.

Andus le señaló con un gesto al astartes que tenía al lado.

—El hermano Rahl. Se ha demostrado una vez más que estaba equivocado y eso, sin duda, le escuece.

Rahl dejó al descubierto los dientes para mostrar que empezaba a sentirse molesto.

—No me obligues a hacerte daño, anciano.

Hakur puso los ojos en blanco.

—¿Y qué hay de ti, Meric? ¿Dónde has estado?

La cuestión no tenía mayor importancia, pero Rahl captó un brevísimo momento de tensión en la mirada del apotecario.

—Enfrascado en ciertos asuntos, Andus, nada más. —Voyen se apresuró a cambiar el tema de conversación para que se dejara de hablar de él—. Qué, Pyr, ¿estás preparado para la próxima batalla? Creo que el tanteo sigue a mi favor.

Rahl asintió. Él y Voyen mantenían una competición informal sobre cuál de los dos lograría matar antes a un enemigo en cada misión.

—Recuerda que tan solo cuentan los combatientes. El último no era más que un servidor.

—Un servidor de armamento —lo corrigió Voyen—. Me habría matado si le hubiera dejado. —Echó una mirada a su alrededor—. Creo que tendremos oportunidades más que suficientes de poner a prueba la valía de esos traidores de Istvaan. La ofensiva se va a realizar en múltiples frentes. Lo primero será un desembarco para eliminar las estaciones de vigilancia situadas en el planeta más exterior del sistema. Después iremos a por los planetas del interior en una ofensiva a gran escala.

Hakur torció el gesto.

—Estás muy bien informado. El capitán Garro todavía no ha regresado de la nave del Señor de la Guerra, pero tú ya conoces los detalles de la misión.

Voyen dudó por un momento.

—Es algo que casi todo el mundo sabe —contestó, pero el tono de voz le había cambiado. Era más precavido.

—¿De verdad? —comentó Rahl, sintiendo que algo iba mal—. ¿Quién te lo contó a ti, hermano?

—¿Acaso importa? —respondió el apotecario a la defensiva—. La información simplemente me llegó. Creí que querríais saberla, pero si preferís quedaros en la ignorancia…

—No es eso lo que Rahl ha dicho —le hizo notar Andus—. Venga, Meric, ¿dónde te has enterado de todo eso? ¿Fue alguien en la enfermería que se puso a balbucear bajo la influencia de los anuladores de dolor, o un astrópata charlatán?

Rahl se dio cuenta de que los demás guerreros presentes en la estancia se habían quedado callados y estaban contemplando atentamente la conversación. Incluso el asistente de Garro estaba allí, y también le observaba. Voyen se fijó en él y le lanzó una mirada furiosa.

—Te he hecho una pregunta, hermano —insistió Hakur, pero se lo dijo con el tono de voz que siempre utilizaba en el campo de batalla, el tono en el que daba órdenes y esperaba que se le obedeciera al instante.

Voyen apretó las mandíbulas.

—No sé decirte.

Rodeó al veterano y se dirigió hacia su armario de equipo. Solo dio unos pocos pasos. Hakur lo agarró del brazo y lo detuvo.

—¿Qué es lo que llevas en la mano?

—Nada que sea asunto suyo, sargento.

Hakur probablemente doblaba en edad al apotecario, pero a pesar de todos esos decenios transcurridos, las habilidades de combate del viejo astartes no se habían embotado. Atrapó con facilidad la muñeca de Voyen y aplicó presión en un centro nervioso. Los dedos de Meric se abrieron por su propia voluntad todos vieron que en la palma llevaba un emblema de bronce.

—¿Qué es esto? —le preguntó el sargento en voz baja.

—¡Ya sabes lo que es! —le replicó Voyen—. No te hagas el tonto conmigo.

El apagado metal del disco mostraba el sello de la legión.

—Una medalla de logia —murmuró Rahl—. ¿Estás metido en las logias? ¿Desde cuándo?

—¡No sé decirte! —le respondió Voyen casi a gritos un momento antes de soltarse del agarrón de Hakur y dirigirse al armario donde guardaba sus escasos efectos personales—. No me preguntéis nada más.

—Ya sabes lo que opina nuestro capitán de batalla respecto a ese asunto —le advirtió Andus—. Él se niega a asistir a cualquier clase de reunión clandestina…

—Él se niega —lo interrumpió Meric—. Yo no. Si el capitán Garro decide permanecer al margen de la fraternidad de las logias, está en su derecho, lo mismo que vosotros si queréis hacerle caso, pero yo no. Yo pertenezco a una. —Soltó un resoplido—. Ya está. Ya lo he dicho.

Decius se puso en pie.

—Todos formamos parte de la Séptima Compañía —dijo con un gruñido—. ¡Además, somos la escuadra de mando! ¡Garro nos da ejemplo, y todos deberíamos seguirlo sin cuestionarlo en lo más mínimo!

—Si al menos se tomase la molestia de escucharnos, lo entendería todo. —Meric meneó la cabeza y señaló con un gesto la medalla—. Todos vosotros entenderíais que no es ninguna clase de sociedad secreta, sino tan solo un lugar donde los guerreros pueden hablar con total libertad.

—Eso parece —comentó Sendek—. Por lo que has dicho, da la impresión de que en esa logia tuya se puede hablar incluso de la información militar más secreta sin problema alguno.

Furioso, Voyen hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No es así en absoluto. ¡No tergiverses lo que he dicho!

—Debes salirte inmediatamente de esa logia, Meric —le ordenó Hakur—. Júramelo aquí y ahora, y dejaremos de hablar de esto.

—No pienso hacerlo —le respondió a la vez que agarraba con fuerza la medalla—. Todos me conocéis. ¡Somos hermanos de batalla! ¡Os he curado a todos y cada uno de vosotros! ¡Incluso le he salvado la vida a más de uno! Soy Meric Voyen, vuestro amigo y camarada de armas. ¿De verdad creéis que tomaría parte en cualquier plan sedicioso? —Soltó un bufido—. Creedme, si vierais los rostros de la gente que va allí, ¡comprenderíais que sois tú y Garro quienes se encuentran en minoría!

—Lo que Grulgor y Typhon hagan con sus compañías es asunto suyo —lo interpeló Decius.

—¡Y el resto! —insistió Voyen—. ¡No soy ni de lejos el único guerrero de la Séptima Compañía que asiste a las reuniones!

—¡No! —replicó Hakur.

—Jamás te mentiría, y si tener este emblema en la mano me hace menos respetable a tus ojos, entonces… —se calló durante un largo momento, y después bajó la mirada—. Entonces no eres el camarada que yo creía que eras.

Cuando Voyen alzó la vista de nuevo, alguien se había unido al grupo de guerreros de la estancia.

Rahl captó la furia contenida en la voz del capitán Garro cuando les dio la orden.

—Que todo el mundo salga de aquí.

Cuando se encontraron completamente a solas, después de que Kaleb sellara la puerta a sus espaldas, Garro se dio la vuelta para mirar con dureza a su subordinado. Tenía las manos convertidas en puños a causa de la rabia.

—No te oí entrar —murmuró Voyen—. ¿Cuánto has oído?

—No lo niegues —le contestó el capitán—. Me quedé un rato en el pasillo antes de entrar.

—Ah —el apotecario soltó una risotada sin humor—. Creí que el que se dedicaba a espiar era tu asistente.

—Lo que Kaleb me cuenta de lo que oye por ahí lo hace guiado por su conciencia, no porque yo se lo haya ordenado.

—Entonces, él y yo nos parecemos.

Garro apartó la mirada.

—Así pues, según tú, han sido tus principios los que te han hecho unirte a la logia, ¿no es así?

—Sí, eso es. Soy el sanador principal de la Séptima Compañía. Parte de mi deber es conocer los sentimientos de los guerreros que forman parte de ella. En ocasiones, hay asuntos de los que un individuo hablará con su camarada de logia y no con su apotecario. —Voyen bajó la mirada al suelo—. ¿Debo suponer que me enviarás a otra compañía después de enterarte de todo esto?

Garro pensaba que explotaría hecho una furia, pero lo único que sintió en ese momento fue decepción.

—Reniego de las logias, y después me encuentro con que un amigo en el que confío y forma parte de mi núcleo de mando se ha unido a una de ellas. Algo así podría ser considerado una debilidad o una profunda falta de visión por parte de ciertas personas.

—No, no —le refutó el apotecario—. ¡Por favor, no entré en la logia para minar tu autoridad! Lo único que ocurre es que fue… la decisión correcta para Meric Voyen.

Garro se quedó callado durante un largo instante.

—Hemos sido hermanos de armas desde hace decenios, y en más de un millar de campos de batalla. Eres un buen guerrero, y un excelente sanador. No habría permitido que te unieras a mi escuadra de mando si no fuera así. Pero esto… es algo que nos ocultaste a todos, y despreciaste nuestra camaradería. Meric, si permaneces bajo mi mando, no te resultará fácil recuperar la confianza que hemos perdido en ti. —Volvió a mirarlo fijamente a los ojos—. Vete o quédate. Toma la decisión que sea correcta para Meric Voyen.

—Si quisiera quedarme, ¿sería una condición para ello que me apartara de la logia?

El capitán hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No te obligaré a abandonarla. Sigues siendo mi hermano de batalla, a pesar de que algunas de tus decisiones no estén de acuerdo con las mías. —Garro se le acercó y le ofreció una mano—. Pero sí te exigiré algo: que me prometas ahora mismo que si la logia intenta obligarte en alguna ocasión a hacer algo que te haga traicionar el Emperador de la Humanidad, destruirás esa medalla y renegarás de ellos.

El apotecario le estrechó la mano a Garro.

—Te lo juro, mi señor. Por la propia Terra. Te lo juro.

* * *

El asunto quedó zanjado por el momento, así que Garro reunió a los miembros de la compañía allí presentes y les informó de los planes de batalla que les había expuesto el Señor de la Guerra. Siguiendo su ejemplo, nadie reprendió a Voyen, pero este se mantuvo en silencio y algo apartado. Nadie preguntó por qué Voyen seguía con ellos, pero Garro captó las miradas de prevención en los ojos de Rahl, Decius y los demás.

Una vez acabó, Garro dejó que Kaleb se ocupara de su equipo de combate y se quedó pensando a solas. Habían ocurrido demasiadas cosas en muy poco tiempo. Le daba la sensación de que apenas había sido ayer cuando había estado revisando las simulaciones de ataque a un mundo astronave jorgall, y las legiones astartes ya se encontraban reunidas para el primer ataque contra Istvaan Extremis, al mismo tiempo que Garro descubría un conflicto en el seno de su propia compañía.

¿Había hecho lo correcto permitiendo que Voyen se quedara en la compañía? Recordó la conversación que había mantenido con Mortarion antes del consejo de guerra, donde también habían hablado al respecto de las logias. Al capitán le preocupaba no ser capaz de ver un camino claro entre todos aquellos pensamientos. A veces, se preguntaba si no sería culpa suya, si no se estaría equivocando por ser tan conservador, por mantener las tradiciones y el espíritu de la legión mientras los tiempos cambiaban.

Porque algo estaba cambiando. El cambio de ambiente en la *Resistencia* era leve, pero era casi palpable ante sus entrenados sentidos. Era todavía más evidente a bordo de la nave del Señor de la Guerra. Una tremenda inquietud le acechaba en el límite de

esos pensamientos, como las lejanas y amenazantes nubes de una tormenta. No lograba quitarse de encima la sensación de que había algo maligno esperando allí fuera, donde estaba reuniendo fuerzas y esperando el momento adecuado para actuar.

De modo que Garro hizo lo que se había convertido en un íntimo hábito personal, algo que le servía para aclarar la mente y concentrarse en la batalla que se avecinaba. En lo más alto del dorso del casco de la Resistencia se encontraba la cúpula oval del observatorium de la nave, un lugar aparte donde la tripulación podría efectuar lecturas estelares de emergencia en el caso de que los cogitadores de la nave quedasen fuera de servicio. También servía como algo puramente decorativo, aunque muy pocos miembros de la Guardia de la Muerte lo utilizaran por un motivo tan trivial.

Garro disminuyó la potencia de todos los globos de brillo que había en el lugar y se sentó en la consola de mandos. La silla de la consola se inclinó hacia atrás mediante un silencioso sistema hidráulico. Finalmente, el capitán quedó sentado de modo que captaba de un solo vistazo todo el paisaje estelar.

El sol blanco azulado de Istvaan brillaba con fuerza en el cuadrante inferior, aunque el destello se encontraba atenuado por la polarización del vidrio blindado. Apartó la mirada de esa estrella y dejó que la oscuridad lo rodeara. Notó cómo, poco a poco, la tensión que sentía en ciertos músculos disminuía. A Garro le pareció que flotaba en aquel mar de estrellas, acunado en la burbuja de aquella atmósfera artificial. Miró más allá de los destellos plateados de los cascos de las naves, hacia el frío vacío, y se preguntó, no por primera vez, dónde se encontraría exactamente su hogar.

Oficialmente, el mundo natal de la XIV Legión era Barbarus, una esfera envuelta en nubes situada cerca del borde del sector Gótico. De ese yermo planeta de donde procedían la mayoría de los guerreros de la Guardia de la Muerte, individuos como Grulgor, Typhon, Decius y Sendek, incluso Kaleb. Garro había aprendido a sentir respeto por ese planeta y su dura naturaleza, pero jamás sería su hogar.

Garro había nacido en Terra y había sido iniciado en las legiones astartes antes incluso de que la humanidad conociera la existencia de Barbarus. En aquellos tiempos, la XIV era conocida por otro nombre, y no tenían primarca, tan solo al Emperador. Garro sintió que se le henchía el pecho al recordar esa época. Eran los Incursores del Crepúsculo. Se les conocía por ese nombre porque su táctica preferida era atacar al enemigo después de la puesta de sol. En aquel entonces, la armadura que llevaban no lucía el reborde verde que después sería típico de la legión. El equipo de los Incursores del Crepúsculo era de color blanco mármol, pero llevaban el hombro y el brazo derecho pintados de rojo carmesí. El simbolismo de la armadura mostraba a sus enemigos lo que eran en realidad: la roja mano derecha del Emperador, incansable e imparable. Muchos enemigos habían arrojado las armas en cuanto el sol se ponía bajo el horizonte ante la perspectiva de tener que luchar contra ellos.

Pero eso también había cambiado. Cuando los hijos clónicos del Emperador, los grandes primarcas, fueron arrancados de su lado y quedaron dispersos por toda la galaxia, los Incursores del Crepúsculo se unieron a sus legiones hermanas y a su señor

en la Gran Cruzada con la que comenzó la Edad del Imperio. Garro estaba allí, siglos atrás.

No parecía tanto tiempo, y sin embargo, se trataba de incontables años medidos en escala terránea los que había pasado perdido en la confusión del espacio disforme, en estasis criogénico y a través de la extraña física de los viajes casi a la velocidad de la luz. Garro estaba junto al Emperador cuando este cruzó la galaxia a la búsqueda de sus hijos perdidos entre las estrellas: Sanguinius, Ferrus, Guilliman, Magnus y los demás. En cada encuentro, el Señor de la Humanidad había entregado a sus hijos parte de las fuerzas de combate que habían sido creadas a su imagen y semejanza. Cuando el Emperador llegó por fin a Barbarus y se encontró con un guerrero enjuto que dirigía a un pueblo oprimido, supo que había localizado al progenitor de la XIV Legión.

En Barbarus, que era donde Mortarion había acabado después de atravesar el torbellino caótico de una tormenta de disformidad, el niño primarca se había encontrado con un planeta donde los colonizadores humanos estaban sometidos a la tiranía de un clan de señores de la guerra mutantes. Creció hasta enfrentarse a ellos y liberar al pueblo. Para ello, creó su propio ejército de valientes guerreros que encabezaran el ataque contra las cimas llenas de aire venenoso donde se guarecían los señores mutantes. Mortarion llamó a aquellos hombres la Guardia de la Muerte.

Y así fue como, cuando por fin el Emperador y Mortarion se reunieron y derrotaron al siniestro jefe de los señores de la guerra mutantes, Barbarus quedó liberado y el primarca aceptó un lugar en la cruzada de su padre, a la cabeza de la XIV Legión. Las primeras palabras de Mortarion a su nuevo ejército quedaron grabadas en un arco de granito instalado sobre la compuerta estanca principal de la barcaza de combate *Guadaña del Segador*, en recuerdo de ese momento. Había acudido a la llamada del Emperador con la élite de sus cohortes, y con cientos más en camino. Garro había sido testigo del acontecimiento, aunque en esas fechas no era más que un simple astartes de tropa. Fue entonces cuando oyó por primera vez hablar al nuevo primarca.

—Sois mis espadas invencibles —les dijo—. Sois la Guardia de la Muerte.

Y con esas palabras desaparecieron los Incursores del Crepúsculo. Las cosas cambiaron.

El día del nombramiento del primarca como comandante, la mayor parte de la XIV Legión la formaban individuos como Garro, hombres que habían nacido en Terra o en los confines del sistema solar, pero ese número se había ido reduciendo poco a poco, ya que los nuevos reclutas que se incorporaban a la Guardia de la Muerte procedían exclusivamente de Barbarus. En esos momentos, en el cuadragésimo primer milenio, en la legión tan solo quedaba un puñado comparativamente escaso de terráneos. En los momentos que se sentía más deprimido, Nathaniel se imaginaba que llegaría un momento en el que no quedaría ninguno de ellos en la XIV Legión, y con sus muertes, desaparecerían por completo las antiguas costumbres de los Incursores

del Crepúsculo. Temía ese momento, porque cuando se produjera, una parte del noble carácter de la legión moriría también.

La memoria era para Garro una compañera muy curiosa. En algunos casos, debido a una serie de implantes colocados en el cerebro de los astartes, los recuerdos fragmentados de su pasado más lejano le resultaban más nítidos que los de las batallas que había librado hacía pocos meses. Se acordó de un momento cuando era un crío, en Albia. Estaba delante de un memorial en recuerdo de guerreros muy anteriores al décimo milenio. Se trataba de un gran arco de piedra blanca con figuras de metal negro. Las superficies se habían desgastado, pero después las habían protegido con una capa de diamante sintético. Recordó también una noche en Barbarus, cuando se encontraba en la cima de sus montañas más elevadas. Estaba mirando hacia el cielo y la capa de nubes se despejó en una de las escasas ocasiones que lo hacía, lo que permitió a Nathaniel encontrar, como acababa de hacer en la cúpula de cristal, el solitario punto de luz que estaba buscando en mitad de la gran oscuridad.

En ese momento, lo mismo que en el pasado, se quedó contemplando la lejana estrella y se preguntó otra vez si aquel era su hogar. ¿Sería capaz el Emperador, en su infinita capacidad, de concentrar una mínima parte de su prodigiosa mente hacia donde él se encontraba? ¿O era una simple muestra de la vanidad de Garro pensar que merecería siquiera una brizna de la atención del Señor de la Humanidad?

Al siguiente latido, la respiración se le agarrotó en la garganta cuando vio que la luz destellaba con fuerza durante un momento, para después desvanecerse y apagarse ante sus ojos. La estrella, al desaparecer, dejó un negro velo sobre el ánimo de Nathaniel.

* * *

Decius abrió la palma de la mano y la levantó para atrapar unos cuantos de los copos de nieve que flotaban en el aire a su alrededor. Debido a la baja gravedad de Istvaan Extremis, las partículas de nitrógeno helado bajaban flotando en lento descenso hacia el gris monocromo de la superficie del planeta. Sonrió, algo divertido por el momento, y cerró la mano hasta convertirla en un puño. Aunque era el equivalente de su mano derecha, no tenía ni de lejos el tamaño del monstruoso puño de combate con rebordes de color verde y pequeños relámpagos pintados con paciencia. Movió los gruesos dedos mecánicos en ademán de prueba. En realidad, la pericia de Decius con el puño de combate era tal, que podía tomar una flor entre los dedos y aplastar un cráneo con la misma facilidad.

La verdad era que no había flora de ninguna clase en aquella bola de hielo y piedra. Sin embargo, lo que sí había era un gran número de cabezas que aplastar. De eso estaba seguro. La idea hizo que a Decius se le ensanchara la sonrisa de oreja a oreja. Miró por encima del hombro, hacia la ondulante llanura cubierta de cráteres que se extendía hacia el oeste. Los guerreros de la Guardia de la Muerte esperaban en

la sombra de cada saliente, detrás de cada roca y cada peñasco, en silencio y preparados. El tono apagado de sus armaduras era casi el equivalente del color del paisaje grisáceo, y únicamente las líneas de verde jade de los bordes de las hombreras y las placas pectorales rompían un poco su camuflaje.

Estaban en silencio, haciendo honor al nombre de la legión, y preparados para entrar en acción. Decius captó un destello dorado: el capitán Garro estaba pegado al sargento Hakur, casco con casco, y le estaba diciendo algo. Hakur a su vez se acercó a Rahl, a quien le transmitió el mensaje. Este se lo pasó a otro guerrero y así sucesivamente, por lo que la orden se extendió como la susurrante onda de la superficie de un estanque.

La Séptima Compañía había mantenido en silencio los comunicadores desde que habían desembarcado de las Thunderhawks, que se habían posado más allá del horizonte del planetoide, fuera del alcance de las torres de sensores de la estación de vigilancia. Los guerreros se comunicaban entre ellos mediante susurros o señales del lenguaje de batalla mientras avanzaban con sigilo hacia la muralla escudo que protegía el lado occidental del entramado enemigo de cúpulas. Lo habían hecho así para que los istvaanianos estuviesen con la atención puesta en otro lado, hacia los Hijos del Emperador, que con sus llamativas y muy visibles armaduras, avanzaban por el otro flanco. Ya estaban cerca, y todos se encontraban a la espera desde hacía horas, o eso le parecía a Decius. El ataque era inminente.

Sendek se inclinó sobre Decius y le habló al aparato de escucha que llevaba incorporado en el casco.

—Preparado para la orden.

Asintió para mostrar que lo había oído y le pasó el mensaje al astartes que tenía al lado, un guerrero que llevaba al hombro un lanzacohetes, una silueta rematada en forma de cabeza de cobra. La escasa atmósfera de Istvaan Extremis no transmitía muy bien las ondas sonoras, pero era tal el estruendo que se estaba produciendo al otro lado de la base rebelde que, a pesar de ello, lo captaban. Decius distinguió el tableteo de los bólters de asalto y el estampido sordo de las explosiones de las granadas perforantes. Aquellos sonidos hicieron que le entrara un cosquilleo de impaciencia en la palma de las manos.

Un momento después, oyó por el canal principal cómo el capitán Gano rompía el silencio de comunicaciones.

—Séptima. En posición.

La voz del capitán de batalla sonó algo pesimista y sombría. El comandante de Decius no había sido el mismo desde que regresó del *Espíritu Vengativo*, y Solun se había preguntado en más de una ocasión qué era lo que habría ocurrido a bordo de la nave insignia del Señor de la Guerra. Además, estaba aquel asunto relacionado con Voyen… Apartó de la mente todos aquellos pensamientos.

Decius observó con atención las almenas de la muralla oeste a través de los amplificadores de visión de su casco, y estudió las idas y venidas de las siluetas negras

que la patrullaban. Daban vueltas de un modo confuso, como si no estuvieran seguras de dónde deberían estar en realidad. El ataque de los Hijos del Emperador estaba cumpliendo su función al atraer a la mayoría de los defensores hacia aquella zona.

—Al menos, sirven para algo —murmuró Decius para sí mismo. Siempre había creído que la III Legión era demasiado autocomplaciente comparada con las demás.

Una voz resonó en el canal principal y pronunció una única palabra, llena de la exaltación del combate.

—¡Adelante! —les ordenó Eidolon, y los guerreros de la Guardia de la Muerte salieron al unísono de sus escondites para formar una tremenda oleada de armaduras de color gris tormenta.

—¡Contad con la Séptima! —gritó una voz, y Decius repitió el grito. Después, lo oyó una y otra vez por toda la línea de combate lanzada a la carga. Los guerreros de la XIV Legión ya no tenían por qué guardar silencio.

Algunos de los guardias de las murallas habían quedado convertidos en despojos sanguinolentos después de caer desde sus puestos y estrellarse contra el suelo tras ser acribillados por los disparos de bólter desde media distancia. Varias andanadas de cohetes de pequeño calibre, disparados desde lanzadores portátiles, cruzaron el aire por encima de Decius antes de estrellarse contra los puntos de la muralla donde los aparatos detectores habían descubierto debilidades en la estructura. Los astartes vieron movimiento en la base de la propia muralla. Diversos búnkers autosellados surgieron de la barrera de piedra, todos equipados con armas láser. Unas delgadas líneas de color carmesí unieron por unos instantes las cápsulas ovoides y los guerreros atacantes. La ceramita quedó cubierta de rastros de quemaduras y unos pocos desafortunados recibieron los disparos delante de la cara, por lo que quedaron cegados por los rayos.

Aquella defensa no logró en absoluto detener el avance de la Guardia de la Muerte. En cuanto se lanzaban a la carga, era prácticamente imposible pararlos. La aplastante carga de infantería pasó por encima de las piedras y de las placas de hielo rotas sin dejar de disparar con sus armas. Decius descargó su bólter contra la posición enemiga más cercana y oyó a través de la tronera un grito ahogado procedente del interior. Luego colocó un nuevo cargador sin dejar de correr, sin ni siquiera cambiar de paso.

El hermano de batalla que llevaba el lanzacohetes al hombro seguía a su lado. La placa pectoral de su armadura mostraba una fea muesca provocada por la quemadura de un rayo láser, pero aparte de eso, estaba indemne. Decius vio cómo se apoyaba sobre una rodilla y apretaba el gatillo. El cargador del arma chasqueó varias veces a medida que alimentaba la recámara con los cuatro proyectiles que disparó. Los cohetes impactaron formando un agrupamiento perfecto y destrozaron la posición enemiga más cercana. El techo salió disparado cuando la bola de fuego provocada por la explosión interna se esforzó por abrirse paso. Por increíble que pareciera, varias

figuras ennegrecidas salieron trastabillando de los restos humeantes, algunas de ellas envueltas en llamas, pero todas blandiendo armas.

Decius les disparó con el bólter apoyado en la cadera. Mató a un puñado de ellos y luego entró en tromba en las ruinas para acabar con el último superviviente en combate cuerpo a cuerpo. Decius le propinó un golpe en el pecho y la fuerza del puño de combate lanzó al istvaaniano directamente contra las piedras del muro. El soldado enemigo se despegó del muro y cayó a los pies de Decius convertido en un guiñapo sanguinolento.

Oyó un siseo, y el astartes se inclinó para averiguar de qué se trataba. Al soldado enemigo se le había caído el microrreceptor que llevaba al oído y estaba tirado en el suelo, a su lado. Decius lo recogió y escuchó con atención. Lo único que se oía era un ruido estridente, una cacofonía de gritos chirriantes. Lo arrojó a un lado y se puso en pie de nuevo.

Decius miró a su alrededor y vio a los demás búnkers móviles destruidos o envueltos en llamas. Luego le dio al cadáver que tenía delante unos cuantos golpes suaves con la punta del pie. El rostro hinchado por la muerte reciente le devolvió la mirada. Uno de los ojos asomaba a través de la lente de color rojo de un sistema de puntería.

—No serás mi última presa —le dijo al cadáver del soldado.

—¡Retroceded a distancia de seguridad! —gritó Garro a pleno pulmón—. ¡Las cargas van a estallar!

El astartes que llevaba el lanzacohetes le dio un par de palmadas en el hombro.

—Vámonos, hermano. Van a hacer volar la muralla.

Decius retrocedió a la carrera unos cientos de metros, hasta la línea donde la Guardia de la Muerte se estaba reagrupando de forma ordenada. Vio a Tollen Sendek, que lo seguía de cerca, con un signum de activación de minado en la mano.

—¡Listo! —gritó Sendek.

El casco de Garro hizo un gesto afirmativo.

—Hazlo.

Sendek apretó con fuerza una tecla reluciente y Decius oyó un rugido siseante procedente de la fortificación de piedra. Un segundo después, les llegó el sonido de las torturadas moléculas de aire impulsadas a gran velocidad al mismo tiempo que un gran tramo de la muralla se venía abajo, convirtiéndose en polvo y cascotes.

—¡Tomad la cúpula! —Garro desenvainó la espada de energía y lanzó un tajo al aire—. ¡Por Terra y por Mortarion!

Decius corrió para colocarse en un flanco del capitán de batalla y se sumergió en la cegadora nube de polvo de roca. Los aparatos ópticos del casco convirtieron de forma automática el terreno que se extendía ante él en un entramado de líneas que se superpuso al espectro de visión habitual. En vez de la munición perforante más común, y en contra de las prácticas que seguían las doctrinas de combate convencionales, Sendek había utilizado unas potentes cargas cortadoras de cascos

diseñadas para su uso en los abordajes de naves. La sobrepresión resultante de aquella explosión, incluso en una atmósfera tan leve como la de Istvaan. Extremis, había provocado el derrumbamiento de una gran parte de la muralla occidental, abriendo un gran agujero en la cúpula central que se alzaba detrás de las defensas. A Decius no le hizo falta fijarse en los detalles para recordar la forma del edificio objetivo. Los había memorizado durante el trayecto desde la *Resistencia* y los tenía fijados en el subconsciente, tanto la silueta hemisférica y achatada como el entramado de extrañas torres parecidas a tuberías.

Las botas crujieron al aplastar los cuerpos de los soldados enemigos, que habían quedado casi convertidos en pulpa por las cargas de demolición. Alrededor de los astartes se alzaban las retorcidas vigas de metal de refuerzo. De algunas de ellas todavía colgaban trozos de ferrocemento parecidos a perlas polvorientas. Garro echó la espada hacia atrás para cortar unas cuantas y abrirse paso, pero Decius se puso delante.

—No, mi señor. Permítame hacerlo a mí —le dijo.

Decius empezó a golpear con el puño de combate y propinó cuatro tremendos mazazos a las piedras. El último golpe derribó los restos que les bloqueaban el paso. El astartes sonrió. No todos los días una persona tenía la oportunidad de propinarle puñetazos a un edificio.

La Guardia de la Muerte se desplegó a partir de la brecha y entró en el recinto propiamente dicho de la cúpula. Aquel espacio interior estaba repleto de figuras cubiertas con armaduras de color blanco pálido. Decius también vio unas siluetas encapuchadas y vestidas de negro que surgían a través del humo y del polvo como hormigas enfurecidas, y detrás de ellas… Parpadeó y miró asombrado lo que tenía ante los ojos, abarcando y asumiendo la estructura que dominaba el interior de la cúpula. Los informes de los astartes indicaban que lo que podían encontrar era la plataforma de sensores común en el Imperio, con quizá algunas modificaciones recientes, pero nada más. Decius se había imaginado que al entrar en la cúpula verían hileras de cogitadores y de monitores de onda, o algo parecido. No podía estar más equivocado.

Habían retirado todas y cada una de las bancadas de los niveles interiores de la cúpula y dejado el espacio central completamente despejado. En mitad de aquella estancia envuelta en humo se alzaba una construcción que parecía estar construida con piedra, aunque no de la variedad planetaria local, de color gris y salpicada de mica. Era una pirámide escalonada compuesta por bloques tallados a partir de diferentes minerales de todos los colores. Era obvio que las piedras procedían de otros planetas, pero ¿por qué? ¿Qué razón habría para levantar algo como aquello en un lugar tan remoto, donde nadie más que un puñado de traidores podrían verlo?

En la cara interior de la cúpula había un entramado de líneas y discos que parecían no tener fin, y que confundían la vista con ilusiones ópticas de profundidad y de movimiento cuando en realidad no había nada de aquello. Luego se percató de la

luz y del sonido, el mismo ruido discordante que había oído por el microrreceptor caído. Tenía su origen en la cima de la construcción, y bajaba por los lados de la pirámide en lentas oleadas insufribles. Allí arriba había una figura que flotaba en el aire…

Varios rayos láser de color rojo pasaron a poca distancia de la cabeza de Decius, lo que le apartó la atención de la pirámide y le hizo volver al combate que se estaba desarrollando. Los efectivos de la fuerza de la Guardia de la Muerte eran numerosos, pero habían subestimado el número de traidores que habría en el interior de la cúpula. Decius oyó la furiosa voz de Rahl por el comunicador.

—¡Fuerte resistencia en el objetivo!

Decius mató de un solo golpe a un soldado enemigo. El impacto lo lanzó hacia un grupo de camaradas traidores, a los que derribó al aterrizar sobre ellos. El capitán Garro atravesó las líneas enemigas abriéndose paso a tajos con *Libertas*, que relucía por los restos sanguinolentos que la cubrían. El bólter que empuñaba en la otra mano mataba a un oponente con cada uno de los proyectiles disparados con puntería letal. Solun mantenía el ritmo de su comandante, y logró que Rahl y Sendek se unieran a ellos. Hakur y su escuadra mantuvieron los flancos protegidos mientras avanzaban hacia los pies de aquella arcana construcción. Decius se echó a reír. Sentía el ansia del combate recorriéndole las venas. Mató a una docena más de enemigos a corta distancia con los disparos de bólter, hasta acabar con la armadura cubierta de salpicaduras de sangre. Ya estaban en la base de la pirámide escalonada cuando un estallido sordo rugió por el interior de la cúpula y las hojas de una puerta de contención interiores se doblaron hacia dentro con un crujido torturado. Varios gigantes de color dorado y púrpura se abrieron paso entre los restos y se lanzaron a por los individuos de capuchas negras.

—Los chicos de Fulgrim nos han honrado por fin con su presencia —dijo Garro, dejando al descubierto los dientes en una mueca feroz—. ¡No permitamos que Eidolon llegue a la cima antes que la Guardia de la Muerte!

La momentánea confusión que los defensores sufrieron ante la repentina llegada de los Hijos del Emperador fue suficiente para que los guerreros de la Séptima dispusieran del hueco que necesitaban. El capitán de batalla se apresuró a dirigir su escuadra al asalto definitivo de la pirámide.

Decius alzó la vista y recorrió con la mirada la ladera de aquel peculiar montículo hasta llegar de nuevo a la cima. Entonces lo vio con más claridad. Era cierto. Allí arriba había una mujer, y de algún modo, conseguía flotar en el aire, envuelta en un halo luminoso. La luz chasqueaba y se enroscaba alrededor de su silueta reluciente. Cada diminuto destello, potente como un rayo de sol, iba acompañado de nuevos sonidos, de más aullidos, de un ruido mortífero que les martilleaba en los oídos.

—¡Por la sangre! —gritó, aunque aquellas palabras apenas fueron audibles por encima de la horrísona cacofonía—. ¡En nombre de Terra! ¿Qué es eso?

Garro lo miró por encima del hombro.

—Un cantor de guerra —contestó con repugnancia.

Seis
Hasta el límite
Una tríada de cráneos
Nuevas órdenes

Garro echó un vistazo hacia abajo, hacia la empinada ladera de la pirámide escalonada, y vio el salvajismo de la batalla que se estaba desarrollando a sus pies. Todo el interior de la amplia cúpula se había convertido en un mar de guerreros completamente enfrascados en la tarea de matarse los unos a los otros. Las figuras cubiertas por capuchas negras se abalanzaban contra las formas blancas y púrpura de los astartes. Los disparos láser relucían en una cadena de relámpagos rojos que destacaban entre los destellos de los fogonazos amarillentos procedentes de las bocachas de los bólters. Los Hijos del Emperador también estaban escalando la pirámide aprovechando el hueco que la escuadra de Garro iba abriendo al avanzar. El polvo y los fragmentos de piedra salían disparados hacia los lados con cada pisada de las pesadas horas, y la peculiar construcción levantada con restos de otras resonaba con cada insoportable estrofa de la cantora de guerra.

Garro siguió adelante utilizando para ello los gruesos dedos del guantelete de la armadura, que clavaba con fuerza en la piedra para encaramarse al siguiente nivel. Vio mientras ascendía que los bloques eran de granito rojo, de pizarra frágil y extraños trozos de estatuas. El grueso de los bloques no parecía tener una regularidad, ni en el diseño ni en el propósito.

Ya estaban cerca de la mujer, y el astartes sintió de un modo vago unas voces en el comunicador, pero los ensordecedores aullidos de la líder enemiga las anularon con su rugido indescifrable. La cantora de guerra seguía firme e inmóvil mientras unos extraños retazos de luz y de color la rodeaban. Tenía las palmas de las manos pegadas al pecho y la cabeza completamente inclinada hacia atrás mientras seguía lanzando aquella terrible antífona hacia el tejado. El cántico era interminable, y no se detenía ni para tomar aire o cambiar de ritmo, con cada nota encadenándose a la siguiente y frenando los intentos de Garro por pensar de forma coherente. Era algo ultraterreno. Ninguna garganta humana podía ser capaz de emitir ese sonido, ni unos pulmones humanos lograrían proporcionarle semejante potencia. Alguna clase de energía contenida en la chirriante melodía arrancaba las partículas del propio aire y cortaba la

materia de todo aquello que estaba cerca. La parte superior de la cúpula se ondulaba como una superficie de agua que se estuviese transformando.

La mujer movió una de las manos con un gesto indolente, como algo que hiciera más por aburrimiento que por crueldad, y lanzó una reluciente descarga de energía sónica pirámide abajo. Las formas ondulantes rodearon a Pyr Rahl y lo despegaron de la piedra, haciendo que diera media vuelta sobre sí mismo en el aire. Del interior de la armadura comenzó a surgir ceniza al mismo tiempo que las piezas de protección se doblaban en los lugares más inapropiados. Rahl dejó escapar un grito ahogado, que se cortó en seco al sonar un tremendo crujido de huesos cuando la armadura implosionó. Los restos del guerrero de la Guardia de la Muerte cayeron rebotando hacia el combate que se libraba en el suelo. Garro lanzó un rugido de rabia por el modo casi despreocupado con que la cantora de guerra había matado a su hermano de batalla, y cargó hacia ella.

Un momento después, de un modo casi inesperado, llegó a la cima. El capitán de batalla dejó caer el bólter, que se quedó colgando de la cinta de amarre que llevaba unida a la cadera, y, empuñando firmemente a Libertas con las dos manos, atacó a la cantora de guerra. Se dio cuenta de que Decius estaba a su lado proporcionándole fuego de cobertura, pero también se percató de que estaba enfurecido porque los proyectiles de bólter rebotaban y salían desviados al chocar con la increíble energía de la muralla de sonido.

La cantora de guerra se dio la vuelta al notar la presencia de Garro y en su rostro se formó una mueca de resentimiento al verse atacada en su propia posición. El capitán vio cómo volvía todo el cuerpo. La melena de largos cabellos formó una sinuosa máscara al pasar por delante del aullante rostro. Garro se aferró a la rabia que sentía ante la cruel muerte de su subordinado y blandió la espada con todas sus fuerzas para hacerla chocar contra el escudo sonoro. El ruido del impacto sonó igual que el de la punta de un cuchillo al rascar con fuerza una superficie de cristal. Su enemiga absorbió sin esfuerzo alguno aquel sonido y lo entretejió en su propia cacofonía, incorporándolo al enloquecido coro.

Garro se dio cuenta de la verdadera naturaleza de aquel enemigo en un repentino destello de comprensión. A la cantora de guerra no se la podría vencer con energía lumínica, cinética o calorífica. Tan solo el sonido más feroz podría acabar con ella.

La cantora de guerra escogió del terrible mantra que llenaba el espacio de la cúpula una única línea de griterío estridente y la enroscó hasta convertirla en un puño de resonancia deslumbrante. Garro adivinó el golpe que se avecinaba y echó a un lado a Decius antes de saltar para apartarse de ella. La cantora de guerra se movió a la velocidad del sonido y, con un estampido sónico que provocó una estela de vapor blanco en el aire, golpeó a Garro con un martillazo compuesto de salmos.

Ensordecido. En caída libre. Dolor.

* * *

La mente de Decius quedó ofuscada simplemente por sufrir el impacto de refilón. Quedó limitada a las reacciones más simples, apenas capaz de procesar la tremenda oleada de violencia que acababa de recibir. La cúpula giró a su alrededor y notó cómo la rugosa superficie de la pirámide escalonada ascendía hasta golpearlo cuando cayó de espaldas a lo largo de ella. El puño de combate de Decius cayó boca abajo con la palma abierta sobre una pieza sobresaliente de una gárgola desgastada. Los dedos se cerraron sobre ella con un fuerte chasquido.

La estatua de piedra se agrietó, pero aguantó, deteniendo la peligrosa caída. La cabeza le resonaba como si dentro de ella estuvieran tañendo campanas. Notó una extraña presión borrosa que se le concentraba en los ojos. Decius soltó una imprecación gutural típica de Barbarus y se incorporó para ponerse en pie. Sus sentidos hiperampliados le indicaron las contusiones que sufría, además de algunas pequeñas roturas de hueso, pero no era nada que no se le fuera a pasar en unos cuantos instantes. Garro… El capitán Garro le había salvado la vida al empujarlo fuera del límite efectivo del ataque de la cantora de guerra.

Sintió que algo rebullía en su interior, una emoción nerviosa e impaciente, que era lo más cercano al pánico que un astartes podía sentir. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba el capitán de batalla? Decius acabó de ponerse en pie y se sintió aliviado al descubrir que seguía teniendo el bólter a mano, unido a la muñeca por la cinta de seguridad. Un momento después, mató de un puñetazo a un istvaaniano que lo atacó con torpeza. Echó a correr por el flanco de la pirámide hasta localizar a su comandante. La armadura gris mármol del capitán Garro estaba llena de salpicaduras de la brillante sangre roja de los astartes. Un guerrero de los Hijos del Emperador estaba a su lado. Tarvitz, recordó Decius al reconocerlo. Garro le había hablado muy bien de aquel individuo. A pesar de ello, sintió una punzada de orgullo herido en el pecho ante la idea de que un miembro de la III Legión hubiese llegado antes a ayudar a un guerrero de la Guardia de la Muerte, fuese o no su hermano de honor.

Decius hizo caso omiso del tremendo dolor que le provocaba el roce entre los huesos rotos y subió corriendo por la ladera de la pirámide escalonada, recuperando parte del terreno que había perdido al salir disparado en su caída. Cuando estuvo más cerca, captó un fragmento de la conversación que mantenían.

—Aguanta, hermano —decía Tarvitz.

—Tú mátala por mí —respondió Garro entre toses. Tenía los labios manchados de sangre, con la cabeza al descubierto debido a que el ataque de la cantora de guerra le había partido en dos el casco.

—Lo tengo —dijo Decius colocándose a su lado—. Conmigo estará a salvo.

Tarvitz se limitó a asentir antes de comenzar de nuevo el ascenso.

El astartes se volvió hacia su comandante con el estómago encogido ante el olor de tanta sangre Fresca. El olor le era a la vez familiar y odioso. El capitán tenía parte del pecho y del brazo izquierdo aplastados. Había perdido el bólter en algún punto de la caída, pero en la otra mano, en la sana, continuaba empuñando a *Libertas* con fuerza,

como sí la espada fuera alguna clase de talismán. Varios trozos afilados de granito y de obsidiana le sobresalían del abdomen. El gel sellante rodeaba cada fragmento tapando los puntos donde habían atravesado la capa de ceramita de la armadura del capitán como si fueran proyectiles de bólter. Sin embargo, la herida más grave estaba en la pierna.

En el rostro de Decius, tapado por el casco, apareció una expresión de profunda preocupación, y se alegró de que su comandante no fuera capaz de verla. El muslo de la pierna derecha de Garro apenas sobresalía un palmo de la cadera, y el extremo no era más que un muñón compuesto de jirones sanguinolentos de carne rasgada y hueso quemado. Estaba claro que lo único que mantenía consciente al capitán era el flujo de potentes coagulantes, agentes neuroquímicos y drogas anuladores del dolor procedentes de las glándulas implantadas en su cuerpo.

El simple hecho de pensar en el tremendo dolor que debía provocar aquella carnicería dejó por un momento sin habla a Decius. La cantora de guerra no le había arrancado la pierna de la articulación. Se la había cortado con una hoja serrada de puro sonido.

—¿Cómo me ves, muchacho? —le preguntó el capitán—. Seguro que no estoy tan guapo como los Hijos del Emperador.

—No está tan mal.

Garro soltó una risa salpicada de dolor.

—Eres un mentiroso muy malo, chaval —le dijo antes de hacerle un gesto—. Ayúdame a levantarme. Saúl acabará lo que nosotros empezarnos.

—No está en condiciones de luchar, mi señor —le contradijo Decius.

Garro se incorporó utilizando a su subordinado como muleta.

—¡Maldita sea, Decius! ¡Un guerrero de la Guardia de la Muerte puede luchar mientras tenga aliento para respirar! —Miró a su alrededor, aunque se tambaleó un poco por el fuerte dolor—. ¿Dónde está mi maldito bólter?

—Lo ha perdido, mi señor —le indicó Decius mientras lo ayudaba a bajar.

El capitán de batalla escupió en un gesto de ira.

—¡Por Terra! ¡Ayúdame a ponerme a distancia de espada y mataré a estos imbéciles a tajos!

Decius y Garro bajaron a trompicones por uno de los lados irregulares de la pirámide dejando tras de sí un rastro de sangre, hasta que finalmente llegaron al suelo de la cúpula, donde se vieron envueltos en el feroz combate cuerpo a cuerpo. Decius captó una serle de cambios en la cantora de guerra, que seguía en la cima de la pirámide, pero estaba demasiado concentrada en matar a los enemigos que tenía más a mano. Se convirtió en el apoyo de su comandante, con las piernas abiertas para mantenerse firme en el torbellino del combate mientras abatía con los disparos de bólter a los individuos de capuchas negras. A aquellos que lograban acercarse demasiado los mataba con certeros golpes del puño de combate. Garro se mantuvo apoyado contra su espalda, sosteniéndose con el brazo herido y creando relucientes

arcos letales con su centelleante espada. A los pies de ambos comenzó a formarse un charco de sangre, aunque también la del capitán se mezcló con la de los traidores istvaanianos.

Decius pidió asistencia médica a gritos por el comunicador, pero lo único que recibió por respuesta fue el chasquido de la estática. Lo más probable era que el impacto de la caída hubiera dañado el sistema de comunicaciones, y ni siquiera con toda la fuerza de los pulmones era capaz de lanzar un grito que se sobrepusiera a los aullidos de la cantora de guerra. Finalmente, Garro se derrumbó y casi cayó al suelo. El gigantesco esfuerzo y la pérdida de sangre acabaron siendo demasiado incluso para su resistencia de astartes. Decius ayudó al capitán de batalla a tumbarse antes de dejarlo apoyado contra la pared de ese nivel de la pirámide escalonada.

—Tome, señor —dijo mientras metía un cargador lleno en su propio bólter y se lo dejaba en el regazo.

—¿Adónde vas? —le preguntó su comandante con voz pastosa. A Garro empezaba a costarle enfocar la vista.

—Volveré pronto, capitán.

Decius dio media vuelta y se lanzó de cabeza al torbellino de la lucha, donde utilizó el puño de combate para abrirse paso entre las filas enemigas. Los soldados istvaanianos salieron despedidos en todas direcciones convertidos en guiñapos ensangrentados a medida que chocaba con ellos y creaba un breve pasillo entre la multitud de figuras encapuchadas de negro. El enemigo se movió como el agua, dejándolo pasar y rellenando luego el hueco que había abierto.

Decius vio por fin al individuo que estaba buscando.

—¡Voyen! ¡Aquí! —gritó con todas sus fuerzas.

El apotecario de la Guardia de la Muerte levantó la vista con rapidez del cuerpo de un hermano que había caído abatido por numerosos disparos láser.

—No puedo hacer nada más por él —dijo con voz sombría.

—¡El Emperador sabrá de su coraje por la lista de honor! —le contestó Decius a gritos—. ¡El capitán se unirá a este guerrero en la lista a menos que vengas conmigo ahora mismo!

—¿Garro? —exclamó Voyen, y se puso en pie de un salto inmediatamente—. ¡Llévame hasta él, de prisa! El capitán de la Séptima Compañía no perecerá si yo puedo evitarlo.

Se adentraron de muevo en el combate, luchando mientras avanzaban.

—¡Por aquí! —le indicó Decius.

—Sigue siendo mi comandante, ¿lo entiendes? —insistió Voyen—. No importa lo que diga o haga, eso jamás cambiará. ¿Lo entiendes, Decius?

—¿A quién estás intentando convencer, Voyen? ¿A mí, o a ti? —Decius lo miró con dureza—. Tú limítate a salvarlo. En este momento, tú y tu maldita logia me importáis un…

El resto de las palabras se perdieron en mitad de una increíble exacerbación aullante final procedente de la cúspide de la pirámide. Todos aquellos que pudieron se llevaron las manos a los oídos en un acto reflejo cuando la cantora de guerra lanzó su último y desesperado ataque antes de morir. Decius alzó la mirada y vio a dos figuras envueltas en una brillante radiación púrpura y una tercera decapitada cubierta por unos ropajes diáfanos que caía chocando de forma brutal y repetida contra los diferentes niveles de la pirámide escalonada.

—¡Eidolon! —gritó un astartes que estaba a su lado—. ¡Ha sido Eidolon quien la ha matado! ¡Esa cabrona ha muerto!

Un objeto ovalado cruzó el aire con unas tiras blancas vaporosas unidas a la parte posterior. Decius lo agarró antes de que se estrellara contra el suelo. Le dio la vuelta en la mano y se dio cuenta de que se trataba de una cabeza humana.

—La cantora de guerra —murmuró mientras la mantenía agarrada por las largas trenzas.

Le habían cortado el cuello de un solo tajo limpio. Sonrió con una mueca y se la arrojó a un guerrero de los Hijos del Emperador que estaba cerca de él. Luego siguió avanzando sin hacer caso de los gritos de victoria. Todos los encapuchados negros habían dejado de luchar al mismo tiempo. Algunos se habían dejado caer de rodillas y estaban sollozando balanceándose de delante a atrás. Otros se quitaron los mícrocomunicadores que habían llevado puestos hasta ese momento y se quedaron con ellos en el regazo, gimoteando ante la repentina desaparición de su valiosa canción. Sin embargo, la mayoría se limitó a quedarse en pie, dando vueltas sin rumbo como niños perdidos y abarrotando la cúpula con su ingente número.

—¡Quitaos de en medio! ¡Quitaos de en medio, escoria traidora! —aulló Decius mientras se abría paso a empujones entre el gentío gemebundo.

Se impacientó y comenzó a derribarlos a puñetazos. Los istvaanianos cayeron ante él como tallos segados por una guadaña. Otros astartes lo imitaron y aquello no tardó en convertirse en una matanza. Las órdenes del Señor de la Guerra no decían que hubiera que hacer prisioneros.

Para cuando Decius y Voyen consiguieron llegar a la base de la pirámide escalonada, Garro yacía en silencio y completamente pálido. A su lado estaba arrodillado un apotecario de la III Legión, con el entrecejo fruncido.

Voyen, con el rostro congestionado por la tensión, le lanzó una mirada a su colega médico.

—A un lado. ¡Ni lo toques!

—Le he salvado la vida, guardia de la muerte —fue la seca respuesta que recibió—. Deberías agradecerme que hiciera tu trabajo.

Voyen cerró los puños, enfurecido, pero Decius lo detuvo poniéndole una mano en el pecho.

—Hermano —dijo mientras se volvía hacia el otro apotecario—, te lo agradezco. ¿Sobrevivirá?

—Llevadlo a una enfermería en menos de una hora y puede que viva para luchar otro día.

—Así se hará. —El joven astartes lo saludó al antiguo estilo marcial—. Soy Decius, de la Séptima. Mi compañía está en deuda contigo.

El apotecario le sonrió levemente a Voyen y se levantó para marcharse.

—Soy Fabius, apotecario de los Hijos del Emperador. Considera mis cuidados hacia tu capitán como un regalo entre camaradas.

Voyen habló con voz cargada de veneno en cuanto Fabius se marchó.

—Cachorro arrogante, ¿cómo se atreve a…?

—¡Voyen! —lo cortó en seco Decius obligándolo a callarse—. Ayúdame a llevarlo.

* * *

Garro caía en un descenso sin fin.

El cálido vacío que lo rodeaba era espeso y pesado. Se trataba de un océano de aceite limpio y diluido, tan profundo como la memoria, y saber cuál era su límite se encontraba más allá de su capacidad de comprensión. Se hundió en él, con la tibieza envolviéndolo como si fuera un tejido de gasa que además le llenara la boca y la nariz, hasta el punto de inundarle la garganta y los pulmones y hacerle descender por el peso. Abajo y abajo, más y más profundamente. Cayendo. Sin cesar de caer.

Era consciente de un modo vago e impreciso de las heridas que había sufrido. Tenía algunas partes del cuerpo aisladas de su sensorium, con los nódulos nerviosos apagados y en silencio mientras los pacientes órganos de su fisiología astartes se esforzaban por mantenerlo con vida.

—Jamás se me curarán las heridas —dijo en voz alta, y las palabras pasaron burbujeantes por su lado mientras se solidificaban.

¿Por qué había dicho eso? ¿De dónde le había venido aquel pensamiento? Garro se lo preguntó con lentitud elefantiásica y se esforzó por cambiar de pensamientos, pero le resultaron imposibles de mover. Eran grandes como glaciares, y helados al tacto.

El trance. Una parte de su mente le proporcionó por fin aquel pequeño fragmento de dato. Sí, claro. Su cuerpo había cerrado todas las fronteras y lo había sellado en su interior, con todas las preocupaciones y asuntos externos relegados al último plano mientras sus implantes se esforzaban al unísono en detener a la muerte que lo acechaba. El astartes se encontraba en estado de estasis, en cierto modo. No se trataba de uno generado de forma artificial, donde se enfriaba el cuerpo de un modo extremo y se inyectaban agentes anticongelantes en la corriente sanguínea para los vuelos estelares de larga duración y bajo consumo. Aquello era un estado de semimuerte de un guerrero herido, de alguien casi fallecido.

Le resultaba curioso cómo al mismo tiempo era consciente y estaba inconsciente. Esa era la función del nodo catalepsiano: desconectar zonas del cerebro del mismo

modo que un servidor disminuía la potencia de las luces en las habitaciones vacías de una casa. Garro ya había pasado por algo semejante durante el alzamiento de Pasiphae, cuando el *Inflexible* sufrió un ataque suicida en la zona de lanzamiento de cápsulas que destrozó un costado de la barcaza de combate y provocó que unos cien guerreros sin protección salieran lanzados al vacío espacial. Había sobrevivido a aquello, con una nueva serie de cicatrices y tras meses de tiempo de los que no recordaba nada.

¿Sobreviviría a lo que le estaba sucediendo en esos momentos? Garro se esforzó por explorar sus pensamientos en busca de un recuerdo exacto de sus últimos momentos conscientes, pero lo único que encontró fueron percepciones difusas y fragmentadas además de descargas de un dolor brutal. Tarvitz. Sí. Saúl Tarvitz había estado allí, y el chaval, Decius. Y antes de eso… Antes de eso tan solo había el zumbido del eco de una estática chillona que producía un dolor increíble. Dejó que aquel pensamiento desapareciera, que la sombra de esa agonía se desvaneciese. ¿Sobreviviría a aquello? Garro solo lo sabría si lo conseguía. Si no, se limitaría a caer y caer, a hundirse y hundirse, hasta que el capitán de la Séptima Compañía se convertiría en otra alma perdida, en otra placa de acero con forma de cráneo engastada en la Pared de Hierro del Recuerdo levantada en Barbarus.

Descubrió que no le quedaba voluntad para vivir. Allí, en aquel no lugar, encogido sobre sí mismo, simplemente era. Dejar pasar el tiempo, a la espera, curándose. Así había sido después de Pasiphae, y así era como debía seguir siendo.

Como debía seguir siendo.

Pero sabía que había algo diferente, incluso mientras pensaba en ello. El traumático dolor que había sufrido en la cúpula. Eso no se parecía en nada a lo que había padecido con anterioridad. Cientos de años de combate no lo habían preparado para el brutal ataque de la cantora de guerra. Garro se percató en esos momentos, cuando ya era demasiado tarde, que se trataba de un oponente de un calibre al que jamás antes se había enfrentado. De dónde sacaba su poder… La forma que tomaba ese poder… Todo aquello era algo nuevo para él, y ocurría en un universo donde los astartes se creían incapaces de verse sorprendidos. Eso le enseñaría a no ser autocomplaciente.

A su modo, el capitán de batalla se quedó maravillado por todo lo ocurrido. Era increíble que hubiera sobrevivido el tiempo suficiente como para caer en el trance de curación. Otros guerreros de la Guardia de la Muerte, de los Hijos del Emperador, también se habían enfrentado a su poder y habían muerto. Pensó en el pobre Rahl, aplastado como un tubo de raciones ya vacío. Ya no habría más apuestas o juegos con él. Garro estaba vivo, aunque se mantenía así a duras penas, mientras otros de sus hermanos de batalla yacían muertos. «¿Por qué? —se preguntó—. ¿Por qué ellos sí y yo no? ¿Por qué Nathaniel Garro y no Pyr Rahl?».

¿Quién escogía aquello? ¿Qué balanza se utilizaba para pesar la decisión de si una persona vivía o moría? Esas preguntas lo engancharon con fuerza y le hicieron

sentirse desconcertado. Era una estupidez preguntarse algo tan sin sentido en un universo al que no le importaba nadie. ¿Qué balanza? ¡No había balanza alguna, ni un gran árbitro del destino! Pensar en algo así era una idea pagana, una idolatría. Era insensato creer que la vida de las personas dependía de los mecanismos que manejaba cualquier clase de deidad. No. Él sabía la verdad. Era la Verdad Imperial. Las estrellas giraban y las personas morían sin que hubiera necesidad de la existencia de los planes de un creador para ellas. No había dioses, ni pasados ni presentes, y el único futuro era el que se forjaba cada uno. Garro y sus camaradas simplemente existían.

Y sin embargo…

A Garro le pareció que en aquel lugar de sueño de la muerte, donde todo era a la vez más claro y más confuso, a veces sentía una presión que procedía de un lugar muy lejano, más allá de sí mismo. En los límites de su sensorium distinguía un leve destello reluciente que tenía su origen a incontables años luz, un mínimo indicio de interés por parte de un intelecto que se alzaba muy por encima de él. La fría lógica le decía que aquello era hacerse ilusiones, una idea desesperada que surgía del primitivo centro animal de su propio cerebro, pero Garro no era capaz de evitar esa sensación, por la simple esperanza de que la voluntad de alguien superior estaba actuando sobre él. Si no estaba muerto, quizá era porque le habían permitido seguir viviendo. Era un pensamiento que aturdía, peligroso.

—Su mano está sobre todos nosotros, y todos y cada uno de nosotros le debemos devoción.

¿Quién había dicho esas palabras? ¿Había sido el propio Garro, u otra persona? Le parecían extrañas y nuevas, llegadas desde muy lejos.

—Él nos guía, nos enseña, nos exhorta a convertirnos en algo más grande de lo que somos —dijo la voz sin entonación alguna—, pero sobre todo, el Emperador protege.

Aquellas palabras intranquilizaron a Nathaniel. Hacían que se removiera y que se retorciera en el espeso océano, y que desapareciera la sensación de comodidad. Sintió la presión de unas siniestras tormentas que se estaban gestando en los imposibles espacios que lo rodeaban. Las visiones sobre esas tormentas le llegaron a la mente a través de los ojos de otra persona, a través de un alma que no estaba muy lejos de él. Sí, brillaba como un faro lejano, pero no era más que una vela comparada con la luz de un sol ardiente. Se trataba de unas nubes negras de emociones retorcidas, que palpitaban y empujaban por doquier en la urdimbre y la trama del espacio, en busca de un punto débil a través del cual pudieran escapar. El frente de la tormenta avanzaba de forma inexorable, imparable. Garro quiso dar media vuelta, pero no había ningún lugar de la flotante caída donde no le acechara. Deseó ponerse en pie y luchar, pero no tenía manos, ni cara, ni cuerpo.

Entre las cambiantes brumas sombrías había unas siluetas que se alzaban para luego caer. Algunas se asemejaban a las espirales de símbolos que había visto en el interior de la cúpula de Istvaan Extremis. Otras eran parecidas a los dibujos que

tenían pintados los extraños estandartes de la Corte de Lupercal. El único símbolo que se repetía una y otra vez era un icono de tres partes que parecía buscarlo cada vez que Garro cambiaba su foco de atención. Se trataba de una tríada de cráneos, una pirámide de rostros aullantes, tres discos negros, un trío de sangrantes heridas de proyectil otras variaciones, pero siempre con la misma disposición de formas.

—El Emperador protege —dijo una mujer, y Garro sintió sus manos femeninas en las mejillas y el sabor salado de sus lágrimas en los labios.

Esas sensaciones le llegaron desde muy muy lejos, y después lo atrajeron hasta sacarlo de aquella calima de tormentas amenazantes.

Nathaniel se alzó cada vez más y más de prisa. La tibieza que lo rodeaba se convirtió en frío al mismo tiempo que el dolor se le enroscaba alrededor de las piernas y el estómago. Había… había una mujer, alguien de cabello corto con la cabeza tapada por una capucha de penitente y…

Y el dolor agónico de despertarse.

—¡Por los Ojos de Terra! —exclamó Kaleb—. ¡Está vivo! ¡El capitán está vivo!

* * *

—Me gustaría verlo —dijo Temeter con voz tensa.

El sargento Hakur frunció el entrecejo.

—Mi señor, mi capitán no se encuentra en condiciones de…

Temeter lo hizo callar levantando una mano.

—Hakur, mi veterano amigo, por respeto a ti y a tus muchos años de servicio intachable no consideraré tu impertinencia como una falta de respeto a mi rango, pero no creas que lo que te he dicho es una petición. Quítate de en medio, sargento.

Hakur se inclinó levemente.

—Por supuesto, capitán. Le pido disculpas.

Temeter pasó al lado del veterano y entró con paso firme en la enfermería terciaria de la *Resistencia*. Saludó con gestos de asentimiento a los guerreros de su propia compañía que todavía se encontraban allí curándose de las heridas sufridas en el asalto al mundo astronave jorgall. La mayoría de ellos no volverían al estatus de «operativo para combate», y sufrirían la relativa ignominia de quedar destinados de forma permanente en la nave, como miembros de la tripulación. También era posible que los enviasen a Barbarus para convertirse en comandantes instructores de los novicios. Ullis Temeter tenía la esperanza de que Garro no acabase compartiendo un destino semejante. Si un día el capitán de batalla se viera obligado a abandonar la fuerza de combate, ese día perdería las ganas de vivir.

Entró en una celda médica de acceso restringido y encontró a su camarada en un trono de soporte vital, rodeado de los cables de bronce y los viales de fluido que dejaban caer un constante pero suave goteo en los huecos abiertos en el caparazón implantado de Garro. El asistente del capitán de batalla se sobresaltó cuando Temeter

entró en la celda, y dio un brinco, sorprendido. Kaleb se llevó al pecho un puñado de papeles impresos que llevaba en la mano y parpadeó con los ojos llenos de lágrimas. A Temeter le dio de inmediato la impresión de que había pillado al sirviente haciendo algo que no debía, pero decidió dejar de lado aquel asunto de momento.

—¿Ha dicho algo?

Kaleb asintió mientras se guardaba los papeles en un bolsillo interior de la túnica.

—Sí, mi señor. El capitán habló bastantes veces mientras se estaba curando. No logré entender lo que decía, pero sí capté que pronunciaba varios nombres, sobre todo el del Emperador. —El asistente estaba muy nervioso—. No ha estado en contacto con nadie más que el personal médico y conmigo desde que salió de su coma sanatorio.

Temeter miró a Garro y se inclinó sobre él.

—¿Nathaniel? Nathaniel, viejo tontorrón. Si ya has acabado de dormir, resulta que hay una cruzada que librar. ¿O es que no te has enterado?

El tono de voz era alegre para ocultar la preocupación que sentía. La sonrisa se hizo genuina cuando Garro abrió los párpados y lo miró.

—Ullis, ¿es que no puedes apañártelas sin mí?

—Ja —replicó Temeter—. Por lo que veo, las heridas no te han embotado el ingenio. —Le puso una mano en el hombro—. Tengo un mensaje de parte de ese pavo real, Saúl Tarvitz. Ya ha regresado a bordo del *Andronius*, pero quería que te diera las gracias por ablandarle a la cantora de guerra.

El capitán soltó un gruñido de diversión, pero no dijo nada.

—Tu gente estaba preocupada —continuó informándole Temeter—. He oído decir que Hakur se temía que tendría que ponerse tu coraza del águila.

—Todavía podría ponérmela si esos sierrahuesos me dejaran marchar. —Garro torció el gesto cuando una oleada de dolor le recorrió todo el cuerpo—. Me curo mejor de pie.

Temeter miró hacia fuera de la celda, a la enfermería propiamente dicha. Voyen estaba allí, observando en silencio. Respiró profundamente.

—¿Cómo llevas la pierna, Nathaniel?

El rostro de Garro se puso un poco lívido cuando bajó la mirada. La extremidad derecha era deforme y no encajaba con el resto del cuerpo. En vez de una pierna fuerte y firme llena de músculos y tendones, lo que se veía era una estructura esquelética de acero denso y placas de bronce pulido que imitaban la forma del muslo y de la pantorrilla. La pierna artificial era de una calidad excelente, pero no por ello era menos impactante verla allí. En el rostro de Garro se enfrentaban diversas emociones.

—Servirá. Los apotecarios me han dicho que la conexión de los nervios se produjo sin incidente alguno. Según el hermano Voyen, con el paso del tiempo ni siquiera me daré cuenta de la diferencia.

Temeter captó el leve tono de incredulidad que había en la voz de su camarada, pero prefirió no responder a aquello.

—Ese es el capitán de batalla que yo conozco. ¿Qué otro individuo se iba a dejar un buen trozo de sí mismo en el campo de batalla e iba a regresar con ganas en busca de una revancha?

Garro sonrió con cierta sensación de orgullo y la voz le sonó con más tuerza.

—Espero que eso suceda pronto. Dime, hermano, ¿qué es lo que me he perdido mientras me estaba curando? ¿He dormido a lo largo de toda la pacificación de Istvaan y el resto de la Gran Cruzada?

—Ni por asomo —Temeter se esforzó por mantener un tono de voz alegre, aunque era consciente de que Garro hablaba en serio—. Las órdenes del Señor de la Guerra nos han llegado a través de lord Mortarion. Ahora mismo, la flota se encuentra anclada en órbita elevada sobre Istvaan III. Todas las estaciones orbitales de los traidores han sido eliminadas por los escuadrones de Ravens, y las naves de vigilancia que nos hemos encontrado son chatarra. Los cielos pertenecen a Horus.

—¿Y el ataque contra la Ciudad Coral? Si todavía estás aquí, supongo que aún no se ha producido.

—Dentro de poco, hermano. El Señor de la Guerra en persona ha escogido a los guerreros que formarán la punta de lanza contra las fuerzas de Vardus Praal.

Garro frunció levemente el entrecejo.

—¿Horus escoge en persona las unidades? Eso es… atípico. Normalmente suele ser tarea del señor de la legión.

—Es el Señor de la Guerra —le contestó Temeter con un punto de orgullo—. Lo atípico es su prerrogativa.

Garro asintió.

—Ha escogido tu unidad, ¿verdad? No me extraña que te sientas tan contento por que lo haya hecho. —El capitán sonrió—. Estoy impaciente por luchar a tu lado tan poco tiempo después del ataque contra los jorgall.

Y llegó el momento. Por mucho que Temeter se esforzó en no mostrar reacción alguna a aquel comentario, supo que no lo había logrado, y que Nathaniel se había dado cuenta enseguida.

La sonrisa de Garro se hizo más forzada.

—¿O no?

—Nathaniel —le dijo Temeter con un suspiro—. Creí que sería mejor que fuera yo quien te lo dijera antes de que ese idiota de Grulgor viniese a burlarse. Los apotecarios no te han declarado curado del todo, así que no estás en condiciones de participar en operaciones de combate. Tu mando queda reducido a un servicio limitado.

—Limitado —Garro escupió la palabra y dirigió una mirada llena de furia a Voyen, quien se apresuró a dar media vuelta y alejarse—. ¿Así es como debo considerarme? ¿Alguien limitado?

—No seas impertinente —le replicó Temeter, intentando aplacar la ira de su amigo lo antes posible—. Y no la tomes con Voyen. No hace más que cumplir su deber para con la legión. Si intentases ponerte al frente de la Séptima Compañía en estas condiciones, correrías el riesgo de fallarles, y ese es un riesgo que la Guardia de la Muerte no puede asumir. No vas a bajar a Istvaan III, Nathaniel. La orden procede directamente del primer capitán Typhon.

—Calas Typhon puede besarme la empuñadura de la espada —exclamó Garro con un bufido, y Temeter vio que su asistente parpadeaba con lentitud sorprendido por la imprecación que había soltado su habitualmente estoico capitán—. Quítame todos estos cacharros —añadió al mismo tiempo que empezaba a desconectarse de los monitores médicos y de los viales de diversos filtros.

—Espera, Nathaniel.

Garro se bajó con un gruñido de esfuerzo del trono de apoyo vital y se quedó de pie sobre la pierna de carne y la de metal. Dio unos cuantos pasos firmes.

—Si puedo moverme, puedo combatir. Voy a ver a Typhon y a decírselo en persona.

Garro salió de la celda esforzándose por no cojear con cada una de las poderosas pisadas que daba.

* * *

Kaleb contempló cómo su señor se levantaba de su lecho de convaleciente y se alejaba a grandes pasos. El acero y el bronce de su nueva pierna formaban ya parte de él, tanto como su voluntad de hierro por sobrevivir. Se quedó de nuevo a solas por unos momentos en la pequeña estancia y sacó el fajo de papeles que se había metido en el bolsillo. Los extendió con cuidado por encima del asiento del trono de apoyo vital. Después, el asistente se sacó con prudencia furtiva una cadena que llevaba al cuello y de la que colgaba un pequeño amuleto metálico tallado a partir de un casquillo de bólter. Era un objeto rudimentario, de formas toscas, pero que había sido creado con la clase de cuidado que únicamente la devoción es capaz de provocar. Bajo la luz de la estancia se veían con claridad las líneas de grabado y los entramados de agujeros diminutos que delimitaban una figura imponente rodeada de un halo de rayos de sol. Kaleb colocó el pequeño icono sobre los papeles y pasó las palmas de las manos sobre uno y otros.

Ya estaba completamente convencido, aunque resultaba ridícula la idea de que su fe necesitara más pruebas. Mientras su honorable amo, el capitán Garro, se debatía entre la vida y la muerte, Kaleb se había mantenido a su lado leyendo en susurros las palabras escritas en aquellas hojas ya desgastadas. «Su mano está sobre todos nosotros, y todos y cada uno de nosotros le debemos devoción. Él nos guía, nos enseña, nos exhorta a convertirnos en algo más grande de lo que somos, pero sobre todo, el Emperador protege».

Era innegable. El Emperador había protegido a Nathaniel Garro. Había respondido a las súplicas de Kaleb para que le salvara la vida a su señor y había sacado al capitán de la Guardia de la Muerte de las garras del abismo. Kaleb comprendió por fin lo que solo había sospechado hasta ese momento: Garro tiene un propósito en la vida. El astartes vivía, pero no por suerte o por capricho del destino, sino porque el Señor de la Humanidad así lo había querido. Llegaría un momento, y el asistente sabía de forma instintiva que eso sería dentro de poco tiempo, en el que Garro tendría por delante una tarea que solo él podría cumplir. Cuando llegase ese momento, la misión de Kaleb sería iluminarle el camino.

El asistente sabía que hablarle de todo aquello a su señor sería una equivocación. Había mantenido en secreto sus creencias durante todo ese tiempo, y todavía no había llegado la ocasión adecuada de hablar de ello con franqueza. Pero lo presentía. Estaba seguro de que Garro se acercaba poco a poco al mismo camino que Kaleb ya recorría, un camino que llevaba a Terra y al único ser verdaderamente divino de todo el cosmos, al Dios Emperador en persona.

En cuanto estuvo seguro de que nadie lo observaba, el asistente comenzó a rezar, con las manos extendidas sobre las páginas del *Lectio Divinitatus*, las palabras de la Iglesia del Sagrado Emperador.

* * *

La endurecida expresión del rostro de Garro mostraba la furia que estaba conteniendo. Sentía que lo asaltaba cada vez que la nueva pierna lo hacía cojear. Los diminutos mecanismos giroscópicos de la extremidad todavía tardarían algún tiempo en aprender los movimientos habituales de su cuerpo, y hasta que lo hiciesen, se vería obligado a cojear. Al menos, reflexionó, era capaz de caminar. La vergüenza de tener que confiar en un bastón o en alguna otra clase de apoyo habría sido difícil de soportar.

Temeter caminaba a su lado. El capitán de la Cuarta Compañía había dejado de intentar convencerlo de que regresara a la enfermería y lo acompañaba con gesto preocupado. La incertidumbre que mostraba el rostro de Temeter era claramente visible. El hermano de batalla de Garro jamás lo había visto de un humor semejante.

Llegaron a zona de mando de la *Resistencia*, un conjunto de estancias privadas, incluido el sanctorum, que su primarca utilizaba cuando estaba a bordo. Al cruzar el pequeño atrio que daba a la entrada, Garro vio a otro miembro de la Guardia de la Muerte que caminaba por delante de él, en dirección al mismo lugar. Se dio cuenta preocupado de que se trataba de Ignatius Grulgor. El comandante de la Segunda Compañía se dio la vuelta al oír el sonido del pie metálico al chocar contra el suelo de mármol y dirigió a Garro una mirada calculadora y despreciativa al mismo tiempo.

—No has muerto, entonces.

Grulgor se detuvo y cruzó los brazos antes de bajar la vista para mirarlo. Llevaba puesta la armadura de combate, mientras que Garro únicamente estaba vestido con una túnica.

—Espero que eso no resulte ser una decepción demasiado grande para ti —le replicó Garro.

—Nada más lejos de la verdad —le respondió Grulgor, mintiendo—. Pero dime, en tu actual estado de invalidez, ¿no sería mejor que te quedaras metido en cama? En una condición tan debilitada…

—Oh, cállate por una vez en la vida —lo interrumpió Temeter. La expresión del rostro de Grulgor se ensombreció.

—Cuidado con lo que dices, capitán.

Garro le hizo un gesto despreciativo con la mano.

—No tengo tiempo para perder contigo, Grulgor. Voy a hablar con el primarca.

Siguió caminando hacia la puerta.

—Llegas demasiado tarde —le contestó Grulgor—. Aunque no creo que el Señor de la Muerte se hubiese dignado dedicarle un minuto de su tiempo a un inválido. Mortarion ya no se encuentra a bordo de la Resistencia. Se encuentra de nuevo con el Señor de la Guerra, discutiendo asuntos relativos a la cruzada.

—Pues entonces, hablaré con Typhon.

Grulgor soltó una risa.

—Espera tu turno. Me hizo llamar hace un momento.

—Ya veremos quién espera —le espetó Garro, y abrió de par en par las puertas.

El primer capitán levantó la mirada con rapidez de los mapas de combate que tenía desplegados en la mesa de operaciones a la que estaba sentado. La enorme silueta blindada de Typhon estaba enmarcada por una gran vidriera que recorría un tramo de la parte dorsal de la nave de combate.

—¿Garro?

Parecía realmente sorprendido de ver en pie y caminando al capitán de batalla.

—Señor —le contestó Nathaniel—. El capitán Temeter me ha informado de que no he sido devuelto al estatus de combatiente.

Typhon hizo un leve gesto de la mano en dirección a Grulgor indicándole que esperara.

—Así es. Los apotecarios dicen que…

—Me importa muy poco lo que digan —lo interrumpió Garro, rompiendo por completo el protocolo—. ¡Solicito que mi escuadra de mando sea destinada de inmediato al asalto contra Istvaan III!

Typhon y Grulgor intercambiaron una mirada rápida, casi imperceptible, antes de que el primer capitán hablara de nuevo.

—Capitán Temeter, ¿por qué estás aquí?

Temeter dudó un momento, pillado por sorpresa por la pregunta.

—Mi señor, vine con el capitán Garro a… a apoyarlo.

Typhon señaló a Garro con un gesto de la mano.

—¿De verdad necesita apoyo, Temeter? Puede sostenerse solo sobre sus dos pies. —Señaló con un gesto seco de la barbilla las puertas de la estancia—. Puedes retirarte. Encárgate de tu compañía y de los preparativos para el desembarco.

El capitán de la Cuarta Compañía frunció el entrecejo, pero saludó y se marchó, no sin mirar a Garro antes de salir de la estancia. Cuando las puertas se hubieron cerrado de nuevo, Nathaniel miró a Typhon otra vez.

—Quiero que me dé una respuesta, primer capitán.

—Solicitud denegada.

—¿Por qué? —exigió saber Garro—. ¡Estoy en condiciones de dirigir! ¡Maldita sea! Me mantuve en pie y combatí en Istvaan Extremis con una pierna arrancada, ¿y no puedo enfrentarme a los enemigos del Emperador con esta prótesis de hojalata unida a mi cuerpo?

Typhon entrecerró los ojos ámbar de mirada dura.

—Si por mí fuera, te dejaría hacerlo, Garro. Te permitiría entrar dando tumbos en esa zona de guerra y vivir o morir con tu bravuconería, pero la orden procede directamente de su señoría. Mortarion ha dado una orden, capitán. ¿Vas a oponerte a la voluntad del primarca?

—Si estuviera aquí, sí, lo haría.

—Entonces, oirías de sus labios las mismas palabras. Si hubiera pasado el tiempo suficiente y tu herida estuviera curada por completo, quizá, pero a fecha de hoy, no.

Grulgor no pudo resistirse a la oportunidad de meter el dedo en la llaga.

—Te traeré un poco de gloria, terrano.

Garro sintió que la ira lo invadía, pero la voz ronca de Typhon sonó de nuevo antes de que pudiera contestarle.

—No, capitán Grulgor, no lo harás. He decidido que también permanecerás a bordo de la flotilla, en órbita, durante las operaciones en Istvaan III.

La arrogancia del comandante desapareció de inmediato.

—¿Qué? ¿Por qué, mi señor? Garro está herido, pero yo me encuentro listo para el combate y…

Typhon lo interrumpió.

—Te he llamado para darte la orden en persona antes de mi partida al *Terminus Est*. Iba a enviar un mensajero para que le llevara las órdenes al capitán Garro, pero ya que se ha presentado aquí, no veo motivo para no informaros a los dos al mismo tiempo.

El primer capitán se puso en pie y rodeó la mesa de operaciones hasta quedar delante de ellos. Habló de nuevo, pero con un tono de voz más formal y autoritario.

—Teniendo en cuenta los planes de batalla que su excelencia, el Señor de la Guerra Horus, y nuestro comandante, el Señor de la Muerte Mortarion, se ha determinado que vosotros seréis destinados, junto a vuestras escuadras de mando, a un puesto de servicio a bordo de una de las naves de combate imperiales. Se trata de

un puesto de supervisión. El resto de vuestras compañías permanecerá en reserva. Durante el asalto a Istvaan III y a la Ciudad Coral, proporcionaréis apoyo táctico pasivo para la operación de despliegue de las cápsulas de desembarco, y permaneceréis en alerta para realizar tareas de intercepción de rápida respuesta.

Un servidor se acercó a Garro y le entregó una placa de datos que incluía todos los detalles del edicto oficial de combate.

—¿Intercepción contra qué? —exigió saber Grulgor—. ¡Al ejército de Praal no le queda nada que vuele! ¡Destruimos todos sus aparatos!

—¿Cuál de nosotros tendrá el mando operativo? —preguntó Garro en voz baja y tono resignado mientras revisaba el contenido de la placa de datos.

—Esa responsabilidad será compartida por igual —le aclaró Typhon.

Garro se sintió derrotado y vacío en cierto sentido, pero se consoló un poco al saber que no tendría que soportar a Grulgor dándole órdenes a Hakur y a los demás miembros de su escuadra de mando. En un instante, el ardiente descontento que le recorría todo el cuerpo se enfrió y desapareció. El comportamiento habitual del capitán de batalla, una resistencia terca y empecinada, volvió con facilidad y se impuso a la furia. Si Mortarion había dicho que así debía ser, ¿quién era él para decir lo contrario? Suspiró para sus adentros.

—Gracias por iluminarme, primer capitán. Si no le importa, deseo reunir a mis guerreros para informarles de esta nueva misión.

Typhon asintió.

—Puede retirarse, capitán Garro.

Nathaniel Garro dio media vuelta y se marchó. El repiqueteo del pie de acero contra el suelo se convirtió en un metrónomo de su disgusto. Grulgor también hizo ademán de marcharse, pero Typhon hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Ignatius, espera un momento. —Cuando Garro salió de la estancia, se acercó al comandante—. Sé que piensas que te he ninguneado, hermano, pero créeme, es todo lo contrario.

—¿De verdad? —Grulgor no sonaba nada convencido—. Se trata de la batalla clave de esta campaña, ¿y me dices que debo contemplarla desde la órbita del planeta, metido en una lata con un puñado de idiotas mientras Garro juega a ser el mártir herido? ¡Por favor, mi estimado primer capitán, dígame cómo me honra de tan gran manera todo eso!

Typhon decidió no hacer caso del sarcasmo.

—Ya hemos hablado del deseo de nuestro señor de atraer a Garro desde el bando de Terra al del Señor de la Guerra, pero los dos sabemos que no cambiará. Es un guerrero demasiado fiel al Emperador.

Grulgor frunció el entrecejo.

—Istvaan III… ¿Podría ser este el momento decisivo? —Typhon permaneció callado—. Quizá… —Asintió con lentitud mientras las ideas se abrían paso en su mente—. Creo que veo una intención en todo esto. El patrón inusual de asignación de

unidades específicas de cada legión en vez de por compañías completas. Casi podría decirse que lord Horus quiere aislar a los elementos que no comparten sus ideas.

Typhon asintió.

—Cuando llegue ese momento decisivo, como tú lo llamas, Horus querrá que realices cierta misión —dijo con voz todavía más baja—. A pesar de lo benigno y paciente que Mortarion ha sido con él, estoy convencido de que Garro intentará traicionar a nuestro comandante y al Señor de la Guerra.

Grulgor asintió. Por primera vez, se dio cuenta de la posición que albergaba en el gran esquema del plan.

—No permitiré que eso ocurra.

* * *

Garro se quedó de pie en el centro de la armería y repitió las palabras de Typhon. Se obligó a sí mismo a dejar a un lado la fría impresión que le habían provocado aquellas nubes tormentosas y la creciente sensación de amenaza, de unos complots enormes y furtivos que rugían invisibles por encima de él. Garro se olvidó de todo aquello y se dirigió a los guerreros como su hermano y comandante para prepararlos para la batalla que se avecinaba. Hubo algunos murmullos de descontento, pero Hakur los acalló de inmediato, y las escuadras de astartes allí reunidas se pusieron de inmediato manos a la obra para iniciar los procesos de armado previos al embarque hacia su nuevo puesto.

—Respecto a esa nave, señor… —le preguntó Sendek—. La nave a la que vamos. ¿Sabe algo de ella?

—Es una fragata —contestó Garro—. Se llama la *Eisenstein*.

Siete
Un aterrizaje brusco
Devoradoras de vida
La decisión

El honor de ser los primeros Adeptus Astartes en poner pie en la superficie de Istvaan III en aquella misión de recuperar el planeta para el Imperio le correspondió a la Guardia de la Muerte. El corazón de Ullis Temeter se llenó de orgullo marcial al saber que tanto él como los guerreros de su compañía se encontrarían en primera línea de la punta de lanza. La cápsula de desembarco del capitán se estrelló con un sólido estampido de tierra arrancada contra una de las pequeñas planicies embarradas situadas al lado de la línea de trincheras de la Ciudad Coral. La onda expansiva del aterrizaje se repitió una y otra vez cuando centenares de cápsulas de desembarco se hundieron a medias en el suelo después de caer como una lluvia torrencial dejando tras de sí llameantes estelas anaranjadas.

La fuerza de invasión la componían miles de efectivos, con guerreros de todo rango y condición abatiéndose con una furia fría y decidida contra la superficie. La mente de todos y cada uno de los astartes albergaba rabia y odio contra los rebeldes. Las tropas de la Guardia de la Muerte no eran más que una parte de las múltiples brigadas de guerreros y de máquinas de combate que se habían enviado contra Istvaan III.

Los costados de la cápsula de Temeter salieron despedidos, impulsados por los mecanismos de apertura explosivos. El capitán inhaló profundamente su primera bocanada del aire del planeta para comenzar a dar órdenes a sus guerreros.

—¡Por Terra y por Mortarion!

Temeter hizo salir a su escuadra de mando del cráter poco profundo que había abierto la cápsula al aterrizar y de inmediato abrió fuego. La descarga de proyectiles trazadores abatió a un grupo de soldados traidores que se habían acercado demasiado para observar.

Vardus Praal había preparado bien sus defensas. Había talado por completo el bosque que antaño crecía en ese lugar y lo había sustituido por una llanura mortífera repleta de trincheras, túneles y búnkers bajos. Al otro lado, a unos cuantos kilómetros de distancia, empezaban las afueras de la Ciudad Coral en sí. La fría luz solar blanco-azulada diurna hacía que todo brillara y reluciera. Temeter divisó unas cuantas estelas

anaranjadas descender sobre la propia ciudad, en dirección a las impresionantes siluetas del palacio del Señor del Coro y el Sagrario de la Sirena. Se trataba de los elementos de asalto de los Devoradores de Mundos, de los Hijos del Emperador y de los Hijos de Horus.

Sonrió. La Guardia de la Muerte se encontraría con ellos dentro de muy poco tiempo, pero primero tenían que llevar a cabo un buen castigo. Los traidores soldados de Praal se habían levantado en desafío a la orden del Emperador para que se sometieran de nuevo. El deber del capitán Temeter era mostrarles lo muy equivocados que estaban. Habría sido muy sencillo para la fuerza de invasión astartes dejar atrás todas aquellas trincheras y el sistema de defensa, pero hacerlo habría dado la impresión equivocada. Hubiera implicado que aquellas fortificaciones eran, en cierto modo, un desafío para el poder imperial, cuando era evidente que no se trataba más que de una molestia sin apenas importancia. Así pues, Temeter y la Guardia de la Muerte se adentrarían en los corredores de disparo de las líneas istvaanianas para anularlas y destruir todas las defensas para luego seguir su camino hacia la Ciudad Coral y demostrar a aquellos idiotas ilusos cuál era la realidad. Nada podía oponerse a la voluntad del Emperador.

Los astartes avanzaron por encima del barro oscuro formando una sólida línea de armaduras de colores gris mármol y verde. Era una impresionante oleada de ceramita y flexiacero que atravesaba rollos de alambre de espino y barreras formadas por troncos de árboles sin desbastar. Caminaron entre zonas delimitadas de tiro e hicieron caso omiso de los proyectiles sólidos que les rebotaban contra la armadura. Algunos astartes se detuvieron aquí y allí al descubrir escotillas ocultas que se encargaron de cerrar de forma definitiva con granadas de fusión.

El capitán echó un vistazo atrás y vio al venerable dreadnought Huron-Fal avanzando por su flanco derecho. Las garras desplegadas de las patas del enorme guerrero blindado lanzaban una lluvia de barro cada vez daba un paso. Las ráfagas de fuego disparadas por los cañones acoplados que llevaba montados en el brazo derecho levantaron grandes surtidores de tierra en las líneas enemigas y lanzaron por el aire a los soldados enemigos.

Los defensores de la Ciudad Coral llevaban puestos uniformes de un color gris apagado semejante al tono del barro que los rodeaba, pero aquellos patéticos intentos de camuflarse no sirvieron para nada, ya que los cascos de los astartes llevaban incorporados lentes de intensificación de imagen y funciones de búsqueda infrarroja. Dio la orden en el lenguaje de signos de batalla para que la línea se dividiera en grupos de escaramuza y contempló cómo los guerreros se separaban por escuadras.

Temeter conocía a la mayoría de los guerreros de su destacamento por el nombre, aunque también había miembros de la Guardia de la Muerte junto a los que no había luchado jamás. El plan de despliegue que el Señor de la Guerra había elaborado para el asalto era sensato, pero no era el que el propio Temeter hubiera confeccionado. En vez de seguir las líneas tradicionales de unidades por división de compañías, Horus

había peinado las legiones en busca de elementos incluso a nivel de escuadras individuales, por lo que había reunido una fuerza que incluía guerreros procedentes de docenas de compañías diferentes.

Por lo que Temeter sabía, aquello no había ocurrido solo en la Guardia de la Muerte, sino también en los Devoradores de Mundos, en los Hijos del Emperador y en la propia legión de Horus. Tuvo que admitir que el trasfondo estratégico de semejante despliegue selectivo estaba más allá de su comprensión, pero si el Señor de la Guerra lo había ordenado así, sin duda debía existir una razón para ello. Lo cierto era que, en su fuero interno, el capitán de la Cuarta Compañía estaba contento de, para variar, estar al mando del campo de batalla y de poder combatir sin tener que contemplar la fanfarronería de Grulgor o de obedecer las brutales tácticas de Typhon.

El enemigo se estaba reagrupando después de recuperarse de la sorpresa del desembarco inicial, y sus disparos ya no eran tan dispersos. El agudo sentido del oído de Temeter captó por encima del estampido de los disparos unos sonidos atonales e intermitentes que le recordaron a alguien cantando. Había leído los informes posteriores al combate en Istvaan Extremis, por lo que conocía la existencia de los llamados «cantores de guerra» y su extraña magia coral. Por lo que parecía, allí, en el tercer planeta, el poder arcano de su peculiar música también tenía influencia. Temeter alzó su combi-bólter y comenzó su propia sinfonía.

* * *

La *Eisenstein* era una nave de aspecto muy común. Se trataba de un diseño antiguo, dentro del rango del tonelaje de una fragata, de poco más de dos kilómetros de longitud de proa a popa. Mostraba cierta semejanza con las nuevas fragatas de la clase Sword, pero solo porque la mayoría de las naves imperiales compartían una filosofía de diseño muy parecida. Casi todas las naves al servicio del Señor de Terra se construían basándose en elementos similares: una proa en forma de daga, un bloque gigantesco con los motores sublumínicos y de disformidad y, entre ambas partes, un casco cubierto de almenas y complejas estructuras de acero.

—No parece gran cosa —comentó Voyen en voz baja mientras miraba a través de uno de los escotillones del Stormbird que los trasladaba desde la *Resistencia*. Todavía se comportaba con cierta cautela con respecto a Garro, y se le notaba en la voz.

—No es más que una nave —le contestó el capitán de batalla—. Aquí o allá, cumpliremos nuestro deber sin importarnos el lugar.

Llegaron al muelle de atraque de la fragata, que parecía abarrotado y estrecho en comparación con el de la Resistencia. El capitán de la nave había acudido para cumplimentar a la Guardia de la Muerte con un grupo de oficiales.

—Baryk Carya —les dijo con un acento cerrado y un saludo enérgico al recibirlos —. Comandante Grulgor, capitán de batalla Garro. Tal como nos ha ordenado el primarca, esta nave es suya hasta la muerte o nueva orden.

Carya era un individuo achaparrado y de tez oscura, con una mata de cabello gris que le rodeaba la cabeza y la barbilla. Garro se fijó en el brillo de la placa de carbono que llevaba implantada en la mejilla y vio el manojo de cables terminados en clavijas de conexión que colgaba formando una cola en la parte posterior del cráneo. Mostraba un comportamiento un tanto lacónico hacia ellos, pero no lo suficiente como para que se considerara un desacato.

Carya era la máxima autoridad cuando no había un oficial del Adeptus Astartes a bordo, y Garro estaba seguro de que el capitán tenía un cierto resentimiento contra ellos por tener que abandonar el mando debido a su llegada. El capitán naval miró a su acompañante, una mujer delgada de cara enjuta. Garro reconoció las insignias de oficial de mando en las hombreras.

—Mi oficial de puente, Racel Vought.

La mujer se inclinó y les hizo el signo del aquila.

Grulgor aprovechó ese momento para soltar un bufido de leve desprecio.

—Puede continuar con sus tareas, capitán. Cuando el capitán Garro o yo necesitemos sus servicios, se lo haremos saber.

Carya y Vought saludaron y se marcharon. Garro contempló cómo se marchaban mientras pensaba que Grulgor ya estaba intentando colocarse en posición de superioridad sobre él, y todavía no llevaban ni un minuto a bordo de la *Eisenstein*.

Miró hacia atrás, hacia el campo que mantenía fuera el vacío del espacio, en el preciso instante en que un último Stormbird entraba en el muelle de desembarque impulsado por unos chorros azules y viraba para aterrizar al lado de los transportes destinados a los componentes de la Segunda y de la Séptima. Garro frunció el entrecejo debido a una repentina incertidumbre. Contó los Stormbirds. Estaba seguro de que el que acababa de llegar no era necesario. Tampoco es que los dos oficiales astartes se hubieran llevado a todas sus escuadras de mando con ellos.

La nave se posó y plegó las alas de ave rapaz, que se pegaron al fuselaje. El capitán la vigiló con el rabillo del ojo, a la espera de que se abriera la escotilla de desembarco y salieran más guerreros de Grulgor, pero no se movió. Quizá no había pasajeros a bordo. Quizá la nave no transportaba más que carga inerte.

Grulgor se puso delante de él y le sonrió sin humor alguno.

—Voy a realizar una inspección general de la nave para asegurarme de que se encuentra en completo estado operativo para la batalla.

—Muy bien.

El comandante le hizo una señal a un grupo de sus guerreros y se alejó sin mirar atrás. Garro dejó escapar un suspiro y se dio la vuelta hacia Kaleb. El asistente estaba a su espalda, ya inclinado en una reverencia.

—Supervisa que los servidores de la *Eisenstein* descarguen las armas y el equipo. —Se quedó callado un momento—. Y consigue toda la información que puedas sobre la carga que lleva el último Stormbird que ha llegado.

—Sí, mi señor. Haré que los servidores instalen el equipo en las zonas de armado de la fragata.

Garro se volvió hacia el sargento Hakur.

—Andus, llévate a los hombres y encuentra un buen alojamiento antes de que los de Grulgor se queden con los mejores espacios. —Tras despedir con un saludo al veterano, el capitán de batalla se dio la vuelta hacia su escuadra de mando—. Me voy al puente de mando. Decius, Sendek, venid conmigo.

Voyen lo miró fijamente.

—¿Mientras Grulgor merodea por las cubiertas inferiores? Perdóneme, mi señor, pero encuentro su actitud algo inquietante.

—¿Y quién no? —comentó Sendek.

—Es tu superior, apotecario —le replicó Garro con más dureza de la que pretendía—. Tiene autoridad para hacer lo que quiera, dentro de lo razonable. —Nathaniel le hizo un gesto con la mano—. Vete con Hakur. No estoy de humor para andar con especulaciones inútiles.

Garro, acompañado por sus hombres, se dirigió a la plataforma del elevador que los llevaría hasta los puentes centrales de la fragata. Mantuvo el rostro sin expresión alguna, pero lo cierto era que Voyen había tocado una fibra sensible. Habría sido inapropiado y contraproducente que el capitán de batalla hubiera hablado de forma abierta delante de los astartes rasos, pero lo cierto era que también él sospechaba que Grulgor se traía algo entre manos.

«¿A esto hemos llegado? —La idea le dio vueltas en la cabeza—. ¿A que los guerreros de la misma legión no puedan mirarse el uno al otro sin sentir desconfianza? Una cosa es la rivalidad entre camaradas y otra es la enemistad… Y esto… ¿Qué es lo que estoy presintiendo?».

* * *

—¡Capitán! —Temeter alzó la mirada y vio a uno de sus oficiales recién ascendidos—. Señor, el avance por el flanco norte se ha quedado atascado en un cuello de botella. Los defensores tienen un cañón cuádruple acoplado que barre toda la zona. Está emplazado en el interior de un búnker de ferrocemento. ¿Doy la orden de rodearlo?

Temeter soltó un bufido.

—Somos la Guardia de la Muerte, muchacho. Cuando nos encontramos con una roca en nuestro camino, no la rodeamos como si fuéramos agua. ¡La golpeamos y la destruimos! —Se puso en pie y llamó con un gesto de la mano a su escuadra de mando—. Enséñame ese obstáculo.

Avanzaron semiagachados por el terreno ondulado y cruzaron de un salto las trincheras repletas de cadáveres istvaanianos y casquillos de proyectil. A pesar de que el estampido y el silbido de los disparos sonaba por doquier, Temeter también captó el doliente e irritante canto fúnebre del enemigo. El capitán pasó por encima de una

leve inclinación y abandonó la cobertura para aplastar a pisotones un altavoz que se había caído de un mástil de apoyo. El artefacto soltó una lluvia de chispas y quedó en silencio.

—Allí, mi señor —le indicó el oficial.

Se trataba de un hexágono liso enclavado profundamente en el barro gris. El tono claro del ferrocemento indicaba que la construcción no tenía más que unos pocos años de existencia. En las paredes exteriores habían aparecido una serie de agujeros debido a los disparos que los tiradores más expertos de la Guardia de la Muerte efectuaban desde sus posiciones. Tal y como había dicho el joven astartes, los temibles cañones cuádruples del arma disparaban un chorro interminable de proyectiles trazadores en todas las direcciones de aproximación. Un puñado de cuerpos destrozados en mitad de la zona de tiro mostraba el punto hasta donde los hermanos de batalla habían llegado para morir en el intento. Temeter frunció el entrecejo.

—Los disparos de bólter o los cohetes no servirán. Que vengan los lanzallamas y las armas de plasma.

Transmitieron de inmediato la orden, y una sección de la Guardia de la Muerte equipada con lanzallamas avanzó hasta ellos. Temeter entregó su combi-bólter al joven oficial y le hizo un gesto a uno de los recién llegados para que se acercara.

—Dame tu arma —le ordenó. El capitán se colocó el lanzallamas y lo sacudió. Escuchó satisfecho el gorgoteo del tanque de combustible, casi lleno de promethium líquido—. Que los bólters llamen su atención. ¡Lanzallamas, dadles calor!

Los astartes abrieron fuego y, tal como se esperaba Temeter, el cañón cuádruple giró hacia ellos para responder a los disparos. Sus hombres habían comprendido el plan a la perfección sin necesidad de que se lo explicara con detalle. En el momento que el cañón enemigo apuntó hacia otro lado, las escuadras equipadas con lanzallamas y armas de plasma salieron de su cobertura y dispararon chorros de líquido ardiente y de gas sobrecalentado contra los laterales del búnker hasta que inundaron el interior. Los defensores no pudieron apuntar con la rapidez suficiente el cañón, y, a los pocos momentos, Temeter ya había conducido a sus hombres hasta la pared de baja altura del blocao. Para asegurarse el objetivo, hizo que uno de los sargentos lanzara un puñado de granadas perforantes a través de una de las aspilleras antes de saltar y colocarse sobre el tejado del búnker.

Temeter echó a correr y luego se plantó de un salto sobre el túnel de entrada en forma de S. Al hacerlo, aplastó con un desagradable crujido de huesos a uno de los soldados encapuchados contra el suelo de ferrocemento. Oyó la confusión que había en el interior del reducto y se apresuró a entrar. Todo estaba lleno de humo negro, y las paredes cubiertas de llamas. El calor procedente del emplazamiento del cañón era muy intenso. El capitán apretó el gatillo del lanzallamas que le habían prestado y llenó todo el lugar de líquido ardiente. Un llameante chorro de color rojo atravesó el aire a la altura del pecho. Los soldados se convirtieron en antorchas, y las cajas de la munición que todavía no se había utilizado, situadas en compartimentos del piso

inferior, comenzaron a estallar en resonantes explosiones. Uno de los soldados istvaanianos se lanzó contra él, aullante y envuelto en llamas, y se abrazó a Temeter. El capitán soltó el lanzallamas y despedazó literalmente al individuo, partiéndolo en dos mitades. Luego, apagó a manotazos las llamas que se le habían quedado prendidas a la armadura y sonrió cuando vio que el resto de sus tropas entraban en tromba y acababan la tarea.

Una vez silenciado el búnker, Temeter miró las bocas de los túneles que bajaban partiendo de allí.

—Sellad todos esos ramales —ordenó—. No quiero que salgan ratas de ahí después de que nuestra línea avance y dejemos esto atrás. —Al quedar en silencio el cañón del búnker, el capitán comenzó a oír de nuevo el sonsonete cansino y enervante procedente de un altavoz que tenía cerca. Se aproximó y lo destrozó de un puñetazo —. Destruid todos los repetidores como este que os encontréis. Este puñetero ruido me está sacando de quicio —añadió Temeter.

—¡Señor! —lo llamó uno de sus hombres al mismo tiempo que señalaba hacia fuera a través de una de las rendijas de visión del búnker.

Temeter distinguió una inmensa sombra que bajaba hacia el horizonte sobre unas columnas de fuego producidas por retrocohetes, y un momento después, sintió temblar la tierra del mismo modo que lo haría una campana al ser tañida. Todos los astartes del interior del búnker se despegaron del suelo por un instante y oyeron crujir el techo de ferrocemento debido a la onda de choque. El capitán se asomó un poco y distinguió a lo lejos un inmenso cilindro de pie envuelto por una nube de vapor, algo más allá de la zona donde se habían posado las cápsulas de desembarco. Tenía prácticamente el mismo tamaño que un bloque de habitáculos de una ciudad colmena. Las aletas de guiado todavía brillaban con un resplandor carmesí debido al calor de la entrada en la atmósfera. Se oyó un tremendo chirrido de metal tensado y los costados del cilindro cayeron a los lados arrastrando tras de sí tuberías flexibles y chorros de vapor blanco. Del interior de la monstruosa cápsula de desembarco surgió el rugido ulularte de una sirena de batalla, y un momento después, de entre el humo surgieron unas placas de hierro y de acero que acabaron convirtiéndose en un gigante cubierto de blindaje y de armas. El suelo resonó con cada paso cuando el titán de la clase Imperator empezó a caminar hacia la Ciudad Coral.

—El *Dies Irae* —comentó Temeter, poniéndole nombre a la gigantesca máquina de guerra—. Nuestros primos de la Legio Mortis se han decidido a dar un paseo con nosotros. —Se quedó contemplando unos instantes la inmensa construcción bélica, pero volvió a la realidad casi de inmediato—. Comunicaciones, que se pongan en contacto con el princeps del Dies Irae y le actualicen todos los datos sobre la batalla.

El joven oficial astartes le devolvió el combi-bólter a Temeter. Su rostro mostraba una expresión preocupada.

—Mi señor, hay un problema con las comunicaciones.

—Explícate —exigió saber Temeter.

—Tenemos dificultades para ponernos en contacto mediante algunos canales, incluidos los de comunicaciones con el titán y nuestras naves en órbita.

Temeter alzó la mirada.

—¿Nos están interfiriendo los rebeldes?

El joven astartes negó con la cabeza.

—No lo creo, capitán. La anulación es demasiado selectiva como para que sea eso. Da la impresión de que… Bueno, de que ciertas frecuencias de comunicación estuviesen apagadas.

El capitán aceptó la explicación con un seco gesto de asentimiento.

—Bueno, pues seguiremos sin ellos, entonces. Si el problema empeora, avísame. En caso contrario, continuaremos con el plan de ataque ya establecido. —Temeter se apresuró a salir del achicharrado interior del búnker destruido—. ¡A la Ciudad Coral! —gritó.

Una amplia sombra le pasó por encima y el capitán levantó la mirada. Lo que vio fue la planta del pie del *Dies Irae* mientras pasaba sobre él para luego posarse sobre otro búnker que estaba un poco más lejos. Los pesados impactos de artillería empezaron a converger sobre el lugar. Los proyectiles descendían dejando tras de sí una estela de humo.

—¡Guardia de la Muerte! —gritó al mismo tiempo que empuñaba con más firmeza el bólter—. ¡Que el gigante soporte el ataque de los grandes cañones! ¡A las trincheras, hermanos! ¡Limpiad todo el terreno de esa escoria traidora!

* * *

Carya se dio la vuelta cuando las hojas de bronce de la puerta del puente de mando se abrieron para dejar paso a Garro y a dos de sus guerreros. El hombre echó una rápida mirada nerviosa a la oficial Vought, pero luego se apresuró a mostrar la misma expresión de autoridad hosca que ya le habían visto cuando los recibió.

—Capitán de batalla en el puente —exclamó; luego, saludó.

Garro aceptó el trato de honor con un gesto de asentimiento.

—Ya cumplimos con las ceremonias en el muelle de atraque, capitán Carya. No suframos esa pesada carga aquí también. Será mejor que nos ciñamos a lo que es necesario, ¿no le parece?

—Como desee, capitán. ¿Va a tomar el mando?

El capitán de batalla hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, si no tengo un buen motivo para hacerlo.

Garro estudió con detenimiento el diseño del puente de mando de la nave. Carecía de ornamentación alguna, tal como correspondía al estilo sencillo y directo de una nave al servicio de la Guardia de la Muerte. A diferencia de lo que ocurría en algunas naves estelares, donde las paredes estaban cubiertas con paneles decorativos de madera o de metal, los conductos y los mecanismos operativos de la *Eisenstein*

estaban a plena vista. Los manojos de cables, incluso los tubos de alimentación, cruzaban el puente de mando completamente visibles, agrupándose alrededor de las consolas de los cogitadores y las portillas de observación. A Garro le recordaron las nudosas raíces de un árbol viejo.

Vought pareció captar lo que Garro estaba pensando.

—Puede que la nave no sea una belleza, capitán, pero tiene un corazón resistente. Ha sido un siervo del Emperador de fidelidad inquebrantable desde el día que zarpó de los astilleros de Luna, antes de que yo naciera.

El capitán de batalla se dio cuenta de que la oficial se esforzaba por no mirarle directamente la pierna artificial. El agarrotamiento de su manera de andar era evidente incluso con la servoarmadura puesta, y hacía evidente que había sufrido una herida grave recientemente.

Garro puso una mano sobre el podio central navitrix y estudió la brújula etérica encerrada dentro de una esfera de cristal y de unos campos de suspensión. Una pequeña placa metálica fijada a la base del podio indicaba el nombre de la nave, el tipo y los detalles de construcción de la fragata. Nathaniel la leyó con cuidado y sonrió divertido.

—Es fascinante. Por lo que parece, la *Eisenstein* zarpó por primera vez al espacio el mismo año en que yo me convertí en un astartes. —Miró a Vought—. Ya tengo un cierto parentesco con esta nave.

La oficial de puente le devolvió la sonrisa y, por primera vez, Garro notó una sensación de verdadera camaradería con un miembro de la tripulación.

—*Eisenstein* —musitó Sendek, casi paladeando la palabra—. Es un término procedente de un antiguo dialecto de Terra, el de los germani. Significa «piedra de hierro». Es apropiado.

Carya asintió.

—Vuestro hombre está en lo cierto, capitán Garro. También comparte el nombre con dos individuos notables de la época de Terra. Uno era un rememorador, el otro, un científico.

—Tanta historia para una simple fragata —comentó Decius.

En los ojos del capitán de la nave asomó un destello de rabia.

—Con el debido respeto, mi señor, en toda la flota del Señor de la Guerra no existe nada semejante a una «simple» fragata.

—Disculpe a mi hermano de batalla —le contestó Garro con voz conciliadora—. Se ha acostumbrado demasiado a la comodidad de los amplios camarotes de la *Resistencia*.

—Una nave excelente —contestó Carya—. Nos esforzaremos por conseguir el registro de honores de una nave tan ilustre.

Garro sonrió levemente.

—No hemos venido aquí para ganarnos elogios, capitán. Únicamente para cumplir con nuestro deber —le contestó. Luego se acercó a la parte frontal del puente

de mando, donde las hileras de consolas y de púlpitos de operador relucían con el brillo azul actínico de las pantallas pictográficas—. ¿Cuál es nuestro estado operativo?

—Mantenemos la posición —contestó Vought—. Las órdenes del Señor de la Guerra fueron que nos quedáramos en estas coordenadas hasta que todos los astartes estuvieran a bordo, y que después esperáramos nuevas órdenes.

El capitán de batalla asintió.

—Me temo que hoy no haremos mucha historia. Nuestro primarca nos ha ordenado que nos mantengamos en órbita aquí, en un punto de anclaje elevado y que nos dediquemos a la búsqueda de naves enemigas que quieran intentar escapar de Istvaan III aprovechando la confusión del asalto terrestre.

Apenas acababa Garro de decir aquello cuando sonó un campanilleo apagado en un rincón oscuro del lado de estribor del puente ele mando. La pesada cortina a prueba de sonido que cubría la entrada estaba echada a un lado y anudada con un grueso cordón plateado. Se trataba de un nicho de comunicaciones, un lugar reservado donde se podían recibir las comunicaciones importantes con una privacidad relativa en situaciones de combate. Un oficial joven y de aspecto desgarbado, que llevaba puesto un complejo collar de señales, salió a la luz con una placa de datos en la mano y se puso en posición de firmes.

—¡Mensaje recibido, código prioris, expedido de forma inmediata! —Se quedó dudando, mirando de forma alternativa a Carya y a Garro, inseguro de a quién debía dirigirse—. ¿Señor?

El capitán naval alargó una mano abierta.

—Démelo a mí, señor Maas. —Carya miró luego a Garro—. Capitán, ¿me permite?

Nathaniel asintió y se quedó mirando cómo Carya revisaba con rapidez el contenido de la placa.

—Ah —dijo al cabo de unos momentos—. Por lo que parece, lord Mortarion ha decidido darnos una utilidad diferente. Vought, ponga los motores impulsores en situación de preparado.

Garro cogió la placa mientras la oficial se apresuraba a obedecer la orden.

—¿Hay algún problema?

—No, señor. Tan solo son nuevas órdenes.

El capitán se inclinó sobre uno de los servidores del timón y comenzó a emitir una serie de órdenes precisas.

El mensaje de la placa de datos era breve e iba al grano. Llegaba directamente desde el centro de comunicaciones del *Espíritu Vengativo* y estaba marcado con las runas de sello del Señor de la Muerte y del palafrenero de Horus, Maloghurst. Las nuevas órdenes de la *Eisenstein* eran que partiera del punto de navegación donde se encontraba en ese momento y bajara a un rumbo orbital de menor altitud.

Como todos los astartes de rango superior, Garro había recibido entrenamiento y tenía experiencia en operaciones navales estelares. Se concentró para recordar,

mientras leía, todo el conocimiento que le habían grabado en la mente mediante el hipnocondicionamiento y calculó el nuevo estado operativo de la fragata cuando llegara a las coordenadas establecidas.

Frunció el entrecejo. Typhon le había dicho que la *Eisenstein* se iba a encargar de actuar como nave interceptora en busca de posibles fugitivos ístvaanianos, pero cuando llegara a su nuevo puesto, la fragata estaría demasiado cerca del borde de la atmósfera del tercer planeta como para poder reaccionar con la rapidez suficiente. Para llevar a cabo de un modo correcto la misión que se le había encomendado, la fragata debía permanecer en una órbita elevada para proporcionar el tiempo necesario a las dotaciones de artillería para poder detectar, apuntar y destruir a las naves enemigas. Con la bajada de altitud, lo único que se conseguía era reducir su campo de disparo. Luego estudió las coordenadas planetarias correspondientes y su preocupación no hizo sino aumentar. El cambio orbital colocaría a la *Eisenstein* directamente sobre la Ciudad Coral, y Garro estaba completamente seguro de que allí abajo no había quedado ninguna clase de nave espacial operativa.

Le devolvió la placa de datos a Maas. La expresión de preocupación de su rostro se acentuó. Si la *Eisenstein* transportara cápsulas de desembarco y astartes para una segunda oleada de ataque, la razón de la orden habría estado muy clara. Sin embargo, la fragata no estaba pensada para ese tipo de operaciones. Era, en el sentido más básico, una plataforma artillera. Estaba equipada con varios puentes repletos de baterías de armas que le sobresalían por los flancos como si fuera un erizo. La única función que podía desempeñar la *Eisenstein* estando tan cerca de la superficie era la de un bombardeo planetario, pero semejante acción era impensable. Después de todo, el propio Horus había desestimado en el consejo de guerra la demanda de Angron de reducir la Ciudad Coral a cenizas. Sin duda, el Señor de la Guerra no habría cambiado de opinión con tanta rapidez, y aunque ese fuera el caso, había cientos de guerreros leales allí abajo.

Garro se dio cuenta de que Carya lo estaba mirando fijamente.

—¿Capitán? Si no tiene nada en contra, ahora mismo procederé a ejecutar las órdenes.

Garro asintió con aire ausente mientras un escalofrío indefinido le recorría el cuerpo.

—Proceda, capitán Carya.

El capitán de la Guardia de la Muerte se acercó a la portilla de observación principal y se quedó mirando a través del cristal blindado. Bajo él, la atmósfera cargada de nubes de Istvaan III comenzó a acercarse.

—¿Pasa algo malo, mi señor? —le preguntó Decius con un susurro subvocal para que ninguno de los tripulantes cercanos pudiera oírlo.

—Sí —le contestó el capitán de batalla, y la repentina sinceridad de su respuesta lo sorprendió—. Pero, por Terra, no sé lo que es.

* * *

Kaleb se cubrió más con la túnica de trabajo de la nave y avanzó con cuidado a lo largo del borde de la pasarela de servicio. Con los años se había convertido en todo un experto en ser invisible a plena vista, y para cualquiera que se fijara en él, el asistente no habría sido más que otro servidor humano. El emblema que mostraba su fidelidad a la Guardia de la Muerte y a la Séptima Compañía estaba tapado por el ropaje de color gris. Una parte de su mente no dejaba de dar vueltas y lanzarle advertencias contra lo que estaba haciendo, pero Kaleb se dio cuenta de que era incapaz de dejar de seguir avanzando a pesar de todo ello.

¿Cómo había cambiado tanto? Lo que estaba haciendo era sin duda un acto criminal de alguna clase, ya que se estaba haciendo pasar por un tripulante de la *Eisenstein* en vez de caminar de forma abierta con su identidad bien visible. Sin embargo, sentía que era lo correcto. Desde que el Emperador había respondido a las plegarias de Kaleb en la enfermería y había salvado a su señor, el asistente se había envalentonado. Sus órdenes procedían de una autoridad superior. Quizá siempre había sido así, pero solo desde entonces era consciente de ello. El capitán de batalla le había ordenado que siguiera la carga que transportaba el último Stormbird, y se había puesto manos a la tarea. Si era el deseo de Garro, entonces era una misión del Emperador, y Kaleb estaba haciendo lo correcto al cumplirla.

Después de que los guerreros de la Séptima Compañía abandonaran el muelle de atraque, Kaleb se había colocado donde podía dar órdenes a los servidores de la fragata, pero también desde donde pudiera vigilar al Stormbird. Pasaron pocos minutos antes de que uno de los guerreros de Grulgor regresara allí. Se trataba de Mokyr, el grosero. Había apartado a un puñado de servidores de sus tareas y los había puesto a descargar la nave. Kaleb contempló cómo bajaban unos bidones de acero y aspecto pesado por la rampa. Luego, los servidores los colocaron en unas vagonetas de carga unidas entre sí para llevárselas en dirección a la popa. Todos los recipientes eran iguales: de un metal apagado, arañado y desgastado por el uso, marcados con el aquila imperial y con unas runas de advertencia de color amarillo brillante. Kaleb no fue capaz de leer desde aquella distancia lo que decía el manifiesto de carga fijado en los flancos.

Observó con interés lo que ocurrió cuando a uno de los grupos de servidores se le escapó uno de los cilindros y casi se soltó de los anclajes. Cayó un metro antes de que los miembros del grupo consiguieran agarrar con fuerza los cables sueltos e impidieran que se estrellara contra la cubierta del puente. Mokyr se abalanzó contra el encargado del grupo y lo derribó de una tremenda bofetada. Kaleb no logró distinguir lo que decía debido al constante ruido del muelle, pero era evidente el tono de furia en la voz del guerrero de la Guardia de la Muerte.

Los contenedores se alejaron a bordo del tren de carga, y Kaleb se quedó mirando, dubitativo. Había recibido órdenes de supervisar la transferencia del equipo de la

Séptima Compañía, pero el capitán Garro también le había ordenado que investigara en qué consistía el cargamento que transportaba el último Stormbird. Kaleb se convenció de que esa última orden era la más importante.

De modo que, manteniéndose a una distancia prudente, el asistente recorrió las entrañas de la *Eisenstein* sin perder de vista el convoy de carga, pero al mismo tiempo, procurando no ponerse en la línea de visión de Mokyr. El tren de carga se detuvo en las vías de servicio que había a lo largo de la fragata. A cada lado del túnel de acero estaban los mecanismos de carga y alimentación de las armas principales de la nave. Las grandes recámaras de los cañones se alineaban por toda la pasarela, preparadas para recibir los proyectiles de combate de los depósitos de munición que se alzaban por encima de ellas. Los servidores trasladaban los contenedores solo a las zonas de distribución del costado de babor. Kaleb se quedó confuso por unos momentos. Siguió con la mirada todo el recorrido del enorme cañón hasta que salió por la tronera blindada del casco. En ella vio el leve reflejo de la superficie del planeta, que flotaba en la oscuridad.

Los grupos de carga habían abierto algunos de los contenedores, así que Kaleb se acercó un poco para ver mejor. Pasó por encima de una de las ranuras de las mamparas de sellado, que bajarían de inmediato formando una barrera de seguridad de emergencia en el caso de que alguno de los proyectiles de artillería estallase en el transporte o en la recámara al ser disparado. La consternación de Kaleb aumentó al reconocer las siluetas fornidas y altas de algunos miembros de la Guardia de la Muerte, que estaban supervisando las tareas de los siervos. El comandante Grulgor, cuya expresión de concentración era visible al no llevar el casco puesto, no dejaba de impartir órdenes con movimientos bruscos de la mano. El contenedor que estaba más cerca de Grulgor se abrió como una caja de sorpresas soltando un siseo de descompresión. En el interior había varias estructuras hexagonales, y sobre ellas, una docena de esferas de cristal. Cada una tenía al menos un metro de diámetro, y estaban repletas de un espeso fluido químico de color verde bilioso.

En cada cápsula habían pintado un símbolo negro compuesto por anillos rotos entrelazados, y alguna clase de instinto animal hizo que Kaleb se agarrara con fuerza a la barandilla detrás de la cual se estaba escondiendo. Hizo un rápido cálculo mental. Si todos los contenedores transportaban el mismo número, habría un total de más de cien esferas de aquellas en la carga que Grulgor había llevado a la nave. Todo empezaba a encajar: la repentina furia de Mokyr, la presencia del comandante en la descarga, el exagerado cuidado con el que los tripulantes movían la carga… Fuese lo que fuese el líquido que contenían, las esferas de cristal representaban una amenaza absolutamente mortífera.

La idea se le formó a Kaleb en la mente con tanta fuerza que se puso en pie de golpe. De repente, toda la valentía que había sentido hasta ese momento gracias a su inteligente disfraz desapareció por completo. El miedo le recorrió todo el cuerpo. Se dio la vuelta para echar a correr y se estampó contra un servidor que llevaba un

recipiente lleno de herramientas. El esclavo mecanizado de patas de pistón no pudo mantener el equilibrio y se derrumbó, esparciendo por todas partes el equipo que transportaba. Las piezas y las herramientas provocaron un tremendo repiqueteo que llamó la atención de Grulgor y sus astartes. Kaleb vio que Mokyr se dirigía presuroso hacia donde él estaba escondido. El asistente echó a correr en dirección a las sombras más densas.

El miedo lo envolvió de forma tan completa como los ropajes que llevaba. Cuando por fin la vista se ajustó a la oscuridad en la que se había adentrado, el asistente se dio cuenta de que se había metido en un hueco amplio, pero que no tenía salida. Aquel callejón acababa en una enorme pared metálica que formaba parte del casco y de la que colgaban una serie de pasarelas a las que no podría llegar aunque lo intentase. Lo atraparía. Lo atraparía y sabrían quién era y quién lo había enviado. Las piernas le temblaron incontroladas debido a los nervios. Grulgor lo mataría, de eso estaba completamente seguro. Recordó la mirada que le había lanzado el comandante a bordo de la *Resistencia*, todo el desprecio que sentía. Sin embargo, la muerte no sería nada comparada con el tremendo fracaso que representaba. Kaleb Arin moriría, y lo haría después de haberle fallado tanto a su señor directo como al Señor de la Humanidad.

Mokyr lanzó una mirada de reojo al servidor cuando pasó a su lado y siguió caminando en línea recta hacia Kaleb. Llevaba una mano apoyada en la empuñadura del cuchillo de combate. El asistente se puso a rezar en silencio.

«Emperador, Señor de la Humanidad, protégeme y sálvame de los enemigos de tu Divina Voluntad que…».

Un momento después, sintió que alguien lo levantaba en vilo. Unas manos fuertes lo alzaron alejándolo del suelo. Kaleb pataleó antes de acabar cara a cara con un rostro serio apenas visible en la penumbra.

—¿Voyen? —susurró.

El apotecario se llevó un dedo a los labios y agarró con firmeza a Kaleb. El asistente bajó la mirada desde la pasarela y vio a Mokyr echar un simple vistazo al lugar. Luego, soltó un bufido y regresó a donde se encontraba Grulgor. Voyen soltó a Kaleb y dejó que se apoyara en el suelo de la pasarela.

—¿Mi señor? —le dijo el asistente sin dejar de susurrar—. ¿Qué está haciendo aquí?

La voz de Voyen era poco más que un suave rugido.

—Al igual que tú, todo esto me hizo sospechar, pero a diferencia de ti, mi capacidad para moverme en silencio es razonable.

—Gracias por salvarme, mi señor. Si Mokyr me hubiera encontrado aquí…

—No te habría ido nada bien.

Era evidente que el apotecario estaba muy preocupado. Kaleb volvió a mirar a los cargadores y a los orbes de cristal.

—¿Qué son esas esferas?

Los grupos de operarios se estaban esforzando para sacar las cabezas de guerra de las bombas guiadas para poder cambiar las cargas explosivas por los glóbulos llenos de líquido.

Voyen intentó hablar, pero a Kaleb le dio la impresión de que las palabras se le habían atascado en la garganta, que eran demasiado desagradables como para pronunciarlas.

—Son cápsulas de las que llamamos Devoradoras de Vidas —logró decir por fin —. Es una cepa vírica creada de forma artificial, y de una capacidad tan mortífera que tan solo se puede utilizar en las circunstancias más extremas, y únicamente se usa contra los alienígenas más recalcitrantes.

Voyen apartó la mirada y a Kaleb le entró el pánico al ver el semblante del apotecario. Si un astartes temía aquello de ese modo…

—Es una de las armas de destrucción más definitiva, una asesina de planetas. Tan solo la pueden llevar las naves de combate de mayor importancia.

—¿Y la han traído aquí desde la *Resistencia*? —Kaleb parpadeó sorprendido—. ¿Por qué, mi señor? ¿Por qué lo están cargando en los cañones para disparar contra el planeta?

Voyen lo miró con dureza.

—Kaleb, escúchame con atención. Ve al capitán y cuéntale todo lo que has visto. Corre todo lo que puedas. Vamos. ¡Vamos!

Kaleb echó a correr.

* * *

—¿Qué es esto?

Decius captó el tono de advertencia en la voz de Carya y levantó la vista de la imagen hololítica para mirar hacia el otro lado del puente. El capitán de la nave le estaba hablando a Maas, el encargado de las comunicaciones.

—No hay movimientos previstos en este sector de combate. ¿Se ha alterado el plan de despliegue sin que yo haya sido informado?

—Negativo, señor —le contestó Maas—. No ha habido cambios registrados. A pesar de ello, la señal procedente del *Señor de Hyrus* es muy clara. Tenemos una nave del *Andronius* en nuestros visores, y no presenta un plan de vuelo autorizado.

—El *Andronius* es la nave de Eidolon —comentó Sendek—. Quizá de repente le han entrado muchas ganas de unirse a nuestros hermanos de batalla en la superficie del planeta.

—A lo mejor es que el olor a la gloria que están consiguiendo allí abajo le ha resultado demasiado tentador —añadió Decius.

El capitán Garro se acercó cojeando desde el otro extremo de la estancia. Sonreía levemente.

—¿Está seguro de eso? —preguntó, dirigiéndose al oficial de comunicaciones.

Maas asintió y le entregó una placa de datos.

—Completamente seguro, capitán. Una Thunderhawk de los Hijos del Emperador está atravesando nuestra zona de control de disparo.

—Un modo estupendo de que te derriben —murmuró Sendek, provocando un gesto de asentimiento irónico en Decius.

El astartes pulsó varios controles de la placa para que le mostrara los datos precisos del informe de Maas y abrió los ojos de par en par. No solo había una Thunderhawk lanzada a toda velocidad hacia el área de intercepción asignada a la fragata, sino que además la seguía una escuadra de interceptores de la clase Rayen en formación de ataque delta.

Garro se dirigió a Vought.

—Esto me huele a problemas. Ponga rumbo de intercepción.

Decius se quedó mirando a su capitán mientras la oficial de puente comunicaba la orden de Garro.

—Mi señor, ¿esto es alguna clase de prueba? Primero nos sacan del punto de anclaje asignado y ahora nuestras propias naves zarpan sin autorización… ¿Qué ocurre?

—No sé qué decirte.

—¡Capitán! —lo llamó Sendek con urgencia—. Los cazas que están persiguiendo a la Thunderhawk… acaban de abrir fuego contra ella.

Por el tono de voz era evidente que estaba asombrado.

—¿Un disparo de advertencia? —sugirió Carya.

Vought hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No. Los cogitadores detectan explosiones de energía en el casco de la Thunderhawk. La nave de desembarco está sufriendo impactos.

El ya familiar campanilleo sonó de nuevo, y Maas salió del nicho de comunicaciones.

—Capitán de batalla Garro, acaba de llegar un mensaje sin codificar por el canal de comunicación general.

—¿Qué dice? De prisa —le ordenó Garro.

—Del comandante general Eidolon, nave estelar de combate *Andronius*. El mensaje dice: «la Thunderhawk fugitiva actúa en contra de las órdenes del Señor de la Guerra y se la debe considerar una renegada. Se ordena a todas las unidades de la flota que la destruyan en cuanto puedan».

—¿Destruir una de nuestras propias naves? —Estaba claro que Sendek se sentía horrorizado simplemente con pensar en ello—. ¿Es que se ha vuelto loco?

—La Thunderhawk ha virado —informó la oficial de puente—. Ha visto que nos dirigimos hacia ella. Confirmado, la Thunderhawk se dirige hacia nosotros. —Levantó la cabeza para mirar a Garro—. Se encuentra dentro del alcance de los cañones láser, mi señor.

Carya no movió ni un músculo del rostro, y un tenso silencio se apoderó del puente de mando.

—¿Cuáles son sus órdenes, capitán Garro? —preguntó finalmente.

El capitán de batalla lo miró y después se volvió hacia Maas.

—¿Puede ponerme en comunicación directa con la Thunderhawk?

—Sí, señor.

—Pues hágalo ahora mismo.

—Pero, mi señor, las órdenes son… —empezó a decir Decius.

Garro lo miró con firmeza.

—Eidolon puede dar todas las órdenes que quiera, pero no dispararé contra un camarada astartes sin conocer el motivo. —El capitán de batalla se acercó cojeando al puesto de Maas y tomó el comunicador de mano que le pasó el oficial—. ¡Thunderhawk en rumbo de aproximación al *Eisenstein*, identifíquese!

La ansiosa respuesta le llegó a través de los chasquidos de las interferencias.

—¿Nathaniel? —Decius vio cómo la cara de Garro palidecía cuando reconoció la voz—. Soy Saúl. ¡Me alegro de oírte, hermano mío!

—Saúl Tarvitz —musitó Sendek—. El primer capitán de los Hijos del Emperador. Pero ¡es imposible! ¡Es un hombre de honor! ¡Si se ha convertido en un traidor, es que toda la galaxia ha enloquecido!

Decius se dio cuenta de que no podía apartar la mirada del asombrado rostro de Garro.

—Quizá sea así.

Decius tardó un largo momento en percatarse de que quien había dicho aquello había sido él mismo.

Segunda Parte
Un juramento roto

Ocho
El punto sin retorno
Sacrificio
Juramento de combate

Tollen Sendek se enorgullecía de poseer una mente ordenada y una fuerza de voluntad controlada y disciplinada. Para él era cuestión de honor comportarse de un modo lógico y riguroso en su servicio a la XIV Legión y al Emperador. Evitaba el comportamiento irracional y la actitud negligente de algunos de sus camaradas. Rahl se había burlado a menudo de él bromeando sobre la idea de que Sendek llevaba la palabra «estoico» a nuevos extremos, pero en esos momentos, recordó a su hermano de batalla muerto y se preguntó qué habría pensado Pyr de la expresión que le marcaba el rostro en ese instante, un semblante agarrotado por la sorpresa más puramente emocional.

Apenas había tardado un instante en quedar sometido a ese estado. La Thunderhawk fugitiva, el mensaje de Eidolon, la increíble orden de destruir la nave que huía y matar al oficial de rango superior que viajaba dentro… Sendek negó con la cabeza en un intento por aclararse las ideas. ¿Tendría razón Decius, y todo aquello no sería más que una prueba? ¿Alguna clase de extrañísima práctica de combate para evaluar la capacidad de la dotación de mando de la *Eisenstein*? ¿O de verdad era posible que Saúl Tarvitz realmente se hubiera convertido en un renegado, por lo que merecía una rápida ejecución? Si era posible que un gobernador imperial se rebelase contra el Emperador, quizá le podría ocurrir lo mismo a un astartes.

El capitán Garro tenía agarrado con fuerza el micrófono del comunicador y no dejaba de hablar con rapidez por él. Tenía los nudillos blancos.

—¿Saúl? En nombre del Emperador, ¿qué está ocurriendo? ¿Esos cazas están intentando derribarte de verdad?

Sendek echó un rápido vistazo al hololito principal de la *Eisenstein*. La respuesta a la pregunta de Garro estaba muy clara. Los sensores de la fragata mostraban las señales de los rayos de energía que los aparatos de la escuadra de Ravens disparaban desde el morro y los impactos que centelleaban en la popa de la Thunderhawk. Mientras contemplaba aquello, los interceptores con forma de aves rapaces adoptaron una formación de ataque. Se preparaban para la andanada final.

Oyó cómo Garro le gritaba al micrófono exigiendo una explicación, cualquier clase de explicación.

—¡Date prisa, Saúl, casi te han alcanzado!

Las siguientes palabras que Tarvitz pronunció provocaron un nudo en el estómago de Sendek.

—¡Es una traición! —respondió también a gritos el capitán de los Hijos del Emperador con la voz cargada de desesperación—. ¡Todo esto! Nos han traicionado. La flota va a bombardear la superficie del planeta con bombas víricas.

Todos aquellos que se encontraban a distancia suficiente como para oírlo se quedaron rígidos por la impresión.

—¿Qué? ¡No! —exclamó Vought al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

Los oficiales que estaban en los puestos de control del pozo de mando alzaron la vista, incrédulos, desde el fondo del mismo.

—No puede ser —murmuró el capitán de la nave dando un dubitativo paso adelante.

El rostro de Decius mostraba la gran tensión que sentía.

—Se equivoca. Nuestro hermano se…

Las voces se solaparon unas a otras y Sendek apenas logró distinguir algunos retazos de la conversación entre Garro y Tarvitz.

—Te juro por mi vida que no te miento —exclamó el primer capitán de los Hijos del Emperador.

Los hombros del comandante de Sendek se hundieron como si el peso de la ayuda que pedía Tarvitz le estuviera cayendo físicamente encima. Captó sus últimas y desesperadas palabras.

—¡… todos los Adeptus Astartes que hay en Istvaan III van a morir!

Sendek volvió a mirar el hololito. A Tarvitz le quedaban escasos segundos de vida. La Thunderhawk se bamboleaba con fuerza y perdía combustible. Los Ravens se acercaron para rematarla.

El capitán Garro se apartó de un salto del comunicador y cruzó a grandes zancadas el puente de mando.

—¡Armas! —gritó—. ¡Quiero el control de una batería de cañones láser ahora mismo!

Los dedos de Vought repiquetearon con rapidez sobre las teclas.

—Las baterías de disparo se encuentran activadas, señor —le comunicó—. Los cogitadores ya están calculando una solución de disparo. —La oficial titubeó un momento—. Señor…, ¿va a disparar contra él?

—Deme el control manual —le ordenó Garro al mismo que le indicaba con un gesto de la mano que se apartara del panel de control—. Si alguien tiene que apretar el gatillo, ese debo ser yo.

El capitán de batalla se agarró a un lateral del púlpito y pulsó con rabia la runa de activación.

—Disparando —informó uno de los servidores de voz monocorde.

Los cañones láser de una batería situada en la parte dorsal del casco de la *Eisenstein* giraron y se nivelaron para apuntar hacia la Thunderhawk y los Ravens. Las armas dispararon en silencio y los rayos atravesaron el vacío llenando por un momento la oscuridad con una tormenta de parpadeante energía. Las lanzas de luz concentrada llegaron hasta su objetivo y lo alcanzaron de lleno. Atravesaron el metal blindado, la ceramita y el plástico del casco. Los núcleos de energía de impulsión detonaron en una cegadora sucesión y una espesa nube de restos radiactivos se expandió formando una esfera perfecta en el interior de un muro de radiación electromagnética.

Sendek entrecerró los ojos cuando la luz atravesó las portillas de observación del puente de mando y el hololito se transformó de repente y durante un instante en una bola impenetrable de restallante estática. Los astartes se quedaron mirando a Garro mientras bajaba del púlpito de Vought y regresaba cojeando al puesto de comunicaciones de Maas.

—Lo ha matado. —La voz de Tollen apenas era audible—. ¡Por la sangre, ha matado a Tarvitz!

Decius lo miró. En su rostro se dibujaba el conflicto de emociones que sentía.

—Es lo que decían las órdenes.

—¡Era una orden de Eidolon! —le replicó a gritos Sendek. Su habitual alma desapareció por completo—. ¿Has visto el águila que el capitán lleva grabada en el antebrazo? Tarvitz tiene una igual grabada en el suyo. Hakur me lo contó. ¡Garro y Tarvitz son hermanos de honor! ¡No lo mataría así, sangre fría!

—Pero si Tarvitz se ha convertido en un…

El capitán de batalla sacó de un fuerte empujón al oficial de comunicaciones de su puesto y se esforzó por meter en él su cuerpo blindado. Luego, cerró la cortina de aislamiento con un brusco manotazo y se aisló del resto del puente de mando.

Sendek oyó a Vought preguntarle a Carya que qué demonios estaba haciendo Garro.

—Quizá está informando a Eidolon —sugirió el capitán de la nave.

El astartes se inclinó sobre el hololito y casi pegó la cara al reluciente cubo. Las centelleantes tormentas de energía y color hacían imposible que se captara nada con claridad. La potencia de la explosión se había reflejado en la atmósfera superior del planeta y dejaría cegados los sensores de la nave durante bastantes minutos.

—Tollen —dijo Decius—, fuese cual fuese la clase de lazo de honor que el capitán de batalla tuviese con Tarvitz, no podía estar por encima del cumplimiento del deber. Eidolon es un comandante general. Supera en rango a Garro.

—No —le contradijo Sendek con un movimiento negativo de la cabeza mientras pulsaba distintos mandos del podio proyector del hololito para hacer retroceder la imagen en el índice de registro—. Me niego a aceptar que haría algo semejante. Solun, lo conoces tan bien como yo. «Garro el Estricto», lo llaman nuestros camaradas. ¡Es el

arquetipo de la nobleza del Adeptus Astartes! ¿De verdad piensas que nuestro comandante aceptaría matar a un hermano de batalla por el simple capricho de uno de los Hijos del Emperador?

—Bueno, pues entonces dime, ¿qué ha pasado ahí fuera? —quiso saber Decius—. ¡Tú mismo has visto explotar a la Thunderhawk!

—Lo que yo vi fue una explosión —le replicó Sendek. Siguió pulsando unos cuantos mandos más y el hololito mostró de nuevo el breve enfrentamiento, pero con mayor lentitud. Los indicadores mostraron cómo la *Eisenstein* viraba y abría fuego. Los rayos cruzaron el espacio de nuevo hacia la otra nave y la tormenta de energía brotó de nuevo. El astartes asintió con lentitud—. En realidad, no apuntó contra la Thunderhawk. Los disparos debieron de impactar el Rayen que iba en cabeza. Los demás interceptores lo seguían en formación cerrada. La onda de choque de la explosión debió de destruirlos a todos.

—Y entonces, ¿dónde está Tarvitz?

Sendek señaló al puente de mando.

—Ya estaba cerca de la atmósfera de Istvaan III. Estoy seguro de que está aprovechando la cobertura de la estática provocada por la explosión para escabullirse.

Decius echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que ninguno de los tripulantes de la nave estaba lo bastante cerca como para oír la conversación.

—Así que, ¿tarvitz escapa y mueren cinco pilotos en su lugar?

—No eran más que siervos-piloto, no eran astartes. Dudo mucho que Eidolon llore por su pérdida. —Sendek miró hacia el puesto de comunicaciones—. No está hablando ahí dentro con el *Andronius* —comentó con sombría certidumbre.

—Si estás en lo cierto, acabamos de presenciar cómo nuestro comandante desobedece una orden directa que ha recibido de un superior. Eso es un incumplimiento del deber, algo que conlleva como mínimo un severo castigo. —Decius frunció el entrecejo—. Sabes que no tengo ningún aprecio a los figurines de Fulgrim, pero si el Señor de la Guerra se entera de esto, ¡nos mancillará a todos, a toda la Guardia de la Muerte!

Sendek torció el gesto.

—¿Cómo puedes ser tan rápido en tomar partido? ¡Nuestro capitán jamás actuaría sin un buen motivo! Si ha hecho algo semejante estoy completamente seguro de que tiene una explicación razonable. ¿No te esperarás menos a saber qué es antes de empezar a temer por tu reputación?

Decius le lanzó una mirada furibunda.

—Muy bien, hermano, vamos a preguntárselo ahora mismo.

Antes de que Sendek pudiera impedírselo, Decius rodeó el hololito y se dirigió con rapidez al puesto de comunicaciones. En cuanto llegó, agarró la cortina aislante y tiró de ella. Al hacerlo, los dos astartes pudieron oír o que el capitán de batalla decía por el comunicador.

—Que la suerte de Terra esté contigo —dijo. Solo le respondió la estática.

Garro levantó la vista, ya que estaba semiagachado al lado del púlpito, y los miró a la cara. La expresión desolada de su rostro le partió el corazón a Decius. Ni siquiera en los peores momentos de su trance curativo, después de ser herido de gravedad en Istvaan III, había parecido tan vacío y tan enfermo como en ese momento.

—¿Mi señor? —le preguntó—. ¿Qué ocurre?

—La tormenta se avecina, Solun —le respondió el capitán con voz mortecina.

* * *

A Garro le costó un enorme esfuerzo salir del hueco del puesto de comunicaciones. Las revelaciones de Tarvitz le estaban carcomiendo el alma, arrebatándole la voluntad y la fuerza de los músculos como si se tratase de alguna clase de extraña enfermedad. Lo que le había contado… El significado de todo aquello era devastador. Dio unos cuantos pasos titubeantes sin hacer caso de las miradas inquisidoras de la tripulación de la *Eisenstein* y de la visible desconfianza que le mostró Maas cuando el oficial de comunicaciones regresó a su puesto.

Garro le dio una orden a Maas por encima del hombro.

—Contacte con el *Andronius*. Dígales que la nave fugitiva ha sido destruida y que la explosión acabó también con las naves que le daban caza. No ha habido supervivientes.

—¿De verdad es eso lo que ha ocurrido? —le preguntó Decius con un tono de voz acusador.

—Tarvitz me ha avisado…, nos ha avisado. Ya oísteis lo que dijo por comunicador.

—Mi señor, lo único que he oído han sido unos cuantos gritos sobre una traición y sobre bombas víricas. ¿Y basándose solo en eso ha desobedecido una orden directa?

Sendek y sus camaradas se dirigieron a la parte posterior del compartimento y hablaron en voz baja de forma instintiva.

—Si Tarvitz lo ha dicho, es verdad —insistió Garro con tranquilidad. Decius soltó un bufido despectivo.

—Con el debido respeto, capitán, yo no conozco a ese hombre y no creo que unos simples rumores sean fundamento suficiente para desobedecer una orden que…

Garro recuperó el genio de un modo súbito y furioso. Agarró a Decius por la gorguera de la armadura y lo dejó desequilibrado, a punto de caerse.

—¡Yo sí conozco a Saúl Tarvitz, jovencito, y su palabra vale mil veces más que la de Eidolon! —Le puso a Decius el avambrazo delante de la nariz—. ¿Ves esto, el grabado? ¡Esta águila es toda la garantía que necesito! Cuando hayas luchado durante tanto tiempo como yo, aprenderás que algunas cosas trascienden más allá incluso de las órdenes de tus superiores.

Todavía enfurecido, soltó al joven astartes y se quedó con los puños cerrados.

Sendek estaba pálido por la impresión.

—Si lo que dice Tarvitz es cierto, si hay naves de la flota que se están preparando para lanzar proyectiles de plaga contra el planeta, eso significará la muerte casi inmediata de miles de nuestros camaradas. —Negó con la cabeza—. Por la sangre… No hace falta sacrificarlos para arrasar la Ciudad Coral. ¿Por qué iba Horus a permitir algo así? No tiene ningún sentido.

—Exacto —dijo Decius, asintiendo y recuperando la compostura—. ¿Qué razón sensata iba a tener el Señor de la Guerra para hacerlo?

Garro abrió la boca para hablar, para decir en voz bien alta por primera vez y ante sus hermanos de batalla lo que pensaba, pero descubrió que no era capaz. El increíble horror que representaba, el vacío que resonaba en su interior, se lo impidieron. Traición. No podía pronunciar la palabra, no lograba obligarla a salir de la garganta. Que el propio Horus, que el gran Horus, el magnífico y hermoso Señor de la Guerra, hubiera hecho algo semejante… La idea hacía que le temblaran las piernas. Y al aceptar esa idea, le llegó otra. Si Horus había organizado aquella traición, no lo había hecho solo. Era una tarea demasiado grande, demasiado monumental, como para que ni siquiera el Señor de la Guerra la llevara a cabo sin ayuda de alguien. Sí, los hermanos de Horus también debían formar parte de aquello. Angron, siempre dispuesto a hacer lo que fuera necesario con tal de derramar más sangre. Fulgrim, convencido de su superioridad y perfección por encima de los demás. El propio Señor de la Muerte, partícipe de la conspiración con el Señor de la Guerra.

—Mortarion…

Garro volvió a ver aquellos ojos de color ámbar y mirada penetrante, recordó las preguntas y el apasionamiento de su primarca. «Es tan importante para mí como lo es para mi hermano Horus que haya unidad entre todos los guerreros del Adeptus Astartes. Debernos tener un único propósito común o fracasaremos».

¿Era esta la duplicidad de propósitos a la que se refería Mortarion? Garro se dio la vuelta y se apretó la frente con la palma de la mano en un intento de aliviar el conflicto que se desarrollaba en su interior. En ese momento vio entrar por la compuerta del puente de mando una figura temblorosa de movimientos frenéticos que tenía el rostro congestionado por el miedo.

—¿Kaleb?

El asistente le hizo una reverencia sin dejar de temblar.

—¡Mi señor, debe venir conmigo enseguida! El hermano Voyen y yo… En las secciones de artillería hemos descubierto… —Se esforzó por hablar, pero tuvo que detenerse para respirar entre grandes jadeos—. Grulgor y sus guerreros están cargando los cañones principales…, ¡cargándolos con esferas Devoradoras de Vida!

—Bombas víricas —dijo Sendek con voz fría y lejana.

—Sí, mi señor. Lo he visto con mis propios ojos.

Garro suprimió los sentimientos encontrados que tenía en su interior y se irguió.

—Llévame hasta allí.

* * *

Voyen siguió mirando, asombrado. Sintió que con cada nueva esfera que cargaban los equipos de siervos aumentaba su sensación de horror. Era un apotecario, por lo que formaba parte de su deber conocer las patologías y los efectos de muchos tipos de agentes de guerra biológica, y el Devorador de Vida no le era desconocido. Deseó que sí lo fuera. Recordó algo, un día durante su entrenamiento avanzado con los Magos Biologis, cuando sus mentores habían efectuado demostraciones prácticas con criminales condenados sobre el efecto de diversas toxinas sobre la piel desnuda. Había sido testigo del daño que una simple gota del voraz virus podía infligir. Había visto desde el otro lado de un panel de impenetrable cristal blindado cómo devoraba a un aullante hereje. Allí abajo, en esos globos, había decenas y decenas de litros del espeso fluido transmisor. En un simple vaso flotaban trillones de aquellos organismos asesinos. Calculó que la cantidad que había a bordo de la *Eisenstein* sería suficiente para acabar con una ciudad de gran tamaño.

El comandante Grulgor caminaba con paso cuidadoso entre los servidores y sus propios guerreros. No mostraba miedo alguno, y dirigía el proceso de carga en los cañones de forma directa. Voyen se dio cuenta de que se lo estaba tomando como algo personal, y que lo hacía para imprimir su propio sello de orgullo perverso en el acto.

Se dio la vuelta al oír unas suaves pisadas en la pasarela de mantenimiento. Garro, con una expresión de tremenda furia en el rostro, llegó acompañado de Sendek y de Kaleb, que los seguía jadeante.

—¿Es eso cierto? —le preguntó el capitán de batalla sin más preámbulo.

—Sí, lo es —le contestó Voyen, señalando hacia allí—. Mira. El sello de las esferas es inconfundible. Es el Devorador de Vida, un arma que hasta el propio Emperador odia utilizar. —Hizo un gesto negativo con la cabeza—. ¿Por qué Grulgor está haciendo algo semejante? ¿Qué clase de locura se ha apoderado de él?

La mirada de Garro fue dura e inapelable.

—No es un ataque de locura, hermano. Es una traición.

—No —respondió Voyen, que desde que Kaleb se había marchado había estado intentando buscar una explicación racional a la situación—. Quizá si hablo con Grulgor podría saber qué está ocurriendo en realidad. Podría hablarle como hermano de logia. Seguro que me haría caso…

El capitán de batalla hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo hará. Fíjate bien en lo que te digo: esto solo puede acabar de una manera.

Garro se puso en pie y salió de las sombras de la pasarela. Bajó caminando con paso lento y tranquilo por la rampa que llevaba hasta el piso principal de la zona de carga. Se agachó para pasar por debajo de una de las hojas de una compuerta de estanqueidad y luego habló a voz en grito:

—¡Ignatius Grulgor! ¡Ven aquí y explícate!

La voz del capitán resonó por el amplio espacio que se abría por encima de las baterías de cañones.

Voyen y los demás lo siguieron con cierta incertidumbre. El apotecario vio cómo el rostro de Grulgor se ponía tenso ante la aparición de los recién llegados.

—Garro —dijo en tono burlón—, sería mejor que tú y tus hombres os dierais media vuelta y os marcharais ahora mismo. Lo que está ocurriendo aquí no es asunto tuyo.

Los trabajadores y los guerreros de la Segunda Compañía que estaban alrededor del comandante se quedaron quietos.

Garro tenía una mano en la empuñadura de *Libertas*.

—Eso no va a ocurrir.

Grulgor asintió con una sonrisa de diversión en los labios. Estaba claro que no había esperado otra cosa.

—Respóndeme —le ordenó Garro—. ¡En nombre del Emperador, respóndeme!

El rostro del comandante se contrajo con una mueca de disgusto.

—El Emperador —dijo con un tono de voz burlón—. ¿Dónde está ahora? ¿De qué sirve invocar su nombre en este momento?

—¡Blasfemo! —exclamó Kaleb en voz baja.

—¿Por qué debería responder ante su mención? —respondió Grulgor con un gruñido—. ¡Nos abandonó! Se marchó cuando más lo necesitábamos. ¡Nos dejó aquí y volvió a su preciosa Terra! ¿Qué es lo que ha hecho desde entonces, eh? —El comandante extendió las manos para señalar a sus guerreros—. Ha vendido nuestros derechos de nacimiento a un consejo de idiotas y de políticos. Ha tomado a civiles que jamás han conocido la dureza y las penurias de la guerra ¡y los ha convertido en dirigentes en nuestro lugar! ¿El Emperador? ¡No tiene ninguna autoridad sobre nosotros!

Voyen parpadeó, sorprendido ante tamaña declaración abierta de sedición, pero después soltó un jadeo de asombro cuando los guerreros de la Segunda Compañía lo aprobaron con un coro de furiosos gritos de asentimiento.

—¡Solo el Señor de la Guerra y el Señor de la Muerte tienen autoridad sobre nosotros! —continuó diciendo Grulgor—. ¡Lo que hacemos aquí, lo hacemos por orden de Horus y de Mortarion!

Garro dio un paso adelante con gesto amenazador y desenvainó un poco a *Libertas* con un empujón del pulgar.

—Tú y tus hombres abandonaréis esta actividad insensata.

Grulgor soltó una breve risa.

—Vosotros no sois más que tres astartes y un asistente. Yo tengo a mi disposición toda mi escuadra de mando y a un grupo de tripulantes de la nave. La proporción no te favorece.

—Tengo la razón de mi lado —le replicó Garro—. Y es la última vez que te lo pido.

El comandante se quedó mirando fijamente al capitán de batalla.

—Muy bien. Entonces, adelante —le dijo, echando la cabeza hacia atrás y dejando al descubierto la garganta—. Mátame si quieres. —Garro titubeó, y la hosca risa de Grulgor resonó por todo el lugar—. ¡No puedes! Lo leo en tu mirada. La idea de matar a otro astartes te espanta. —Garro apartó la mirada—. ¡Estás tan tullido de corazón como de pierna! Por eso eres incapaz de ver la realidad. Bajo ese férreo exterior, en realidad eres débil. Tienes demasiado miedo de hacer lo que es debido.

* * *

Los dedos del guantelete de Garro ya se habían cerrado alrededor de la empuñadura de la espada, pero el arma parecía pegada al interior de la vaina, deseosa de quedarse allí dentro. Grulgor era un traidor, pero Garro sabía que, hasta cierto punto, aquel fanfarrón estaba en lo cierto. Las palabras del psíquico jorgall le resonaron de nuevo en la mente por un momento, afectándole al ánimo. «Guardia de la Muerte, tan seguro estás de tu rectitud, y tan asustado de encontrar una grieta en tu espíritu».

Soltó un jadeo, y Grulgor captó el momento de duda. De repente, el comandante desenfundó la pequeña pistola bólter que llevaba en el cinturón y comenzó a gritar. Garro lo vio a tiempo y *Libertas* casi le saltó a la mano en un destello de metal reluciente. El tiempo se puso en marcha de nuevo y se oyó el resonar de los disparos, de los gritos y del choque del metal contra el metal.

—¡Cuidado con los disparos! —aulló Grulgor al tiempo que desenvainaba con la otra mano el cuchillo de combate.

Garro se dio cuenta de que Voyen y Sendek se habían colocado en posición de combate y que Kaleb se apartaba de la línea de tiro. Pensó en Decius, a quien había dejado allí arriba, en el puente de mando. La habilidad en el combate cuerpo a cuerpo que tenía el joven les habría venido muy bien si hubiera estado allí. Grulgor tenía razón: las probabilidades estaban en su contra. Sin embargo, la gran cantidad de equipo y de maquinaria que había en la cubierta de artillería, además de la presencia de los frágiles globos llenos de virus, dificultaron el avance de los guerreros de Grulgor. En un campo de batalla más llano, el enfrentamiento ya habría acabado a esas alturas.

Pero no allí. Garro se lanzó hacia adelante y se dirigió contra el comandante, pero dos guerreros de la Segunda Compañía se interpusieron en su camino. Iban armados con pesados martillos de combate. El capitán de batalla se movió con agilidad y detuvo con la espada un ataque por la izquierda al mismo tiempo que le propinaba al segundo oponente un puñetazo con la mano derecha que lo hizo trastabillar hacia atrás. Garro giró sobre sí mismo y utilizó a *Libertas* para partir el mango de un martillo y hacer salir despedido hacia atrás a su portador con un enorme tajo en el pectoral de la armadura. El capitán de batalla siguió con otro golpe contra el segundo

oponente, pero esta vez, con el pesado pomo de la espada. El astartes enemigo se desplomó inerte con la cara convertida en un amasijo de huesos ensangrentados.

No era la primera vez que Nathaniel derramaba en combate la sangre de sus hermanos de batalla. Había luchado en muchas ocasiones con otros astartes en las jaulas de práctica, pero esos enfrentamientos siempre se realizaban bajo circunstancias controladas, y jamás con intención de matar. Maldijo para sus adentros a Grulgor por obligarlo a hacer aquello. Con el rabillo del ojo vio cómo Voyen y Sendek tenían sus propios combates que librar. Garro presintió a otro atacante que se abalanzaba contra él por la espalda y se movió un momento antes de que el filo de acero fractal de un cuchillo de combate lo atravesara. El arma tan solo le arañó la hombrera. El capitán de batalla reaccionó sin pensar y cambió la mano de lugar para empuñar a Libertas hacia atrás. Empujó a fondo y llevó la mano hasta el costado. La espada atravesó a su atacante, y cuando se dio la vuelta para recuperarla, Garro sintió que se le helaba el corazón. Vio cómo su víctima caía al suelo con un fuerte estampido metálico. Un hermano de la Guardia de la Muerte había caído, y había sido por su propia mano.

* * *

El puñado de tripulantes se abalanzó contra Kaleb y empezó a propinarle patadas y puñetazos. Ninguno de ellos tenía el valor o era tan estúpido como para enfrentarse a un astartes, así que habían buscado al unísono el mejor objetivo para ellos. El asistente les recriminó que se hubieran puesto del lado de Grulgor en vez del de su capitán de batalla, pero malgastó el aliento. Los canallas solo se fijaron en que la tropa del comandante era más numerosa, así que le entregaron la lealtad a él. Kaleb luchó todo lo bien que pudo, pero era una pelea salvaje y enloquecida, donde la ropa y la piel se desgarraban por igual, y los cabellos acababan arrancados.

Sintió que unas afiladas uñas le rasgaban la túnica y le buscaban la garganta. El cuello del vestido le apretó la laringe, y Kaleb se enfureció. Le propinó un tremendo cabezazo al atacante tras descubrir una rabia que le daba nuevas fuerzas.

—¡Que el Emperador os maldiga, cabrones!

Una forma metálica compacta apareció ante sus ojos y un momento después lo golpeó en la sien. Kaleb aguantó el golpe y la agarró. Olió un leve rastro de aceite para armas y se dio cuenta de que se trataba de una pistola convencional. El asistente forcejeó para apartarse de los individuos que intentaban mantenerlo sujeto y agarró la pequeña pistola. El arma se disparó con un fuerte estampido y alguien gritó. Kaleb logró liberarse del todo y se puso en pie sin soltar el cañón caliente del arma. La empuñó por la culata y apretó el gatillo para abatir al siguiente individuo que se lanzó a por él. La pistola había sido su salvación, un don otorgado por su divinidad.

—¡El Dios Emperador protege! —les gruñó—. ¡Yo soy su siervo y su súbdito!

Kaleb se alejó de ellos tambaleándose y jadeando con fuerza. Parpadeó y vio una silueta delante de él, con la armadura de color mármol y el reborde verde de la Guardia de la Muerte. Era un capitán. El astartes estaba apuntando con gran cuidado la pistola que empuñaba. El asistente se apresuró de forma instintiva a ver contra quién estaba apuntando.

Garro no era consciente del inminente disparo, ya que se encontraba trabado en un feroz combate cuerpo a cuerpo contra otro guerrero.

«¡No! ¡No puede morir! —Aquel pensamiento se marcó a fuego en la mente de Kaleb—. ¡No lo permitiré! ¡El Dios Emperador lo ha elegido!». Kaleb alzó su pequeña arma.

—Oh, divino ser, guía mi mano —rezó en voz alta.

Disparó. El proyectil partió un momento antes de que el dedo de Grulgor apretara el gatillo. La bala de la pistola era de un calibre tan pequeño que lo único que le hizo a la pistola bólter fue un arañazo en el metal, pero fue suficiente para mover un poco el arma del comandante. El proyectil bólter de la pistola de Grulgor salió desviado e impactó contra una viga que estaba cerca de la cabeza de Garro para luego salir rebotado.

Grulgor reaccionó a una velocidad casi sobrenatural y se dio la vuelta para lanzar el cuchillo de combate contra el asistente. La afilada hoja del arma del astartes se hundió profundamente en el pecho de Kaleb, y el impacto hizo que saliera despedido hacia atrás hasta chocar con uno de los atriles de control de la cubierta de artillería. Todo ocurrió en un instante, en menos de un segundo desde que Kaleb apretara el gatillo.

La boca, la garganta y los pulmones se le llenaron de sangre al mismo tiempo que un nuevo sonido cruzó la estancia, un ruido quebradizo pero fuerte, de huevos al romperse, de placas de hielo al partirse, de cristal haciéndose añicos. Kaleb vio a través de la oscuridad que le iba tapando los ojos una leve neblina negra que salía de una de las esferas de las cabezas de combate y siseaba con una potencia virulenta.

* * *

—¡La esfera! —gritó Voyen, apartándose del grueso del combate. El disparo rebotado de Grulgor la había golpeado de refilón y había provocado un entramado de grietas en la frágil bola de cristal—. ¡Alejaos! —advirtió, tirando al mismo tiempo del brazo de Sendek.

Poco a poco se fue formando una nube maligna de gas negro que zumbaba como un enjambre de mosquitos. Los operarios que se encontraban cerca de la misma habían empezado a vomitar y a arañarse la parte del cuerpo que tenían al descubierto. No tardaría más que unos momentos en invadir toda la cubierta.

Garro miró a su alrededor y vio a Kaleb, que lo estaba mirando fijamente. De los labios le salía una espuma burbujeante y sanguinolenta.

—¡Mi señor! —gritó con la sangre gorgoteándole en el fondo de la garganta—. ¡Tenéis un propósito en la vida! ¡El Dios Emperador así lo quiere! —El asistente se apoyó en el atril de control, asfixiándose—. ¡Su mano rige todos nuestros destinos! ¡El Emperador protege!

Garro alzó una mano en gesto inútil hacia Kaleb cuando este se lanzó hacia adelante y utilizó las últimas fuerzas que le quedaban para apretar un mando de inicio de emergencia.

Las sirenas de alarma sonaron por doquier y en el techo de acero se pusieron en marcha varios engranajes que hicieron caer las gruesas mamparas de emergencia hacia las ranuras de sellado de la cubierta. Garro pasó de un salto por debajo de una rugiente y enorme hoja de metal para aterrizar al otro lado, donde Voyen y Sendek se encontraban acuclillados. Uno de los guerreros de Grulgor, un individuo llamado Mokyr, se lanzó de cabeza a por Garro y casi lo alcanzó, pero se quedó corto, y tan solo la parte superior de su cuerpo pasó al otro lado de la ranura de sellado. La pared de hierro se cerró a través de él, y la enorme guillotina improvisada cercenó el cuerpo del astartes con un repugnante crujido de huesos y ceramita.

El corazón de Garro le martilleó contra las costillas mientras oía el repiqueteo de los puñetazos al otro lado de la gruesa mampara. Sintió un dolor fantasmal en la pierna implantada.

—Escudos de contención —dijo Sendek, jadeante, antes de tragar saliva con dificultad.

Voyen asintió.

—Nos ha salvado la vida. La compuerta mantendrá aislada la plaga. El hombrecillo se ha sacrificado por salvarnos a nosotros y a la nave.

El golpeteo contra la compuerta de metal sonó cada vez más débilmente hasta que, por fin, se desvaneció del todo. Garro se puso en pie y se acercó a la pared para colocar la palma de una mano contra ella. La superficie estaba tibia al tacto, probablemente debido a las virulentas reacciones químicas que estaban teniendo lugar al otro lado. Intentó no pensar en la carnicería que se estaba produciendo allí dentro, donde los cuerpos estallarían por la explosión de los órganos licuados y la podredumbre orgánica. Lo intentó, pero fracasó.

Las palabras de Kaleb le resonaron en la cabeza. Estaba claro que la voz que había oído hablándole del Emperador y de su divinidad a través de la neblina del coma curativo había sido la de Kaleb. Unos momentos antes, su leal sirviente había dado la vida a cambio de la de su señor.

—Tengo un propósito —musitó Garro—. ¿Qué propósito?

—¿Señor? —Sendek se acercó a él gritando para hacerse oír por encima del estruendo de las sirenas de alarma—. ¿Qué es lo que ha dicho?

Garro se apartó del mamparo.

—¡Que purguen este compartimento! ¡Dile a Carya que expulse todo el aire del interior al espacio! La reacción del Devorador de Vida se extenderá a todas las esferas,

por lo que se liberará toda la carga de combate, pero el virus no puede sobrevivir sin una atmósfera. ¡Quiero esta plaga fuera de la nave!

Voyen asintió.

—¿Y qué hacemos con los cuerpos, capitán? Se estarán pudriendo y…

—Déjalos —lo cortó Garro mientras se esforzaba por no dejarse llevar por el sombrío estado de ánimo que empezaba a invadirlo—. Debemos actuar con rapidez si no queremos unirnos a ellos en la muerte. —El capitán de batalla frunció el entrecejo y envainó con un golpe seco a Libertas—. La suerte está echada.

* * *

Al igual que la *Resistencia*, la *Eisenstein* disponía de su propio observatorium en la parte dorsal del casco, y se encontraba situado justo delante de la torre de mando de la fragata. Sin embargo, no tenía ni de lejos el mismo tamaño, y con las grandes y fornidas siluetas de varios astartes abarrotando el lugar, la estancia parecía más pequeña todavía. El semblante de Decius se volvió ceñudo cuando la compuerta se abrió y llegaron otros dos miembros de la Guardia de la Muerte. El apotecario Voyen entró acompañado de Sendek. La expresión de las caras de ambos fue más que suficiente para darle que pensar. Decius miró hacia donde se encontraba el sargento Hakur con los guerreros de su escuadra, y comprobó que el viejo Andus mostraba el mismo estado de ánimo sombrío que los recién llegados.

—Meric, ¿qué está pasando? —quiso saber el veterano—. De repente, me ordenan que deje todo lo que tenga entre manos, que venga aquí, que no se lo diga a nadie… Eso sin contar con que he oído sirenas de alarma y los rumores entre la tripulación sobre disparos y explosiones.

—No ha habido explosiones —le respondió Sendek con cierta sequedad.

—¿Dónde está el capitán? —le preguntó Decius.

—Estará aquí dentro de un momento. —Esta vez fue Voyen quien contestó—. Ha ido a buscar a los demás.

Decius no se conformó con aquella respuesta evasiva.

—Mientras estaba en el puente de mando se produjo una alerta de incendio en una de las cubiertas de artillería. Todo un compartimento de la zona central de la nave ha sido sellado. Estamos hablando de cuatro piezas de artillería, según el servidor de control. Después te oí ordenar a gritos una descompresión de emergencia en ese lugar. —Señaló al apotecario—. Primero las logias, después Tarvitz, ¿y ahora esto? ¡Quiero una explicación ahora mismo!

—El capitán será quien te la dé —le replicó Voyen.

—¿Saúl Tarvitz? —los interrumpió Hakur—. ¿Qué pasa con él? Lo último que oí hablar de él es que estaba a bordo del *Andronius*.

—En estos momentos ya estará en la Ciudad Coral, eso si no ha ardido en el descenso por la atmósfera —comentó Sendek con voz áspera—. Rompió el protocolo,

robó una Thunderhawk y se dirigió hacia la superficie de Istvaan III. El comandante general Eidolon ordenó que lo derribáramos.

La incredulidad de Hakur era algo casi palpable.

—Eso es ridículo. Tienes que estar equivocado.

Decius negó con la cabeza.

—Todos estábamos allí. Todos oímos la orden, pero Garro la desobedeció. Dejó que Tarvitz escapara. —El joven astartes todavía estaba desconcertado por lo que había ocurrido, y su lealtad era un tira y afloja respecto a los últimos actos de su capitán—. Se trata de un acto de sedición.

—Sí, lo es.

La voz de Garro les llegó procedente de la compuerta, por donde entraba en ese momento acompañado por el capitán de la nave Carya y la oficial de puente Vought. La oficial cerró la estancia en cuanto Garro le hizo un gesto de asentimiento, y solo entonces se dio cuenta Decius de que el asistente del capitán de batalla no estaba con ellos.

Garro se dirigió al centro de la estancia y colocó un paquete de tela doblada sobre el púlpito de mando del observatorium. Los miró a todos y cada uno de ellos con una expresión calculadora y profunda. A Decius le dio la impresión de que Garro se sentía remiso a seguir, a pronunciar las palabras que tenía en la punta de la lengua. Por fin, dejó escapar un suspiro y asintió para sí mismo, como si hubiera tomado una decisión.

—Cuando salgamos de esta estancia, lo haremos convertidos en rebeldes —empezó diciendo—. Las armas de nuestros hermanos se volverán contra nosotros. Os pediré que hagáis cosas cuestionables, pero no nos queda otro camino. No hay otra elección. Puede que seamos los únicos capaces de llevar la advertencia.

—¿Advertencia sobre qué, mi señor? —preguntó uno de los hombres de Hakur con un tono de voz de profunda inquietud.

Garro miró a Decius.

—El aviso de una sedición.

Carya carraspeó. A diferencia de la segunda al mando, el capitán de la nave no parecía sentirse acobardado por la presencia de tantos miembros de la Guardia de la Muerte rodeándolos.

—Disculpe, honorable capitán de batalla, pero con el debido respeto, esta es mi nave, y tendrá que explicarme qué ha ocurrido a bordo antes de que sigamos con esto.

—Sin duda. Es lo correcto —contestó Garro, asintiendo.

Luego bajó la vista y se quedó mirando las manos protegidas por guanteletes. Respiró profundamente y, con voz tranquila y solemne, el mentor de Decius comenzó el relato de lo sucedido durante su enfrentamiento con Grulgor. Todos se quedaron asombrados cuando les habló de las bombas víricas. El asombro se convirtió en silencio cargado de ira cuando Garro continuó y les repitió la declaración contra el Emperador que Grulgor había pronunciado y les relató el terrorífico resultado del

enfrentamiento en la cubierta de artillería. Decius sintió que la cabeza le daba vueltas con el tremendo significado de todo aquello. Le dio la impresión de que el suelo se había transformado en barro bajo sus botas, provocándole confusión y desconcierto. Vought se había quedado blanca como el papel.

—Ese Devorador de Vidas…, ¿no se extenderá?

Sendek hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Quedó contenido a tiempo. Esa cepa vírica muere con mucha rapidez.

—Recomendaría que el compartimento no se abriera dentro de las seis próximas horas —añadió Voyen—. Solo para estar seguros. La carga vírica de las cabezas de guerra se habrá dispersado por el espacio de forma inofensiva después de que se abrieran los conductos atmosféricos, pero puede que queden algunos restos latentes en los cuerpos de los fallecidos.

—Nuestros propios hombres. —Hakur meneó la cabeza—. Apenas puedo creérmelo. Sabía que Grulgor era un fanfarrón ansioso de gloria, pero esto… ¿Por qué haría algo tan intolerable? —El veterano miró a Garro con una pregunta implorante, casi ingenua, en los ojos—. ¿Mi señor?

* * *

Garro quería dar una explicación a los actos de Grulgor. Al igual que Voyen, una parte en lo más profundo de su ser deseaba que todo aquello no fuese más que un mal sueño, o una locura temporal que se hubiera apoderado de su rival. Sin embargo, en cuanto había mirado cara a cara a Ignatius, se había dado cuenta de que no era así. Grulgor jamás se uniría a una causa si pensara que cabía la más mínima posibilidad de derrota. La certidumbre, la absoluta falta de duda en el rostro del comandante, dejaban muy clara la verdad a Garro. Grulgor era la prueba de que la advertencia de Tarvitz estaba fundada. La realidad encajó ante ellos con el mismo sonido que un cargador en su hueco del bólter.

Todos los pequeños detalles, todos los pequeños instantes aparte, los momentos de duda, el sombrío sentimiento de algo importante y ominoso, el ambiente a bordo de la *Resistencia* y del *Espíritu Vengativo*, cada elemento que había inquietado a Nathaniel a lo largo de los días anteriores se colocó en su sitio y todo encajó en un esquema total.

—Saúl Tarvitz, mi hermano de honor y mi amigo, me hizo una advertencia. Aun a riesgo de perder la vida, abandonó una nave de los Hijos del Emperador y huyó hacia la superficie del planeta para avisar a nuestros camaradas de ahí abajo que se va a producir un bombardeo vírico. Por eso Eidolon dio orden de matarlo antes de que lo lograra. Yo decidí desobedecer esa orden. Como resultado, ahora mismo Saúl está en Istvaan, sin duda, reagrupando a los guerreros de las legiones astartes para que se pongan a cubierto antes de que comience el ataque. Mi confianza en lo que me contó es absoluta, y tan fuerte como lo que me une a vosotros. —Alargó una mano y le dio

una palmada en la hombrera a Hakur antes de comenzar a caminar por la estancia. Garro miró cara a cara a cada una de las personas con las que se cruzó, mostrándoles la sinceridad de su exposición—. La verdad es horrible. Grulgor y Eidolon no eran dos individuos aislados que forjaban sus propios planes, sino soldados en una guerra de traición que está a punto de comenzar. Lo que han hecho no ha sido por voluntad propia, sino bajo las órdenes directas del Señor de la Guerra. —Hizo caso omiso del coro de exclamaciones de sorpresa que aquella declaración provocó—. Horus, con el apoyo de Angron, de Fulgrim y, aunque me repugna decirlo, de nuestro señor Mortarion, es el autor de todo esto.

Carya, que estaba en el otro extremo de la estancia, prácticamente se derrumbó en un asiento de observación. Se estaba esforzando por dar un sentido a las palabras de Garro. Vought se mantuvo de pie, a su lado, con el rostro contraído como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Por qué? —preguntó en voz alta el capitán de la nave—. Que Terra me lleve si consigo ver la lógica de todo esto. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Qué es lo que puede ganar Horus traicionando al Emperador?

—Todo —murmuró Decius.

Voyen asintió con gesto pesaroso.

—Se han oído rumores muy de segunda o tercera mano en las logias sobre el Señor de la Guerra. Se habla de lo lejos que está el Emperador y del descontento con las órdenes que llegan del Consejo de Terra. El tono general es mucho más tenso desde que Horus resultó herido en Davin, o desde que regresó de su curación.

—La misma punta del cuchillo de la traición, atisbado en sitios ocultos —dijo Sendek.

Garro continuó.

—Horus en persona ha escogido a todas las unidades que van a atacar la Ciudad Coral —continuó Garro—. Ha elegido solo a los guerreros que saben que no lo seguirán si los llama para su causa. El bombardeo lo librará del único obstáculo que le queda antes de una insurrección abierta.

—Si eso es así, entonces, ¿por qué no estamos también nosotros ahí abajo? —quiso saber Decius—. ¡Su absoluta lealtad a Terra y al Emperador no es precisamente un secreto, señor!

Garro sonrió sin alegría y se dio un par de suaves golpes en la placa del muslo de la armadura.

—Si la cantora de guerra de Istvaan Extremis no hubiera provocado que me colocaran este trozo de hierro en el cuerpo, estoy seguro de que ahora mismo nos encontraríamos al lado de Temeter y sus tropas, sin saber que encima de nosotros se alza una espada, pero los acontecimientos han jugado a nuestro favor, y debemos aprovechar la oportunidad.

—No tardarán en descubrir la huida de Tarvitz —comentó Vought—. Cuando el Señor de la Guerra se entere de lo que ha hecho, capitán, la *Eisenstein* se verá bajo el

fuego de todos los cañones de la flota.

—Estoy seguro de eso —admitió Garro—. Tenemos unas pocas horas, y eso, como mucho.

—¿Qué propones? —le preguntó Sendek—. Esta fragata no es más que una simple nave. No podremos ayudar a las tropas en tierra intentando interceptar el bombardeo o atacando al Señor de la Guerra.

Garro hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Si Saúl logra su propósito, no hará falta detener el bombardeo. Si no… —tragó saliva con dificultad—, no habrá nada que podamos hacer para ayudar a esos guerreros.

Decius fue el primero en darse cuenta.

—Planeas huir.

—¡Cuidado con lo que dices! —lo interpeló Hakur.

Decius hizo caso omiso del veterano.

—Quieres que salgamos huyendo.

—No tenemos otra elección. Si nos quedamos, moriremos, pero si logramos sacar esta nave del sistema, tendremos la posibilidad de cambiar el curso de esta traición. Debemos acabar la misión que Saúl Tarvitz comenzó. Debemos llevar la advertencia de esta perfidia a Terra y al Emperador. —Miró al hombre de piel cetrina—. Capitán Carya, ¿la *Eisenstein* podría llegar al sistema solar o a alguna estrella cercana al núcleo imperial?

Carya negó lentamente con la cabeza.

—En cualquier otra ocasión diría que sí, pero hoy, no estoy seguro.

—El espacio disforme se ha enturbiado cada vez más a lo largo de las últimas semanas. Se ha llenado de tormentas y de turbulencias —le informó Vought—. Los viajes interestelares se han dificultado mucho. Si intentáramos efectuar la traslación en estos momentos, nuestro navegante estaría prácticamente ciego.

—Pero podría efectuarse el salto de todas maneras —comentó Hakur—. Podríamos escapar, aunque fuéramos a ciegas por el espacio disforme.

Carya soltó un bufido.

—¡La nave se vería arrastrada por las corrientes etéreas! Acabaríamos encontrándonos a años luz y en cualquier lugar.

—En cualquier lugar, menos aquí —dijo Garro con voz tajante—. Quiero que se inicien los preparativos. Baryk, Racel —los miró a los dos cara a cara al utilizar sus nombres de pila por primera vez—, ¿os negaréis a obedecerme?

Los dos oficiales navales intercambiaron una mirada, y Garro vio que estaban de su lado.

—No —le contestó el capitán de la nave—. Muchos de mis tripulantes son fieles terranos y no me fallarán, pero hay otros que quizá se vengan abajo. Me imagino que algunos de mis tripulantes le serán leales a Horus.

—También está el asunto de los guerreros de Grulgor que hay a bordo —añadió Sendek—. Dentro de poco empezarán a preguntarse qué está pasando.

Garro miró a Hakur.

—Hakur, llévate todos los hombres que necesites y asegura la nave. Utiliza la fuerza que creas conveniente. ¿Entendido?

Se produjo un silencio momentáneo mientras el significado de la orden de Garro calaba en la mente de todos. Pasó el momento y el veterano saludó al capitán.

—Sí, mi señor.

Garro se inclinó sobre el atril de control y abrió el envoltorio de trapo que había llevado consigo. En el interior había una docena de finas hojas de pergamino repletas de una escritura firme y rápida. El capitán de batalla entregó una de aquellas hojas a cada uno de los presentes en el observatorium, incluidos Carya y Vought.

La mujer frunció el entrecejo cuando le entregaron el pergamino.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Se trata de un juramento de combate —le explicó Decius—. Sobre él juraremos cumplir nuestro deber.

Garro abrió la boca para hablar, pero el chasquido metálico de la escotilla de la estancia al abrirse le hizo detenerse. El oficial de comunicaciones entró trastabillando en el observatorium y casi se cayó de cabeza antes de detenerse con la boca abierta ante la reunión clandestina que había interrumpido.

—¡Maas! —gritó Carya—. ¡Por Terra! ¡Llame antes de entrar!

—Le pido perdón, capitán —se excusó el oficial entre jadeos—, pero es que ha llegado un mensaje de prioridad para el comandante Grulgor; solo para él. Como no respondía…

Carya le arrancó la placa de datos de la mano y se quedó pálido al leer el contenido. Luego lo leyó en voz alta.

—Lo manda Typhon desde el *Terminus Est*. El mensaje dice: «Armas preparadas. El bombardeo comenzará dentro de poco. Permiso concedido para eliminar cualquier posible impedimento para la misión».

Todas las miradas se centraron en Garro. Lo implícito del mensaje estaba claro. Typhon le entregaba el mando a Grulgor, con la autoridad suficiente como para matar a Garro y a sus hombres. El capitán de batalla alzó bien en alto el pergamino que tenía en la mano.

—Hagamos entonces el juramento —proclamó con voz rugiente. Se detuvo un momento para tomar aire—. ¿Aceptáis vuestra responsabilidad en este asunto? ¿Os dedicaréis por completo a la tarea de llevar este aviso a Terra, sin importar las fuerzas a las que nos enfrentemos? ¿Juráis honrar a la XIV Legión y al Emperador?

El capitán desenvainó a *Libertas* y la empuñó con la punta dirigida hacia el suelo. Hakur fue el primero en poner la mano sobre la hoja.

—Por esta misión y esta arma, lo juro.

Los astartes lo siguieron, uno por uno. Los últimos fueron Carya y Vought, que también juraron delante de Maas, que lo miraba todo con los ojos abiertos de par en par por el asombro.

Cuando todos empezaron a salir de la estancia, Decius cogió del brazo a su capitán y le habló en voz baja.

—Bonitas palabras —le dijo—, pero ¿quién ha actuado como testigo del acto?

Garro señaló hacia las estrellas.

—El Emperador.

Nueve

Una oración
Lluvia de muerte
Refugiados

Estaba solo en los barracones. Hakur y los demás astartes estaban dispersos por toda la nave, cumpliendo sus órdenes de tomar bajo control la *Eisenstein*. Distraído, Garro pensó que oía los débiles ecos de los bólters y frunció los labios. Solo quedaba un puñado de hombres de Grulgor a bordo de la fragata. Al igual que su Séptima Compañía, la mayoría de las tropas del antiguo comandante de la Segunda estaban dispersas por la flota, y solo quedaban unas pocas escuadras para oponerse a los planes de Garro. La disposición favorable de Carya a efectuar el juramento de combate le había asegurado la confianza en el capitán de la nave, y a través de él, tenía el control de los oficiales del puente. Estaba seguro de que habría gente descontenta entre el personal de la flota, pero volverían a la normalidad en cuanto los astartes empezaran a darles órdenes, y si se negaban, no podrían hacerlo durante demasiado tiempo.

En realidad, Garro debería haber estado allí fuera, ayudando a tomar el control de la nave con su presencia, pero la intensa oleada de emociones que lo invadía le impedía toda posibilidad de concentrarse. Necesitaba un momento a solas consigo mismo para centrarse de cara a los acontecimientos que se habían puesto en marcha.

Pensaba una y otra vez en los hombres junto a los que había luchado en las huestes de la Guardia de la Muerte y se preguntó cuándo y cómo se habrían apartado del Emperador. La mayor parte de sus hermanos eran hombres buenos y honorables, y Garro había pensado que conocía el interior de su corazón, pero en esos momentos, ya no estaba tan seguro. La terrible certeza de todo aquello no era que sus hermanos pudieran desobedecer las órdenes del Emperador y cometer traición, sino que la mayoría de ellos eran simplemente utilizados como armas. No se detendrían cuando recibieran órdenes, aunque esas órdenes estuvieran más allá de su comprensión.

La misión de cualquier astartes es simplemente hacer lo que le ordenen, no cuestionar las órdenes, y lo acongojó el convencimiento de que Horus jugaría con esa ciega lealtad hasta su amargo final. Durante un breve instante había considerado la posibilidad de abrir todos los canales de comunicación de la *Eisenstein* a máxima potencia y proclamar aquella traición por toda la Sexagésimo Tercera Flota. En ella

había muchos hombres nobles, estaba seguro de ello, guerreros como Loken y Torgaddon, de la propia legión del Señor de la Guerra, o como Varren, de los Devoradores de Mundos… Si al menos pudiera contactar con ellos, salvar sus vidas; pero hacerlo significaba condenar al suicidio a todos los que se hallaban a bordo de la fragata.

Cada minuto que se mantuviera en silencio era un minuto ganado para el plan de Garro de escapar para avisar a Terra. Hombres como Loken y los demás tendrían que buscar su propio camino a través de aquella pesadilla. El mensaje era mucho más importante que las vidas de un puñado de astartes. Garro solo esperaba que, una vez cumplida su misión, pudiera volver a verlos, bien de regreso a Terra al final de su huida, o una vez más allí, con una flota de castigo a sus espaldas. De momento, esos guerreros estaban solos, como lo estaban Garro y sus hombres.

El capitán de batalla se dirigió a la cabina que Kaleb había preparado para él, y allí encontró la coraza con el águila en su soporte. Estaba pulida y en perfecto estado, como si acabara de salir de un museo, y no como si hubiera tomado parte en un combate hacía menos de una semana. Pasó la mano por la fría ceramita y dejó que lo invadiera la pena por la muerte de su sirviente.

—Moriste con honor, Kaleb Arin —dijo en voz alta—. Honraste a la Guardia de la Muerte y a la Séptima.

Garro deseó poder prometer alguna forma de tributo a la memoria del hombre. Le hubiera gustado poner el nombre del sirviente en el Muro de la Memoria de Barbarus, otorgándole así el honor que habría recibido un hermano de batalla, pero eso no sucedería, no por ahora. Garro dudaba que pudiera volver a ver los húmedos y fríos cielos del planeta natal de la Guardia de la Muerte después de lo sucedido en Istvaan. El espíritu de Kaleb debería conformarse con la estima de su señor.

Los labios de Garro se curvaron en una mueca.

—Aquí estoy, pensando en espíritus, hablando conmigo mismo en una habitación vacía. —Negó con la cabeza—. ¿Qué me está pasando?

Junto a su coraza, había un bólter cuidadosamente colocado sobre una tela verde plegada. Al igual que la coraza, su estado era prístino y sin mácula, recién salido de los artificieros de la legión. Garro se quitó un guantelete y pasó el dedo por el arma. Estaba cubierta de inscripciones en alto gótico, de honores de batalla y nombres de campañas en las que había tomado parte. En distintos lugares, escritos con tinta esmeralda oscura, figuraban los nombres de los hermanos de batalla que lo habían empuñado en combate y perecido con él en las manos. El arma de Garro se había perdido en Istvaan Extremis, destruida por el brutal ataque sónico de la cantora de guerra. No habían quedado más que fragmentos de metal retorcido. Este bólter debería ser, pues, su nueva arma, y fue con el más amargo orgullo que lo cogió y lo colocó preparado para revista. Había un nuevo nombre recién inscrito: Pyr Rahl.

—Gracias, hermano —susurró Garro—. Con él mataré docenas de enemigos en tu nombre.

Como era habitual en los astartes, el equipo de Rahl fue recuperado para que pudiera seguir siendo utilizado por la XIV Legión. Así era como los astartes mantenían viva la memoria de los suyos hasta mucho tiempo después de haber muerto. Los ojos de Garro se fijaron en una bolsa de transporte hecha con lana tosca que estaba tirada en el suelo de la alcoba. Se puso en cuclillas y la recogió.

Las pertenencias de Kaleb. Suspiró. Cuando un astartes moría, siempre había un hermano dispuesto a recoger las escasas posesiones que pudiera haber dejado atrás y cuidar de ellas. Garro sintió una tristeza poco familiar por la muerte de Kaleb. No era la rabia que había sentido por la muerte de Rahl o de los otros cientos que había visto caer. Solo ahora que Kaleb ya no estaba entendía lo mucho que apreciaba al pequeño hombre, como consejero, como sirviente, como camarada. Por un instante, el capitán consideró la posibilidad de tirar el saco por la compuerta más cercana, pero eso habría sido innoble. En vez de ello, con una gentileza impensable a la vista de sus gigantescas manos, Garro estudió las pertenencias de Kaleb: cuchillas de usos variados y herramientas para cuidar de las armaduras, algunas mudas de ropa, un amuleto hecho con un proyectil de bólter…

Dio la vuelta al objeto entre sus dedos y lo puso a contraluz. Un aguafuerte del Emperador le devolvió la mirada, benefactor y omnisciente. Se guardó el amuleto en un bolsillo. En la bolsa también había unas hojas muy manoseadas unidas por una correa muy ajada. En algunos lugares, allí donde se había roto, había sido anudada. Parte de las páginas eran de diferentes tipos de papel; algunas estaban escritas a mano, otras, toscamente mimeografiadas con palabras borrosas de tanto reproducirlas. Garro encontró bocetos que no le decían apenas nada, aunque podía reconocer elementos como la iconografía del Emperador, de Terra, repetidos una y otra vez.

—*Lectio Divinitatus* —leyó en voz alta—. ¿Era esto lo que me ocultabas, Kaleb?

Garro conocía la secta. Había gente común que, a pesar de la constante luz de la secular Verdad Imperial, había llegado a pensar que el propio Emperador era una criatura divina. ¿Quién, argumentaban, tiene el derecho de acabar con el culto a cualquier otro dios, si no una auténtica divinidad? ¿No era el Emperador una entidad singular, divina?

A pesar de su abierto rechazo de estas creencias, el Emperador inspiraba tal dedicación y devoción. Inmortal y omnipresente, poseedor del mayor intelecto y potencial psíquico de toda la humanidad, a los ojos del *Lectio Divinitatus*, ¿qué otra cosa podría ser sino un dios?

Sí, ahora Garro lo comprendía, se dio cuenta que la conexión de Kaleb con el culto al Dios Emperador siempre había estado allí, flotando bajo la superficie. Un centenar de medias palabras y hechos tomaron de repente un nuevo significado a la vista de su descubrimiento. Había insultado a Grulgor en el puente artillero por proferir blasfemias contra el Emperador, y en la semiinconsciencia de su coma sanador, Garro había oído la invocación de labios de Kaleb, la súplica de protección.

—Eres una persona decidida —dijo con voz átona. Le volvieron a la mente las últimas palabras del sirviente—. El Dios Emperador así lo ha querido. Su mano rige todos nuestros destinos. El Emperador… el Emperador protege.

Sabía que no podía ir más allá, que iba contra la letra de la Verdad Imperial a la que había dedicado toda su vida, pero Nathaniel Garro siguió leyendo, absorbiendo las palabras, página tras ajada página.

Aunque nunca lo habría demostrado abiertamente, las horas transcurridas le habían afectado hasta la médula. Siempre se había imaginado como la espada en la mano del Emperador, o como una flecha en el carcaj de la raza humana, preparada para atravesar el corazón de los enemigos de la humanidad, pero ¿qué era ahora? Todas las espadas habían chocado entre ellas, las flechas estaban partidas por el asta.

La firmeza de las creencias de Garro estaba a punto de convertirse en arenas movedizas bajo sus pies. ¡Era demasiado para soportar su mero pensamiento! Sus hermanos, su comandante, incluso el Señor de la Guerra, todos se habían puesto en su contra; la sangre de la Guardia de la Muerte manchaba su espada, y aún habría de verter mucha más; las predicciones palidecían delante de sus pensamientos; el augurio de la estrella ciega, la arrogante profecía de la infantil criatura alienígena muerta y la última voluntad de Kaleb.

—¡Es demasiado! —gritó Garro, que cayó de rodillas sujetando con fuerza los papeles.

La horrible mácula de su conocimiento era el veneno que amenazaba con acabar con su alma. Nunca, en siglos de servicio, se había sentido el capitán de batalla tan absoluta y totalmente vulnerable, y en ese preciso momento comprendió que solo había una persona a la que podía recurrir.

—¡Ayúdame! —gritó, dirigiendo sus súplicas a la oscuridad—. Estoy perdido. —Las manos de Garro actuaron de un modo inconsciente y formaron el gesto del aquila, con las palmas abiertas sobre el pecho—. Emperador —jadeó—, dame fe.

Bajo sus ojos, Garro sintió algo que se liberaba de repente en su interior, una inundación de energía. Fue incapaz de describirlo, y en la semipenumbra de su aposento sintió el eco de una voz que le llegaba de los límites de su psique. Era una mujer llorando, pálida y diminuta, fuerte y delicada a la vez, que lo estaba llamando. Era la voz de sus sueños.

—Sálvanos Nathaniel.

Garro gritó, tambaleándose hacia atrás mientras luchaba por recuperar el equilibrio. Las palabras habían sido tan claras y próximas como si la voz procediera de la misma habitación, junto a su oreja. El guardia de la muerte recuperó la compostura y, respirando dificultosamente, volvió a incorporarse. Notó un peculiar y oleoso sabor que se desvanecía a medida que era consciente de él. El impacto en sus pensamientos había sido tan fuerte como la invasión jorgall en su mente, pero diferente. Lo sobresaltó por su intimidad, pero aun así no le desagradó como el toque telepático del alienígena. Ese instante se vaporizó tan rápidamente como había llegado.

Aún estaba mirando el puñado de páginas que tenía en las manos cuando Decius entró de sopetón en la habitación, con la rabia reflejada en la cara.

* * *

Solun Decius observó cómo su comandante se guardaba apresuradamente un puñado de papeles en una cartuchera del cinturón y apartaba la mirada, como si no estuviera preparado para mirarlo a los ojos.

—Decius —logró decir—, informa.

—Hemos encontrado resistencia —dijo con gruñido—. Yo… Nos hemos enfrentado con lo que quedaba de los hombres de Grulgor. Hicieron un intento de llegar al muelle de carga. Sufrirnos algunas bajas mientras los repelíamos. —En la cara de Decius se formó una mueca—. Fue una carnicería.

Garro se lo quedó mirando.

—Ellos habrían hecho lo mismo con nosotros si hubieran tenido la oportunidad. ¿Por que crees que Typhon nos colocó tanto a Grulgor como a mí en esta nave, si no para acabar conmigo en el momento adecuado?

Decius quería dar rienda suelta a los pensamientos que le bullían en la cabeza, decir que tal vez tenía razón, pero que quizá Garro era el único en la lista de víctimas. Miró con furia al suelo. Lo que más le exasperaba era que no había tenido la opción de elegir. Su destino estaba ahora ligado al del capitán de batalla, pasara lo que pasara. Sí, tal vez esto habría sido lo que Decius habría elegido si hubiera tenido la oportunidad de hacerlo, pero el hecho de no haber podido decidir era lo que le hacía rebelarse.

Su mentor leyó la emoción en su rostro.

—Habla libremente, hijo.

—¿Qué quiere que diga? —protestó acaloradamente Decius.

—La verdad. Si no lo haces aquí y ahora, no volverás a tener la oportunidad —replicó Garro manteniendo su tono habitual—. Quiero que me digas exactamente qué piensas, Solun.

Se produjo una larga pausa mientras Decius intentaba ordenar las ideas que provocaban su resentimiento.

—Acabo de matar a tres hombres que llevaban mi mismo uniforme —dijo, señalando con la cabeza hacia el corredor y el resto de la nave—. No eran alienígenas ni mutantes, sino Guardias de la Muerte, ¡mis hermanos astartes!

—Esos hombres dejaron de ser nuestros hermanos en el instante en que eligieron seguir el camino de Horus en vez de la del Emperador —respondió Garro con un suspiro—. Comparto tu dolor por lo sucedido, Solun, más de lo que piensas, pero se han convertido en traidores…

—¿Traidores? —La ira explotó en su interior—. ¿Quién es para decidir eso, capitán de batalla Garro? ¿Qué autoridad posee para decidir tal cosa, señor? ¡No es el

Señor de la Guerra, ni un primarca, ni siquiera el primer capitán! ¡Pero aun así, ha tomado una decisión por todos nosotros! —Garro lo observó sin responder. Decius sabía que osar dirigirse en ese tono a un oficial superior era motivo de reprimenda y castigo, pero, a pesar de ello, no podía controlar su rabia—. ¿Qué sucedería si… si resulta que somos nosotros los traidores, capitán? Horus no dudará en clasificarnos de tales en cuanto sepa lo que hemos hecho.

—Tú has visto lo que yo he visto —dijo su comandante sin inmutarse—. Tarvitz, Grulgor, las órdenes de matar de Eidolon y de Typhon… Si existe alguna explicación que pueda justificar todo esto, que permita olvidar todo lo sucedido, me gustaría mucho conocerla.

Decius avanzó un paso.

—Hay una cosa que no habéis tenido en cuenta. Preguntaos una cosa, señor. ¿Y si Horus tiene razón?

Apenas había acabado de formular la pregunta cuando las sirenas de alarma empezaron a aullar.

* * *

—¡Repite! —insistió Temeter, acercándose al astartes que sostenía hacia él el receptor del comunicador de largo alcance.

Con el constante repiqueteo de los proyectiles entre la fuerza de asalto de la Guardia de la Muerte y los defensores de Istvaan era difícil oír lo que le decía el hombre. Otra abrasadora andanada de munición pesada procedente del *Dies Irae* rugió sobre sus cabezas, ahogando cualquier otro sonido mientras el titán proseguía su lento avance.

—Señor, tenemos señales fragmentarias. No puedo ubicarlas ni seguirlas.

—Simplemente dame lo que tengas —dijo Temeter, acuclillándose tras un bloque de ferrocemento, ignorando los aullidos de los proyectiles de aguja y el crepitar de los carmesíes rayos láser.

—Todavía no hay señal de los elementos orbitales —prosiguió el guardia de la muerte—. He interceptado una comunicación para los Hijos de Horus, escuadra Lachost, de Lucius, de los Hijos del Emperador.

—¿Lucius? ¿Y qué ha dicho?

—Todo sonaba muy confuso, señor, pero he podido entender perfectamente la expresión «armas biológicas».

Temeter entrecerró los ojos.

—¿Estás seguro? En el informe de misión no había ninguna referencia que indicara que los istvaanianos disponían de esta capacidad. Después de todo, esta es su ciudad santa. Por qué querría desplegar algo que…

Temeter calló de repente y miró hacia arriba. Para él, el sonido de la batalla se había convertido en un mero ruido de fondo, un constante intercambio de disparos y

explosiones, pero de repente, algo había cambiado.

Era el titán. El *Dies Irae* se encontraba a unos centenares de metros de la posición de Temeter, quien se había acostumbrado a los temblores que provocaba con cada pisada, anticipando su ritmo, pero la gigantesca máquina humanoide se había detenido y permanecía inmóvil, como una gigantesca ciudadela, con sus junturas silbando y repiqueteando. Los proyectiles de mortero le pasaron por encima, impactando sin causar daños en el pecho del *Dies Irae*, a lo que la tripulación del titán no respondió. Los poderosos cañones del titán seguían apuntando directamente a las líneas enemigas, pero permanecían en silencio.

—Por lo más sagrado, ¿qué está haciendo ese loco? —se preguntó Temeter con un gruñido—. ¡Pon en marcha el titán! ¡Llamad por el comunicados al princeps Turnet y que explique qué está haciendo!

El capitán de la Cuarta Compañía escaneó el casco de la máquina de guerra con sus sistemas ópticos. No había ningún daño aparente de una magnitud suficiente que pudiera explicar el motivo por el que el titán se había detenido. Temeter no podía ver ninguna razón que justificara que se hubiera parado. Su línea de visión pasó por las escotillas de acceso del casco y vio que todas estaban cerradas. Temeter encontró las rejillas de ventilación en el grueso blindaje del mecanismo. Normalmente estarían vomitando los gases de refrigeración usados, pero estaban selladas. Un escalofrío de aprensión le recorrió el espinazo.

—No recibo respuesta del *Dies Irae* —dijo el otro hombre—. ¿Por qué no responden? ¡Han de ser capaces de oírnos!

—Un arma biológica. —Temeter repasó y comprobó los sellos de su cuello con una angustiosa sensación de turbación. El capitán echó la cabeza hacia atrás y recorrió con la mirada el amarillento cielo por encima de los gigantescos hombros de hierro del titán. Observó algunos brillos aquí y allí, reflejos atravesando la atmósfera superior con rastros de vapor blanco tras ellos. Lo que vio hizo que se pusiera en movimiento de inmediato.

—¡Abre ahora mismo un canal con todas las escuadras! —gritó—. ¡A todos los Guardias de la Muerte, retiraos y buscad cobertura! ¡Alerta de arma biológica! ¡Dirigíos al complejo de búnkers que hay al oeste!

El otro astartes retransmitió sus órdenes por los comunicadores mientras él y Temeter se apartaban de su insignificante cobertura.

Temeter vio al dreadnought Huron-Fal girando sobre su posición.

—¡Ullis Temeter! —El sintetizador de voz del venerable guerrero resonó con un ruido fuerte y áspero—. ¿Quién ha hecho esto?

—Ahora no hay tiempo, viejo amigo —dijo mientras corría—. Simplemente haz entrar a los hombres, ¡ahora!

Con cada paso que daba, una parte de la mente de Temeter vacilaba ante la gravedad de lo que estaba sucediendo. Las bombas empezaron a caer, y únicamente las había podido enviar una persona.

* * *

Garro y Decius subieron por la rampa hacia las ventanas desde las que podría observarse la sala de los barracones a tiempo para ser testigos de cómo las naves del Señor de la Guerra abrían fuego sobre Istvaan III. Una miríada de estelas plateadas, casi demasiado rápidas para poder seguirlas con la vista, pasaron entre las pequeñas naves que, como la *Eisenstein*, estaban atracadas a poca altura por encima de Ciudad Coral. Aunque no eran más que borrones, Garro no necesitó verlos claramente para saber qué eran: cabezas pesadas clase Atlas modificadas para ataques espacio-tierra, misiles guiados por cerebros servidores cargados con munición penetrante de impactos múltiples. Parecía que la *Eisenstein* era la única nave cuyos cañones permanecían en silencio, pues hasta la última nave de la Sexagésimo Tercera Flota estaba tomando parte en aquel acto brutal. Las bombas produjeron una sólida lluvia de muerte, convergiendo sobre objetivos predeterminados por todo el planeta. Desde ese terrible punto de observación de la masacre, la mancha blanco-grisácea sobre la Ciudad Coral era fácilmente visible.

Garro observó con horror cómo los instrumentos de la traición de Horus brillaban con un color rojo al traspasar la atmósfera antes de caer sobre sus hermanos de batalla. A su lado, la cara de Decius demostraba una peculiar y grotesca fascinación mientras trataba de comprender la magnitud de la destrucción.

* * *

Temeter y Huron-Fal se encontraban en la cresta baja de la colina que había delante de la compuerta de acero del búnker, gritando a sus hermanos que corrieran y corrieran, que corrieran sin mirar atrás. Temeter sintió una punzada de miedo, no por él, sino por sus hombres. Todos habían respondido perfectamente a sus órdenes, retrocediendo ordenadamente y alejándose del enemigo siguiendo las líneas de trincheras que ya habían despejado. Cientos de ellos ya estaban en los búnkers, sellándose en su interior ante el inminente bombardeo, pero había muchos más que no lograrían alcanzar las puertas. Volvió a mirar hacia el enfermizo cielo y Temeter se sintió desgarrado por dentro. «¿Quién nos ha traicionado? Se preguntó a sí mismo, repitiéndose la pregunta del viejo dreadnought: ¿Por qué, en el nombre de Terra, por qué?».

—¡Ullis! —graznó el viejo guerrero golpeando el suelo a su lado—. ¡Entra ya! ¡Solo tenemos unos segundos!

—¡No! —replicó—. ¡Mis hombres primero!

—¡Idiota! —le espetó Huron-Fal, olvidándose totalmente del protocolo—. ¡Yo me quedaré! Nada puede penetrar mi pellejo. Márchate, ¡ahora! —Empujó a Temeter con su gigantesca garra mecánica—. ¡Maldita sea, entra de una vez!

Ullis Temeter trastabilló un paso hacia atrás, pero su mirada todavía estaba fija en el cielo.

—¡No! —dijo, mientras unos destellos de luz brillante teñían el firmamento de un blanco cegador.

A gran altura por encima de ellos, la primera andanada de cabezas víricas detonaron en serie; un muro de explosiones que liberaron una intensa lluvia negra de destrucción. Las cepas víricas, capaces de producir cambios mutacionales increíblemente rápidos y con un coeficiente de propagación casi exponencial, acabaron con todas las bacterias nativas de la atmósfera. La tenue y oscura nube de muerte empezó a asentarse sobre Ciudad Coral en el momento en que lanzaron la segunda oleada. Los explosivos no detonaban hasta llegar al suelo, cubriendo distritos enteros de la ciudad, campos abiertos y líneas de trincheras con oleadas de neblina aniquiladora.

El Devorador de Vida hizo el trabajo para el que lo habían diseñado. Cuando una de sus moléculas entraba en contacto con una forma orgánica, propagaba al instante su muerte putrefacta. En la Ciudad Coral, cada ser viviente, cada humano, animal, planta, cada organismo hasta el nivel de los microbios, fue aniquilado por el virus. Eliminó las diferencias entre las especies en un segundo, acabando con toda la vida del planeta. La carne se corrompió y la sangre hirvió. Los huesos se rompieron y se volvieron frágiles. Istvaanianos y astartes murieron por igual, gritando, unidos en la muerte por el imparable germen.

Temeter vio a los guerreros corriendo hacia él, muriendo a sus pies. Algunas figuras se fundieron con el barro cuando sus cadáveres se convirtieron en un rojizo claro esencial de fragmentos de carne y fluidos viscosos que se derramaron a través de las junturas de sus servoarmaduras. Sabía que había esperado demasiado tiempo, y gritó con todas sus Fuerzas.

—¡Cerrad la compuerta! ¡Cerradla!

Los hombres del búnker hicieron lo que les ordenó mientras ya notaba el sabor de la sangre en la boca y la piel le ardía anticipando graves lesiones.

La puerta de metal se cerró y el sello de presión siseó, dejándole a él fuera. Temeter confiaba en que hubieran sido lo suficientemente rápidos. Con un poco de suerte, todavía no habría logrado penetrar ningún virus en el interior. Logró dar un par de temblorosos pasos antes de caer. Los músculos de sus piernas se quejaron, agónicos.

Huron-Fal lo sostuvo.

—Te dije que corrieras, idiota.

El capitán se quitó el casco en un último y agónico gesto de desafío. Ya era totalmente inútil, porque el virus había penetrado sin ningún problema por la rejilla del respirador y había llegado a sus pulmones. Pasó la mano por el metálico flanco del dreadnought y notó un oscuro rastro de fluidos. Aun a pesar del dolor, Temeter lo entendió. Había una pequeña fractura en la coraza de ceramita del viejo guerrero, no

lo suficientemente grave como para haberle frenado en combate, pero mucho más de lo que necesitaba el virus para llegar al interior del dreadnought y acabar con el organismo de su ocupante.

—Tú… me mentiste.

—Prerrogativa de los veteranos —logró replicar—. Parece que al final nos iremos juntos. ¿Vamos? —preguntó Huron-Fal, sosteniendo el cuerpo de Temeter contra el suyo y alejándose con toda la rapidez que pudo del búnker.

Temeter necesitó reunir hasta el último ápice de fuerza para asentir. Ya ciego, notó cómo los tejidos de los ojos le ardían y desaparecían en su cabeza, y cómo la carne de sus labios y su lengua se disolvía.

Los sistemas de Huron-Fal estaban a punto de desconectarse cuando cayó a una distancia segura, deteniéndose del todo.

—Esta muerte —susurró el altavoz—, esta muerte es nuestra. Nosotros la hemos elegido. Os negamos la victoria.

Con un único impulso nervioso, la mente del guerrero en el corazón del dreadnought desactivó los controles de seguridad de su generador de fusión y dejó que se sobrecalentara. Por un instante, una diminuta estrella brilló en las asoladas llanuras del exterior de Ciudad Coral, indicando el punto donde habían desaparecido dos vidas más en medio de la tormenta de destrucción.

* * *

Garro apartó la mirada de la oscuridad que envolvía al mundo moribundo y observó a su protegido.

—¿Ahora lo crees? Con un planeta totalmente privado de vida, ¿no tienes suficientes pruebas de esta locura?

Decius respondió en un suspiro de sobrecogimiento.

—Es… es increíble. Tanto poder de destrucción.

Garro sintió que le fallaban las piernas y se apoyó con una mano en las ventanas de vidrio blindado.

—Todavía no ha terminado. Aún falta una andanada más antes de acabar con la masacre.

—Pero el virus está consumiendo todo el planeta…, toda la vida, en todas partes. ¿Qué mayor devastación puede crear el Señor de la Guerra?

Las palabras de Garro sonaron fatigadas y huecas.

—Con tantos muertos, tan rápidamente, el Devorador de Vida se agota con rapidez, pero la masa de cadáveres que deja atrás se pudre y descompone. —El rostro se le contrajo en una mueca de asco—. Los… restos se convierten en podredumbre gaseosa. Imagínate, Solun, un mundo entero convertido en un gigantesco tanatorio. La atmósfera apestará con el hedor de los muertos.

Las naves de la flota estaban cambiando de posición para permitir que una única nave pudiera colocarse en la posición de disparo predeterminada. Era la nave insignia del Señor de la Guerra. La brillante nave en forma de espada, el *Espíritu Vengativo*.

—Evidentemente —dijo con amargura Garro—. Horus. Viene a asestar el definitivo golpe de gracia. Debería haberlo supuesto. —Garro deseaba cerrar los ojos, mirar hacia otro lado, pero mirara donde mirara, veía las caras de los hombres que había dejado a su suerte allí abajo. Vio a Temeter y Tarvitz, los imaginó agonizando en la masacre, esperando, incluso rezando para que hubieran sobrevivido a la primera andanada—. Ahora deben sobrevivir al golpe de gracia.

El *Espíritu Vengativo* se detuvo y giró con amenazadora lentitud para apuntar con la proa hacia Istvaan III. En medio del silencio, se produjo un destello de luz a lo largo de las mandíbulas de las dos lanzas de energía que recorrían los laterales de la nave. Los rayos de fuego cegador alcanzaron la atmósfera del planeta, que se tiñó de un nuevo color. El naranja de una tormenta de fuego.

—Como poner una cerilla bajo un puñado de madera seca —dijo Decius—. Los vapores de los muertos se han incendiado. Las llamas engullirán todo el planeta.

—Todo esto es obra de Horus —afirmó Garro, tratando de alejar la tristeza de su corazón.

Permanecieron allí durante lo que les parecieron horas, observando cómo el fuego atravesaba continentes y asolaba ciudades mientras la nave insignia de Horus, el único artífice de la destrucción de Istvaan III, orbitaba por encima de todo ello. El tiempo transcurrió implacable mientras los dos astartes eran testigos de la distante masacre.

Al cabo de un rato, un fuerte campanilleo resonó en la sala a través del sistema de comunicaciones de la nave.

—Capitán Garro, acuda al puente. —Era la voz de Carya, baja y átona—. Tenemos un problema.

Nathaniel finalmente se apartó de la ventana y se alejó. Decius permaneció unos segundos más, con un extraño brillo en los ojos, antes de seguirle, corriendo para alcanzar a su comandante.

* * *

Baryk Carya no podía apartar la mirada del ventanal delantero del puente. La lenta muerte del planeta que tenía a la vista era una aberración para él, un acto brutal contra el que se rebelaba hasta la última fibra de su ser. No había realizado su juramento de lealtad para formar parte de ese horror. Observó la sala y vio cómo Maas lo estaba mirando desde la sala de comunicaciones, sosteniendo todavía la nota que el capitán le había dado. Se dirigió hacia el oficial, tratando de mantener su máscara de autoridad.

—¿Ya está hecho? —le preguntó.

—Yo… —Maas hizo una mueca—. Yo he enviado la señal que me ordenó enviar, señor.

La desazón del joven era evidente en su cara, aunque a Carya no le preocupaba en absoluto su reticencia a enviar el mensaje de lo que evidentemente era una mentira. El capitán le arrancó el papel de la mano y lo rompió en mil pedazos. El mensaje había sido enviado al *Terminus Est* con la runa de mando de Grulgor cuidadosamente falsificada por Vought. Con frases bruscas que esperaba imitaran la forma de hablar del astartes, Carya había informado al primer capitán Typhon que la *Eisenstein* había sufrido una avería en el sistema de armamento que le había impedido disparar sobre Istvaan III. Era una excusa muy pobre, tan débil como el papel en el que estaba escrita, pero probablemente les haría ganar tiempo.

—Lo que ha hecho le va a costar el puesto —susurró Maas con voz débil—. Se encuentra al borde del amotinamiento contra una orden del Señor de la Guerra.

—Sé un poco más preciso con lo que dices —replicó Carya—. Un motín es cuando la tripulación toma el control de una nave. Cuando lo hace el capitán, se llama traición.

—¡Se llame como se llame, está mal!

—¿Mal? —La rabia de Carya se desató en un instante y cogió a Maas por el cuello, sacándolo violentamente de la sala de comunicaciones y arrastrándolo por el puente —. ¿Quieres ver lo que está mal? ¡Mira eso! —Carya obligó al oficial de comunicaciones a mirar por los ventanales hacia la distante masacre. Le dio un débil empujón y le dijo—: ¡Vuelve a tu maldito puesto y guárdate bien de volver a decir lo que piensas!

Vought se puso a su lado.

—Con su permiso, señor. La otra nave; lo he confirmado. Está en vector de aproximación, acercándose a plena potencia de avance.

—¿Está al alcance de los cañones?

Ella asintió.

—Me he tomado la libertad de considerar las opciones de una respuesta armada, aunque quizá el truco no funcione esta vez. Si los destruimos, toda la flota lo verá.

La compuerta del puente se abrió y el capitán de la Séptima entró acompañado por uno de sus hombres. Sus ojos parecían desprovistos de toda vida.

—Capitán —dijo Garro gravemente—, ¿hay alguna emergencia?

El capitán de la nave asintió.

—La hay. Racel, muéstraselo.

Vought manipuló los controles del proyector hololítico para mostrar una visión cercana del espacio alrededor de la fragata. Una punta de flecha roja se movía rápidamente hacia la nave.

—Otra Thunderhawk —explicó ella—, en vector de intercepción.

—¿Tarvitz? —preguntó el otro astartes, el que se llamaba Decius—. ¿Ha estado en órbita todo este tiempo, o ha regresado de la superficie?

Racel negó con la cabeza.

—No, el código de identificación de esta nave es diferente. Su designación es nueve-delta. Pertenece a los Hijos de Horus, asignada al *Espíritu Vengativo*.

—Él lo sabe —gimió la voz del oficial de comunicaciones—. Horus sabe lo que ha sucedido aquí. Viene para…

—¡Cállate, Maas! —le espetó Carya.

—Puede que tenga razón —afirmó Decius.

Garro hizo caso omiso del hololito y se dirigió a los ventanales, buscando el transporte directamente con la vista.

—¡Allí, ya lo veo! —señaló después de unos instantes.

—Capitán, ¿cuáles son su órdenes? —El capitán de la nave se sentía incómodo, perturbado por la extraña sensación de que las situaciones se repetían. Así era como había empezado todo, con una única Thunderhawk, con Tarvitz y su advertencia.

Una emoción que Carya no podía identificar cruzó la cara de Garro como una nube cubriendo el sol. Entonces se dio media vuelta y se dirigió al panel de comunicaciones. Sin preámbulo alguno, cogió el comunicador y habló:

—Cañonera Thunderhawk, identifíquese. —Garro miró a Vought y le lanzó una mirada para que estuviera preparada.

Una voz gutural con acento chtoniano gruñó en el comunicador:

—Mi nombre es lacton Qruze, anteriormente de los Hijos de Horus.

—¿Anteriormente? —respiró Garro.

—Sí, anteriormente.

Decius asintió a su comandante.

—Lo conozco, señor. Es un viejo soldado al que le ha pasado su tiempo, el tercer capitán de Horus. Ellos lo llaman «El que Se Oye a Medias».

Garro aceptó la explicación sin ningún comentario.

—Explíquese —exigió. Carya se dio cuenta de que el capitán apretaba con fuerza los puños, tanto que, con la tensión, no le llegaba la sangre a los nudillos.

Captó la agonía que contenían las siguientes palabras del veterano, incluso entre los chasquidos del canal de comunicaciones.

—Ya no formo parte de la legión. No quiero tener nada que ver con lo que el Señor de la Guerra está haciendo.

El capitán de batalla soltó el comunicador y se frotó la cara.

—Puede ser una treta —insistió Vought—. ¡Ese transporte puede estar cargado de astartes de la nave de Horus!

—Dejémosles venir —gruñó Decius—. Prefiero una batalla honesta a todo este subterfugio.

—O tal vez una bomba…

—No. —Las palabras de Garro hicieron callar a los demás—. Ella está a bordo. Él no miente.

—¿Ella? —Las cejas de Carya se fruncieron—. ¿De quién está hablando?

—Hay refugiados en esa nave, estoy seguro. Abran el muelle de atraque y prepárense para recibir la Thunderhawk a bordo —ordenó.

* * *

La pesada nave maniobró con dificultad hacia la grúa de captura y los retropropulsores se encendieron. Con unos fuertes gemidos, los servidores del muelle accionaron los brazos manipuladores para llevar la Thunderhawk a la misma plataforma a la que Garro y sus hombres habían llegado hacía menos de un día. Hakur y su escuadra estaban preparados con los combi-bólters amartillados y dispuestos, pero Garro se negó a desenfundar su arma. Vio a Voyen y los otros observándolo detenidamente con la misma pregunta reflejándose en sus caras. Todos ellos pensaban que estaba loco haciendo esto. Él habría dicho lo mismo si hubiera estado en su lugar.

No se lo reprochaba, pero ellos no veían lo mismo que él. Incluso a Garro le resultaba difícil expresar en palabras la sensación que notaba en el corazón. Él tenía el conocimiento. Eso era. Aunque no podía explicarlo, sabía con absoluta certeza que esa nave llevaba consigo una carga tan valiosa como la advertencia que él se había comprometido a entregar. El sueño… Todo estaba en el sueño.

La compuerta frontal de la Thunderhawk se abrió vomitando nubes de gases, y desembarcaron cuatro figuras. Al frente iba un arrugado y anciano guerrero con la servoarmadura de los Hijos de Horus. Andaba con la misma orgullosa arrogancia que Garro había visto en cientos de astartes chtonianos, pero su expresión era de pesar, la de un soldado que ha visto demasiadas cosas. Mostraba signos evidentes de un combate reciente, con heridas aún abiertas y manchas de sangre fresca, pero parecía no hacerles ningún caso.

—Así que eres Garro —dijo—. El joven Garviel habló de ti una o dos veces. Él decía que eres un hombre bueno.

—Y tú eres Iacton Qruze. Me gustaría decir que sois bienvenidos, capitán, pero eso está muy alejado de la verdad.

Qruze asintió con fuerza.

—Entiendo. —Hizo un momento de pausa, y después miró directamente a Garro —. Entonces, supongo que quieres esto. —El viejo guerrero levantó su bólter y los demás astartes se pusieron alerta por el movimiento—. Tómalo, hijo. Si quieres acabar con nosotros, hazlo, si es así como han de ir las cosas. No podemos correr más.

Garro tomó el bólter y se lo entregó a Sendek.

—Haré que lo limpien y te lo devuelvan —dijo—. Me temo que en las próximas horas voy a necesitar a todos los hombres capaces de luchar. —El capitán de batalla se adelantó y le ofreció su mano a Qruze—. Tengo la misión de avisar de la pérfida acción de Horus a Terra y al Emperador. ¿Te unirás a mí?

—Lo haré —dijo Qruze, aceptando el gesto—. Me someto a tu autoridad en esta misión. Pero me temo que lo único que tengo para ofrecerte de la Tercera Compañía es un lobo lunar bien entrado en años.

—¿Un lobo lunar? —repitió Decius—. Vuestra legión…

Los ojos del viejo guerrero ardieron de rabia.

—Nunca más seré conocido como un Hijo de Horus, recuérdalo, muchacho.

Garro esbozó una leve sonrisa.

—Está bien, capitán Qruze. Te doy la bienvenida a la variopinta tripulación de la nave espacial *Eisenstein*. Somos menos de un centenar de hermanos de batalla.

—Más que suficiente si el destino nos sonríe.

Garro señaló las heridas de Qruze.

—¿Necesitas asistencia médica?

El lobo lunar restó importancia a la pregunta con un gesto de la mano y se dio la vuelta para señalar a los otros pasajeros de la cañonera.

—He sido descuidado. Loken me pidió que pusiera a salvo a estas personas, y eso he hecho trayéndolas aquí. Deberías darles también la bienvenida.

Nathaniel vio a un hombre viejo, al que reconoció enseguida.

—A usted le conozco.

El anciano llevaba las ropas de un iterador de alto rango, no en todo su esplendor, pero aun así mantenía las formas de su puesto bajo su preocupada expresión. Logró esbozar una pequeña sonrisa.

—Es un honor, capitán de batalla. Soy Kyril Sindermann, iterador primario de la Verdad Imperial. —Las palabras salieron de su boca de forma rutinaria, pero la respuesta formal murió cuando siguió diciendo—: O al menos lo era. Me temo que en los últimos días he alcanzado un momento de transición.

—Como todos nosotros —asintió con un murmullo—. Recuerdo haberle visto a bordo del *Espíritu Vengativo*, atravesando el muelle de atraque. Se estaba dirigiendo a alguna parte. Parecía preocupado.

—Ah, sí. —Sindermann miró a los otros dos pasajeros—. Mi vanidad es tal que pensaba que me habría conocido por mis discursos, pero no importa —dijo mientras se serenaba. Era evidente que la huida de la nave de Horus se había cobrado un alto precio en él. Sindermann colocó una cautelosa mano en el antebrazo de Nathaniel—. Gracias por el santuario que nos ha proporcionado, capitán Garro. Por favor, permítame presentarle a mis compañeros. La señorita Mersadie Oliton, una de las documentalistas del Emperador…

—¿Una rememoradora? —Nathaniel observó con interés la cabeza de la mujer de piel de ébano que emergía por debajo de una tosca capa de viaje.

Tenía un cráneo peculiar que se extendía por debajo del cuello mucho más que el de un humano normal, y que relucía como el cristal. Inmediatamente pensó en el psíquico jorgall, pero donde el niño alienígena había sido el resultado del azar, de una

horrenda mutación, la documentalista era delicada y llena de gracia, incluso bajo esas agotadoras circunstancias. Garro se sorprendió de su mirada y asintió.

—Señora, perdóneme, jamás había estado en presencia de una contadora de historias. —Ella era muy diferente de lo que se había imaginado. Oliton parecía que estuviera hecha de cristal, y él tenía miedo de tocarla, por temor a romperla.

—Me recuerda a Loken —dijo Oliton de repente, con una fuerza que pareció sorprenderla incluso a ella—. Tiene los mismos ojos.

Garro asintió nuevamente.

—Muchas gracias por el cumplido. Si el deseo del capitán Loken es que estuviera a salvo, ese será también mi deseo. No tema.

Sindermann se dio cuenta de la debilidad que ella sentía en ese momento y gentilmente la apartó a un lado.

—Otro refugiado, capitán.

Nathaniel vio la última figura y sintió que la garganta se le agarrotaba. Era una mujer con ropas muy sencillas. Parpadeó, incapaz de discernir si lo que tenía ante los ojos era real o algún tipo de visión extraña.

—Tú —logró llegar a decir.

Garro la conocía a pesar de que jamás se habían encontrado. Él había notado el salado toque de sus lágrimas en la cara, el fantasma de su voz en lo más profundo de su trance sanador, y una vez más, en su aposento.

—Mi nombre es Euphrati Keeler —dijo ella. La mujer le puso la palma de la mano sobre la placa pectoral y le sonrió con calidez—. Sálvanos, Nathaniel Garro.

—Lo haré —dijo él, distante, por momentos perdiéndose en la brillante mirada de la mujer. Con gran esfuerzo logró volver en sí y ordenó a sus hombres que bajaran las armas. Garro aspiró profundamente y llamó a Voyen con una seña—. Conducid a estas personas a los niveles interiores, donde estarán a salvo. Cuida de que estén cómodos y vuelve a informar.

Qruze se puso a su lado.

—¿Tienes un plan de acción, hijo?

—Nos abriremos paso luchando —dijo Hakur mientras se acercaba—. Abriremos un paso y saltaremos a la disformidad.

—Hum, brutal y directo. Característico de la Guardia de la Muerte.

Hakur se quedó mirando al lobo lunar.

—Muchas veces hemos oído decir lo mismo de vuestra legión.

El viejo astartes asintió.

—Es verdad. La forma de ser de nuestras hermandades es muy parecida. —Miró a Nathaniel—. ¿Vamos, pues, a la batalla?

Garro observó cómo Keeler y los otros se alejaban, con sus pensamientos en conflicto.

—¡A la batalla! —respondió.

Diez
«Terminus Est»
¡Rodeados!
En el torbellino

Mientras Istvaan III giraba a sus pies, las naves de la Sexagésimo Tercera Flota Expedicionaria se movían con él, siguiendo al planeta mientras pasaba del baño de la luz solar a la siniestra oscuridad del ocaso. Las naves permanecían en órbitas geoestacionarias, como si fuera un enjambre que mantuviera agarrado aquel mundo con una débil garra de hierro. Al caer la noche, las ciudades en llamas, aún humeando por el paso de la tormenta de fuego, seguían siendo visibles a causa de las gigantescas piras que brillaban a través de las turbias nubes. La atmósfera del planeta se había saturado tanto de cenizas y vapores que el cielo se estaba convirtiendo en una mortaja de bruma química. Con el tiempo, el clima cambiaría, haciéndose más frío al desaparecer el calor de la estrella Istvaan. Si hubiera quedado algo de flora o fauna nativa, esto habría sido su final, pero todo lo que había llegado a desarrollarse como vida en Istvaan III se había convertido en polvo y cenizas.

La flota seguía vigilante, barriendo la superficie con los sensores en busca de posibles supervivientes del bombardeo vírico, por lo que la *Eisenstein* había podido cambiar ligeramente su posición aprovechando que las otras naves tenían su atención concentrada en otro lugar. Carya y su tripulación dejaron que la fragata se colocara en órbita alta, alejándose de la mayoría de naves, pero ya habían alcanzado la distancia máxima a la que podían llegar sin levantar sospechas. Si la *Eisenstein* escapaba del sistema Istvaan, no sería sigilosamente.

* * *

El capitán Carya observó el tanque hololítico, viendo a través de los símbolos que brillaban en la proyección a Garro, al lobo lunar Qruze y a los otros Guardias de la Muerte. Los dedos de la mano izquierda de Carya eran implantes mecánicos, sustitutos de los que perdió en un accidente años antes, cuando un arma de plasma se sobrecalentó y le estalló en la mano. En su interior había delicados circuitos que, entre otras cosas, le permitían manipular las formas virtuales del tanque hololítico como si fueran objetos físicos.

El hololito mostraba una representación básica del sistema Istvaan, distorsionado para presentar el espacio más cercano al tercer planeta con mayor grado de detalle. Carya señaló una cruz estilizada flotando por encima del plano eclíptico del sistema.

—Vought ha calculado el vector de la distancia mínima para nosotros, utilizando el cogitador de la nave. Si podemos llegar a este punto, nos encontraremos más allá del límite C y podremos efectuar la traslación disforme.

—La terminología naval jamás ha sido mi fuerte —gruñó Qruze—. Sea un poco considerado con un perro viejo y explíquemelo en términos que pueda entender.

—No podemos entrar en el espacio disforme mientras nos encontremos todavía dentro del pozo gravitatorio solar —dijo animadamente Sendek mientras señalaba la estrella Istvaan—. Este es el límite del que ha hablado el capitán.

Carya asintió, un poco sorprendido de encontrar un guerrero astartes con conocimientos de astronavegación.

—De hecho, la huella de la energía solar interfiere con la transición disforme. Hemos de alejarnos de ella para alcanzar el punto en que se pueda saltar al immaterium con unas mínimas garantías de éxito.

—Es mucha distancia —musitó Garro—. Tenemos que recorrer varios segundos luz a máxima potencia, y, con los motores al máximo, seremos como una antorcha indicando a Horus hacia dónde nos dirigimos.

Qruze se acercó más al hololíto.

—Hay naves de línea por todo alrededor. No hace falta más que dos de ellas nos alcancen con sus lanzas para que estemos acabados. No creo que el Señor de la Guerra esté dispuesto a dejarnos marchar sin más, ¿verdad?

—Nuestros escudos de vacío están a máxima potencia —prosiguió Carya—. Podemos resistir unos cuantos impactos indirectos, y además disponemos de la ventaja que tenemos más maniobrabilidad.

Decius soltó una risita ahogada nada divertida.

—Me anima ver que aquí, nuestro buen capitán, tiene tanta confianza en su nave y su tripulación. Habría dicho que tan solo un necio no pensaría que las probabilidades están claramente en nuestra contra.

—Yo no lo niego —replicó el oficial naval—. Dadas las circunstancias, calculo que nuestras posibilidades son de una entre diez, y eso siendo extremadamente generoso.

Vought habló con extrema cautela.

—En estos momentos, la *Eisenstein* se encuentra en la parte posterior de la formación de la flota. Me he tomado la libertad de informar al mando de la flota de que hemos sufrido daños en uno de nuestros generadores terciarios de fusión. El procedimiento naval estándar en estas circunstancias es quedarse a la cola de la formación principal para evitar que otras naves resulten dañadas en caso de un fallo en cascada y la consecuente implosión del núcleo.

—¿Cuánto tiempo podremos mantener este engaño? —preguntó Garro.

—Hasta el instante en que pongamos los motores principales en marcha —replicó la mujer.

Qruze chasqueó la lengua.

—No podemos abrirnos paso con esta mísera lata, y apenas podemos correr. Somos capaces de agachamos y esquivar, pero ¿qué distancia piensan que podemos recorrer antes de que uno de esos monstruos… —señaló con el dedo a las grandes naves de línea que los flanqueaban— nos clave las fauces en el cuello?

—No la suficiente —dijo, abatido, Sendek.

Carya enchufó sus dedos a la consola de control.

—Es cierto que la *Eisenstein* no dispone de la velocidad necesaria para llegar al punto de salto libre de perseguidores. Eso, si seguimos la ruta más directa. —Trazó una línea recta desde la localización orbital de la nave hasta el símbolo de la cruz. El capitán tomó el indicador de ruta y lo desvió en otra dirección—. Vought ha ideado una solución alternativa. No está exenta de riesgos, pero si tenemos éxito, podremos evitar los cañones del Señor de la Guerra.

Garro estudió la nueva ruta y sonrió ante su osadía.

—Estoy de acuerdo. Lo haremos así.

—Una acción arriesgada —dijo Decius—. Pero debo recordaros su mayor inconveniente. —El astartes se inclinó y señaló una gigantesca nave flotando a babor —. Ese rumbo nos obliga a pasar directamente por delante del campo de fuego de esta nave.

—La nave de mando de Typhon —dijo Garro—. El *Terminus Est*.

* * *

Calas Typhon resiguió el afilado borde de su guadaña con el dedo desnudo, dejando que la afilada hoja atravesara su dura piel, lo que provocó la aparición de unos pequeños hilillos de la oscura sangre astartes. Su estado de ánimo era una mezcla de emociones antagónicas y conflictivas. Por una parte, sentía una gran euforia por los acontecimientos que estaban teniendo lugar a su alrededor, un anticipo de las grandes cosas que iban a suceder. Typhon se sentía liberado, si es que un astartes podía llegar a conocer este concepto; una cruel y fría alegría. Después de tantos años alimentando y ocultando su secreta sabiduría, pronto podría caminar libremente con ella. Las cosas que sabía, las palabras que había leído en los libros que le había mostrado Erebus… La iluminación que el capellán de los Portadores de la Palabra había llevado a Calas Typhon lo había cambiado para siempre. Pero Typhon estaba furioso con él. Él sabía que su señor Mortarion estaba dirigiéndose paso a paso hacia su mismo camino gracias a la guía de Horus, pero tanto el primarca como el Señor de la Guerra no estaban más que al principio del camino. Typhon y Erebus y los otros…, ellos eran los verdaderos iluminados, y le escocía verse obligado a jugar el papel de un obediente

capitán cuando, en realidad, sus conocimientos superaban con creces los de sus superiores.

Ya llegaría el momento, se prometió Typhon a sí mismo, que no tardaría demasiado, en que abandonaría la sombra de Mortarion y seguiría solo. Con el favor de los Poderes Oscuros, Typhon se convertiría en un heraldo ante el que mundos enteros temblarían. Desde su trono de mando, la mirada del primer capitán de la Guardia de la Muerte recorrió el puente del *Terminus Est* para observar a los sirvientes y astartes que estaban a su servicio. Su lealtad le pertenecía, y eso lo animaba.

Al pensar en ello, la mente de Typhon regresó a Grulgor. Se rascó la incipiente barba negra. En las horas transcurridas desde que había ordenado a Ignatius detener a Garro y unirse al ataque en Istvaan III, el presuntuoso comandante había estado anormalmente callado. Ahora que el bombardeo había acabado y el plan de Horus se encontraba en un momento de calma, tenía la tranquilidad necesaria para meditar.

Grulgor no era un hombre que se callara sus victorias; sabía que Ignatius disfrutaría la posibilidad de relatar la historia de cómo había matado a Nathaniel Garro. El poderoso rencor que sentía el comandante por el capitán de batalla se había llegado a convertir en odio acérrimo con el paso del tiempo, y Grulgor solía usar a Garro como objetivo de su mal humor y de su odio. Typhon no tenía ni idea de dónde podría proceder esa enemistad, ni le importaba. En Typhon era natural buscar y explotar debilidades. Esa rivalidad era algo que se alimentaba a sí misma, y Typhon se había aprovechado de ello. Era fácil utilizar el veneno en el corazón de Grulgor para convertirlo en su perro de ataque. A través de Grulgor, el primer capitán había logrado contactar con las logias dentro de la XIV Legión y guiarlas hacia donde le convenía.

Señaló a un siervo del capítulo.

—Tú, revisa los registros de las comunicaciones. ¿Ha habido alguna llamada desde la fragata *Eisenstein*?

El siervo regresó en un instante.

—Mi señor capitán, ha habido un contacto con la comandancia de la flota, un mensaje relacionado con el mal funcionamiento de un arma, y luego otro respecto a un problema con el sistema de propulsión de la nave. El primero llevaba el código de autorización del comandante Grulgor.

—¿Nada más?

El siervo hizo una reverencia.

—No, mi señor.

Typhon se levantó y colocó su guadaña de combate atravesada sobre el trono del puente.

—¿Dónde se encuentra la *Eisenstein* ahora?

—Moviéndose en un vector transicional, capitán —respondió el oficial de puente —. Cuadrante superior de babor.

—¿Hacia dónde va? —Una creciente desconfianza se instaló en los pensamientos de Typhon—. Comunicaciones, llame a la *Eisenstein* y abra un canal de voz. Quiero hablar con Grulgor, ¡ahora!

* * *

Maas escuchó atentamente la débil voz en sus auriculares, su equivalente a bordo del *Terminus Est* estaba repitiendo las órdenes del capitán Typhon con una llana e inexpresiva precisión. Sostenía el micrófono con fuerza en la mano, que le temblaba ligeramente. Maas observó disimuladamente a Carya, Vought y los demás astartes. Todos ellos estaban enfrascados en su conversación, observando cómo la fragata seguía el camino indicado por el oficial de puente.

Maas se humedeció los labios. La tensión le secaba la boca. Aún le resultaba difícil hacerse a la idea de la cadena de acontecimientos que lo habían llevado a ese punto. Su destino en la *Eisenstein* era reciente y, a su parecer, había llegado en el momento más adecuado.

Los largos años de servicio indigno a bordo de transportes artillados y naves de defensa planetaria habían sido finalmente recompensados con una promoción a la flota expedicionaria, y aunque las hazañas de la Guardia de la Muerte no eran tan llamativas o famosas como las de otras legiones, era un paso más para las ambiciones de Maas. Él deseaba llegar a estar al mando de su propia nave, y no había pasado ni un día en que no pensara en un futuro en el que sería el capitán Tirin Maas, sentado en el trono de un crucero, gobernando la nave como su reino particular.

Ahora, todo eso estaba a punto de venirse abajo. El puesto que se había sentido tan eufórico de conseguir se estaba convirtiendo en una losa alrededor de su cuello. Primero ese Garro había tornado el control e hizo que las cosas fueran a peor; ¡y ahora el propio Carya seguía las órdenes de ese loco! Si lo que había deducido era cierto, ese guardia de la muerte había matado a varios de sus propios hermanos, había permitido que otro traidor escapara ileso, y había destruido conscientemente una docena de cazas. Maas creía que era el único que veía lo que sucedía en una habitación llena de ciegos.

Recorrió el puente con la mirada para intentar vislumbrar la expresión de las caras de los demás oficiales, buscando algo que pudiera indicarle cómo se sentían, pero no encontró nada. Carya y su arrogante actuación los estaban arrastrando a todos. Era inconcebible. El capitán había desafiado los decretos del propio Señor de la Guerra, y Vought había complicado las cosas con la falsificación de las señales. Maas había tratado de razonar con Carya y ¿qué había obtenido a cambio? ¡Censura y reproches con violencia!

Negó con la cabeza. El oficial de comunicaciones se sentía ultrajado por la flagrante traición que se estaba desarrollando ante él. Había hecho un juramento a la flota, y Horus era el comandante de la flota. ¿Qué importaba si las órdenes del Señor

de la Guerra no les gustaban? ¡Un buen capitán no pregunta, obedece! Pero Tirin Maas ya no tendría la oportunidad de hacerlo, no después de la rebelión de Carya. Si sobrevivía, Maas sería juzgado con el mismo rasero que el capitán, considerado traidor y, sin duda, ejecutado.

El joven miró el comunicador. Tenía que hacer algo. De hecho, ya había roto el protocolo y, subrepticiamente, había inutilizado el enunciador para que el puente no supiera cuando llegaban comunicaciones entrantes si él no quería. Solo eso ya merecía una pena de flagelación, pero Maas consideraba que era necesario. Era evidente que únicamente podía confiar en sí mismo y, por tanto, era suya la responsabilidad de avisar al resto de la flota del engaño que se estaba urdiendo a bordo de la *Eisenstein*. Se llevó el micrófono a los labios y volvió a la sala de comunicaciones. Maas tenía miedo, eso era innegable, pero al empezar a hablar en susurros se fue reforzando su entereza y determinación. Una vez lo hubiera hecho, conseguiría la gratitud de Horus en persona. Tal vez, si la *Eisenstein* no era destruida para dar una lección tras acallar la rebelión, podría solicitar al Señor de la Guerra el mando de la nave como recompensa.

* * *

—¡Repítelo! —ordenó Typhon. Se erguía por encima del siervo del capítulo de la sala de comunicaciones como una gigantesca forma sombría y amenazadora.

El siervo hizo una profunda reverencia.

—Mi señor, el mensaje proviene de una persona que dice ser el oficial de comunicaciones de la *Eisenstein*. Dice que Grulgor ha desaparecido y que la oficialidad de la nave se ha rebelado. Afirma que se ha producido una traición, señor.

El primer capitán se retiró un poco y en su mente fueron encajando las piezas de un cuadro que no quería ver.

—Ese belicoso idiota me ha fallado. Le ha dado la ventaja a Garro. —Typhon dio la vuelta sobre sí mismo y empezó a ladrar órdenes a la tripulación—. ¡Zafarrancho de combate! ¡Energicen los motores y las lanzas de proa! Quiero un curso de intercepción hacia la *Eisenstein*, ¡y lo quiero ahora!

—Capitán, el oficial de comunicaciones —le recordó el siervo—. ¿Qué le decimos?

Typhon sonrió con sarcasmo.

—Envíale mi gratitud y las condolencias del Señor de la Guerra. Y a continuación ponme en contacto con Maloghurst, a bordo del *Espíritu Vengativo*.

* * *

Garro vio el ligero asomo de miedo en la cara de Carya cuando una sirena aulló en la consola de mando frontal. Vought estaba en esa consola, accionando controles en el teclado.

—¡Informe! —exigió el capitán.

Vought palideció.

—Señor, los sensores están registrando una creciente energía térmica surgiendo de los motores del *Terminus Est*. Además, hay indicios de posibles cambios de configuración en el fuselaje, compatibles con un despliegue de las baterías de lanzas de proa.

—Lo sabe —espetó Qruze—. Que la disformidad lo maldiga. ¡Typhon lo sabe!

—Así es —asintió Garro. Luego se dirigió a Carya—. Ha llegado el momento. ¡Dé la orden!

El oficial naval tragó saliva y asintió en dirección a Vought.

—Ya ha oído al capitán de batalla. Todos a sus puestos, sellen compuertas y procedan a velocidad máxima de combate. —Se dirigió a un suboficial—. Vaya abajo y avise al estimado Severnaya que se prepare para el salto. Lo quiero preparado enseguida. —Carya vio la pregunta en la cara de Garro—. Severnaya, el navegante —explicó señalando un puente—. Dos niveles por debajo de nosotros. Se pasa los días meditando dentro de su esfera de gravedad nula. Estoy seguro de que no tiene la más ligera idea de lo que está sucediendo. Vive únicamente por la emoción del salto.

Garro aceptó la explicación.

—La disformidad es tormentosa. ¿Cree que se resistirá a entrar cuando se lo ordene?

—Oh, no, entrará de cabeza —dijo Carya—. Lo único que me preocupa es si sobrevivirá al salto.

Vought interrumpió la conversación.

—¿Qué hacemos con las baterías de cañones, señor? —preguntó con la voz trémula por la tensión.

Carya negó con la cabeza.

—Prepáralas, pero quiero toda la energía disponible para potenciar los escudos de vacío y los motores. Lo que necesitamos es fuerza y velocidad, no potencia de disparo.

—Sí, señor. Avante toda —respondió ella, y volvió a concentrarse en la consola para llevar a cabo las órdenes.

Garro sintió un ligero estremecimiento a través de la suela de las botas cuando la fragata tembló a causa del repentino aumento de velocidad. Sonaron las campanas y silbatos de los engranajes del enginarium cuando la *Eisenstein* pasó casi inmediatamente de un curso a la deriva a máxima velocidad de combate.

—El *Terminus Est* está alejándose de su posición orbital —dijo Sendek, que estaba leyendo la información del repetidor pictográfico—. Está girando y apuntando los cañones en nuestra dirección.

—¿Hay alguna otra nave que lo siga? —preguntó Garro.

—No veo ninguna, señor —contestó—. Solo la de Typhon.

* * *

—Capitán Garro —lo llamó Vought—, no tenemos información sobre las capacidades de esa nave de combate. ¿Qué puede utilizar Typhon contra nosotros?

—Señor, con su permiso —interrumpió Sendek—. El *Terminus Est* es una nave única. No está construida en base a una plantilla de construcción estándar. Está muy blindada, pero a causa de ello es muy lenta y gira pesadamente.

Carya asintió.

—Eso juega a nuestro favor.

—Por otra parte, su armamento frontal es formidable. Typhon dispone de baterías de lanzas en proa, y torretas capaces de disparar hacia los lados y hacia proa. Si nos alcanza, estamos perdidos —concluyó con fatalismo.

—Entonces, mantendremos a ese monstruo lejos de nuestro trasero —dijo el capitán—. ¡Vigilad la temperatura de los reactores!

—¿Cómo habrá podido adivinarlo? —le preguntó Decius a su comandante—. ¿No podría ser una coincidencia? Tal vez únicamente estaba cambiando la nave de órbita.

—Lo sabe. —Garro repitió las palabras de Sendek—. Era inevitable.

—Pero ¿cómo? —insistió el joven astartes—. ¿Ha hecho que un adivino leyera nuestras intenciones en la disformidad?

Los ojos de Garro se desviaron hacia la sala de comunicaciones y se encontraron con el hombre que se encogía en su interior. Su cara estaba pálida y sudorosa.

—Nada tan arcano —dijo el capitán de batalla leyendo la verdad en la expresión del oficial naval. Con tres zancadas atravesó el puente y sacó a rastras a Maas. El oficial de comunicaciones parecía haber llorado—. ¡Tú! —rugió Garro. Sus ojos se endurecieron—. ¡Tú has avisado a Typhon!

Colgando de su captor, Maas empezó de repente a sacudirse y golpeó a Garro con unos débiles golpes que le rebotaron en la armadura.

—¡Cabrón traidor! —le gritó—. ¡Sois todos unos conspiradores! ¡Nos habéis condenado con vuestra duplicidad!

—¡Loco! —lo recriminó Carya—. ¡Estos son los hombres del Emperador! ¡Tú eres el traidor, estúpido arrogante!

—Mi juramento de lealtad es hacia la flota. ¡Serviré al Señor de la Guerra Horus hasta la muerte! —gritó Maas mientras empezaba a llorar—. Hasta la muerte.

—De acuerdo —asintió Garro, y con un salvaje giro de la muñeca, el guardia de la muerte le rompió el cuello al oficial de comunicaciones y lo dejó caer al suelo.

Solo se oyó la respiración de los presentes tras su muerte, hasta que la voz de Vought resonó en el puente.

—¡Descarga de lanzas por el cuadrante trasero de babor! ¡Nos atacan!

La tripulación volvió sus caras hacia los ventanales, donde una espada de luz brillante cruzó por delante de la proa de la fragata. El disparo había fallado, pero los bordes de la energía de la lanza crepitaron en el casco exterior. En el puente, un puñado de consolas parpadearon y explotaron cuando la retroalimentación recorrió los sistemas de control.

—Creo que quiere detenernos —murmuró Qruze.

—Una petición muy educadamente expuesta —dijo Sendek—. Como respuesta, le enseñaremos el trasero de la nave.

—¡Atención! —gritó Garro, apartándose del hombre que acababa de ejecutar—. ¡Avisa a Hakur y a los otros que estén preparados para impactos y descompresión! ¡Quiero a esos civiles con vida…!

El siguiente disparo los alcanzó.

* * *

En la periferia de su área de alcance, el fuego de las lanzas del *Terminus Est* era más débil, pero, aun así, los rayos de energía paralelos eran suficientemente potentes para causar daños importantes en una nave del tonelaje de la *Eisenstein*. El rayo atravesó los escudos de vacío y los inestabilizó. Golpearon en el casco dorsal con un ángulo oblicuo que dejó varios puentes expuestos al exterior y arrancó varias torretas de babor de sus monturas.

Algunas bolsas de vapor y llamas surgieron y se desvanecieron. Unas descargas en cascada recorrieron los corredores de la fragata, destruyendo nódulos de transmisión y provocando unos cuantos incendios. Con una explosión secundaria, un compartimento entero en un nivel terciario se convirtió en una breve y devastadora tormenta de fuego al incendiarse los depósitos de reserva de oxígeno.

Un puñado de hombres de Garro que estaban allí para vigilar murieron con pulmones abrasados. La onda expansiva prendió en los dormitorios y en el sanctum del pequeño coro astropático de la *Eisenstein*. Las mamparas de seguridad se cerraron, pero el daño ya estaba hecho, y al no tener más aire que consumir, estas salas se convirtieron en espacios vacíos de metal ennegrecido y carne chamuscada.

Parte del impacto se transformó en energía cinética que hizo temblar toda la nave, desplazándola hacia un lado, pero los oficiales de Carya estaban curtidos en la batalla y no dejaron que eso los desviara de su ruta. El *Terminus Est* estaba persiguiéndolos, llenando con su ingente masa las pantallas pictográficas traseras.

* * *

—Una explicación, Typhon —gruñó Maloghurst por el crepitante comunicador de voz—. Exijo una explicación de por qué has considerado necesario distraerme de mis obligaciones durante esta importante operación.

El primer capitán sonrió, contento de no tener que mirar cara a cara a la mano derecha del Señor de la Guerra. No había una gran estima entre los Hijos de Horus y la Guardia de la Muerte, consecuencia de un incidente ocurrido años atrás, cuando tuvieron serias diferencias respecto al protocolo en el campo de batalla. Typhon odiaba las despreocupadas maneras del hombre y su apenas contenida arrogancia.

Que Maloghurst fuera conocido como «El Retorcido» era, en opinión de Typhon, una descripción tremendamente precisa.

—Perdone, señor —replicó—, pero he considerado importante que estuviera informado de que los grandes planes de vuestro primarca están en peligro de ser descubiertos.

—¡No pongas a prueba mi paciencia, guardián de la muerte! Podría llamar a tu primarca para que te castigue adecuadamente. Tu nave ha abandonado la formación. ¿Qué estáis haciendo?

—Intentando extirpar una molestia. He recibido el aviso de que uno de mis hermanos de batalla, el lamentablemente conservador capitán Garro, ha tomado el control de la fragata *Eisenstein* y en estos momentos está intentando huir del sistema Istvaan. —Se recostó en su trono de mando—. ¿Es esta noticia suficientemente importante para merecer su atención, o debería haberme dirigido directamente a Horus?

—¿Garro? —repitió Maloghurst—. Tenía entendido que Mortarion se había encargado de él.

Typhon soltó un resoplido.

—El Señor de la Muerte ha sido demasiado indulgente. Garro debería haber muerto a consecuencia de sus heridas después de la batalla de Istvaan Extremis. En vez de eso, Mortarion esperaba convencerlo, y ahora nosotros debemos pagar por esa estupidez.

Maloghurst permaneció en silencio unos instantes. Typhon podía imaginar su poco agradable cara arrugada por los pensamientos.

—¿Dónde estás ahora?

—Estoy persiguiendo a la *Eisenstein*. Si puedo, destruiré la nave.

Maloghurst soltó un fuerte bufido.

—¿Adónde cree Garro que puede ir? Las tormentas de la disformidad se hacen más fuertes a cada hora que pasa. Una nave pequeña como la suya no puede esperar sobrevivir a un viaje por el immaterium. ¡Quedará totalmente destruida!

—Tal vez —admitió Typhon—, pero quiero asegurarme de ello.

—Tengo tu rumbo en mi placa de datos —dijo el otro astartes—. Jamás lo atraparás con esa pesada barcaza que tienes. Hay mucha distancia entre ambas naves.

—No me hace falta atraparlo, Maloghurst. Simplemente debo averiarlo.

—Entonces, hazlo, Typhon —respondió—. Si me veo obligado a informar a Horus de que la noticia de sus planes se ha propagado sin control, serás tú quien sufra su desilusión inmediatamente después de mí.

El primer oficial hizo un gesto de cortar y su ayudante cerró la comunicación. Desde su trono de mando miró hacia abajo, hacia donde el capitán del *Terminus Est* se encontraba esperando con una profunda reverencia. El hombre habló.

—Mi señor Typhon, la *Eisenstein* ha alterado su curso. Está dirigiéndose a impulso total hacia el satélite de Istvaan III, la Luna Blanca.

—Cambiad de rumbo —le espetó Typhon levantándose una vez más—. Seguid el rumbo de la *Eisenstein* y dadme una solución de disparo.

El capitán vaciló.

—Mi señor, el pozo gravitatorio de la luna…

—No era una petición —gruñó Typhon.

* * *

—Todavía nos sigue. —Vought leyó los vectores de distancia en la pantalla pictográfica—. Cambio de rumbo confirmado. El *Terminus Est* nos está siguiendo. No existen más indicios de persecución.

—Bien —dijo Carya—. Prosiga nuestra ruta en zigzag. No dé ninguna facilidad a los artilleros de Typhon para que consigan un buen ángulo de disparo.

Garro se encontraba de pie justo detrás del capitán, mirando por encima de su cabeza hacia los ventanales. La inhóspita y pálida superficie de la luna más grande de Istvaan III iba haciéndose mayor a medida que las observaba. Los cráteres y las montañas iban tomando forma en su superficie sin atmósfera. A un observador casual podría parecerle que la fragata se encontraba en rumbo de colisión.

—Dígame la verdad —Garro habló en voz baja, de forma que solo Carya podía oírlo—. ¿Qué posibilidades hay de que los cálculos de Vought estén equivocados?

El hombre de tez oscura miró hacia arriba.

—Ella es muy buena, capitán. La única razón por la que no ha recibido el mando de una nave es que ha tenido algunas desavenencias con las autoridades de la flota. Tengo fe en ella.

Garro volvió a mirar hacia la luna.

—Mi fe está en la resistencia del casco de una astronave y en la fuerza de la gravedad —replicó, pero sus palabras sonaron huecas y sin fuerza.

Carya lo observó con curiosidad. Tal vez sintió la incomodidad del capitán.

—El universo es muy grande, señor. Uno puede encontrar su fe en muchos lugares.

—Procediendo a la primera corrección de rumbo —dijo la oficial de puente—. Preparados para maniobras de emergencia.

—Ahora —dijo un servidor con una voz impersonal—. Ejecutando maniobra.

El puente de la fragata viró y Garro notó el movimiento en la boca del estómago. Con toda la energía disponible canalizada hacia los motores, los compensadores gravitacionales de la nave no disponían de suficiente potencia, por lo que el giro se notó mucho más de lo habitual. Se agarró con una mano a una barandilla y apoyó todo su peso sobre la pierna orgánica.

—Lecturas energéticas en su proa —avisó Sendek, quien se había otorgado el puesto de ayudante de la tripulación del puente en el púlpito de sensores—. ¡Disparo en curso! ¡Múltiples lanzas!

—¡Completen el giro! —gritó Carya. Dijo algo más, pero sus palabras quedaron ahogadas por las pesadas descargas de energía que alcanzaron la popa de la *Eisenstein* empujándola hacia adelante como si estuviera en la cresta de una ola. Los compensadores volvieron a reaccionar con lentitud, y el brazo de Garro se soltó y agarró al capitán, evitando su caída contra una consola. El capitán de batalla notó cómo la muñeca de Carya se dislocaba.

—¡Los niveles de energía del motor tres están cayendo! —gritó Vought—. ¡Incrementamos empuje de los otros motores para compensar! ¡No podemos dejar que nos ganen terreno!

La nave estaba temblando por las fuertes vibraciones de la maquinaria llevada al límite de sus niveles operacionales. Sendek avisó desde su puesto.

—Estamos entrando en el pozo gravitacional de la Luna Blanca, capitán. Aceleramos.

Carya resolló mientras volvía a poner su mano biónica en posición.

—Bien, estamos en el punto de no retorno, Garro —dijo—. Ahora veremos si Racel es tan buena como he dicho que era.

—Si sus cálculos están equivocados por más de unos pocos grados, no lograremos nada más que crear un nuevo cráter y una lluvia de fragmentos de metal —dijo tenebrosamente Decius.

La luna llenaba el ventanal superior.

—Ten fe —le replicó Garro.

* * *

—Mi señor, hemos sido atrapados por el pozo gravitacional de la luna —informó el capitán de la nave de Typhon—. Nuestra velocidad está aumentando. Humildemente le sugiero que intentemos realizar maniobras evasivas y…

—Si perdernos contacto ahora, la *Eisenstein* escapará —dijo el primer capitán con voz llena de decisión—. Esta nave tiene suficiente potencia como para escapar de él, ¿verdad? La utilizaréis cuando lo ordene, pero no antes.

—¡A sus órdenes!

Typhon miró al oficial artillero.

—¡Tú! ¿Por qué no los has alcanzado todavía? ¡Quiero esa fragata borrada de la faz de las estrellas! ¡Consíguelo!

—Mi señor, la nave es muy ágil y nuestros cañones son poco más que emplazamientos fijos.

—¡Quiero resultados, no excusas! —le replicó con un rugido—. ¡Cumple con tu deber o encontraré alguien que lo haga por ti!

Typhon observó en la gigantesca pantalla pictográfica que había encima de su trono de mando el reguero de vapor y fragmentos que surgían de la *Eisenstein*, y sonrió con frialdad.

* * *

Racel Vought parpadeó para quitarse el sudor que le caía sobre los ojos y apoyó las manos en la consola de control. La luz marfileña de la superficie de la Luna Blanca iluminaba el puente con crudas sombras y líneas duras. Era un brillo funerario, desprovisto de toda vida, y parecía que le estuviera absorbiendo la energía. Tomó una trémula bocanada de aire. Las vidas de todos a bordo de la fragata estaban en ese momento en sus manos, jugándosela por una serie de cálculos matemáticos que ella había realizado mientras Istvaan III moría ante sus ojos. Tenía miedo de volver a repasarlos por temor a descubrir que había cometido un terrible error. Era mejor no saberlo, era preferible confiar en la frágil esperanza que la había empujado a acometer este rumbo desde un principio. Si se había equivocado, no viviría para lamentarlo.

La teoría era audaz, de eso estaba segura. La gravedad de la densa Luna Blanca, rica en hierro, estaba envolviendo a la *Eisenstein*, atrayéndola hacia su superficie llena de cráteres. Si no hacían nada al respecto, eso era realmente lo que pasaría y, como había dicho el guardián de la muerte, la fragata se convertiría en su lápida.

El plan de Vought se sustentaba en las matemáticas y en la física gravitacional, una disciplina que se originó cuando la humanidad se aventuró por primera vez en el espacio, cuando la potencia y el combustible eran bienes muy preciados. En el trigésimo primer milenio, con motores suficientemente potentes para propulsar astronaves allí donde hiciera falta, no era habitual que estos conocimientos tuvieran aplicación alguna, pero ese día podían salvarles la vida.

Racel miró por encima de su hombro y vio que tanto Baryk como el capitán de batalla de la Guardia de la Muerte la estaban observando. Ella esperaba unas miradas inquisitivas y condenatorias pero, en vez de ello, en los ojos de los dos hombres vio una silenciosa confianza. Confiaban en que ella cumpliera su promesa… Los saludó con un gesto de cabeza y volvió a concentrarse en su trabajo.

Las sirenas avisaron de la proximidad de nuevas salvas de fuego enemigo. Las apartó de sus pensamientos, concentrándose exclusivamente en las complejas maniobras de su trayectoria y la ruta que se abría ante ella. No había margen para el error. Mientras la *Eisenstein* caía hacia el planetoide, los motores cambiarían y facilitarían la transición por el pozo gravitacional de la Luna Blanca, utilizando la energía del satélite para lanzar la fragata trazando un arco, como una honda, catapultándolos hacia el punto de salto. El *Terminus Est* jamás sería capaz de atraparlos.

Las vibraciones de la fragata crecieron cuando la nave entró en el último vector de su ruta.

—Preparados para corregir el rumbo —gritó Vought por encima del ruido—. ¡Ahora!

* * *

Grandes llamaradas surgieron a babor de la *Eisenstein* cuando los motores direccionales sacaron a la nave de la atracción de la luna. La proa giró como si la hubiera doblado una mano invisible, cambiando el eje de forma brutal. Los extremos de tensión entre la gravedad lunar y las fuerzas gravitacionales artificiales generadas por la nave colisionaron y giraron. Algunas placas del casco se doblaron y se combaron, mientras que numerosos remaches del tamaño de una persona fueron arrancados de cuajo. Conductos sometidos a una tensión superior a su tolerancia cedieron y dejaron escapar gases tóxicos. Forzada mucho más allá de sus límites, la *Eisenstein* aulló como un animal sometido a un duro castigo, pero giró, un agonizante metro tras otro, entrando en el pequeño corredor de espacio orbital que propulsaría la fragata muy lejos de Istvaan III.

* * *

—¡Typhon! —gritó el capitán, sin hacer caso de los procedimientos protocolarios establecidos para dirigirse al primer capitán—. ¡Debemos cambiar de rumbo! No podemos seguir la ruta de la fragata, seríamos arrastrados incontroladamente hacia la luna. Nuestra masa es demasiado grande…

Furioso, el guardián de la muerte golpeó al oficial naval con un repentino puñetazo, arrojando al hombre al suelo con los huesos de la cara rotos y la sangre manando por las heridas.

—¡Pues cambie el rumbo —le espetó—, pero que la disformidad le maldiga, quiero que se le dispare todo lo posible a esa maldita nave antes de dejarla marchar!

El resto de la tripulación del puente se apresuró a cumplir las órdenes, dejando que el gimiente capitán se apañara por sí solo. Typhon cogió su guadaña y la sostuvo con fuerza; su odio era feroz y ardiente. Maldijo a Garro mientras la *Eisenstein* se le escapaba de las manos.

* * *

El *Terminus Est* lo intentó a plena potencia. Los motores de la nave escupieron un halo de crepitante luz rojiza, como un tiburón persiguiendo a su presa. La nave gruñó mientras el terrible empuje de los motores sacaba la nave del pozo gravitatorio de la Luna Blanca, atravesando con su afilada proa la ruta de la fragata. Al hacerlo, todas las lanzas del crucero de batalla de Typhon vomitaron fuego en un atronador rugido de poder, rasgando la oscuridad en dirección a la nave fugada.

* * *

—¡Fuego enemigo! —avisó Sendek con un grito—. ¡Preparados para el impacto!

Garro lo oyó y, de repente, se encontró en el aire, con el suelo del puente alejándose debajo de los pies. El guardia de la muerte giró y rodó por el puente, rebotando en las consolas y chocando contra el techo antes de que la energía del impacto se disipara y él colisionara contra otra consola.

Nathaniel movió la cabeza para despejarse y logró ponerse en pie. Unos pequeños fuegos ardían aquí y allí mientras los servidores trataban de conseguir que el puente volviera a parecer que lo era. Vio a Carya atravesado sobre el trono de mando, con Vought a su lado. La mujer tenía un profundo corte en el cuero cabelludo, pero parecía no darse cuenta de la sangre que le corría por la mejilla. Oyó a lacton Qruze maldecir débilmente en cthoniano mientras volvía a subir al puente.

—¡Informe! —ordenó Garro.

El áspero olor metálico que invadía todo el aire tenía un sabor acre en la lengua. Sendek habló desde el otro lado de la sala.

—El *Terminus Est* ha abandonado la persecución, pero la última andanada nos ha dado de lleno. Varios niveles están expuestos al vacío. Los reactores fluctúan y los motores están al límite de la desconexión. —Hizo una pausa—. La maniobra de catapultado ha sido un éxito. ¡En curso de intercepción al punto de salto!

Decius gruñó mientras empujaba una sección de paneles caído y se ponía de pie encima del cuerpo sin vida de un oficial naval.

—¿De qué nos sirve eso si explotamos antes de llegar allí?

Garro no le hizo caso y se dirigió hacia Carya.

—¿Está vivo?

Vought asintió.

—Solo está aturdido, creo.

El capitán movió una mano para sacárselos de encima.

—Puedo levantarme yo solo. Alejaos.

Garro ignoró las quejas del hombre y lo puso en pie.

—Decius, llama al apotecario al puente.

Carya hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, todavía no. Aún no hemos terminado, ni mucho menos. —Trastabilló un poco hacia adelante—. Racel, ¿cuál es el estado del navegante?

Vought intentó oír algo a través de su comunicador personal. Incluso a distancia, Garro oía los gritos y alaridos que salían del pequeño altavoz.

—Severnaya todavía está vivo, pero sus ayudantes están en estado de pánico. Están subiéndose por las paredes. Llorando acerca de la disformidad. Puedo oírlos aullar algo relativo a oscuridad y tormentas.

—Si no está muerto, todavía puede hacer su trabajo —dijo Carya torvamente, aguantándose el dolor que sentía—. Y eso es válido para todos nosotros.

—Así es —afirmó Garro—. Ordene a la tripulación realizar los preparativos necesarios para hacer la traslación a la disformidad. No dispondremos de una segunda oportunidad.

—Es posible que ni siquiera tengamos la primera oportunidad —gruñó Decius por lo bajo.

Garro se dio la vuelta hacia él y la expresión de su cara se endureció.

—Hermano, he llegado al límite de mi paciencia sobre tus funestos augurios. Si no puedes aportar nada más que eso, dirígete abajo y únete a los equipos de control de daños.

—Solo digo lo que pienso —replicó Decius—. ¡Dijo que quería que le dijera la verdad, capitán!

—¡Preferiría que te guardaras esos comentarios para ti mismo hasta que estemos lejos de aquí, Decius!

Nathaniel esperaba que el joven astartes le replicara, pero en vez de eso, Decius se le acercó, moderando su tono para que nadie más lo oyera.

—No pienso hacerlo. El camino en el que nos ha embarcado conduce al suicidio, señor, tan cierto como si hubiéramos expuesto nuestros cuellos a la guadaña de Typhon. —Señaló con un dedo a Vought—. Ya habéis oído a la mujer. El navegante apenas está cuerdo por el terror que le produce lo que le está pidiendo. Sé que está al corriente de los informes que hablaban de turbulencias en el espacio disforme en los últimos días. Una docena de naves se perdieron durante el viaje a Istvaan…

—¡Esto es un rumor y una herejía! —le espetó Qruze, acercándose.

—¿Está seguro? —insistió Decius—. ¡Ellos han dicho que la disformidad se ha vuelto negra por las tempestades y las criaturas horripilantes que acechan en su interior! Y aquí estamos nosotros, en una nave que se mantiene entera gracias al óxido y a la fuerza de voluntad, con la intención de sumergirnos en ese océano de locura.

Garro dudó. Había algo de verdad en las palabras de Decius. Él había oído las noticias que circulaban por la flota antes del ataque a Ciudad Coral acerca de que se habían producido incidentes aislados de navegantes y astrópatas volviéndose locos de miedo cuando sus mentes entraban en el immaterium. El mar del espacio disforme siempre era un reino caótico y peligroso para viajar por él, pero por los informes que había recibido, se estaba volviendo rápidamente intransitable.

—Ya nos hemos puesto a prueba a nosotros y a esta nave más allá de los límites razonables —siguió Decius—. Si entramos en la disformidad, habremos ido un paso demasiado lejos. No resistiremos el viaje a través del empíreo.

La piel de la nuca de Garro empezó a picarle. El sentido del peligro que parecía innato en un astartes había despertado, y se dio la vuelta hacia la compuerta principal del puente. De pie bajo el marco, envuelta en una débil humareda grisácea, aquella mujer, Keeler, lo estaba observando. El capitán de batalla parpadeó, por un momento temeroso de que la razón lo hubiese abandonado y que ella no fuera más que una visión efímera, pero entonces se dio cuenta de que Decius también la había visto.

Keeler pasó entre los cascotes hasta colocarse directamente frente a él.

—Nathaniel Garro, he venido porque sé que necesitas ayuda. ¿La aceptarás?

—No eres más que una rememoradora —le dijo Decius, pero incluso su bravuconería se desvanecía ante la poderosa presencia de ella—. ¿Qué ayuda nos puedes ofrecer?

—Te sorprendería —murmuró Qruze.

—La supervivencia de esta nave se mide por instantes —continuó ella—, y si permanecemos aquí, moriremos seguro. Todos debemos dar un salto de fe, Nathaniel. Si confiamos en la voluntad del Emperador, encontraremos la salvación.

—Lo que le estás pidiendo es que crea ciegamente en fantasmas —argumentó Decius—. ¡No puedes estar segura de que sobreviviremos!

—Puedo —la réplica de Keeler fue tranquila, pero llena de una certeza tal, que los astartes no pudieron reaccionar enseguida.

Vought los llamó desde las consolas delanteras.

—Capitán, el campo Geller de la nave no se estabiliza. Quizá deberíamos abortar el salto a la disformidad. Si entramos en el immaterium, puede fallar por completo y la nave estará desprotegida.

—Únicamente tienes una elección, Nathaniel —dijo suavemente Keeler.

—No abortaremos la operación, oficial de puente. —Garro observó cómo la incredulidad se abría paso en la cara de Decius mientras hablaba—. Llévenos adentro.

Once
Caos
Visiones
Los resucitados

La *Esenstein* cayó.

La puerta a la disformidad se abrió. Era una herida de bordes irregulares, una rasgadura en mitad de la matriz del espacio, y absorbió a la dañada fragata hacia su interior. Las energías irreales colisionaron entre sí y se destruyeron mutuamente. Se produjo un intenso destello de radiación y la nave dejó atrás la realidad.

Resultaba imposible para una persona con una mente sin mutación comprender la naturaleza del espacio disforme. El burbujeante y agitado océano de no materia pura era psicorreactivo. Era tanto un producto de las psiques de aquellos que lo contemplaban como un paisaje cambiante con voluntad propia. En la antigua Tierra vivió un filósofo que advirtió que si una persona miraba al abismo, debía saber que también el abismo la miraría a ella. En ningún otro lugar aquello era tan cierto como en el immaterium. El espacio disforme era un espejo de las emociones de todos los seres vivos, un mar de turbulentos ecos de los pensamientos, los siniestros restos de cada deseo oculto y de los subconscientes rotos, todo ello mezclado hasta formar una pura masa de desorden. Si hubiera que utilizar una sola palabra para describir la naturaleza del espacio disforme, esa palabra era «caos».

Los navegantes y los astrópatas conocían el immaterium tan bien como podía conocerlo un humano, pero incluso ellos sabían que ese conocimiento se circunscribía tan solo a las partes menos profundas de aquel enloquecido océano. Lo cierto era que no se veían capaces de describir con facilidad el espacio disforme a las limitadas mentes de otros humanos menos avanzados. Algunos captaban ese lugar como si estuviera hecho a base de sabores y olores, mientras que otros lo veían como un tejido de trasfondo fractal compuesto por teoremas matemáticos y líneas de complicadas ecuaciones. Otros lo percibían como una canción, con sinfonías que representaban planetas, agudas notas de cuerda para determinadas ideas y pensamientos, grandes orquestaciones de instrumentos de viento para las estrellas y flautas y tambores para las naves que cruzaban el paisaje psíquico. Sin embargo, su propia existencia desafiaba cualquier clase de comprensión. La disformidad era un continuo cambio. Era la ausencia de razón alguna, desencadenada y sin freno, unas

veces en calma como un estanque, otras convertida en una furia tormentosa y titánica. Era igual que la Medusa, el monstruo mítico que era capaz de matar a cualquiera que fuera lo bastante descuidado como para mirarla directamente.

Hacia todo esto fue donde la dañada *Eisenstein* se lanzó. La reluciente e inestable burbuja que formaba el protector campo Geller se retorció cuando la demencia se esforzó por abrirse paso hasta el interior.

* * *

Las mamparas protectoras se cerraron con rapidez sobre las portillas de observación del puente de mando en cuanto la nave comenzó la transición. Garro se sintió agradecido por ello. La familiar sensación de bamboleo en el pecho que le provocaba un salto al espacio disforme hizo que el capitán torciera el gesto. Había algo en la infernal luz de la disformidad que lo incomodaba a un nivel primario de su conciencia, en lo más profundo de su mente. Se alegró de no verse iluminado por ella mientras la fragata realizaba la traslación.

—Hemos pasado —jadeó Vought—. ¡Hemos escapado!

Qruze le dio una palmada en la espalda al mismo tiempo que todos los tripulantes del puente de mando estallaban en vítores. Todos, excepto el capitán de la nave, que miró a Garro con gesto sombrío.

—No deberíamos cantar victoria tan pronto, muchachos —dijo, dirigiéndose a los tripulantes pero mirando al capitán de batalla—. De momento, solo hemos cambiado un tipo de peligro por otro distinto.

Los estremecimientos y guiñadas que sufría la *Eisenstein* no daban muestras de cesar. El suave avance por el espacio normal había quedado atrás, y las turbulencias por las que viajaba se habían convertido en la norma.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a un lugar seguro? —le preguntó sarro.

Carya dejó escapar un profundo suspiro. El cansancio que había conseguido mantener a raya hasta ese momento empezaba a apoderarse de él.

—Esto es la disformidad, señor —le contestó, como si aquello lo explicara todo—. Podríamos estar al lado de Terra dentro de un día o puede que crucemos la galaxia dentro de cien años. No existen mapas para estos territorios. Simplemente, nos limitamos a esperar y a dejar que nuestro navegante nos guíe.

La nave se bamboleó y un estremecimiento gimiente recorrió el puente de mando de un extremo a otro.

—Es una buena y veterana nave. Resistirá. No sucumbirá con facilidad —añadió Carya con firmeza.

Garro se fijó en que Decius escuchaba con mucha atención algo que le decían por el microcomunicador de la armadura.

—Mi señor —le dijo. Cualquier señal de sus anteriores desacuerdos había desaparecido por completo—. Es un mensaje de Hakur desde las cubiertas inferiores.

Dice que hay… que hay intrusos a bordo de la nave.

La mano de Nathaniel se dirigió de inmediato a la empuñadura de la espada.

—¿Cómo puede ser? ¡No detectamos que la nave de Typhon lanzara vehículos de abordaje!

—No lo sé, señor. Solo transmito lo que dice el sargento.

Garro pulsó un mando de la gorguera de la armadura y cambió el canal de comunicación. Captó unos ruidos intermitentes por encima del canal general. Oyó el rugir de los disparos de bólter y unos aullidos que llegaban a un volumen inhumano. Se acordó por un instante de la cantora de guerra y su coro alienígena.

—Las sirenas de alarma se han encendido en las cubiertas inferiores —informó Vought—. Son los ayudantes de Severnaya de nuevo, en el navis sanctorum.

—Hakur está allí —comentó Decius.

—Decius, ven conmigo. Sendek, quédate aquí —ordenó Garro—. Dile a Hakur que voy para allá, y envía a todos los hombres que se encuentren de guardia.

—Sí, señor —contestó Sendek, asintiendo.

Garro se volvió hacia el veterano lobo lunar.

—Capitán Qruze, me gustaría que tomaras mi lugar aquí, si no te importa.

Iacton lo saludó con presteza.

—Es tu nave, muchacho. Haré lo que me ordenes. Puede que mi experiencia les sirva de algo a estos jóvenes.

Garro se dispuso a marcharse, pero se topó con Keeler, que no se había movido de allí y se mantuvo de pie delante de él.

—Serás puesto a prueba —le dijo sin más preámbulo.

Él la apartó a un lado para pasar.

—Eso no lo he dudado jamás.

* * *

Andus Hakur había matado muchas veces a lo largo de su vida. Los incontables adversarios con los que había acabado con su bólter, con su espada, con un cuchillo afilado o con sus propias manos, eran un borroso recuerdo de muertes veloces pero justificadas. El veterano había combatido al servicio de la XIV Legión contra orkos, eldars, jorgalls e hykosis. Había luchado contra bestias y contra humanos, pero los enemigos a los que se estaba enfrentando en ese momento no se parecían a nada contra lo que ya hubiera luchado.

El primer aviso llegó cuando la ayudante navis de Severnaya se apartó de un salto de la puerta del sanctum y se puso a llorar y a gritar de forma incoherente. La mujer se derrumbó en el suelo convertida en un guiñapo de delgados miembros retorcidos envueltos por una capa. Movió las manos de un modo espasmódico y señaló a las esquinas del pasillo, como si allí hubiera cosas que ni Hakur ni los demás astartes fueran capaces de ver. El sargento se acercó a la ayudante y de repente notó una

tremenda sensación de frío en la piel, como si acabara de entrar en una cámara frigorífica. Fue en ese momento cuando distinguió con el rabillo del ojo un leve destello de luces de colores, igual que luciérnagas reluciendo en la oscuridad. Apareció y desapareció con tanta rapidez que por unos momentos pensó que se trataba de una ilusión de la mente, un efecto provocado por la tensión y el cansancio del combate.

Todavía estaba pensando en ello cuando el primero de los entes salió del aire neblinoso y mató al guerrero que estaba de espaldas al sargento. Hakur captó la imagen de un disco giratorio, una amplia cuchilla circular de cuyo borde colgaban cilios, y un momento después, el astartes estaba destripado y de la armadura le salían chorros de sangre y restos de órganos. El sargento disparó de forma refleja, ya que instintivamente se dio cuenta que su hermano de batalla estaba más allá de cualquier posible intento de ayuda. La ráfaga de tres disparos reventó la forma translúcida, que murió con un chillido. Sin embargo, el sonido se convirtió en una llamada, y de las paredes y del suelo comenzaron a aparecer de forma súbita nuevas y diferentes formas. Con ellos llegó un hedor tan poderoso que Hakur sintió que el estómago se le subía a la boca, donde notó el sabor de la bilis. La ayudante se había puesto de rodillas y estaba vomitando entre enormes arcadas.

—¡Por la sangre! —gritó uno de los hombres de su escuadra—. ¡Carroña y muerte!

Era eso, y cien veces peor que eso. Las hendiduras por las que llegaban las criaturas permitían el paso de unas ráfagas de hedor fétido que debían proceder de un pudridero y que inundaron todo el pasillo. Desde las grietas en las cubiertas metálicas por las que surgía la pestilencia se extendieron grandes manchas tentaculares de hongos y decoloraciones oxidadas, pero todo esto no fue más que la vanguardia de los repugnantes horrores que eran los propios invasores en sí.

A Hakur le resultaron tan repulsivos que los atacó sin perder un segundo. Eran tan aborrecibles que la idea de que no dejaran de existir de inmediato le revolvió aún más el estómago. La forma de las criaturas era vagamente humana, pero solo en el sentido más básico y amplio de la palabra. Tenían unas extremidades tentaculares que se movían de un modo espasmódico y estaban rematadas por garras negras y podridas. Sus anchas y deformadas pezuñas arañaban en el suelo y dejaban atrás restos de baba ácida y excrementos. Todas las criaturas estaban desnudas mostraban el torso y el estómago hinchados. Tenían la piel cubierta de bubas gaseosas y pústulas llenas de espeso pus. Las cabezas no eran más que bolas reducidas de piel cuarteada que colgaba de unas calaveras sonrientes. Cada uno de aquellos seres llevaba tras de sí una nube de insectos que no dejaba de zumbar. Se trataba de unas pequeñas moscas de color verde que entraban y salían de forma incesante de las bocas abiertas de los invasores.

Los disparos de los astartes los acribillaron, y de aquellos puntos donde los perforaron cayeron trozos de carne arrancada y sanguinolenta que rodaron por el

suelo con un sonido pegajoso y húmedo. Hacía falta provocarles muchas heridas para abatirlos, y las repugnantes criaturas avanzaron contra la Guardia de la Muerte en gran número. Hakur vio cómo acababan con otro hermano, y después, con dos más, aunque los guerreros no dejaron de acribillarlas ni un solo instante.

Entonces apareció Garro por el otro extremo del pasillo, acompañado de Decius y unos cuantos astartes de refuerzo. Atrapadas entre los dos grupos de guerreros, las criaturas detuvieron su avance y se quedaron titubeantes. El capitán de batalla se abalanzó contra la repugnante masa. *Libertas* relucía cada vez que subía y bajaba dando tajos. Decius había conseguido un lanzallamas y se dedicó abrasar aquellas cosas con chorros de promethium ardiente. Hakur aprovechó la distracción para acudir en socorro de la ayudante y sacarla de la línea de combate.

La mujer gritó y le aporreó con los puños en la placa pectoral. Hakur se dio cuenta de que tenía las manos ensangrentadas por los tremendos arañazos que se había hecho a sí misma.

—¡Ojos y sangre! —gimió aullante—. ¡Pero dentro de la pestilencia!

Garro mató a la última criatura a pisotones y restregó la suela de la bota contra el suelo con un gesto de asco.

—Haz que se calle —le ordenó a Hakur.

Decius se llevó la palma de la mano a la rejilla de ventilación del casco.

—¡En nombre de Terra, qué olor tan asqueroso!

El sargento le pasó la mujer a uno de sus guerreros y se acercó a Garro para presentarle un informe de la situación. El capitán de batalla lo escuchó con atención.

—Nos llegan avisos de toda la nave. Ocurre lo mismo en todas partes: monstruos repulsivos que se materializan en el mismo aire y que dejan podredumbre a su paso.

—Es el espacio disforme —comentó Decius con voz abatida—. Todos hemos oído hablar de ello, de depredadores que asaltan las naves que se han perdido o que han quedado debilitadas. —Señaló con un gesto las paredes—. Si el campo Geller falla, esas criaturas acabarán con nosotros.

—Confío en que la tripulación del capitán Carya impedirá que eso ocurra —le replicó Garro—. Mientras tanto, nosotros acabaremos con esta escoria impura allá donde nos la encontremos.

—¡Impura, impura! —repitió la ayudante mientras se soltaba del guerrero de Hakur que la tenía agarrada—. ¡Lo he visto! ¡Dentro de los ojos! —Se arañó de nuevo la cara, arrancándose la piel y haciendo brotar la sangre—. ¡Tú también lo has visto!

La mujer se lanzó contra Garro a una tremenda velocidad, y antes de que el capitán pudiera desviar el arma, la ayudante se empaló en la chisporroteante hoja de la espada de energía.

Garro se echó hacia atrás, pero ya era demasiado tarde. La ayudante, una navegante de la clase tertius al servicio del senioris Severnaya, le arañó con unos dedos ensangrentados la placa pectoral.

—¡Tú lo ves! —jadeó—. ¡Pronto llegará el fin! ¡Todo se agostará!

«Pronto llegará el fin». Una vez más, las palabras de la cría jorgall resonaron por sus pensamientos como un ave rapaz moribunda que cayera chillando. Garro sintió cómo se le calentaba la piel debido al flujo acelerado de la sangre en las venas y cómo se le cerraba la garganta, igual que cuando había tomado el trago de la copa de Mortarion. Se echó a temblar, incapaz de hablar durante unos momentos. El rostro de la mujer, vuelta hacia arriba, se volvió amarillento y quebradizo como el papel viejo. E cuerpo se fue deslizando hacia abajo hasta quedar libre de Libertas, conviniéndose poco a poco en jirones de carne, luego en trozos de podredumbre, hasta quedar reducido a cenizas y luego a nada.

—¿Mi señor?

Las palabras de Hakur le sonaron espesas, lentas, como si le llegaran a través de un medio líquido. Garro se dio la vuelta para mirar a su leal sargento, y dio un paso atrás. Hakur y los demás guerreros se estaban descomponiendo poco a poco, pero ninguno de ellos parecía darse cuenta de lo que les ocurría. El resplandeciente color blanco mármol de sus armaduras fue desapareciendo hasta que solo quedó una superficie desvaída de tono verdoso enfermizo, el color de la nueva muerte. La ceramita se transformó y se onduló para mezclarse con sus cuerpos. En su interior palpitaron parásitos y órganos hinchados, y en ciertos puntos se abrieron heridas, como si fueran nuevas bocas, de labios enrojecidos y lenguas formadas por entrañas e intestinos distendidos.

De cada articulación y orificio salían lentos chorros de pus manchado de fluidos negros y de óxido marrón. Alrededor de las cabezas deformadas de los astartes enfermos volaban enjambres de moscas formando halos. El asco que Garro sentía lo dejó paralizado. Las siluetas contrahechas de sus guerreros lo rodearon. De sus fauces partidas y babeantes caían palabras. Garro vio que el emblema del cráneo y la estrella propio de la Guardia de la Muerte había desaparecido, sustituido por tres discos oscuros. Algo le llamó la atención. Detrás de los guerreros se distinguía una silueta fantasmal que destacaba por encima de ellos. Era demasiado grande como para que cupiera en el pasillo, pero allí estaba, haciéndole gestos con unas garras esqueléticas.

—¿Mortarion? —preguntó Garro.

La deformada imagen de su primarca asintió. En realidad, fue la ennegrecida capucha de la figura la que se movió arriba y abajo lentamente. Lo poco que Garro podía ver de la armadura del primarca carecía del brillo del acero y del bronce, más bien parecía cobre corroído y descolorido por el paso del tiempo, y estaba cubierta de vendajes y manchada de óxido. El Señor de la Muerte había desaparecido, y en su lugar se alzaba una criatura de la más pura corrupción.

—Vamos, Nathaniel. —La voz sonaba igual que el silbido del viento al pasar entre árboles muertos, igual que un hálito de ultratumba—. Dentro de poco, todos seremos abrazados por el Señor de la Descomposición.

«Pronto llegará el fin». Las palabras le repicaron en la mente como una campana, y Garro bajó la vista a sus propias manos. Los guanteletes se habían convertido en

polvo, la carne se desprendía a jirones de los huesos, que salían a la luz para convertirse en ramitas ennegrecidas.

—¡No! —se obligó a sí mismo a gritar la negativa—. ¡Esto no ocurrirá!

—¿Mi señor? —Hakur le dio unas leves palmadas en la hombrera con el rostro marcado por la preocupación—. ¿Está bien?

Garro parpadeó y vio a la mujer muerta en el suelo, con el cuerpo todavía intacto. Luego, miró a su alrededor. La horrible visión había desaparecido, reventada como una burbuja. Decius y los demás lo miraron a su vez, evidentemente preocupados.

—Nos ha parecido que… se nos iba por unos momentos, capitán —le dijo Hakur.

Garro tuvo que esforzarse por dejar a un lado el torbellino de emociones que lo embargaban.

—Esto no se ha acabado —les avisó—. Lo peor está por llegar.

Decius se llevó una mano al casco.

—Señor, una comunicación de Voyen, en los puentes inferiores. Algo ocurre en las cubiertas de artillería.

* * *

Se dice que en el espacio disforme todas las cosas del mundo material tienen su eco: las emociones de las personas, sus deseos y sus ansias, incluida la de sangre, además del deseo de cambios y el ciclo de la vida y la muerte. Los lógicos y los pensadores de todo el Imperio han meditado sobre la naturaleza imprevista y desconocida del immaterium, en un desesperado intento por crear jaulas de palabras para algo que no se puede entender, tan solo experimentar. Algunos se han atrevido a sugerir que existe vida, en cierto sentido, en el interior del espacio disforme, quizá alguna clase de inteligencia. Incluso se sabe de individuos que se reúnen en lugares recónditos y que hablan en murmullos, fascinados por la posibilidad de que esos poderes oscuros sean probablemente superiores a la humanidad.

Si esas personas supieran la verdad, quedarían destrozados. Bajo la infernal luz que atronaba alrededor de la diminuta nave estelar que era la *Eisenstein*, un enorme y odioso intelecto le dedicó a la fragata una mínima parte de su atención. Un leve «toque» fue lo único que necesitó para cubrir con el poder en estado puro de la podredumbre la esfera protectora de la *Eisenstein*. Llegó al interior a través de los huecos en la causalidad y descubrió carne de cadáver en abundancia, y se sintió satisfecho en la putrefacción de los enfermos y de los muertos. Se le presentaba una posible diversión, la oportunidad de jugar un poco y de experimentar con cosas que se podrían hacer a mayor escala más adelante. Con suavidad, ya que tenía puesta la mayor parte de la atención en otros asuntos más lejanos, el poder acarició lo que había encontrado y le otorgó un fino conducto hacia él.

* * *

Las compuertas de sellado de la sección contaminada de la cubierta de artillería todavía no se habían abierto. Otros asuntos más importantes habían ocupado la atención de los tripulantes de la fragata en su huida de Istvaan, y despejar la cubierta de muertos se había considerado algo de importancia secundaria.

El virus Devorador de Vida había desaparecido hacía ya bastante tiempo. Los organismos eran poderosos y letales, pero con un escaso margen de vida. La rápida decisión del capitán Garro de purgar la atmósfera del lugar y vaciarla en el espacio, había impedido que la plaga se desarrollase con todo su potencial. El virus no podía vivir sin aire, por lo que había perecido. Sin embargo, la destrucción que había generado antes de desaparecer permaneció allí. Los cuerpos en diversos estados de descomposición yacían dispersos por el suelo. Los cuerpos de los humanos normales y de los astartes se quedaron allá donde habían caído mientras los gérmenes devoraban las defensas de sus organismos. El vacío del espacio los había preservado en un grotesco retablo de muerte. Algunos habían quedado congelados en un interminable grito agónico, mientras que otros eran poco más que un montón de huesos gelatinosos y restos humanos.

Fue en ese estado como los encontró el toque. Para algo nacido dentro del interminable renacimiento de la disformidad fue fácil distorsionar y remodelar aquella carga de carne podrida, con la vida arrebatada. Mediante la cuidadosa colocación de algunas marcas y la inyección de nuevas cepas de virus, más potentes todavía que el virus inventado por los humanos, la muerte se convirtió en vida, aunque no de una forma que pudiera agradar a los humanos.

En el silencio sin aire, los dedos pegados al suelo por una capa de hielo se estremecieron y se movieron para liberarse de la escarcha que los cubría. La esencia de la podredumbre flotó en el aire y los mecanismos de las compuertas de sellado quedaron cubiertos de óxido, y el paso del tiempo los dejó quebradizos. Aquellos que habían sido favorecidos por el toque caminaron de nuevo y cambiaron la muerte por una existencia transformada.

* * *

La *Eisenstein* disponía de dos grandes corredores que recorrían los flancos de babor y de estribor de la nave, salpicados cada pocos metros por portillas de observación que dejaban entrar la luz sobre el suelo de metal pulido. Fue en aquel lugar, en el lado de babor y a unos diez pasos aproximadamente de la nonagésimo primera portilla, donde la Guardia de la Muerte se enfrentó a la Guardia de la Muerte.

Garro vio la siluetas deformes desde lejos y pensó que se encontraban de nuevo delante de las extrañas criaturas portadoras de plaga que habían encontrado en el navis sanctorum, pero no tardó en darse cuenta de que el tamaño era diferente, que aquellas monstruosidades deformes tenían la misma altura que los astartes. Cuando

quedaron bajo la luz, lo que vio le hizo detenerse en seco y llevarse la mano que tenía libre a la boca por el asombro.

—¡Por el Emperador!, ¿qué clase de horror es este? —jadeó Hakur.

La sangre se le heló en las venas a Garro. La repulsiva visión que la ayudante parecía haberles transmitido se encontraba de repente ante ellos, pasada a la realidad con aquellas parodias mutadas e hinchadas de guerreros de la Guardia de la Muerte. Tenían la piel del mismo color verde pálido cadavérico que la armadura, y todos mostraban los mismos rostros de dientes rotos y carne flácida cubiertos de cuernos, con la piel tensa bajo la que pululaban colonias de gusanos. Voyen se había reunido con Garro y los demás en la entrada del corredor, e incluso el apotecario, que estaba acostumbrado a ver plagas y enfermedades, tuvo que contener las arcadas cuando vio las deformes criaturas semihumanas.

El capitán de batalla se dio cuenta de que la visión había sido una advertencia, un atisbo de lo que tenía frente a él en esos momentos, y quizá a lo que podría conducir un fracaso en su misión.

Entre las piernas de los deformados astartes había criaturas que hasta horas antes habían sido miembros de la tripulación de la *Eisenstein*, hombres que se habían visto afectados en parte por los venenosos efectos del Devorador de Vida y habían quedado atrapados en ese estado, con la carne hecha jirones y los órganos rebosantes de fluidos. Bramaban mientras avanzaban arrastrándose para atacar a los guerreros de Garro. Decius fue quien comenzó a disparar, y la Guardia de la Muerte abrió fuego con los bólters y los lanzallamas.

Un espantapájaros desmadejado y confeccionado con piel y huesos se lanzó al suelo y gimió. Unas pústulas cubiertas de moscas marcaban aquel rostro devorado por un cáncer leproso. Habló, y al hacerlo, a Garro y a los demás les llegó una bocanada de aire pútrido.

—Mi señor…

Garro se fijó en la túnica y en el sello del cráneo que le colgaba del cuello.

—¿Kaleb?

El capitán de batalla retrocedió un paso al reconocerlo. Se sintió asqueado ante fuese cual fuese el poder que había devuelto a su asistente a aquella repelente parodia de vida. Sin dudarlo ni un instante, Garro blandió a *Libertas* y decapitó a la criatura. Deseó con todas sus fuerzas que su segunda muerte fuera suficiente y, con menos esperanza, que su amigo fuese capaz de perdonarlo.

—¡Cuidado! —advirtió a sus guerreros—. ¡No es más que una maniobra de distracción!

La única misión de los desharrapados restos de los tripulantes era distraerlos para que los guerreros de Garro no dispararan contra los mutantes astartes que avanzaban detrás. Las grotescas imitaciones avanzaron por el corredor con fuertes pisotones expulsando vaharadas de gas bilioso al mismo tiempo que les disparaban con bólters cubiertos de mucosidades. Una forma tambaleante avanzaba sobre unas enormes

pezuñas entre los hermanos no muertos. Era tan grande como un hermano equipado con una armadura de exterminador, y la criatura pareció crecer y crecer a cada momento mientras Garro la miraba. El metal se dobló y acabó partiéndose a medida que unos anormales huesos curvados surgieron de varias pústulas. Bajo el torso destacaba una enorme barriga, que parecía una parodia de embarazo, compuesta de carne purulenta y llena de cicatrices, y cubierta de bubas tumescentes en grupos de tres. Por encima de un conjunto de piezas de ceramita que todavía recordaban vagamente una armadura de astartes, y rematando todo aquel repugnante puñado de asquerosidades, había un cuello estriado acabado en una cabeza bulbosa. Los ojos saltones e inyectados en sangre del grotesco cráneo se posaron en Garro, y el monstruo le hizo un guiño.

—¿Es que no te gusta mi nuevo aspecto, Nathaniel? —barbotó con una voz repulsiva—. ¿Ofendo tus delicados sentidos?

—Grulgor —Garro pronunció el nombre como si fuera una maldición—. ¿En qué te has convertido?

La criatura Grulgor bajó la cabeza y la sacudió cuando en mitad de la frente le empezó a salir un cuerno reluciente cubierto de fluidos. Era una burda imitación del casco de Typhon.

—¡En algo mejor, idiota trasnochado, en algo mejor! El primer capitán tenía razón. Los poderes no tardarán en aparecer.

Se estremeció de nuevo y la piel de la espalda se separó para dejar paso al nacimiento de unos tubos óseos.

Garro escupió al suelo para liberarse del hedor que le agarrotaba la garganta. El aire que rodeaba a Grulgor y su enferma horda estaba cargado de organismos contagiosos y era peor todavía que el acre ambiente del mundo astronave alienígena, peor que las toxinas de un centenar de planetas letales.

—¡Sea cual sea el poder que consideró adecuado devolverte a la vida, será en vano! ¡Te mataré todas las veces que haga falta!

Con una mano deforme, el hinchado monstruo le hizo gestos para que se le acercara.

—Estaré encantado de que lo intentes, terrano.

El capitán de batalla se lanzó al combate combinando el uso del bólter y el de la espada para formar arcos mortíferos. Despedazó carne enferma y cuerpos repletos de parásitos mientras avanzaba en dirección al monstruo. En mitad de aquel enfrentamiento, la mente de Garro se refugió en la familiaridad del entrenamiento, en las técnicas de lucha que tenía imbuidas en los músculos y en los tendones tras miles de horas de combate. En aquel estado, debería haberle sido fácil hacer caso omiso del horror escalofriante que representaban aquellas monstruosidades surgidas del espacio disforme, limitarse a luchar y a concentrarse tan solo en eso. Sin embargo, en realidad, fue lo contrario.

Garro había visto al virus destrozar a aquellos hombres. Había oído sus últimos gritos agónicos desde el otro lado de la compuerta de seguridad tan solo unas pocas horas antes, pero allí estaban, delante de él, transformados en la encarnación viviente de una plaga contagiosa. Aquellas increíbles parodias de vida se mantenían en pie de un modo que él no lograba imaginarse. ¿Acaso se trataría de hechicería? ¿Podía existir algo como aquello en el cosmos racional del Emperador? El mundo que Garro se había creado de un modo tan cuidadoso, con verdades de profundas raíces y realidades firmes, se derrumbaba a cada hora que pasaba, como si el universo hubiera decidido desmontar pieza por pieza lo que él consideraba completamente cierto y mostrarle que era mentira. El capitán de batalla tuvo que realizar un esfuerzo casi físico para acallar ese tremendo estado de confusión y concentrarse en la simple tarea de combatir.

Voyen, que estaba cerca de él, sufrió el impacto superficial de un proyectil de bólter que le dejó un chorro de fluidos en la hombrera. El apotecario tuvo que echarse hacia atrás para esquivar el ataque de un mangual cuyo extremo lleno de pinchos era una extraña bola de hueso. El arma golpeó a un joven astartes en vez de a él, y el guerrero cayó agarrándose la herida ulcerosa que le había causado en la garganta. Garro soltó un rugido, y su bólter se unió al rugido cuando acribilló al atacante y lo hizo salir disparado de espaldas hasta derribarlo. El capitán de batalla soltó una tremenda imprecación cuando el astartes mutante se estremeció y comenzó lentamente a ponerse en pie de nuevo dejando atrás un charco de sangre podrida y de vísceras. Los disparos de bólter deberían haber sido más que suficientes para acabar del todo con él. Se lanzó contra el traidor y le cortó la cabeza con la espada para rematarlo.

Las monstruosidades cubiertas de podredumbre siguieron avanzando, y la presión de su ataque dividió la línea de combate de los guerreros de Garro para aislarlos y atacarlos por grupos mientras Grulgor se movía de un lado a otro sin entrar en el combate cuerpo a cuerpo. Quizá no debería haberse sentido tan sorprendido de que fuera tan difícil matar a aquellos mutantes. Su táctica de avance era una réplica de la doctrina de combate de la XIV Legión, el incesante y tenaz progreso que formaba el núcleo del dogma de la infantería de la Guardia de la Muerte. Ambos bandos estaban muy equilibrados, de eso no cabía duda alguna, pero los hombres de Garro no eran más que astartes, y, que lo perdonara el Emperador, él no acababa realmente de comprender contra qué clase de enemigos se enfrentaba. Lo único que sabía Garro era que de él se había apoderado un tremendo aborrecimiento contra aquellas repulsivas perversiones, y que debían ser destruidas a toda costa.

* * *

Decius se encontró separado de los demás miembros de la Guardia de la Muerte y rodeado por un puñado de tripulantes muertos vivientes de la propia nave, unos

cadáveres reanimados de los tripulantes de la fragata que lo atacaban propinándole puñetazos y golpes con fémures y cráneos en la armadura. El lanzallamas se había quedado sin combustible, por lo que luchaba en combate cuerpo a cuerpo con su fiable espada sierra, que rugía cada vez que la blandía, y con la energía restallante del puño de combate en la otra mano.

El guantelete blindado machacó a dos tripulantes cuyos cuerpos habían quedado unidos y los convirtió en una pasta de carne rancia y trozos de huesos. Luego partió un torso con un tajo vertical de arriba abajo de la espada. Los rugientes dientes de ceramita de la espada sierra abrieron una tremenda herida negra en el cuerpo del mutante, y de la pestilente abertura surgió un caudaloso chorro de gusanos que se retorcían y que formaron un charco a los pies de Decius. Se dio la vuelta y partió unos cuantos cuellos, que hicieron el mismo ruido que unas ramas secas al romperse.

El tripulante lleno de gusanos retrocedió trastabillando, y mientras Decius lo miraba con una expresión de horror, la imitación de humano cerró los bordes de la herida con las manos. Un enjambre de moscas y de relucientes insectos parecidos a escarabajos se abalanzó sobre la herida y, de alguna forma, unió las dos mitades con unas suturas lívidas bajo la repelente luz infernal de la disformidad que llegaba a través de las portillas de observación.

Se preguntó qué clase de poder impelía a aquellas criaturas. Decius sabía que no había ningún logro científico capaz de hacer que la carne muerta viviera de nuevo, y sin embargo, delante de él tenía las pruebas de que aquello era posible, y lo estaban atacando. Los tripulantes resucitados parecían disfrutar con el brillo del immaterium situado al otro lado de las gruesas ventanas de cristal blindado del corredor. Los reflejos bailaban por encima de su piel pálida e hinchada formando entramados caóticos. En lo más profundo de su ser, Decius estaba maravillado ante la resistencia y la tremenda fuerza de aquellos portadores de plagas. Eran recipientes vivos de enfermedades virulentas, huéspedes de las armas más simples pero más letales.

Decius pagó aquel momento de distracción con una oleada de dolor que le recorrió todo el puño de combate. Se dio cuenta demasiado tarde del golpe que le iban a asestar por detrás e intentó girarse para esquivarlo. El enorme corpachón de Grulgor se movió con rapidez, con demasiada rapidez para algo tan corpulento y repugnante. El cuchillo de combate del mutado guerrero trazó un arco en el aire. Al igual que le había ocurrido a su propietario, la que había sido una excelente arma para un astartes, se había convertido en una versión corrompida de sí misma. El cuchillo de brillante acero lunar de filo fractal se había transformado en una daga embotada de metal oxidado.

El ataque iba dirigido contra el hombro de Decius, con la intención de que perforara la armadura y le atravesara el corazón primario, pero el astartes se movió a tiempo. Decius consiguió evitar un golpe letal, pero aun así, sus reflejos no fueron suficientes para salvarlo de un tajo que le abrió una larga fisura en la armadura de ceramita. Cayó al suelo girándose sobre sí mismo y gritando al mismo tiempo. El

dolor le recorrió los nervios cuando su puño de combate dejó de funcionar por la acción del cuchillo del mutante.

Abrió los ojos de par en par cuando vio que por el metal se extendía una capa de óxido y de corrosión, un pictograma acelerado de la descomposición hecho realidad. Decius sintió un dolor agónico que le carcomía las venas y la médula de los huesos, y el cuerpo se le cubrió de sudor cuando los órganos implantados entraron en sobreproducción para detener la oleada de infecciones secundarias.

¡Corrupción! Vio que la piel ya se le estaba hinchando por la formación de pústulas allí donde el cuchillo lo había cortado. Las entrañas de Decius se revolvieron cuando las invisibles toxinas que llevaba el arma de Grulgor invadieron en masa su cuerpo. Se esforzó por no vomitar un chorro de bilis mientras el deformado astartes se alzaba por encima de él.

—¡Ninguna persona puede sobrevivir a la entropía! —le espetó Grulgor—. ¡La marca del Gran Destructor lo reclama todo!

Decius notó que las articulaciones se le inflamaban provocándole un intenso dolor. Decius alzó con un monumental esfuerzo la espada sierra y la blandió en alto. El corpulento mutante se echó hacia atrás para evitar quedar a su alcance si el joven astartes intentaba asestarle un golpe. Sin embargo, lo que Decius hizo fue propinarse un fuerte tajo en el brazo a la altura del codo. El joven astartes se amputó su propio brazo lanzando un grito de odio y dejó que la carne plagada de corrupción y el quebradizo metal cayeran al suelo.

A Decius se le nubló la vista. Su cuerpo había llegado ya al límite en su lucha contra la infección y la herida, y no pudo mantenerse consciente. El joven parpadeó sin control y quedó inconsciente.

Grulgor soltó un bufido y escupió un salivazo de mucosidad ácida antes de alzar de nuevo el cuchillo sobre el cuerpo inmóvil de Decius. Una ráfaga de pesados proyectiles de bólter le acribilló la espalda y le arrancó varios trozos de carne muerta. El monstruo perdió el equilibrio antes de poder asestar el golpe de gracia.

* * *

La puntería de Garro fue excelente y los disparos lanzaron a la criatura Grulgor hacia la pared del casco y lejos de Decius. Nathaniel hubiera querido echarle un vistazo al joven para asegurarse de que todavía estaba vivo, pero su viejo rival solo estaba herido y, por lo que el capitán de batalla había presenciado, aquellos hombres resucitados se curaban con tanta rapidez como se les hería. A su alrededor, Voyen, Hakur y los demás estaban atrapados en sus propios combates. Dejó a un lado la pregunta del «porqué» y se concentró en el «cómo».

«¿Cómo puedo matarlo?».

Grulgor se dio la vuelta y soltó un rugido gorgoteante mientras de su cuerpo escapaba un chorro de sangre verde esmeralda. El antiguo rival de Garro se lanzó a

por él, pero el cuchillo de plaga y los enfermos dedos que lo empuñaban tan solo cortaron aire. Garro apretó de nuevo el gatillo, pero el percutor del bólter soltó un chasquido seco al golpear en vacío. Sin perder un instante, soltó el arma y empuñó a Libertas con las dos manos.

—Sabía que llegaría este momento —gorgoteó el mutante—. No me lo podían a negar. ¡Mi enemistad contigo va más allá de la muerte!

Garro le sonrió.

—Ignatius, siempre has sido un fanfarrón y un idiota. En el campo de batalla servías para algo, pero ahora no eres más que una abominación. Representas todo aquello contra lo que los Adeptus Astartes luchamos. Eres la antítesis de la Guardia de la Muerte.

Grulgor escupió de nuevo y atacó a Garro con una serie de cuchilladas que el capitán de batalla bloqueó con unas rápidas paradas.

—¡Nathaniel! ¡Sigues estando ciego! ¡Soy el portador del futuro, desecho lamentable! —Se dio una serie de golpes con el puño de dedos deformados en la oxidada placa pectoral de la armadura—. El toque de la disformidad es el modo de avanzar. ¡Si no fueras tan idiota y tan estrecho de miras, lo verías! ¡Los poderes que existen ahí fuera empequeñecen a tu Emperador! —Grulgor señaló con el cuchillo la parpadeante luz de color carmesí que brillaba al otro lado del fuselaje de la nave—. ¡Seremos inmortales y eternos!

—No —le respondió Garro, y blandió la espada en un arco bajo. Libertas atravesó la carne de la barriga del color del pescado podrido. El arma de Nathaniel se enterró en la carne putrefacta y, para su preocupación, se hundió allí.

En vez de cortar la tensa piel, la espada se quedó atascada en una resistente ciénaga que tiraba del arma como si fueran arenas movedizas. Varias zonas de la espada chisporrotearon y se apagaron. Grulgor rugió divertido e hinchó su enorme pecho, lo que provocó que el arma se le hundiera más todavía en el cuerpo.

—Aquí no vas a conseguir la victoria —le dijo a Garro con un siseo—. No vas a encontrar más que contagio y una lenta agonía. Convertiré esta nave en una ofrenda de carne aullante…

—¡Cállate!

Garro no podía sacar la espada, así que lo que hizo fue clavarla del todo. El capitán de batalla empujó con todas sus fuerzas y la movió de un lado al otro del abdomen del mutante, forzando una carga total a través del acero de la matriz cristalina. Abrió de arriba abajo a Grulgor con un feroz gruñido y *Libertas* quedó libre por fin.

Del enorme corte surgieron gruesos intestinos serpenteantes que se acumularon sobre la húmeda cubierta. El antiguo astartes gimió mientras se esforzaba por meterlos de nuevo en el hueco de su abdomen. Garro tuvo que retroceder. La ráfaga de pútrido aire del interior de aquel cuerpo hinchado le cerró la garganta y le llenó los ojos de lágrimas.

La cubierta de la *Eisenstein* se estremeció a sus pies, y durante una fracción de segundo la atención del capitán de batalla se desvió hacia una cadena de relámpagos que apareció en los costados de la nave. Oyó gritar a Hakur.

—¡Es el campo Geller! ¡Está fallando!

Garro hizo caso omiso de las ululantes carcajadas de Grulgor cuando unas relucientes motas de luz centelleante comenzaron a formarse sobre sus cabezas. Pensó en la caterva de homúnculos portadores de plaga y en los depredadores con forma de disco afilado del navis sanctorum. Si esas criaturas aparecían para reforzar a Grulgor y a su grupo, la situación se volvería por completo en contra del capitán de batalla y de sus hombres. Sintió que se le escapaba cualquier posibilidad de victoria, con la certidumbre de lo que ocurriría en la batalla ocupando sus pensamientos, lo mismo que había sucedido en el mundo astronave jorgall y un centenar de veces antes. Tan solo disponía de unos momentos antes de que perdiera del todo la lucha.

Grulgor vio la expresión de su rostro y se echó a reír de nuevo. El astartes mutante extendió los brazos como un suplicante y se bañó de aquellas energías alienígenas. En el exterior, la membrana de energía artificial que separaba a la fragata de la locura se estaba desintegrando. El campo Geller se encontraba debilitado debido a la incursión del pestilente toque que había devuelto a la vida a Grulgor y a las brechas causadas por las bestias de la disformidad, por lo que había comenzado a deshacerse en destellos de energía exótica. Capa tras capa desaparecían como si fuera músculo arrancado de un hueso.

Garro dio una orden a gritos por el comunicador al ocurrírsele una táctica desesperada.

—¡Qruze! ¡Escúchame bien! ¡Sácanos de la disformidad! ¡Reversión de emergencia! ¡Ahora!

Oyó voces dando gritos al fondo a pesar del estruendo del combate y a las interferencias. Era la tripulación del puente de mando, que había reaccionado sorprendida ante la orden. El lobo lunar parecía confuso.

—Garro, repite.

—¡Sácanos del immaterium! ¡La disformidad debe estar manteniendo con vida a estos intrusos de algún modo! ¡Si nos quedamos aquí, perderemos la nave!

—¡No podemos hacer una reversión así! ¡No sabemos dónde estamos! ¡Podríamos salir en el interior de una estrella…!

—¡Hacedlo ya!

La orden fue un rugido furioso.

—A la orden, capitán. —Qruze no lo dudó ni un momento más—. ¡Preparados para impacto!

—¡No, no, no! —gritó Grulgor mientras corría dando grandes pisadas y con el cuchillo en alto—. ¡No me privarás de esta satisfacción! ¡Te veré morir, Garro! ¡Viviré más que tú!

El capitán de batalla alzó la espada y rechazó los torpes ataques de Grulgor.

—¡Desaparece, monstruo apestoso! ¡Vuelve al infierno del que saliste y ahógate allí!

Un chorro de brillantes descargas blanco-azuladas indicó la creación de una puerta de disformidad. La fragata se precipitó por el aullante hueco para regresar al espacio real. Grulgor y sus compañeros mutantes lanzaron un coro de aullidos agónicos y frenéticos, y se disolvieron.

Garro lo vio con sus propios ojos, y a pesar de ello, no fue capaz de explicárselo. Contempló cómo un rugiente fantasma era arrancado del saco de carne de su cuerpo y luego flotaba en el aire para desaparecer de repente, como si fuera una hoja atrapada por un huracán. Por un instante, vio las siluetas tanto del mutante como del hombre que antaño había sido Ignatius Grulgor antes de que la aullante sombra fuera arrebatada por la disformidad. Desapareció a través del casco de la nave con decenas más. Era la energía capturada de todos los guerreros mutados de la Guardia de la Muerte. «Son almas —se dijo a sí mismo. Su mente fue incapaz de encontrar otra explicación aparte de llegar a una conclusión irreal e increíble—. La disformidad se ha llevado sus almas».

* * *

La pequeña fragata entró en la existencia normal dejando atrás llamaradas y piezas del casco debido a la brutalidad de la reversión de emergencia y el colapso del campo Geller. Lo hizo en un cuadrante desconocido y despoblado del espacio interestelar. Allí no había estrellas a la vista, ni planetas cerca. No había más que polvo y vacío sin aire.

A la deriva y sin rumbo, la *Eisenstein* cayó.

Doce
El vacío
Una iglesia de personas
Perdido

—La nave apesta al olor de los enfermos y los heridos —comentó Voyen con disgusto.

Garro no le devolvió la mirada. En vez de eso, contempló el interior de la enfermería de la *Eisenstein*. La zona médica de la fragata estaba abarrotada. Habían colocado hojas de metal entre las camillas para crear unas particiones temporales que separaran distintas zonas de la gran estancia pan intentar evitar en lo posible la transmisión de infecciones. En el extremo más alejado, oculta detrás de unas gruesas paredes de cristal translúcido y puertas de sellado de hierro, se encontraba el área de aislamiento. Garro se dirigió directamente hacia allí serpenteando entre servidores médicos y sanitarios. El apotecario se mantuvo a su lado.

—Los restos han sido cubiertos de promethium líquido y se los ha dejado arder durante la mayor parte del día —continuó informando Voyen—. Luego utilizamos a servidores para expulsar lo que quedaba al espacio, y Hakur eliminó a los servidores, para estar seguros del todo.

Restos. Esa era la palabra que estaban utilizando para referirse a la materia orgánica infectada que quedaba de lo que habían sido Grulgor y sus hombres. Era más fácil despersonalizarlo todo de ese modo, más fácil pensar en los montones de fluidos y huesos como desechos a los que había que eliminar. Enfrentarse a la realidad de lo que esos cadáveres habían sido antaño y en lo que se habían convertido… Nada de lo que el capitán de batalla o sus guerreros habían visto los había preparado para algo semejante.

Voyen en concreto era el que peor se lo había tomado. Aunque era un guerrero tan capaz como Garro, Voyen también era un sanador dedicado, y para él, haber sido testigo de cómo los muertos se ponían en pie para vivir como portadores de enfermedades lo preocupaba más de lo que estaba dispuesto a aceptar. Garro lo vio en su mirada sombría, y se dio cuenta que aquello era un reflejo de sus propios sentimientos.

Estaban a la deriva, y el viaje se había interrumpido debido a la muerte del navegante. La adrenalina del combate y de la persecución había desaparecido. En su lugar, todos estaban meditando sobre lo que había ocurrido, pensando en su

preocupante significado. Si la muerte no era el final, si lo que le había ocurrido a Grulgor era real y no alguna clase de ilusión provocada por la disformidad…, entonces, ¿a todos les esperaba el mismo destino? Que aquello pudiera ser una parte del pacto que Horus había realizado a la hora de su traición era algo que le helaba la sangre a Garro. Voyen le habló de nuevo.

—¿Ha tenido alguna suerte Sendek con los mapas estelares?

Garro hizo un gesto negativo con la cabeza. No le veía sentido alguno a ocultarle la verdad.

—La oficial Vought ha estado trabajando con él, pero los resultados no les han sido muy favorables. Lo más que han llegado a determinar es que la nave revirtió al espacio normal en algún punto más allá del borde de la nebulosa de Perseo, pero incluso eso es un cálculo muy poco preciso. Por esta zona no han pasado exploradores ni comerciantes.

El capitán de batalla respiró profundamente. ¿Cuánto tiempo llevaban encalmados allí? Días, tal vez semanas. En el interior de la nave lo único que había era una penumbra vaporosa permanente que hacía difícil calcular el paso del tiempo.

Voyen dudó por un momento cuando pasaron al lado de una sección de la pared donde las cápsulas de refrigeración colgaban en grupos de unos pesados soportes de acero.

—Han acabado la autopsia del navegante Severnaya, y la he presenciado. —Señaló con un gesto una de las cápsulas cubiertas de escarcha. A Garro le pareció distinguir un rostro enjuto y gris en el interior—. Es tal como el capitán Carya sospechaba. El navegante resultó herido en el enfrentamiento, pero en realidad murió del trauma psíquico provocado por la transición de emergencia desde el espacio disforme. Al parecer, la situación también acabó con sus ayudantes y servidores. En su ya debilitado estado, era inevitable.

—Es como si le hubiera colocado el cañón del bólter pegado a la cabeza y apretado el gatillo. —Garro frunció el entrecejo—. Debería haberlo sabido. Con toda la locura que se había apoderado de la nave, debería haber sabido que no sobreviviría a la transición. —Al ver que Voyen no le contestaba nada, Garro lo miró directamente—. ¿Qué otra cosa podía hacer? Al campo Geller le quedaban pocos segundos para colapsarse. El espacio disforme nos habría destrozado o habríamos acabado hechos pedazos por una explosión de los impulsores.

—Hiciste lo que creíste que era mejor —le contestó Voyen, pero no fue capaz de evitar que en su voz se notara un matiz de reproche.

—Primero fue Decius el que me cuestionó, ¿y ahora eres tú? ¿Es que habrías hecho algo diferente?

—No soy el capitán de batalla —le contestó el sanador astartes—. Tan solo puedo constatar las consecuencias de la decisión que tomó mi comandante. Nuestra nave vaga sin rumbo en una zona del espacio que no está cartografiada. Todos los astrópatas y los navegantes han muerto, por lo que no podemos pedir ayuda ni

aventurarnos de nuevo en el espacio disforme. —En sus ojos brilló una furia apenas contenida—. Hemos escapado de la sedición en Istvaan únicamente para morir aquí, sin que a nadie le llegue nuestro mensaje. El Señor de la Guerra llegará a Terra antes de que nadie sepa de su perfidia. ¡La desesperación ronda por estos mismos pasillos, capitán, tan real como cualquier mutante asesino!

—Como siempre, aprecio tu sinceridad, Meric —admitió Garro, resistiéndose a castigarlo por decir unas palabras que bordeaban la insubordinación. Siguieron caminando—. Infórmame de las demás bajas.

—Muchos de los oficiales y de los demás tripulantes han sufrido heridas, y hay muchos muertos por… por las incursiones.

—¿Qué hay de nuestros hermanos de batalla?

Voyen dejó escapar un suspiro.

—Todo aquel que cayó en combate contra esas criaturas está muerto. Todos excepto Decius, y él apenas se mantiene con vida. —El apotecario señaló con un gesto del mentón la sección sellada—. La infección se esfuerza por apoderarse de todo su cuerpo. He hecho todo lo que he podido con las medicinas y el equipo que tengo a mi disposición, pero debo confesar que me encuentro al límite de mis conocimientos con esta enfermedad.

—¿Qué posibilidades de sobrevivir tiene? No quiero mentiras piadosas. ¿Vivirá?

—No puedo responder con exactitud a eso. No deja de luchar, pero al final, perderá fuerzas, y esa enfermedad que lo afecta no se parece a nada que yo haya visto u oído. Cambia de un momento a otro para imitar distintos vectores víricos, y está acabando poco a poco con su resistencia. —Voyen miró fijamente a Garro—. Deberías considerar seriamente concederle la liberación.

Garro entrecerró los ojos.

—Todo lo que ha ocurrido me ha obligado a matar a muchos astartes, ¿y ahora me pides que le corte la garganta a alguien que se encuentra demasiado debilitado como para defenderse solo?

—Sería un acto de compasión.

—¿Para quién? —le exigió saber Garro—. ¿Para Decius, o para ti? Puedo ver el asco que te da todo esto, Voyen. Preferirías echar al espacio cualquier prueba de toda esa inmundicia que nos atacó, ¿verdad? ¡Es más fácil para ti hacer caso omiso de las consecuencias o las relaciones que pueda tener con tus malditas logias!

El apotecario se detuvo en seco y se quedó callado ante el estallido de su comandante.

Garro vio su reacción y se arrepintió de inmediato de sus palabras. Apartó la mirada y vio que el capitán de los Lobos Lunares se acercaba a ellos.

—Lo siento, Meric. He dicho algo que no debía. La frustración que siento me ha impedido razonar…

Voyen se esforzó por no mostrar lo dolido que estaba.

—Tengo tareas que debo atender, mi señor. Con su permiso.

Se marchó mientras Qruze se acercaba. El anciano astartes se quedó mirándolo.

—Creemos que lo hemos visto todo y siempre llega el día en que el universo nos demuestra la falsedad de esa creencia.

—Sí —fue todo lo que Garro logró contestar.

Qruze asintió.

—Capitán, me he tomado la libertad de compilar un orden de batalla tras lo ocurrido desde Istvaan para que lo revises. —Le entregó a Garro una placa de datos y el capitán de batalla revisó los nombres—. Somos cuarenta astartes rasos y unos veinte veteranos con puesto de mando, incluido yo. Hay cinco guerreros heridos de gravedad durante la huida, pero capaces de entrar en combate si fuera necesario. En esta lista no estáis incluidos ni tú ni el apotecario.

—Solun Decius no está en la lista.

—Se encuentra en coma, ¿no? Está inválido, y, por lo tanto, no puede combatir.

El capitán de batalla se golpeó la pierna implantada con un puño al mismo tiempo que mostraba un gesto de desafío en el rostro.

—¡Algunos me dijeron lo mismo, y les demostré lo equivocados que estaban! Mientras Decius siga con vida, seguirá siendo uno de mis hombres —le replicó Garro —. Aparecerá en la lista de guerreros disponibles hasta que yo diga lo contrario.

—Como desees —le contestó Qruze.

Garro sopesó la placa que tenía en la mano.

—Setenta hombres, Iacton. De los miles de astartes de Istvaan, somos los únicos que seguimos con vida más allá del alcance de la traición del Señor de la Guerra.

Le seguía resultando difícil pronunciar en voz alta aquella palabra, y vio que a Qruze le resultaba igualmente difícil escucharla.

—Habrá otros —insistió el lobo lunar—. Tarvitz, Loken, Varren… Todos son excelentes guerreros, valientes, que no permitirán que esa rebelión siga adelante sin enfrentarse a ella.

—No lo pongo en duda —contestó el capitán de la Guardia de la Muerte—, pero cuando pienso en ellos, que se han quedado atrás mientras nosotros huíamos al espacio disforme… —Un nudo en la garganta le hizo perder la voz. El recuerdo del bombardeo vírico era demasiado doloroso todavía—. Me pregunto cuántos de ellos lograron ponerse a salvo en un lugar seguro antes de que se extendiera la plaga y la tormenta de fuego posterior. Si al menos hubiéramos podido salvar a unos cuantos, rescatar a algunos de nuestros hermanos…

Garro pensó en Saúl Tarvitz y en Ullis Temeter, y esperó que, al menos, la muerte les hubiera llegado con rapidez a sus dos amigos.

—La misión de esta nave es ser portadora de un mensaje, no un bote salvavidas. Por lo que sabemos, es posible que otras naves también hayan escapado, o se hayan puesto a salvo. La flota es enorme, y el Señor de la Guerra no puede tener ojos en todos lados.

—Quizá —admitió Garro—, pero no puedo mirar a los hermanos que están aquí conmigo y no pensar en aquellos que dejamos atrás para enfrentarse a Horus. —Se quedó de pie al lado del grueso cristal blindado de la cámara de contención y dejó apoyada allí una mano. Contempló con atención el marchito rostro de Decius. El joven se encontraba conectado a un complicado sistema de soporte vital—. Tengo la impresión de haber envejecido siglos en un solo día —añadió.

Qruze soltó una risa sin alegría.

—¿Eso es todo? Vive tanto tiempo como yo y te darás cuenta de que lo que importa no son los años, sino la distancia que viajas.

Garro apartó la vista de su camarada.

—Pues si es por eso, todavía soy más viejo.

—Con el debido respeto, eres un jovenzuelo, capitán de batalla Garro.

—¿Eso crees, lobo lunar? Te olvidas de la naturaleza del universo por el que pasamos. Estoy seguro de que si ajustáramos nuestros días de vida desde nuestros nacimientos según el calendario imperial, sería tan anciano como tú, hermano, si no mayor.

—Imposible —bufó el otro astartes.

—¿Lo es? El tiempo se mueve con ritmos distintos en Terra y en Cthonia. En el espacio disforme, se convierte en algo maleable e imprevisible. Cuando pienso en los años que he pasado de viaje a través de ese lugar infernal que es el espacio disforme o en la pequeña muerte que es la hibernación en viajes por debajo de la velocidad de la luz… Puede que no tenga tu mismo número de días, pero en cuestión de cronología, el asunto es muy distinto. —Volvió a fijar la mirada en Decius—. Veo a este pobre joven insensato y me pregunto si vivirá lo suficiente para conocer la gloria y adquirir la experiencia que yo he conocido y adquirido. Hoy me siento más cansado de lo que jamás me he sentido. Pensar en todos esos días de huida y de muertes pospuestas me agota. Su peso amenaza con hundirme.

La actitud de temperamento sufridor que era tan habitual en Qruze desapareció por un momento, y el viejo guerrero le puso una mano en el hombro a Garro.

—Hermano, ese es el peso que llevamos todos los días de nuestra vida, la carga que el Emperador decidió entregar a los astartes. Debemos llevar sobre nuestras espaldas el futuro de la humanidad y del Imperio, mantenerlo a salvo y devolvérselo como una ofrenda. Hoy, esa carga pesa más que nunca, y hemos visto que algunos de los nuestros ya no son capaces de soportarla. Eligieron… —Qruze respiró profundamente antes de continuar hablando—. Horus eligió dejarla a un lado y convenirse en un traidor a su juramento, así que debemos soportarla sin él. Debes soportarla, Nathaniel. El aviso que llevamos no puede quedar sin ser oído aquí, en la oscuridad. Haz todo lo que creas que es necesario para advertir a Terra. Todas las demás preocupaciones, nuestras vidas y las de nuestros hermanos, siguen siendo absolutamente secundarias en esta misión.

—Sí —le contestó Garro tras unos pocos instantes—. Dices en voz alta lo mismo que yo pienso, pero me ayuda oír a otra persona decirlo.

—*El Que se Oye a Medías* por fin es escuchado, ¿no? Es una pena que haya tenido que suceder todo esto para que sea así.

—Acepto mi responsabilidad en la misión —dijo el capitán de la Guardia de la Muerte mientras se llevaba la mano al pergamino con el juramento de combate que llevaba sellado a la placa pectoral de la servoarmadura—. Sin embargo, no la comprendo.

—La comprensión no es necesaria, tan solo la obediencia —le respondió Qruze, citando un viejo axioma.

—No es cierto —le replicó Garro—. La obediencia, la obediencia ciega, nos habría hecho seguir el estandarte de Horus y marchar contra el Emperador. Lo que me gustaría comprender es el porqué, Iacton. ¿Por qué le ha hecho algo semejante a su padre, el padre de todos nosotros?

—No dejo de pensar en ello una y otra vez. —El rostro del capitán de los Lobos Lunares se ensombreció por unos momentos—. Que me maldigan, Nathaniel. Que me maldigan si no lo vi venir pero tuve demasiado orgullo como para aceptarlo.

—Las logias.

—Y más que eso —añadió Qruze—. Al echar la mirada atrás, veo detalles triviales que significaron muy poco en esos momentos… Miradas y expresiones de mis camaradas. Ahora, bajo la luz que proporciona lo que ha ocurrido, de repente todo adquiere un nuevo aspecto. —Se quedó pensativo unos momentos—. La muerte de Xavyer Jubal en 63-19, la quema del Interes… Davin. Fue en Davin donde todo comenzó a cambiar, donde el impulso tomó una dirección. Horus cayó, y después se levantó, curado por métodos arcanos. Lo supe en aquel entonces, aunque no me atreví a pensar en todo lo que implicaba. Algunos individuos tomaron la naturaleza buena y abierta de nuestra hermandad y la transformaron poco a poco para que sirviera a sus propios fines. Unas sombras siniestras se apoderaron de los corazones de guerreros que habían sido fieles y devotos, astartes a los que yo había visto crecer a partir de jóvenes inexpertos hasta convertirse en excelentes soldados. Cuando por fin hablé de todo ello, pensaron que era un viejo bobo que no tenía nada más que ofrecer que batallitas y un blanco para sus burlas. —El lobo lunar apartó la mirada—. Mi crimen, hermano, mi crimen fue que les dejé hacerlo. Tomé el camino más fácil.

Garro negó con la cabeza.

—Si eso fuera cierto, no estarías aquí. Si todo lo ocurrido en estos últimos días me ha enseñado algo, es que llega un momento en el que todos y cada uno de nosotros es puesto a prueba. —Al decirlo, se acordó de nuevo de Euphrati Keeler—. Lo que ocurre en ese momento es lo que demuestra nuestra verdadera valía, Jactan. No podemos venirnos abajo, amigo mío. Si lo hacemos, estaremos condenados.

Qruze se rio en voz baja.

—Es extraño, ¿verdad? Me refiero a que escojamos esa palabra. Un término tan cargado de connotaciones religiosas, tan opuesto a la verdad secular que hemos jurado servir.

—La creencia no es siempre una cuestión de religiones —contestó Garro—. La fe es tanto cosa de los dioses como de los hombres.

—¿Eso crees? Quizá, entonces, deberías aventurarte en una de las cubiertas inferiores y visitar el depósito de agua vacío que hay en el piso número cuarenta y nueve. Allí podrás compartir tu opinión con los que se reúnen en ese lugar.

Garro frunció el entrecejo.

—No te entiendo.

—Me he enterado de que hay una iglesia en tu nave, capitán —le explicó Iacton—. Y la congregación de asistentes crece cada día que pasa.

* * *

Sindermann levantó la vista cuando Mersadie le dio unos golpecitos en el hombro. Dejó a un lado la electropluma y la placa de datos. Vio que había un par de jóvenes con ella, dos oficiales con los uniformes de la división de ingeniería. La rememoradora dudó un momento, y uno de ellos habló:

—Hemos venido a ver a la santa.

Kyril echó un vistazo a lo largo de la improvisada capilla. Vio que Euphrati estaba al otro extremo, sonriendo y hablando.

—Por supuesto —les contestó—. Aunque quizá tengáis que esperar.

—No importa —dijo el otro joven—. No estamos de servicio, pero no nos dio tiempo a llegar al… sermón.

El iterador sonrió levemente.

—Ni siquiera se le puede llamar así. No era más que un grupo de gente que piensa lo mismo, charlando. —Le hizo un gesto con el mentón a la mujer de piel oscura—. Mersadie, ¿por qué no te llevas a estos dos caballeros arriba? —Se palpó los bolsillos —. Creo que debo tener un ejemplar por algún lado…

—Ya tenemos uno —le informó el joven que había hablado en primer lugar.

Le mostró a Sindermann un desgastado cuadernillo con la clase de impresión que se conseguía con una maquinaria vieja y oxidada. No era el tipo de panfleto que había visto con anterioridad, nada parecido a los ejemplares que circulaban en el *Espíritu Vengativo*. Al parecer, el *Lectio Divinitatus* había conseguido llegar a la *Eisenstein* antes que el propio iterador.

Oliton se llevó a los dos oficiales y Kyril se quedó contemplando cómo se alejaban. Al igual que todos ellos, solo ahora se daba cuenta Mersadie del camino que tenía que recorrer. Sindermann sabía que se mantenía fiel a su vocación de rememoradora, solo que las imágenes y relatos que almacenaba en los rollos de memoria que tenía implantados en la cabeza no pertenecían ya a la Gran Cruzada o a los hechos

gloriosos de Horus. Mersadie había adoptado con tranquilidad la función de documentalista de su naciente credo. Eran los relatos de y sobre Euphrati Keeler los que almacenaba y entretejía para que tuvieran una entidad coherente. Kyril bajó la mirada a la placa de datos donde había estado intentando organizar sus propias ideas, y reflexionó profundamente. ¿Cómo podía haber esperado formar parte de algo como aquello? A su alrededor crecía una Iglesia. Se estaba concretando un sistema de creencias que ganaba adeptos y poder bajo la sombra de la rebelión del Señor de la Guerra. ¿Cómo podría haber decidido el destino que él, Kyril Sindermann, iterador principal de la Verdad Imperial, era el más adecuado para esa función? Y sin embargo, allí estaba, transcribiendo las palabras de Keeler, dándoles forma para que las congregaciones las oyeran mientras Mersadie estaba a su lado, parpadeando para grabar las imágenes y registrar cada hecho de la vida de Euphrati.

Sindermann recorrió, y no por primera vez, la serie de acontecimientos que lo habían llevado hasta allí y se preguntó qué habría pasado si hubiera dicho otra cosa, pensado otra cosa. No tenía duda alguna de que, a esas alturas, ya estaría muerto, acribillado en la exterminación en masa de rememoradores que se había producido a bordo de la nave de combate de Horus. Únicamente la intervención del camarada de Loken, Iacton Qruze, les había salvado la vida. El eco del miedo que había sentido al presenciar el bombardeo de Istvaan III lo recorrió de nuevo. La muerte les había pasado muy cerca, y a pesar de ello, Euphrati no había mostrado preocupación alguna. Ella sabía que sobrevivirían, lo mismo que había sabido guiarlos hasta aquella nave y a su huida. Antaño rechazaba la idea de la existencia de poderes divinos y de los llamados santos que estaban en comunión con ellos. Euphrati Keeler había barrido ese escepticismo con su tranquila autoridad y le había obligado a cuestionarse la luz secular de la razón inmutable al servicio de la cual había dedicado toda su vida.

Todos habían cambiado desde aquel día en la cordillera de las Cabezas Susurrantes, cuando Jubal se había transformado en algo que desafiaba cualquier clase de categorización en la mente de Sindermann. ¿Un demonio? Al final, Kyril fue incapaz de encontrar otro término con el que explicarlo. La luz de la lógica huyó de su cerebro y su apreciada Verdad Imperial no le sirvió de nada. Después, el horror volvió para destruirlos a todos.

Pero habían sobrevivido, y lo habían hecho gracias a Euphrati. Sindermann había presenciado cómo ella derrotaba el poder de monstruo engendrado en el espacio disforme con nada más que un aquila de plata y su fe en el Emperador de la Humanidad. La necesidad que el iterador sentía de negar todo aquello desapareció ese día, al igual que la odiosa criatura. Sindermann vio la verdad, la auténtica verdad. Keeler era un instrumento de la voluntad del Emperador. No existía otra explicación para ello. En su grandeza… No, en su divinidad, el Emperador le había concedido a la imaginista una fracción de su poder. Todos habían cambiado, era cierto, pero Euphrati Keeler era la que más había cambiado de todos ellos.

La joven desafiante pero sin rumbo en la vida, la rememoradora cuyas imágenes habían captado los momentos históricos que se producían a su alrededor, había desaparecido por completo. En su lugar, había una criatura nueva, una mujer que al mismo tiempo descubría y forjaba el camino que todos ellos debían seguir en la vida. Kyril debería haber sentido miedo. Debería haber estado aterrorizado ante la posibilidad de que murieran durante la huida de la perfidia de Horus. Una simple mirada a Keeler hacía que todos esos temores desaparecieran. La contempló mientras hablaba con los dos ingenieros, sonriendo y asintiendo, y notó que lo recorría una cálida sensación. «Esto es fe —se dijo a sí mismo—. ¡Es una sensación tan embriagadora!». Si eso era lo que sentían, no era de extrañar que los creyentes que se habían encontrado a lo largo de la cruzada se hubiesen resistido tanto.

En esos momentos, Kyril encontraba la misma clase de fuerza en el *Lectio Divinitatus*. Su lealtad y amor por el Imperio jamás habían desaparecido. Si algo así era posible, sentía una devoción todavía mayor hacia el Señor de la Humanidad. Estaba dispuesto a entregarse por el Emperador, no solo en corazón y mente, sino también en cuerpo y alma.

No era el único con ese sentimiento. El culto a Terra, como se lo llamaba a veces, era cada vez más fuerte. El panfleto que el ingeniero tenía en las manos, la facilidad con la que Mersadie encontró aquel depósito de agua vacío en el que montar su improvisada capilla, todo ello mostraba que el *Lectio Divinitatus* existía en la nave. Y si estaba en aquella pequeña fragata sin importancia, entonces quizá también estaría en otros lugares, no solo ya en las naves de la flota de Horus, sino quizá más lejos, en planetas y naves dispersos por todo el Imperio. Aquella fe estaba a punto de convertirse en algo que se había creado a sí mismo, y lo único que necesitaba era un icono al que seguir: una santa viviente.

Euphrati hizo el signo del aquila, y los dos ingenieros la imitaron. El estado de ánimo inquieto que había visto en los ojos de ambos cuando llegaron había desaparecido. Se alejaron con pasos firmes, con una nueva confianza en sus ánimos.

—El Emperador protege —dijo el más joven de los dos al pasar al lado del iterador al mismo tiempo que hacía un gesto de asentimiento para darle las gracias.

Kyril respondió al gesto. La muchacha les había proporcionado fe y los había tranquilizado en sus temores, lo mismo que había hecho con decenas de otras personas. Al principio, el número de hombres y mujeres que buscaban el camino hasta la improvisada capilla había sido escaso, pero cada vez llegaban con más asiduidad para oírle hablar o, simplemente, para estar en el mismo lugar que la joven. Sindermann se quedó impresionado de cómo se había extendido la noticia de la presencia de Keeler.

—¡Sindermann! —Se dio la vuelta y vio que Mersadie corría velozmente hacia él, con el bello rostro contraído por una mueca de terror—. ¡Alguien viene!

El temor no verbalizado en sus palabras le trajo recuerdos de las reuniones en secreto que habían organizado a bordo del *Espíritu Vengativo*, y de los guerreros que

habían acudido con bólters y mazas por orden del Señor de la Guerra para acabar con todos.

—Uno de los centinelas acaba de avisarnos —añadió—. Es solo uno. Un solo astartes.

Sindermann se puso en pie. Distinguió el ruido de los pasos de unas botas pesadas que resonaban en el pasillo de servicio que había al otro lado de la compuerta que daba al depósito de agua. Cada vez sonaban más cerca.

—¿El centinela vio alguna arma? ¿Viene armado?

—¿Cuándo no lo están? —le soltó Oliton—. Incluso cuando no empuñan una espada o una pistola, ¿cuándo están desarmados?

Su respuesta apenas se oyó cuando la compuerta se abrió de repente y golpeó contra la pared. La reverberación hizo que todos los demás sonidos de la capilla desaparecieran. Un enorme individuo protegido por una armadura de color blanco mármol se inclinó para entrar en el compartimento. Sindermann llegó a ver el brillo del bronce pulido de un pectoral con una cabeza de águila grabada. El iterador dio un paso adelante y le hizo una leve reverencia al guerrero de la Guardia de la Muerte mientras se esforzaba por controlar su nerviosismo.

—Bienvenido, capitán Garro. Es el primer astartes en venir aquí.

* * *

Garro bajó la vista para mirar al diminuto hombrecillo. Era un individuo delgado y de aspecto agitado, poco más que un puñado de palos secos dentro de una túnica de iterador, pero tenía una mirada firme y la voz no le tembló.

—Sindermann —dijo Garro.

Miró a su alrededor, al interior del depósito. Era un amplio espacio cilíndrico de unos dos puentes de alto, con pasarelas de suelo de rejilla a distintos niveles y un entramado de cañerías y conductos que morían en la estancia. De las paredes salían unas altas hojas de metal que actuaban como deflectores internos cuando el depósito estaba lleno de agua, pero cuando estaba vacío, como ocurría en esos momentos, le proporcionaban al lugar un aspecto de capilla de paredes metálicas desgastadas. Varias plataformas de carga sacadas de la cubierta de servicio hacían las funciones de asientos improvisados, y el altar lo constituía un contenedor de células de combustible.

—¿Es usted quien ha creado todo esto?

—Tan solo soy un iterador —le replicó Sindermann.

—¿Qué está haciendo aquí? —le exigió saber Garro. En su interior notaba un conflicto entre la rabia y la frustración que sentía—. ¿Qué es lo que espera conseguir?

—Esa es una pregunta que deberías hacerte a ti mismo, Nathaniel.

La imaginista, la mujer a la que ellos llamaban «la santa», se acercó a él hasta quedar bajo la luz de una serie de globos de brillo.

—Keeler —dijo Garro con un tono de voz precavido—. Tú y yo tenemos que hablar.

—Por supuesto —le respondió ella, asintiendo y haciéndole un gesto para que la siguiera.

—¡No le hará daño! —le soltó la otra rememoradora, la que Qruze había identificado como Mersadie Oliton. Sus palabras eran a medias una amenaza y un grito de desesperación. Garro alzó una ceja ante su temeridad.

Keeler habló de nuevo, y su voz llegó a todos los miembros de la congregación que observaban en silencio.

—Nathaniel ha venido porque no es diferente a cualquiera de nosotros. Todos buscamos un camino en la vida, y quizá yo pueda ayudarlo a encontrar el suyo.

Y con aquello, el soldado y la santa buscaron un lugar tranquilo en una esquina envuelta en penumbra y se sentaron el uno frente al otro en los límites de la luz.

* * *

—Tienes preguntas —le dijo ella mientras servía un par de tazas de agua—. Las responderé si puedo.

El capitán hizo una mueca y tomó la diminuta taza en una mano.

—Este culto va contra la voluntad del Imperio. No deberías haber traído tus creencias a este lugar.

—No he podido evitar hacerlo, del mismo modo que tú no puedes traicionar a tus hermanos, Nathaniel.

Garro soltó un gruñido antes de beberse la taza de un trago y luego sonreír con amargura.

—Y sin embargo, algunos dirían que eso es exactamente lo que he hecho. He huido del campo de batalla, ¿y para qué? Horus y mi propio primarca proclamarán que soy un traidor por hacerlo. He abandonado a un destino incierto a hombres a los que había jurado ayudar, e incluso he fallado en la huida que he iniciado.

—Te pedí que nos salvaras, y lo has hecho —le comentó Keeler con amabilidad—. Y volverás a hacerlo. Eres todo lo mejor que representa tu legión. Nos has protegido de la muerte. No hay fracaso alguno en ello.

Garro quiso considerar las palabras de la imaginista una adulación y acusarla de proclamar alabanzas huecas, pero no pudo evitar sentirse agradecido por sus elogios. Se obligó a sí mismo a dejar a un lado aquellos pensamientos y sacó de una de las cartucheras que llevaba en el cinto los papeles de Kaleb. Estaban sujetos con la cadena del icono de bronce.

—¿Qué significado tiene todo esto, mujer? El Emperador es una fuerza contra todas las falsas deidades, y sin embargo, tu doctrina habla de él como si fuera un dios. ¿No es una contradicción?

—Has respondido a tu propia pregunta, Nathaniel —le contestó ella—. Has hablado de «falsas deidades», ¿no es así? La verdad, la auténtica Verdad Imperial, es que el Señor de la Humanidad no es un falso dios. Es un dios de verdad. Si reconocemos eso, él nos protegerá. —Garro soltó un bufido despectivo, pero ella siguió hablando—. En el pasado, los sacerdotes exigían que se tuviera fe basándose simplemente en las palabras de un libro. —Señaló con un gesto el manojo de papeles que había sacado el capitán—. ¿Es eso lo que te pide el Emperador? Respóndeme a esta pregunta, astartes: ¿de verdad no has sentido su espíritu en ti?

A Garro le costó un verdadero esfuerzo responder.

—Sí, lo he hecho…, o eso creo. No estoy seguro.

Keeler se recostó hacia atrás y su actitud tranquila y relajada desapareció por completo. Su rostro pareció concentrarse y mostrar un aspecto muy serio, dejando a un lado la santa serenidad que se esperaba de ella.

—No te creo. En realidad, creo que estás seguro, pero estás tan aferrado a tus ideas y costumbres que decirlo en voz alta te da miedo.

—Soy un astartes —le contestó Garro con un gruñido—. No le tengo miedo a nada.

—Hasta hoy. —Ella lo miró fijamente—. Tienes miedo de esta verdad, porque es de tal magnitud que te convertirás en alguien nuevo para siempre. —Keeler le puso una mano sobre un guantelete—. De lo que no te das cuenta es de que ya has cambiado. Lo único que ocurre es que tu mente va por detrás de tu espíritu. —La imaginista lo observó con atención—. ¿En qué crees?

Garro respondió sin dudarlo ni un instante.

—En mis hermanos, en mi legión, en mi Emperador y en el Imperio. Pero algunas de esas creencias me han sido arrebatadas.

Euphrati le dio unos cuantos golpecitos en la placa pectoral.

—No de aquí. —Dudó un momento—. Sé que los astartes poseéis dos corazones, pero tú ya me entiendes.

—Lo que he visto… —Garro suavizó el tono de voz—. Me arranca de raíz la razón. Me estoy cuestionando todo lo que consideraba una verdad absoluta. La criatura alienígena infantil que vio mi interior se burló de mí hablando sobre lo que estaba a punto de ocurrir… Grulgor, muerto pero vuelto a la vida por alguna clase de repugnante infección…, y tú, a quien vi en mis sueños cuando estaba casi muerto. —Hizo un gesto negativo con la cabeza—. Estoy tan a la deriva como esta nave. Dices que estoy seguro de algo, pero a mí no me da esa sensación. Lo único que veo son caminos que llevan a la destrucción; un laberinto de dudas.

La mujer dejó escapar un suspiro.

—Sé cómo te sientes. Nathaniel. ¿Crees que yo quería todo esto? —le dijo mientras se tiraba de la túnica que llevaba puesta—. Yo era imaginista, y muy buena, por cierro. Retrataba los hechos históricos tal y como ocurrían. Mi arte era conocido en un millar de mundos. ¿Crees que quería sentir la mano de un dios sobre mí, que

soñaba con que algún día me convertiría en una profeta? Lo que somos es tanto a donde nos lleva el destino como lo que hacemos durante el trayecto —Keeler le sonrió —. Te envidio, capitán Garro. Posees algo que yo no tengo.

—¿El qué?

—Un deber. Sabes lo que debes hacer. Puedes utilizar esa claridad de visión, una misión a la que puedes aferrarte y luchar por cumplir. ¿Yo? Mi tarea cada día es nueva, un desafío distinto, una lucha constante por encontrar la senda adecuada. De lo único que puedo estar segura es de que tengo una aspiración, pero todavía no puedo verle la forma.

—Tienes un propósito en la vida —murmuró el astartes.

—Los dos lo tenemos —contestó Keeler mostrándose de acuerdo—. Todos lo tenemos. —Luego, alargó una mano y le tocó en la mejilla con suavidad. La sensación de sus dedos contra la piel encallecida y llena de cicatrices envió una descarga cosquilleante por los nervios de Gano—. Desde que salvaste a la nave de los ataques del espacio disforme, algunos miembros de la tripulación han estado rezando para que un milagro nos salve. Me preguntaron por qué no me unía a sus oraciones para pedirlo, y les contesté que no había necesidad. Les dije: «Ya nos ha salvado una vez. Lo único que tenemos que hacer es esperar a que el guerrero del Emperador encuentre el modo de hacerlo».

—¿Eso es lo que soy? ¿La voluntad divina del Emperador hecha carne?

Ella le sonrió de nuevo, y con aquel gesto, Garro sintió otra vez la poderosa emoción que lo había embargado cuando estaba a solas en los barracones.

—Mi querido Nathaniel, ¿cuándo has sido otra cosa?

* * *

—Estado de la situación —le preguntó Qruze a Sendek, que estaba en la consola de control.

El guardia de la muerte miró al lobo lunar y le hizo un gesto de asentimiento cargado de cansancio.

—Sin cambios —contestó. Luego miró a su alrededor en el puente de mando, a ver si alguno de los oficiales tenía algo que añadir.

Carya lo miró a su vez e hizo un gesto negativo con la cabeza. Muchos de los tripulantes del puente de mando, incluida la oficial Vought, gozaban de una suspensión temporal de sus deberes ante el vacío espacial en el que se encontraban. Los que se habían quedado eran los siempre despiertos astartes, mientras los demás se tomaban un pequeño respiro.

—Las máquinas de comunicación continúan enviando señales de forma cíclica por el aparato de corta distancia, aunque, siendo optimistas, se calcula que no alcanzarán ningún lugar habitado por humanos hasta dentro de mil años al menos.

El veterano guerrero frunció el entrecejo.

—¿No tienes nada constructivo que añadir?

Sendek asintió.

—En interés de la posteridad, he comenzado a cartografiar este sector del espacio. De este modo, si se da la casualidad de que recuperan esta nave en el futuro, los datos les podrán ser de utilidad a aquellos que nos encuentren.

Qruze chasqueó los dientes.

—¿Todos los de la Guardia de la Muerte son así de pesimistas? Todavía no somos cadáveres.

—Prefiero pensar que soy realista —le replicó Sendek malhumorado.

Ambos se dieron la vuelta cuando la compuerta que daba paso al puente de mando se abrió para permitir la entrada del apotecario Voyen. A Sendek todavía le costaba trabajo perdonarle a Voyen su pertenencia a las logias, por lo que apartó la mirada. El apotecario se dio cuenta de que Qruze se había percatado de la tensión entre ambos, pero se limitó a observarlo todo en silencio.

—¿Dónde está el capitán de batalla? —preguntó Voyen.

—En las cubiertas inferiores —contestó Qruze—. Yo tengo el mando. Puedes dirigirte a mí, hijo.

—Como desees, tercer capitán. He completado un inventario de las existencias de suministros y provisiones. Si organizamos un racionamiento a un nivel de subsistencia, calculo que la tripulación de la *Eisenstein* dispone de provisiones para poco más de cinco meses y un tercio.

Carya se acercó a ellos y se atrevió a sugerir algo.

—¿No podríamos poner en suspensión vital a todos los tripulantes que no fueran esenciales?

Voyen asintió.

—Es una posibilidad, pero con las instalaciones de las que dispone esta nave, eso nos daría un mes más, quizá dos como mucho. También he examinado las posibilidades de otros métodos de emergencia, como efectuar una selección, pero los resultados no difieren mucho.

El capitán de la nave torció el gesto.

—¡No vamos a elegir tripulantes para una ejecución voluntaria, si eso es lo que está sugiriendo!

—Siete meses a velocidad sublumínica en mitad del vacío —dijo Sendek al mismo tiempo que se abría de nuevo la compuerta de entrada—. Y Horus anda por ahí fuera, con capacidad para atacar Terra, que sigue sin estar al corriente de su traición.

Garro entró con paso firme en el puente de mando.

—Eso no ocurrirá si puedo evitarlo. Hemos llegado demasiado lejos como para que ahora nos quedemos sentados esperando a que la muerte venga por nosotros. Tenemos que poner manos a la obra. —Señaló con un gesto del mentón a Carya—. Capitán, ordene a la tripulación del enginarium que carguen los motores de disformidad a toda potencia.

—Capitán, a menos que a esa santa que está ahí abajo cantando himnos le haya crecido un tercer ojo y esté dispuesta a guiarnos a Terra, no podremos atravesar ninguna distancia interestelar —el tono de voz de Voyen era tenso y sarcástico—. ¡No tenemos un navegante, mi señor! Si entramos en el espacio disforme, ¡nos perderemos para siempre y las criaturas que nos atacaron la última vez dispondrán de toda la eternidad para acabar con nosotros!

—En ningún momento he dicho que vayamos a regresar al espacio disforme —le replicó Garro con frialdad—. Carya, ¿cuánto tardarán esos motores en estar a máxima potencia?

El oficial estudió los datos de la consola.

—Unos pocos momentos, señor. —Dudó un momento antes de continuar—. Capitán, lo que dice su apotecario es cierto. No veo razón alguna para poner de nuevo en marcha esos motores.

Garro no contestó a la pregunta implícita.

—Quiero que los motores sublumínicos estén preparados para efectuar una aceleración de combate máxima en cuanto dé la orden. Haga sonar la alarma general y prepare los escudos de vacío para la activación inmediata.

Voyen hizo un gesto señalando todo el puente de mando mientras empezaban a sonar las sirenas de alarma.

—¿Ahora motores y escudos? Nathaniel, ¿esto es alguna clase de sesión de entrenamiento? ¿Alguna clase de tarea improvisada para mantener ocupada a la tripulación? ¿O es que la chica profeta esa te ha dicho que estamos a punto de sufrir un ataque?

—Cuidado con lo que dices —le advirtió Garro—. Mi paciencia tiene un límite.

—Motores sublumínicos preparados —le informó Carya—. Escudos preparados para la activación.

—Esperen mi orden —dijo el capitán de batalla.

Qruze, que seguía al otro lado del puente de mando, se frotó la barbilla con una mano.

—¿Vas a contarnos de una vez a qué viene toda esta actividad, muchacho? Confieso que me estoy enterando tan poco como el sierrahuesos.

Carya levantó la mirada.

—Motores de disformidad a toda potencia. Los sistemas de baterías están al límite de su capacidad. ¿Qué quiere que haga con ellas?

—Despeje los compartimentos de los motores de disformidad y arme los sistemas de liberación de esos compartimentos. Cuando dé la orden, desactivará los mecanismos de control de esos motores y lanzará al espacio los compartimentos. Después, alzará los escudos y pondrá los motores sublumínicos a toda potencia.

Qruze soltó una breve risotada.

—¡Eres tan audaz como temerario!

—¿Lanzar los motores de disformidad al espacio? —Sendek se quedó con la boca abierta—. ¡Con toda esa energía en su interior, estallarán como una supernova!

Garro asintió con gesto solemne.

—Un destello de disformidad. La explosión resonará tanto en el immaterium como en el espacio real. Actuará como una baliza de socorro para cualquier nave en un radio de cien pársecs.

—¡No! —el grito de Voyen recorrió todo el puente de mando—. ¡Por Terra, no! ¡Has ido demasiado lejos! ¡Eso es una sentencia de muerte!

Garro lo miró con dureza.

—¡Abre los ojos de una vez, Meric! ¡Todo lo que hemos hecho desde que desafiamos la voluntad del Señor de la Guerra es una sentencia de muerte y, sin embargo, seguimos vivos! —Alargó una mano y se la puso en el hombro al apotecario —. Confía en mí, hermano. Saldremos de esta.

—No —repitió Voyen, y con un rápido movimiento, el veterano de la Guardia de la Muerte desenfundó la pistola bólter y la colocó apuntando a la frente de Garra—. No permitiré que lo hagas. ¡Nos matarás a todos, y todo lo que hemos sacrificado no servirá para nada! —la voz le temblaba por el temor—. ¡Dile a Carya que revoque esas órdenes o te pego un tiro aquí mismo!

Sendek y Qruze hicieron ademán de desenfundar sus armas, pero Garro se lo impidió con una orden tajante.

—¡Quietos! Esto es entre Meric y yo, y nosotros solos lo arreglaremos. —Miró fijamente a los ojos al apotecario—. Capitán Carya, ejecute mis órdenes dentro de sesenta segundos a partir de… ahora —dijo el capitán de batalla.

—S… sí, señor —tartamudeó el oficial.

Al igual que todos los demás que estaban presentes en el puente de mando, era plenamente consciente del peligro que comportaban las órdenes que había dado Garro. El apotecario tenía razón. Podía significar la destrucción de la nave si los motores sublumínicos de la *Eisenstein* no lograban alejarla lo suficiente del radio de impacto de la explosión de disformidad.

Voyen amartilló el percutor de la pistola.

—¡Capitán, por favor, no me obligues a hacerlo! Obedeceré todas las órdenes que me des, menos esta. Has dejado que esa mujer te nuble el sentido.

La negra bocacha del arma no se movió ni un milímetro y continuó apuntando al entrecejo de Garro. A una distancia tan corta, bastaría con un solo proyectil del arma para convertir la desprotegida cabeza del capitán de la Guardia de la Muerte en una neblina rojiza.

—Meric, no importa si me matas o no. Sucederá de todos modos y la nave será rescatada. Nuestro mensaje de aviso le llegará al Emperador. Yo no lo veré, pero moriré contento porque sé que sucederá. Tengo fe, hermano. ¿Qué tienes tú?

—Treinta segundos —informó Qruze—. Armados los cierres de liberación. Los circuitos de control están apagados. La sobrecarga se ha iniciado.

—¡Tú eres el que me ha obligado a hacer esto! —le gritó Voyen—. Muerte, muerte y más muerte, hermanos enfrentados a hermanos… ¿Cómo puedes estar seguro de que no nos corromperemos como lo hicieron Grulgor y sus hombres? ¡Nos convertiremos en lo mismo que ellos! ¡En abominaciones!

Garro extendió una mano.

—Eso no nos pasará. No tengo ninguna duda al respecto.

—¿Cómo puedes saberlo? —gritó de nuevo el apotecario, pero la pistola le tembló en la mano.

Garro alargó un brazo con cuidado y tomó en su mano la pistola.

—El Emperador protege —dijo simplemente.

—Cero —anunció el lobo lunar.

Trece
Vigilia silenciosa
Intrépido
Encontrados

Cientos de cargas explosivas situadas en la parte posterior de la zona ventral del casco de la fragata estallaron al mismo tiempo en el silencio del espacio y lanzaron grandes placas metálicas al vacío. Los gruesos cilindros que encerraban los motores interestelares de la nave salieron rodando sobre raíles y cayeron hacia la oscuridad. Los diversos conductos y tuberías se partieron y soltaron chorros de líquido refrigerante mientras los cables emitían una lluvia de chispas. Unos orbes centelleantes de energía acumulada giraron y aullaron en el interior de los eyectados motores de disformidad. Esa energía, que habitualmente se habría canalizado en la creación de un portal al immaterium, no encontró salida alguna, por lo que giró y giró sobre sí misma, cada vez a mayor velocidad, dirigiéndose en espiral hacia la formación de una masa crítica.

La *Eisenstein* se alejó a toda la velocidad que pudo impulsada por unos relucientes chorros de fuego de fusión y dejó atrás las partes de sí misma que había dejado libres. Los módulos se fueron acercando entre sí debido a la potencia gravitacional de los motores de disformidad, y a medida que lo hacían, entre ellos empezaron a saltar unas tremendas descargas de rayos de un brillante color blanco-azulado que también persiguieron a la fugitiva fragata. Los escudos de vacío que la protegían brillaron incandescentes, pero se mantuvieron firmes. Lo que los pondría verdaderamente a prueba todavía tardaría unos segundos en llegar.

Los núcleos de los motores comenzaron a derretirse y a deformarse. La energía que contenían creció hasta tal punto que se convirtió en una reacción que se alimentaba a sí misma y que aumentaba de potencia gracias a los estados diferenciales existentes entre las dimensiones del espacio disforme y el vacío común del espacio real. Unas descargas circulares de extrañas radiaciones, visibles en todos los planos del espectro, irradiaron desde aquella amalgama aplastada de materia y energía. Los motores de disformidad se habían adentrado demasiado pronto en la locura del immaterium, y el empuje de la energía que se desbordaba fue demasiado rápido, y en demasiada cantidad.

La reacción generó una implosión. Todo, los paneles de la sección de casco eyectada, los trozos de metal sueltos, el polvo y las motas de moléculas de hidrógeno que flotaban en libertad, hasta el propio espacio que rodeaba todo lo anterior, se dobló sobre sí mismo en un desesperado intento por autoalimentarse.

Si hubiera existido un ojo que fuera capaz de ver algo tan anormal o que tuviera la posibilidad de ver en un espectro de energía muy por encima del humano normal, habría captado la presencia de una aullante bestia con tremendas garras mirando desde el centro de la masa de energía, pero en ese momento se produjo la explosión.

La rugiente destrucción de los motores de disformidad creó una esfera de radiación que iluminó el espacio como un sol moribundo y cuyo brillo cruzó las barreras entre dimensiones. En el empíreo se convirtió en un aullido descomunal, un destello de color azul apagado, en una oleada de pánico puro y en un millón de otras cosas. En el espacio real fue una onda de energía restallante que golpeó a la nave que huía y la sacudió de popa a proa con una fuerza letal.

* * *

En las profundidades del empíreo, el borde irregular de una onda de choque se rompió contra los sentidos sobrenaturales de una mente superior. El flujo de descargas ocultó todas las demás visiones de pensamientos en un instante de dolorosa sobrecarga. Golpeó las tormentas de locura que se agarraban a su mente y las arrastró hasta llevárselas y destrozarlas. La mente se vio sacudida y azotada por el impacto, arrojada durante unos segundos interminables al turbulento reflujo del paso de la onda de choque. Después, el destello desapareció y solo dejó atrás el eco de su creación. Donde antes tan solo existían tormentas y niebla, en ese momento se veía todo despejado, con una gran claridad.

La mente exploró y estudió el espacio abierto del immaterium y encontró el punto de origen. Al igual que el destello de un rayo nocturno iluminaba un paisaje envuelto en sombras, la onda de choque había conseguido que el fluido terreno del espacio disforme fuera visible en todos sus detalles.

Le proporcionó solidez cuando todos los demás medios de comprenderlo habían fracasado. De repente, sendas que habían estado ocultas eran claras y discernibles. El camino quedó abierto de forma súbita, y al otro lado de una extrema distancia, el epicentro de la creación de aquel efecto seguía ardiente.

Con extremo cuidado, la mente comenzó a calcular una ruta que la llevara hasta allí. La curiosidad echó a un lado cualquier otra consideración.

* * *

Garro dejó a un lado la electropluma y repasó el texto que había escrito sobre la lisa y vítrea superficie de la placa de datos. Soltó un profundo suspiro y apareció una nube

de vapor blanco que después se desvaneció en el frío y escaso aire del observatorium. Todas las superficies de la estancia estaban cubiertas de escarcha, desde las vigas de acero hasta las amplias superficies de las ventanas, donde la mayor parte del espacio estaba cubierto de manchas blancas. Debido a la onda de choque provocada por el destello de disformidad, numerosos sistemas de energía que ya estaban dañados por la dramática huida de Istvaan III habían dejado de funcionar por completo, y cubiertas enteras de la nave se habían quedado sin sistemas de apoyo vital. Carya había cerrado el puente de vuelo y se había trasladado con la tripulación de mando a un púlpito de control secundario, dejando que el puente superior quedara muerto y a oscuras. Poco a poco, la *Eisenstein* se estaba convirtiendo en una tumba helada.

—Capitán —lo saludó Qruze cuando apareció en el lugar y quedó iluminado por el apagado brillo de la luz de las estrellas, que entraba a través del cristal blindado cubierto de escarcha—. ¿Me has mandado llamar?

Garro le mostró la placa de datos.

—Quiero que seas testigo de esto.

Nathaniel se quitó el guantelete de la mano izquierda y apretó el sello de comandante que llevaba puesto en el índice sobre una lámina sensora de la placa de datos. El aparato soltó un zumbido al reconocer el diseño único del anillo y del código genético de su portador. Le pasó la placa al capitán de los Lobos Lunares y el viejo guerrero leyó en silencio lo que Garro había escrito.

—¿Una crónica?

—Quizá sería más apropiado pensar en ello como en una última voluntad y testamento. He anotado todos los acontecimientos de relevancia que precedieron a nuestra huida de la flota, y todo lo que sucedió después. Nuestros hermanos deben encontrar un testimonio de lo ocurrido aunque no vivamos lo suficiente para entregárselo en persona.

Qruze soltó un bufido, pero repitió el procedimiento que había efectuado Garro: confirmó el contenido de la placa de datos con un toque de su sello.

—Preparado para lo peor. Primero ese joven, Sendek, y ahora tú. Guardia de la Muerte de nombre, y lúgubre por naturaleza, ¿no es así?

Garro tomó la placa de datos y la guardó en una especie de maletín blindado.

—Solo quiero tener previstas todas las eventualidades. Este maletín sobrevivirá a cualquier posible explosión y al vacío, incluso a la destrucción de esta nave.

—Entonces, ¿qué hay de todo lo que dijiste en el puente de mando? ¿Lo que declaraste delante del apotecario, todo era una farsa? Nos dices que sobreviviremos, pero ¿en secreto te preparas por si no lo hacemos?

—No os mentí, si eso es lo que quieres insinuar —le contestó Garro con un gruñido—. Sí, creo que llegaremos a ver Terra, pero no hay mal alguno en ser precavido. Es el modo de actuar de la Guardia de la Muerte.

—Pero haces todo esto fuera de la vista de los hombres, y como único testigo, un capitán de los Lobos Lunares. ¿Quizá se debe a que no quieres minar la fe que has

encendido en los demás?

Garro apartó la mirada.

—Los años no han disminuido tu capacidad de razonamiento, Iacton. Estás en lo cierto.

—Te entiendo. En unos momentos como estos, sus convicciones es lo único a lo que se puede agarrar una persona. Antes de… Istvaan, poseíamos la fe en nuestras respectivas legiones y primarcas. Ahora debemos encontrar la fe donde podamos.

—El Emperador sigue siendo nuestro punto de referencia —le contestó Garro, mirando hacia las estrellas—. De eso no tengo duda.

Qruze asintió.

—Sí, supongo. Nos has convertido a todos en creyentes, Nathaniel. Además, esa crónica que has escrito es un esfuerzo desperdiciado.

—¿Por qué?

—Porque la historia se queda a medias.

En el rostro marcado de cicatrices de Garro apareció una leve sonrisa.

—Claro. Me pregunto cómo acabará todo.

El capitán de batalla se alejó unos pocos pasos haciendo crujir la delgada capa de hielo bajo las botas.

—¿Es que tu santa no te lo ha dicho? —le preguntó Qruze con un tono de reproche irónico.

—No es mi santa —le replicó Garro—. Keeler es… Tiene una visión.

—Puede que sea así. Lo cierto es que muchos de los tripulantes parecen estar de acuerdo con esa afirmación. Hay muchos más asistiendo a los sermones en las cubiertas inferiores. Sé de buena tinta que el iterador, Sindermann, ha trasladado la improvisada iglesia a un compartimento de mayor tamaño en uno de los puentes de la armería para poder acomodar mejor a todos los asistentes.

Garro pensó en ello un momento.

—Cerca del casco interior. En aquel lugar hará menos frío, estarán más protegidos.

—Han asistido unos cuantos astartes, capitán. Al parecer, el hecho de que hablaras con la mujer ha dado legitimidad a lo que dice.

Garro lo miró fijamente.

—Y tú no lo apruebas.

—La idolatría no es propia del estilo de vida imperial.

—Yo no veo ídolo alguno, Iacton, tan solo alguien que tiene un propósito en su servicio al Emperador, lo mismo que tú y que yo.

—Un propósito —repitió el lobo lunar—. A eso se reduce todo, ¿no? En el pasado jamás tuvimos que esforzarnos por encontrar nuestro propósito en la vida. Siempre se nos recordaba cuál era nuestro propósito, el Emperador se lo comunicaba al primarca y el primarca al astartes. Ahora, lo que ha ocurrido nos obliga a buscarlo solos, y nos hemos separado. Horus ha encontrado su propósito en la hechicería, y nosotros…

nosotros lo buscamos en una divinidad. —Se rio sin alegría—. Jamás pensé que llegaría a ver algo así.

—Si la sabiduría que te han dado los años te permite encontrar otro camino, dímelo —le dijo Garro con firmeza—. Este es el único que veo abierto ante mí.

Qruze inclinó la cabeza.

—No me atrevería, capitán de batalla. Te he entregado mi lealtad, y seguiré tus órdenes al pie de la letra.

—¿Aunque no estés de acuerdo con ellas? Vi el reproche en tus ojos en el puente de mando.

—Permitiste que el comportamiento del apotecario quedara sin castigo. —Qruze negó con la cabeza—. Fue una insubordinación contra un oficial superior. ¡Te apuntó con un arma lleno de ira!

—Lleno de miedo —lo corrigió Garro—. Permitió que las emociones lo dominaran por unos instantes. Está arrepentido de sus actos. No voy a castigar a nadie por eso.

—Tus guerreros te están poniendo en cuestión —insistió Qruze—. De momento lo ven como una actitud permisiva, pero quizá algunos terminen viéndolo como un signo de debilidad.

Garro apartó la mirada.

—Pues que lo hagan. El hermano Voyen es el mejor apotecario del que disponemos. Lo necesito. El hermano Decius lo necesita.

—Ah —dijo el lobo lunar asintiendo—, ya lo entiendo. Quieres que el chaval sobreviva.

—¡Lo que quiero es no perder ni un hermano más por culpa de toda esta locura! —le replicó Garro con rabia—. ¡Puede que el resto de la legión haya caído presa de la deslealtad o de la muerte, pero estos hombres no! ¡No los míos! —Su agitada respiración formó una nubecilla de condensación a su alrededor—. Escúchame bien, Iacton Qruze. ¡No permitiré que la Guardia de la Muerte se convierta en sinónimo de corrupción y traición!

El viejo guerrero habló con la voz cargada de auténtico dolor al mismo tiempo que bajaba la vista hacia su servoarmadura, que todavía lucía el esquema de color de los Hijos de Horus.

—Buena suerte en eso, hermano —le deseó en voz baja—. Me temo que para mí, ese momento ya ha pasado.

* * *

La energía desviada a la enfermería procedente de otras secciones de la *Eisenstein* permitía asegurar el buen funcionamiento de las instalaciones. Garro se dio cuenta de que Voyen había iniciado el traslado de todos los pacientes, menos los más graves, hacia los niveles más profundos de la fragata, hacia el núcleo de la nave. El capitán de

batalla no se encontró con el sanador astartes al cruzar la estancia, y se sintió agradecido por ello. A pesar de lo que le había dicho a Qruze, Garro todavía estaba resentido con Voyen por lo que había ocurrido en el puente de mando, y no quería toparse con él tan poco tiempo después del incidente. Era mejor que el apotecario mantuviese las distancias durante un tiempo.

El capitán de batalla rodeó a un oficial herido que respiraba gracias a la ventilación mecánica proporcionada por un aparato y se detuvo delante de la cápsula de cristal de la cámara de aislamiento. Garro se puso el casco con cuidado. Las reparaciones todavía eran visibles en los puntos donde no se había aplicado pintura. Luego, lo selló con el anillo de cierre de la gorguera de la armadura. Por último, tras comprobar cada articulación y conducto de la armadura, la selló por completo para evitar la posibilidad de que entrara cualquier posible cepa contagiosa en el interior. Garro pasó por la compuerta estanca y el área de descontaminación y entró en la zona sellada. Un servidor médico se ocupaba de Decius con movimientos lentos y cuidadosos. El capitán se fijó en que las partes orgánicas de la máquina ya mostraban un color gris debido a la infección. Por los partes de Voyen sabía que ya habían muerto dos servidores por la lenta exposición al veneno que Grulgor había vertido en la herida del joven. El hecho de que Decius todavía no estuviera muerto, cuando la infección podía haberlo matado una decena de veces, era un homenaje a la fisiología de un astartes.

Garro estaría a salvo en el interior de la armadura, y los estrictos sistemas de purificación de la cámara impedirían que se llevase consigo cualquier clase de contaminación bacteriológica. No dudaba que aun así, existía la posibilidad de infectarse, pero estaba dispuesto a arriesgarse. Tenía que mirar cara a cara al muchacho.

Solun Decius se encontraba en el lecho de recuperación, sin su armadura y cubierto por un denso entramado de agujas metálicas e inyectores de narthecium. La herida abierta por el tajo del cuchillo de plaga de Grulgor estaba cubierta de pústulas, con la carne de un color lívido y a punto de caer en la muerte por necrosis. Se negaba a cerrarse y dejaba escapar un goteo de sangre que era recogida en un cuenco situado bajo el lecho. Faltaban partes de la piel de Decius en los puntos donde le habían colocado tubos de alimentación y mecadendritos directamente sobre las extremidades nerviosas. Un bosque de delgadas agujas de acero le cubría el grueso caparazón negro que se le extendía por todo el torso. Un delgado chorro de saliva blanquecina le salía por la comisura de los labios, y un tubo le inyectaba por una fosa nasal aire procedente de una máquina que producía unos chasquidos rítmicos.

El astartes era una pobre imitación de sí mismo, con el color grisáceo de un cadáver que tuviera una semana. Si Garro hubiera visto un cuerpo así en el campo de batalla, lo habría arrojado a una hoguera para incinerado. Nathaniel se dio cuenta de repente de que había llevado una mano a la empuñadura de *Libertas*, y recordó las palabras de Voyen. «Deberías considerar seriamente concederle la liberación».

—Eso sería convertir en una mentira lo que le dije a Qruze —expresó en voz alta —. La lucha es lo único que nos queda. La lucha es lo que nos define, hermano.

—Hermano…

La voz era tan débil que Garro creyó al principio que se lo había imaginado, pero luego bajó la mirada y vio que los ojos de Decius parpadeaban mientras intentaba abrirlos. Apenas logró entreabrirlos hasta formar dos rendijas.

—¿Solun? ¿Puedes oírme, muchacho?

—Puedo… oírle. —La voz sonaba cargada de mucosidad—. Lo oigo, capitán…, dentro de mí…, el trueno en mi sangre.

De repente, a Garro le dio la sensación de que la espada le pesaba diez veces más de lo normal.

—Solun, ¿qué es lo que quieres?

Decius parpadeó, pero daba la impresión de que hasta el menor de los movimientos le provocaba un terrible dolor.

—Respuestas, mi señor. —Jadeó en busca de aire—. ¿Por qué nos ha salvado?

Garro se echó hacia atrás, sorprendido.

—Tenía que hacerlo —respondió, confundido—. ¡Sois mis hermanos de batalla! No podía permitir que murierais.

—¿Ese es… el mejor camino? —susurró el guerrero herido—. ¿Una guerra interminable entre hermanos…? Lo vimos, capitán. Si eso… si eso es el futuro, entonces quizá…

—¿Habrías preferido que muriéramos? —Garro hizo un gesto negativo con la cabeza—. Sé que el dolor que sientes es enorme, hermano, ¡pero no puedes ceder ante eso! ¡No podemos admitir la derrota! —Puso una mano en el pecho de Decius—. Solo con la muerte acaba el deber, Solun, y únicamente el Emperador puede concedernos eso.

—El Emperador… —La palabra era un eco lejano—. Abandonados… Hemos sido abandonados, mi señor, perdidos y olvidados. Esa bestia que era Grulgor no mintió… Estamos solos.

—¡Me niego a aceptar algo así! —Las palabras de Garro se convirtieron en un grito—. Encontraremos la salvación, hermano. ¡La encontraremos! ¡Debes tener fe!

Decius tosió y los tubos que tenía metidos en la boca gorgotearon cuando un fluido verde y rojizo salió para acabar en un depósito de desechos.

—Lo único que tengo es dolor, dolor y pérdida. —Volvió los ojos inyectados en sangre hacia Garro y lo miró fijamente—. Estamos perdidos, capitán. No sabemos ni dónde estamos… El espacio disforme se ha divertido con nosotros y luego nos ha lanzado al vacío.

—Nos encontrarán —le respondió Garro, aunque sus propias palabras le sonaron vacías.

—¿Quién nos encontrará, mi señor? ¿Qué… qué pasará si el tiempo que estuvimos perdidos en el empíreo no fueron horas… sino milenios? ¡La advertencia…

no serviría de nada! —Tosió de nuevo y su cuerpo se envaró—. Puede que lleguemos diez mil años tarde… y que nuestra galaxia ya arda en manos del caos.

El esfuerzo de hablar dejó agotado al astartes, que se desplomó en el lecho. El tambaleante servidor se colocó chirriando a su lado con una mano que, en vez de dedos, estaba repleta de jeringas y cuchillas.

Garro contempló cómo Decius cerraba los ojos y perdía la conciencia una vez más. Tras un largo momento, el capitán de batalla se dirigió de nuevo a la compuerta de sellado y comenzó la ardua tarea de limpiar la armadura de cualquier clase de posible infección.

* * *

Vio a Sendek cuando salió de la compuerta exterior de la cámara de aislamiento. El astartes se dirigía hacia él a toda prisa, cruzando la enfermería con el rostro contraído por la tensión.

—¡Capitán! ¡Cómo no pude localizarle, pensé que había ocurrido algo malo!

Garro señaló con un pulgar las gruesas paredes de la cámara.

—Los campos de protección del aislamiento están cargados electromagnéticamente. Las señales de comunicación no pueden entrar en el interior. —Frunció el entrecejo al reparar en el tono de alarma que había en la voz de Sendek —. ¿Qué es lo que requiere mi atención de un modo tan urgente?

—Señor, los sistemas sensores de la *Eisenstein* quedaron muy dañados por el impacto de la onda de choque del destello de disformidad y el enfrentamiento contra Typhon, y solo funcionan de un modo parcial…

—Suéltalo ya —lo interrumpió Garro.

Sendek inspiró profundamente.

—Son naves, capitán. Hemos detectado señales múltiples de puertas de disformidad a menos de cuatro minutos luz de distancia. Al parecer, llevan rumbo de intercepción con la *Eisenstein*.

Debería haber sentido euforia. Debería haber empezado a pensar en el rescate, pero en vez de eso, el humor sombrío de Garro lo llevó a pensar en terrores imaginarios y en predicciones de lo peor.

—¿Cuántas naves son? ¿Qué masa y desplazamiento?

—Los sensores no nos han proporcionado muchos detalles, pero sin duda, se trata de una flota, señor. Una de gran tamaño.

—¿Horus? —murmuró Garro—. ¿Es posible que nos haya seguido hasta aquí?

—No lo sabemos. El transmisor exterior de comunicaciones no está operativo, así que no podemos localizar ninguna baliza identificadora. —Sendek permaneció en silencio un momento—. Podría ser cualquier cosa, podría ser cualquiera. Quizá aliados, quizá naves que se dirigen a unirse a la rebelión del Señor de la Guerra, o incluso alienígenas.

—Y aquí estarnos, inmovilizados, ciegos e indefensos ante ellos. —Garro se quedó callado mientras sopesaba las distintas opciones que tenía—. Si no podemos saber la identidad de esos recién llegados, debemos obligarlos a darse a conocer. Deben de haberse visto atraídos por el destello de disformidad. Cualquier comandante naval que merezca ese nombre enviaría un grupo de abordaje para investigar la nave. Dejaremos que entren y así podremos saber a qué atenernos con ellos.

—A la velocidad que se acercan, tendremos poco tiempo para prepararnos —le indicó Sendek.

—Es verdad —admitió Garro con un gesto de asentimiento—. Lo primero es entregar armas a todos los miembros de la tripulación que sean capaces de utilizarlas. Después, llévate a todo el mundo a las cubiertas centrales internas. Encuentra un buen lugar donde mantenerlos protegidos. Quiero astartes en cada punto de entrada, preparados para repeler a los intrusos, pero que nadie inicie las hostilidades a menos que yo dé la orden.

—El mejor lugar será la zona de la armería —musitó Sendek—. Dispone de un buen blindaje. Muchos de los tripulantes ya están allí con… la mujer.

Garro frunció los labios.

—Santuario en la nueva iglesia. Parece apropiado. —Empuñó el bólter—. En marcha. Debemos estar preparados para recibir a nuestros salvadores o a nuestros asesinos con el mismo vigor.

* * *

Rodearon a la fragata del mismo modo que los lobos dan vueltas alrededor de una presa herida y se dedicaron a observar y a calibrar el estado en que se encontraba la *Eisenstein*. Las antenas circulares sensoras y los aparatos de escucha se centraron en la nave a la deriva, y un grupo de mentes eruditas se esforzó por averiguar la cadena de sucesos que la habían llevado hasta esas circunstancias.

Unas naves que dejaban enana a la fragata imperial apuntaron decenas de cañones de energía hacia ella, tomando como objetivo su silueta mientras calculaban las soluciones de tiro y preparaban las armas con vistas a su destrucción. Una simple andanada, y sin necesidad de emplear toda su potencia, sería más que suficiente para borrar por completo la *Eisenstein* del mapa estelar. Tan solo sería cuestión de dar una simple orden, de pulsar un botón, de apretar un gatillo.

La flota se movió con lentitud. Algunos de sus miembros habían aconsejado la inmediata destrucción de la nave casi destrozada, preocupados ante la posibilidad de que el destello de disformidad que había provocado no fuese más que un cebo para atraerlos. Incluso una nave del pequeño tamaño de una fragata podía convertirse en una bomba volante si estaba correctamente preparada y poseía la potencia suficiente para destruir un crucero de batalla. Otros sentían más curiosidad. ¿Cómo era posible que una nave humana hubiese acabado allí, tan lejos del borde del espacio conocido?

¿Qué circunstancias habían obligado a sus tripulantes a abandonar sus motores de disformidad en un desesperado intento de que los rescataran? ¿Qué enemigos les habían provocado semejantes daños en el casco blindado?

Finalmente, las naves depredadoras de la flota de combate que la rodeaban se apartaron para permitir que la mayor de todas ellas quedara frente a la *Eisenstein*. Si la fragata era un zorro comparado con los lobos que eran las otras naves de combate, frente a aquella otra nave era poco más que un insecto frente a un gigante. Había lunas de menor tamaño que aquel coloso. Era la mano cerrada de un dios tallada en una piedra oscura de asteroide, un titán de hierro y níquel que estaba salpicado de cráteres y de agudas torres que sobresalían de la superficie.

A gran distancia, la nave se asemejaba a la cabeza de un mazo, con filigranas de hierro negro y oro. A corta distancia, era una ciudad repleta de enormes edificios y puentes, muchos de ellos relucientes por la luz de miles de ventanas. Otros, ocultaban montajes de armas capaces de acabar con continentes enteros. Unos muelles alargados situados por toda la circunferencia del coloso transportaban naves como la *Eisenstein*, y cuando se le acercó, la fuerza de la gravedad de su enorme masa tiró con suavidad de la fragata y la desvió de su rumbo. Unas cápsulas de armas autónomas desplegadas formando enjambres rodearon la nave a la deriva y, todas al mismo tiempo, encendieron unos poderosos focos que iluminaron el destrozado casco de la fragata, haciendo que destacara por completo en la negrura del vacío al quedar bañada en aquella cegadora luz blanca.

El nombre *Eisenstein*, que seguía muy visible sobre las planchas de metal pintadas de verde esmeralda de la proa, relució con intensidad al reflejar la fuerte luz. En el interior, un puñado de almas esperaban a que alguien decidiera su destino.

* * *

Hakur se asomó por el pasillo con un combi-bólter cargado echado al hombro y asegurado con una correa.

—Las cubiertas exteriores están completamente vacías, señor —le comunicó a Garro—. Vought ha redirigido la atmósfera a los tanques de almacenamiento o a aquí abajo. Menos de una tercera parte de la nave dispone de apoyo vital, pero no nos quedaremos sin aire para respirar.

—Bien —contestó el capitán de batalla al oír el informe del sargento—. ¿Los hombres que estaban en las cubiertas de paseo se han retirado ya?

El veterano asintió.

—Sí, mi señor. Los he mantenido allí todo el tiempo que he podido pero ya los he hecho bajar. Les dije que vigilasen por las portillas de observación. Ya que no disponemos de ninguna clase de aparato sensor, pensé que al menos podríamos utilizar la vista. Es mejor que nada.

—Bien pensado. ¿Han visto algo?

Hakur se removió, incómodo, como siempre hacía cuando no disponía de una respuesta precisa para su comandante. Garro conocía ese comportamiento desde hacía ya mucho tiempo. Andus Hakur se enorgullecía de proporcionar información rigurosa a sus hermanos de batalla, y le disgustaba poseer solo parte de los datos sobre cualquier asunto.

—Señor, había muchas naves y parecían ser de construcción imperial.

Nathaniel torció el gesto.

—Después de lo que ha pasado en Istvaan, esa información hace que sienta más cautela, no menos. ¿Qué más?

—La flota orbita alrededor de una enorme construcción, como mínimo del tamaño de un fuerte estelar, si no mayor. El hermano que la ha visto dice que jamás había contemplado algo semejante. La comparó con una de esas monstruosidades orkas, pero sin tener un aspecto tan primitivo.

En la mente de Garro algo se agitó, un comentario a medio recordar que encajaba con esa descripción.

—¿Algo en los comunicadores?

Hakur negó con la cabeza.

—Mantenemos silencio en las comunicaciones, tal como nos ordenó. Si quienquiera que esté ahí fuera se encuentra lo bastante cerca como para emitir en nuestras frecuencias de combate, de momento ha preferido no hacerlo.

Garro lo despidió con un gesto.

—Sigue. Nos mantendremos a la espera, entonces.

El capitán de batalla volvió a adentrarse en el amplio espacio de la armería. Se habían abierto a todo lo largo los paneles de separación para permitir que cupieran todos los supervivientes de la nave. Garro vio desde donde se encontraba un mar de figuras acurrucadas bajo la escasa luz de las lámparas de emergencia. Muchos de los que se hallaban alrededor del grupo estaban armados, y mostraban un aire de desesperación. El capitán caminó con gran cuidado entre ellos y miró directamente a los ojos de cada tripulante, como habría hecho con sus camaradas astartes. Algunos de los tripulantes temblaron cuando pasó a su lado, pero otros se irguieron un poco en respuesta a los gestos de asentimiento que les dirigió.

Garro siempre había pensado, a lo largo de todos sus años de servicio, que los humanos normales del ejército eran guerreros que luchaban por la misma causa que los astartes, pero no fue hasta ese momento cuando sintió afinidad con ellos. «Hoy todos estamos unidos en la misma misión —pensó—. Aquí ya no hay barreras de rango o de legión».

Llegó hasta donde se encontraba Carya. El oficial de piel oscura empuñaba una pesada pistola de plasma.

—Capitán de batalla —lo saludó con voz pastosa. El capitán de la nave tenía la cara hinchada por las heridas que había sufrido durante la huida.

—Estimado capitán —le respondió Garro—. Creo que le debo una disculpa.

—¿Ah, sí?

Garro abarcó con un gesto las paredes del casco que los rodeaba.

—Me entregó una nave en perfecto estado y yo casi la he destrozado.

—No necesita disculparse, señor —le respondió Carya con una breve risa—. He servido bajo el mando de otros astartes en la Gran Cruzada a lo largo de estas décadas, y sigo pensando que jamás los entenderé. En algunos aspectos, son muy superiores a individuos normales como yo, y en otros… —Se quedó callado de repente.

—Sigue —lo animó Garro—. Di lo que piensas, Baryk. Creo que todo por lo que hemos pasado juntos nos permite ser sinceros.

El capitán de la nave le dio unas palmadas en el brazo.

—En ciertos aspectos sois como los jóvenes alocados que ansían encontrar su lugar, una fraternidad, pero también os enfrentáis unos a otros en rivalidades estúpidas. Al igual que todos los humanos, os esforzáis por escapar de la sombra de vuestro padre, pero también deseáis que se sienta orgulloso de vosotros. A veces me pregunto qué os pasaría, muchachos valientes y nobles, si no tuvierais guerras que librar. —Al ver que Garro no le contestaba, Carya se turbó—. Te pido perdón, capitán. No pretendía ofenderte.

—No lo has hecho —lo tranquilizó Garro—. Tu perspectiva es… interesante, eso es todo. —Se quedó pensativo unos momentos—. Respecto a tu pregunta, no tengo respuesta para ella. Si no hubiera guerras, ¿para qué servirían las armas? —Señaló la pistola que empuñaba Carya, y luego a sí mismo—. Quizá iniciaríamos una nueva guerra, o nos enfrentaríamos los unos a los otros.

—¿Como ha hecho Horus?

Un escalofrío recorrió el alma de Garro.

—Quizá.

La idea le pesó un mundo y se dio la vuelta mientras se esforzaba por dejarla a un lado.

Garro encontró a Sendek y a Hakur estudiando una unidad de auspex. Sendek había conseguido conectar el aparato a uno de los mecanismos de exploración externa de la nave gracias a la ayuda de Vought.

—¡Capitán! Capto una lectura…

Garro logró sacarse de la cabeza las palabras de Carya y se concentró de nuevo en el posible combate.

—Informa.

—Un incremento de energía —le comunicó Hakur—. Por un momento pensé que se trataba de una exploración en profundidad de toda la nave, pero después cambió.

En la pantalla del auspex se veía cómo serpenteaba una compleja forma ondulada.

—¿Un escaneo? —Miró a Sendek—. ¿Nos podrían detectar aquí abajo, a través de tanto hierro y acero?

—Es posible —contestó el astartes—. Una nave con la suficiente capacidad de energía en los sensores podría atravesar cualquier clase de protección.

—Una nave, o algo semejante a una fortaleza estelar —añadió Hakur.

Garro se dio cuenta de repente de algo y notó que una sensación fría se apoderaba de su pecho. Le arrancó de las manos el auspex a Sendek. Aquella onda de energía…, sabía lo que era.

—¡A las armas! —aulló. El grito resonó por toda la estancia—. ¡A las armas! ¡Ya vienen!

Hakur y Sendek se olvidaron de seguir mirando el auspex y alzaron las armas, con las que efectuaron barridos de exploración por todo el lugar. El pánico se apoderó de la tripulación al oír el grito de Garro. Vio que Carya comenzaba a impartir órdenes y los individuos que estaban armados se preparaban.

—Señor, ¿qué ocurre? —le preguntó Sendek.

—¡Allí!

Garro señaló al centro de la cámara, a una zona despejada donde Hakur había preparado una barricada improvisada. En el aire sonaba un zumbido profundo, parecido al que emitiría un motor eléctrico situado bajo tierra. La piel del capitán de batalla se erizó por la estática.

Unas brillantes descargas de color esmeralda chisporrotearon por todo el puente, y por un momento recordaron a las extrañas criaturas del espacio disforme que habían invadido la nave procedentes de las profundidades del empíreo. Sin embargo, se trataba de algo muy distinto, ya que Garro sabía con exactitud lo que les esperaba.

—¡Que nadie abra fuego hasta que yo lo ordene! —gritó.

Y en ese preciso momento llegaron, con un atronador rugido de moléculas de aire al partirse y un cegador relámpago de color jade que explotó en el suelo de la cámara de la armería. La descarga de luz creó unas nítidas sombras en las paredes y el techo. Garro alzó una mano para protegerse los ojos y evitar quedar cegado durante unos momentos. Un instante después, la luz y el sonido desaparecieron acompañados por el restallido seco de la atmósfera al desplazarse, y la teletransportación se completó.

Donde antes no había más que suelo despejado, salvo por algunas piezas desperdigadas de equipo, ahora había toda una cohorte de figuras equipadas con grandes armaduras desplegadas en un perfecto círculo de combate. Era un anillo de ocho astartes, de un aspecto magnífico, con el equipo de combate reluciente bajo el escaso brillo de las luces de emergencia. Todos llevaban el bólter al hombro y apuntaban a su alrededor sin dejar ningún lugar de la cámara sin cubrir.

Uno de ellos habló con voz clara y fuerte, con el tono de alguien que está acostumbrado a que se le obedezca de inmediato.

—¿Quién está al mando aquí?

Garro dio un paso adelante, con el arma al costado y el dedo en el gatillo.

Vio con claridad al individuo que había hablado. Llevaba la cabeza al descubierto, y distinguió un rostro encallecido, sin muestra alguna de humor. Detrás de él… ¿qué era lo que había detrás de él?

—¡Suelta las armas e identifícate!

A pesar de la tensión que sentía en su interior, algo hizo que Garro se riera al rebelarse frente a aquel tono de superioridad.

—No —replicó—. Esta es mi nave, ¡y vosotros la habéis abordado sin pedir permiso! —De forma abrupta, toda la tensión y furia que había logrado mantener controladas en su interior a lo largo de los últimos días salió a la superficie rugiendo, y las soltó por completo en la respuesta—. ¡Vosotros bajaréis las armas!, ¡vosotros os identificaréis!, ¡y vosotros me responderéis a mí!

En el silencio que siguió, captó un murmullo y, un momento después, y todos a la vez, los miembros del grupo de abordaje bajaron las armas y dejaron los bólters apuntando al suelo. El guerrero que se había dirigido a Garro hizo una reverencia y después se apartó a un lado para permitir que otra figura, la que había distinguido a medias en mitad del grupo, se adelantara.

Garro notó que se le hacía un nudo en la garganta cuando un enorme individuo protegido por una armadura de color amarillo dorado quedó bajo la luz. Incluso bajo el escaso brillo de las lámparas de emergencia, la presencia del recién llegado inundó la estancia. Una mirada severa e inflexible recorrió la cámara. El rostro sombrío, que estaba enmarcado por una mata de cabello blanco como la nieve, parecía tan duro y resistente como las inmensas placas de color bronce dorado que convertían al hombre en una estatua viviente. Pero no, no era un hombre.

—Un primarca —oyó murmurar a Hakur.

Garro fue incapaz de articular más palabras. Se dio cuenta de que no era capaz de apartar la mirada de la armadura del señor de guerreros. Al igual que el capitán de batalla, el primarca llevaba una placa pectoral con águilas que se extendían por el pecho y por los hombros. En una de las hombreras había un disco de oro blanco, y sobre ese disco se habían engastado unas secciones de zafiro de color azul oscuro que formaban el símbolo de un puño desafiante. Sus ojos, duros como el diamante, acabaron posándose en Garro y lo miraron fijamente.

—Perdona nuestra intrusión, hermano —le dijo el semidiós con un tono de voz fuerte y firme, pero sin mostrar enfado alguno—. Soy Rogal Dorn, señor de la VII Legión Astartes, hijo del Emperador y primarca de los Puños Imperiales.

El capitán de batalla consiguió hablar de nuevo.

—Garro, mi señor. Soy el capitán de batalla Garro, de la Guardia de la Muerte, al mando de la fragata *Eisenstein*.

Dorn asintió levemente.

—Permiso para subir a bordo, capitán. Quizá les podamos servir de alguna ayuda.

Tercera Parte

Indemne

Catorce
La furia de Dorn
Divinidad
Hacía Terra

Los tripulantes de los puestos de artillería se pusieron en pie y saludaron antes de que se procediese a cumplir las órdenes del primarca. Todos inclinaron la cabeza e hicieron el signo del aquila sobre el pecho antes de que el comandante de la plataforma de armas de la proa de la fortaleza pusiera la mano en la palanca de disparo. El oficial se detuvo un momento antes de tirar del enorme gatillo.

Cuatro torpedos navales de alta potencia salieron llameantes de los tubos lanzadores. Los cohetes se encendieron para recorrer la corta distancia que separaba a la fortaleza de la fragata. Cada uno de ellos iba equipado con una compacta pero potente cabeza nuclear. Con un torpedo hubiera sido más que suficiente para cumplir la tarea, pero después de toda la serie de horrores que habían caminado por las cubiertas de la *Eisenstein*, se consideró necesaria una sobrepotencia explosiva. La nave ya había cumplido su deber, y solo con la muerte se acababa el deber.

La *Falange* contempló cómo se desarrollaban los últimos segundos de la pequeña nave de combate. La gigantesca construcción, el hogar nómada de la legión de los Puños Imperiales, era más un planetoide que una nave espacial. Se quedó aguardando como un centinela silencioso que vigilara el fin de su hermana pequeña.

Los torpedos impactaron en la proa, en la popa y en otros dos puntos equidistantes a lo largo del acribillado y destrozado casco de la fragata. Las explosiones se habían programado de forma precisa, y las cuatro detonaciones se produjeron de modo simultáneo en un único y silencioso estallido de luz y de radiación. El resplandor iluminó las naves de la flota astartes que la rodeaban y provocó grandes chorros de luz que atravesaron las ventanas del sanctorum de Rogal Dorn, situado en la más alta de las torres de la *Falange*.

* * *

Garro apartó la mirada del resplandor, y al hacerlo notó una curiosa sensación de arrepentimiento, como si le hubiera faltado al respeto a la indomable nave por no contemplar sus últimos momentos de servicio al Imperio. Dorn, que estaba un poco

apartado mirando desde la ventana de mayor tamaño, no se movió. La luz nuclear cubrió por completo al primarca, pero él ni siquiera pestañeó. Cuando el resplandor se apagó, el señor de los Puños Imperiales hizo un leve gesto de asentimiento.

—Se acabó —oyó Garro decir a Iacton Qruze, que estaba a su espalda—. Si quedaba algún resto de esa brujería de la disformidad, ahora no es más que ceniza.

El viejo guerrero parecía caminar un poco más erguido después de que le hubieran repintado la servoarmadura con los antiguos colores de los Lobos Lunares. Dorn había alzado una ceja, extrañado ante la petición, pero no había dicho nada.

Garro se dio cuenta de que Baryk Carya se encontraba a su lado. El capitán naval tenía el rostro ojeroso y demacrado, y el astartes sintió pena por él. Los comandantes como Carya formaban parte de sus naves tanto como el acero de los mamparos, y era evidente que entregar su nave de ese modo le resultaba muy duro. El oficial llevaba en la mano la placa de bronce que Garro había visto atornillada a la base del podio de navegación de la *Eisenstein*.

—La nave ha muerto con honor —le dijo el capitán de batalla—. Todos le debemos la vida, y mucho más.

Carya alzó la vista y lo miró.

—Capitán de batalla, en este momento creo que puedo comprender lo que sentiste en Istvaan III. Perder el hogar, el propósito en la vida…

Garro hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Baryk… Hierro y acero, carne y hueso, todo esto es pasajero. Nuestro propósito en la vida existe más allá de todo ello, y jamás será destruido.

El capitán naval asintió.

—Gracias por tus palabras, capitán…, Nathaniel. —Miró al primarca y le hizo una profunda reverencia—. Pido permiso para retirarme.

El ayudante de Dorn, el capitán astartes que había encabezado el grupo de abordaje, fue el que le contestó.

—Puede retirarse.

Carya le hizo otra reverencia al astartes y salió de la amplia estancia ovalada. Garro lo observó mientras se marchaba.

—¿Qué será de él? —se preguntó Qruze en voz alta.

—Encontraremos nuevos puestos para los supervivientes —le contestó el capitán de los Puños Imperiales.

Se llamaba Sigismund, y era un individuo fornido y algo bajo, con el cabello de un color rubio oscuro. Su rostro, de rasgos nobles, reflejaba el mismo semblante austero de su señor.

—Los Puños Imperiales disponen de una flota de gran tamaño, y valoramos mucho a las tripulaciones expertas. Quizá le encarguemos el entrenamiento de nuevos oficiales.

Garro frunció el entrecejo.

—Un oficial como él necesita una nave bajo los pies. Cualquier otro puesto sería un desperdicio de su talento. Si hubiéramos podido remolcar a la fragata…

—Tendremos en cuenta vuestra recomendación, capitán de batalla —la voz de Dorn era un trueno resonante—. Normalmente no doy explicaciones a mis subordinados, pero puesto que pertenece a una legión hermana, y la disciplina será posiblemente diferente a la que están acostumbrados mis hijos, haré una excepción. —Se dio la vuelta y miró a Garro. El capitán de batalla hizo todo lo que pudo por no encogerse ante él—. No solemos perder el tiempo con naves que están averiadas y que son incapaces de mantener la velocidad de la *Falange*. Ya he perdido durante este viaje a tres de mis propias naves por culpa de las tormentas en el espacio disforme, y todavía ni siquiera me he acercado a mi destino.

—Terra —murmuró Garro.

—Así es. Mi padre me ha ordenado que lo siga hasta Terra para que lo ayude con la fortificación de su palacio y la formación de una guardia pretoriana, pero después de todo lo ocurrido en Ullanor y lo que sucedió después…, nos retrasamos.

Garro se sintió incapaz de moverse, con la misma sensación de admiración que había tenido ante Mortarion y en la Corte de Lupercal. Le parecía tremendamente extraño oír a aquel impresionante personaje hablar de forma tan distendida del Señor de la Humanidad, como haría cualquier hijo de su padre.

Dorn continuó hablando.

—Dejé atrás a mi hermano Horus con la intención de realizar por fin ese viaje, pero me he encontrado que el universo conspira de nuevo contra nosotros.

Garro no logró evitar que en el rostro le apareciera una expresión de inquietud al oír mencionar el nombre del Señor de la Guerra, y se dio cuenta de que Sigismund se había percatado de ello. Garro sabía por lo que se hablaba a bordo de la *Resistencia* que los Puños Imperiales se habían separado de la Sexagésimo Tercera Expedición poco antes de que la Guardia de la Muerte llegara procedente de la misión de exterminio contra los jorgall. No había coincidido en ningún momento, a lo largo de todos sus años de servicio, con los Puños Imperiales en el campo de batalla, y los conocía tan solo por lo que se comentaba sobre ellos.

Se decía que eran unos guerreros feroces y unos maestros en el arte del asedio, y que eran capaces de defender cualquier fortaleza o convertirla en inexpugnable para cualquier enemigo. Garro había visto de primera mano sus obras en el diseño de las fortalezas construidas en Helica y en Mundo Zofor. Lo que había oído contar de ellos parecía exacto. Dorn y sus hombres parecían tan rígidos como las murallas de un castillo.

—Las tormentas… —se atrevió a comentar Nathaniel— casi acabaron con nosotros.

Sigismund asintió.

—Si me permite comentarlo, mi señor…, jamás he visto nada parecido. La tempestad se abatió sobre nosotros en el mismo momento en que entramos en el

empíreo y dejó completamente inútiles las rutas que siguen nuestros navegantes. Los puntos de referencia de los que disponíamos han desaparecido por completo. Viajan con nosotros de los mejores miembros de la Navis Nobilite, y quedamos reducidos al nivel de niños que vagan a ciegas por un desierto llano y sin rasgo característico alguno.

Dorn se apartó de la ventana.

—Te explicaré cómo os encontramos, Garro. Las tormentas nos rodeaban en una región lejana de la disformidad, y nos mantenían en la enloquecedora inmovilidad de su centro. La *Falange* y su flota estaban encalmados. Las naves que enviamos para que intentaran atravesar las tormentas quedaron destruidas. —Un leve rastro de ironía apareció en el rostro del primarca—. El immaterium nos asediaba.

—Vieron el destello de disformidad —comentó Qruze—. ¿A tanta distancia?

—Corristeis un riesgo muy elevado —admitió el primarca—. No teníais manera de saber si habría alguien dentro de su alcance para verlo.

—Tenía fe en ello —contestó Garro.

Dorn lo miró con atención durante unos largos instantes, como si estuviera pensando en preguntarle algo al capitán sobre aquella expresión, pero luego siguió hablando.

—La onda de choque provocada por la explosión de los motores de disformidad desbarató el frente tormentoso. La energía del destello permitió que nuestros navegantes se orientaran de nuevo. —Dorn inclinó la cabeza—. Estamos en deuda contigo, guardia de la muerte. Puedes considerar saldada la deuda por el rescate de la tripulación de tu nave.

—Os doy las gracias, mi señor. —Garro sintió que el estómago se le encogía—. Ojalá que los acontecimientos que nos condujeron a esta situación no se hubieran producido.

—Te has adelantado a mi pregunta, Garro. Ahora que ya sabes cómo es posible que acudiéramos en vuestra ayuda, es tu turno de iluminarme. Me gustaría que me explicaras por qué una nave de combate de la Guardia de la Muerte se encontraba sola en mitad de un territorio sin cartografiar, por qué sobre su casco había huellas de un enfrentamiento contra cañones imperiales y por qué uno de tus hermanos de batalla se encuentra en nuestra enfermería afectado por una enfermedad que tiene desconcertados a los mejores apotecarios de mi legión.

Garro miró a Qruze en busca de apoyo y el veterano asintió.

—Lord Dorn, lo que debo deciros no os gustará, y es posible que al final de lo que os cuente hayáis deseado no habérmelo preguntado.

—¿Ah, sí? —El primarca se dirigió al centro del sanctorum y les indicó con un gesto que lo siguieran—. ¿Crees saber mejor que yo mismo lo que me puede incomodar? Quizá mi hermano Mortarion permite semejantes presunciones en la Guardia de la Muerte, pero no es así como nos comportamos en los Puños Imperiales. Me dirás toda la verdad, y no te callarás nada. Después, antes de que mi flota parta

hacia Terra, decidiré lo que debo hacer contigo y con tus otros setenta astartes errantes.

Dorn no alzó la voz en ningún momento, y no mostró la más mínima señal de agresividad en la orden que le dio, pero lo hizo de un modo tan convincentemente poderoso que Garro se dio cuenta de que le hubiera resultado imposible resistirse. También era consciente de que Sigismund y su cohorte de guerreros se encontraban en los bordes de la estancia, sin dejar de vigilarlos a él y a Qruze en busca de cualquier indicio que les mostrara que no eran de fiar.

Garro inspiró profundamente y comenzó el relato en Istvaan y en la Corte de Lupercal.

* * *

En cualquier otra ocasión, Qruze habría estado más que encantado de dar rienda suelta a su carácter locuaz y aportar su propio punto de vista a lo que estaba contando su camarada astartes, pero a medida que Garro desgranaba los sucesos que habían ocurrido a Dorn y a sus hombres, se le quitaron más y más las ganas. Se lo pensó bien y se dio cuenta de que no había nada que él pudiera añadir a las explicaciones escuetas pero cuidadosas que el capitán de batalla estaba exponiendo. Se limitó a asentir de vez en cuando en las pocas ocasiones en que Garro lo miraba en busca de la confirmación de algún detalle menor.

El lobo lunar se dio cuenta del silencio que se había ido apoderando del resto de ocupantes de la cámara del sanctorum. Sigismund y los demás puños imperiales, todos equipados con las armaduras de reborde negro de la Primera Compañía, estaban inmóviles como estatuas, con los rostros impenetrables ante lo que se estaba contando. Rogal Dorn era el único que se movía en la estancia. El primarca caminaba arriba y abajo con paso lento, perdido en sus propios pensamientos, aunque de vez en cuando se detenía y concentraba toda su atención en Garro. No fue hasta que el capitán de batalla contó el momento en que llegó la orden de Eidolon de que se matara a Saúl Tarvitz y su negativa a obedecerla cuando Dorn habló de nuevo.

—Desobedeciste una orden directa de un oficial superior. —Aquello no fue una pregunta.

—Así es.

—¿Qué pruebas tenías en ese momento de que Tarvitz no era, tal y como decía Eidolon, un traidor y un renegado?

Garro se removió inquieto sobre la pierna artificial.

—Ninguna, mi señor, tan solo mi fe en mi hermano de honor.

—Esa palabra de nuevo —comentó el primarca—. Sigue, capitán.

Qruze se había enterado por sus conversaciones con el sargento Hakur de lo ocurrido en el combate librado en la cubierta de artillería de la *Eisenstein*, pero solo cuando Garro lo contó, le encontró todo el sentido. El capitán de batalla se resistió a

repetir el sedicioso discurso que Grulgor le había soltado, y cuando Dorn se lo ordenó, una nueva tensión surgió en la estancia a medida que lo hacía. Qruze se dio cuenta de que Sigismund estaba cada vez más furioso, hasta que finalmente no se pudo contener más y habló.

—¡No puedo seguir oyendo esto sin responder! Si todo eso es cierto, ¿cómo es posible que el Señor de la Guerra permitiera tanto a la Guardia de la Muerte como a los Hijos del Emperador llevar a cabo esas luchas por el poder debajo de sus mismas narices? ¿El bombardeo vírico de todo un planeta sin que nadie lo ordenara? ¿La ejecución de civiles? ¿Cómo es que el Señor de la Guerra se volvió tan ciego de la noche a la mañana, Garro?

—No estaba ciego —contestó Garro con voz lúgubre—. Horus lo ve todo demasiado bien. —Miró al primarca directamente a los ojos—. Mi señor, vuestro hermano no ignora toda esta traición. Él es el autor, y tiene las manos manchadas con la sangre de guerreros de su propia legión, de la mía, de los Devoradores de Mundos y también de los Hijos del Emperador…

Dorn se movió con tanta rapidez que Qruze apenas tuvo tiempo de encogerse, pero el señor de los Puños Imperiales no iba a por él. Se oyó un tremendo chasquido y Garro salió despedido por los aires. Cuando cayó al suelo de brillante mármol azul del sanctorum siguió deslizándose un poco. Qruze se percató de que el capitán de batalla seguía consciente por muy poco. En el rostro ya había comenzado a formársele un moretón lívido. El guardia de la muerte parpadeó y se tocó con cuidado la mandíbula.

—Simplemente por haberte atrevido a decir algo semejante delante de mí debería azotarte y después arrojarte al vacío —dijo el primarca con un gruñido. Sus palabras eran afiladas como cuchillas—. No pienso prestar atención a más fantasías de este tipo.

—Pues debéis hacerlo —barbotó Qruze dando medio paso hacia adelante. Hizo caso omiso del ruido que hicieron los bólters de los guerreros de Sigismund al ser amartillados—. ¡Debéis escuchar todo lo que dice!

—¿Te atreves a darme una orden? —Dorn se colocó delante del viejo guerrero—. ¿Una reliquia como tú, que debería haber sido retirada hace siglos, se atreve a hacer algo semejante?

Iacton vio su oportunidad y la aprovechó.

—Lo hago, y además, sé que vos me haréis caso. Si de verdad hubierais creído que las palabras de Garro no tenían valor alguno, lo habríais matado en el acto. —Se acercó al capitán de batalla para ayudarlo a levantarse—. Incluso en un momento en que estabais poseído por la ira contuvisteis un golpe con el que le podríais haber partido con facilidad el cuello… porque queréis oír todo lo que tiene que contar. Eso es lo que pedisteis, ¿no?, toda la verdad.

Qruze vio cómo un arrebato de ira brillaba en los ojos del primarca, y sintió que se le helaba la sangre. «Ya está, viejo bobo —pensó—. Has hablado de más. Va a matarnos a los dos por nuestro atrevimiento».

Un momento después, Dorn le hizo un gesto a Sigismund, y sus astartes bajaron las armas.

—Habla —le ordenó a Garro—. Cuéntamelo todo.

* * *

Garro se esforzó por sobreponerse al mareo y al dolor. Dorn había sido tan veloz, incluso con aquella armadura tan enorme, que ni lo había visto venir. El capitán de batalla sabía que si hubiera querido hacerle daño de verdad, ni siquiera le hubiese dado tiempo a intentar evitarlo. Tragó saliva con cuidado y respiró con un esfuerzo doloroso.

—Después del bombardeo, supe que no tenía más remedio que hacer lo que Saúl Tarvitz y yo habíamos hablado, y llevar el mensaje de aviso a Terra. Grulgor había muerto, pero ordené a mis hombres que aseguraran la *Eisenstein*. Mientras tanto, el capitán Qruze había subido a bordo con los civiles.

—Las rememoradoras y el iterador —dijo el primarca— habían estado a bordo de la nave insignia de Horus.

—Así es, mi señor —añadió el capitán de los Lobos Lunares—. Mi hermano de batalla, Garviel Loken, me encargó que los protegiera. La chica, Keeler… —Se detuvo y recompuso sus ideas—, me sugirió que el capitán Garro podría ayudarnos.

—Loken —murmuró Sigismund—. Mi señor, lo conozco. Nos conocimos a bordo del *Espíritu Vengativo*.

Dorn lo miró de reojo.

—¿Qué te pareció, primer capitán?

—Un cthoniano, con todo lo que eso implica. Un espíritu fuerte, aunque algo ingenuo. Me pareció alguien fiable, un hombre de principios.

El primarca se quedó con aquella información.

—Continúa, Garro.

El capitán de batalla hizo caso omiso del dolor que sentía en la mandíbula y contó los detalles de los mensajes intercambiados con Typhon y de la posterior persecución de la *Eisenstein* por parte del *Terminus Est*. Luego, siguió narrando el catastrófico viaje a través del espacio disforme. Uno de los hombres de Sigismund soltó por lo bajo un exabrupto despectivo en el momento en que Garro describía la insólita revivificación de Grulgor y sus seguidores muertos, pero Dorn lo hizo callar con una mirada feroz.

—En el immaterium existen poderes más extraños de los que conocemos, y nos acechan —reconoció el primarca—, pero lo que dices desafía toda lógica incluso si tenemos en cuenta eso. Todo lo que dices se acerca peligrosamente a los ideales primitivos de hechicería y magia.

El capitán de la Guardia de la Muerte asintió.

—No lo niego, lord Dorn, pero me pidió que le contara toda la verdad, y eso es lo que vi. Algo en el espacio disforme le devolvió la vida a Grulgor, reanimó su carne corrupta mediante la propia enfermedad que había acabado con él. No me pida explicaciones al respecto, mi señor, porque no las tengo.

—¿Esto es lo que me traes? —La lenta ira del primarca fue inundando la estancia como un humo denso y pesado—. ¿Con una historia retorcida de traición y conspiraciones entre los hijos del Emperador, con una serie de opiniones mal informadas y actos imprudentes realizados por puras razones emotivas, y no por la lógica de la razón? —Se acercó con lentitud a Garro, y a este le hizo falta todo su valor para no retroceder—. Si cualquiera de mis hermanos estuviera ahora mismo en esta estancia, Mortarion, Fulgrim, Angron, Horus… ¿qué diría de lo que me has contado? ¿Crees que ni siquiera te daría tiempo a inspirar antes de que te derribaran por una invención tan infame?

—Sé que resulta difícil aceptar que…

—¿Difícil? —Dorn alzó la voz por primera vez, y toda la estancia se estremeció—. ¡Difícil es un laberinto retorcido, o un complejo entramado de fórmulas de navegación! ¡Esto va contra nuestro propio credo y carácter como los guerreros elegidos por el Emperador! —Se quedó mirando fijamente a Garro con ojos llenos de ira—. ¡No sé qué hacer contigo, Garro! ¡Te comportas como un hombre de honor, pero si no eres un traidor y un mentiroso, es que estás poseído por la locura! —Señaló con un dedo a Qruze—. ¿Quizá debería admitir como descargo un comportamiento senil contagioso? ¿Es que el espacio disforme os ha inutilizado la mente y ha creado una alucinación entre vosotros dos?

Garro oyó el sonido de su propia sangre martilleándole en los oídos. Todo estaba saliendo mal, todo se derrumbaba a su alrededor. Estaba tan preocupado y tan ansioso por encontrar a alguien que salvase a la *Eisenstein* y lo ayudase a llevar el mensaje a Terra que no se paró a pensar que quizá no lo creerían. Apartó la mirada.

—¡Mírame cuando te hablo, guardia de la muerte! —le gritó el primarca—. Todas estas mentiras que has traído a mis estancias personales me repugnan y me ponen enfermo. ¡Que te atrevas a decir algo semejante de un héroe de un carácter tan intachable como mi hermano Horus me ofende más de lo que soy capaz de explicarte! —Colocó un enorme dedo sobre el esternón de Garro—. ¡Qué poco debes valorar tu propia integridad para haberla entregado de un modo tan fácil! Siento pena por Mortarion si un individuo con tan poco honor ha sido capaz de ascender hasta llegar al mando de una compañía de la XIV Legión. —Dorn cerró la mano en un enorme puño de bronce—. Quiero que sepas algo: la única razón por la que no te despedazo miembro a miembro por tus difamaciones es porque sé que a mis hermanos les gustaría hacerlo en persona.

Garro sintió que la cubierta de metal se convertía en barro y que algo le apretaba el pecho hasta dejarlo sin respiración. Le recordó la sensación que había tenido en el pasillo exterior del navis sanctorum bajo el ataque de la bestia alienígena. Al igual que

entonces, buscó en su interior y encontró la fuerza de voluntad que lo había llevado hasta allí.

«Mi fe».

—¿Estáis ciego? —susurró.

Dorn se convirtió en la encarnación viviente del trueno.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Le he preguntado si está ciego, mi señor, porque me temo que debe estarlo —las palabras salieron de la nada, y una parte de Garro se quedó asombrada ante la increíble audacia de lo que estaba diciendo—. Únicamente alguien aquejado de ese terrible padecimiento podría comportarse como lo hacéis vos. La vuestra es la ceguera que tan solo un hermano puede tener, la de un juicio excelente nublado por la admiración y el respeto, nublado por el amor a vuestro hermano, el Señor de la Guerra.

No era habitual que el severo rostro de Dorn cambiara de expresión, pero lo hizo en ese instante. La ira de un dios hecho carne se apoderó de su semblante y el primarca desenvainó su poderosa espada sierra en un arco dorado de muerte rugiente.

—¡Me desdigo que lo que he dicho antes! —aulló—. ¡Ponte de rodillas y acepta tu muerte mientras todavía tienes la oportunidad de morir como un astartes!

—¡Lord Dorn, no!

Era una voz de mujer, y llegó del otro lado de la estancia, pero iba tan cargada de emoción que todos los presentes en el sanctorum, incluido el propio primarca, se quedaron quietos, dudando.

* * *

Qruze se dio la vuelta y vio que era la muchacha, Keeler. La joven echó a correr y sus botas repiquetearon contra las losas de mármol azul del suelo. A su espalda estaban Sindermann, Mersadie Oliton y un par de puños imperiales con las armas preparadas. Iacton sintió que el eco de la voz de Euphrati le resonaba por todo el cuerpo, y recordó la extraña calidez que había notado cuando ella le puso las manos en el pecho a bordo del *Espíritu Vengativo* en el momento en que ya se había desencadenado el infierno.

—¿Quién ha permitido esta intrusión? —exigió saber Dorn mientras la rugiente espada seguía alzada en el aire, al final del mandoble dirigido contra el cuello de Garro.

—Pidieron entrar —dijo uno de los guardias—. Ella… Esa mujer… Ella…

—Puede llegar a ser muy persuasiva a veces —explicó Qruze.

Euphrati se dirigió sin mostrar miedo alguno hacia donde se encontraba el primarca.

—Rogal Dorn, Héroe Dorado, Hombre de Piedra. Te encuentras en un momento decisivo de la historia del Imperio, de la propia galaxia. Si acabas con Nathaniel Garro por haberse atrevido a hablarte con sinceridad, entonces es que verdaderamente estás tan ciego como él dice.

—¿Quién eres? —le exigió saber el coloso de armadura dorada.

—Soy Euphrati Keeler, antaño imaginista y rememoradora de la Sexagésimo Tercera Flota Expedicionaria. Ahora no soy más que un conducto…, un conducto de la voluntad del Emperador.

—Tu nombre no me dice nada —le replicó Dorn—. Échate a un lado o muere con él.

Oyó gemir a Oliton y vio cómo enterraba la cara en el hombro de Sindermann. Qruze esperó ver temor en el rostro de Keeler, pero en vez de eso, ella mostró una expresión de tristeza.

—Rogal Dorn —le dijo, al mismo tiempo que extendía una mano hacia él—. No tengas miedo. Eres mucho más que ese rostro de piedra y acero que le muestras a las estrellas. Puedes mostrarte abiertamente. No le tengas miedo a la verdad.

—¡Soy un puño imperial! —le contestó Dorn a gritos—. ¡Soy la encarnación del propio miedo!

—Entonces debes ver la lealtad que hay en las palabras de Nathaniel. Contempla la prueba de su veracidad.

Keeler le hizo un gesto a Oliton para que se le acercara, y la documentalísta avanzó apoyándose en iterador. Qruze sonrió cuando la mujer de piel oscura se recompuso lo suficiente como para mostrar su aspecto más elegante.

—Soy Mersadie Oliton, rememoradora —anunció con una reverencia—. Si el señor primarca me lo permite, le mostraré una serie de imágenes sobre lo que se ha contado aquí. —Oliton señaló la plataforma del proyector hololítico que se alzaba del suelo.

Dorn se llevó la espada al pecho, todavía furioso.

—Será la última concesión que os haga.

Sigismund se acercó a Mersadie y la llevó hasta el hololito. La documentalista sacó con gran cuidado de entre el brocado de su traje un fino cable, uno de cuyos extremos llevó a la coronilla de su cráneo afeitado. Iacton oyó un suave chasquido cuando se encajó en una conexión que tenía oculta bajo la piel. El otro extremo lo enchufó a la placa de intercambio de datos de la plataforma. Una vez hecho aquello, se sentó con las piernas cruzadas e hizo una reverencia.

—Me han sido otorgados muchos métodos mediante los cuales puedo recordar. Grabaré y compondré flujos de imágenes, y para ello dispongo de la ayuda de una serie de rollos de memoria implantados. —Se pasó nuevamente un dedo por la cabeza —. Voy a abrirlos ahora. Lo que voy a mostraros, mi señor, es lo que he presenciado. Estas imágenes no se pueden crear ni modificar. Esto es… —se calló un momento, temblorosa, con la voz muy cerca de transformarse en llanto— esto es lo que ocurrió.

—No pasa nada, querida —la tranquilizó Sindermann al mismo tiempo que la tomaba de la mano—. Sé valiente.

—Será difícil para ella —les explicó Keeler—. Experimentará un eco de las emociones que sufrió en esos momentos.

El hololito se puso en marcha mostrando una aglomeración opaca de imágenes y siluetas a medio formar. Qruze distinguió en aquella masa parecida a un sueño atisbos de caras de personas que conocía y otras que no. Loken, ese poeta degenerado, Karkasy, la astrópata Ing Mae Sing, Petronella Vivar y su maldito mudo, Maggard. Un momento después, la neblina se aclaró y Oliton miró a su alrededor y la pantalla del hololito reflejó lo que veía. Su mirada se centró en Dorn, y el primarca asintió.

* * *

La imagen del hololito cambió y la atención de Garro se vio atrapada por el baile de movimiento y repeticiones que había en el interior. Qruze le había contado lo que había ocurrido en la sala principal de audiencias del *Espíritu Vengativo*, pero en ese momento lo vio de primera mano a través de los ojos de un testigo.

Las escenas del campo de batalla de la Ciudad Coral en Istvaan III flotaron sobre ellos y Oliton, llorosa, gimió levemente. Para Garro, Qruze y los hombres de los Puños Imperiales, la guerra no era ninguna desconocida, pero el obvio e innecesario horror de aquellos combates fue más que suficiente para darles en qué pensar. Vio que Sigismund torcía la boca en un gesto de disgusto. La imagen cambió cuando Mersadie miró al Señor de la Guerra, de pie en un alto podio. «Vosotros, los rememoradores, siempre estáis diciendo que queréis ver la guerra. Bueno, pues aquí la tenéis». El placer con que decía aquello era innegable. Aquel no era un guerrero que estuviese librando una batalla necesaria, sino un individuo que estaba hundiendo las manos en un chorro de sangre lleno de satisfacción.

—¿Horus?

El nombre fue apenas el fantasma de un susurro procedente de los labios de Dorn, pero Garro notó la pregunta implícita, el desconcierto. El primarca se había dado cuenta de lo retorcido de la actitud de su hermano.

Después, y siempre a través de los ojos de Mersadie Oliton, contemplaron el bombardeo de Istvaan III y de la Ciudad Coral. De las naves situadas en órbita surgieron relámpagos plateados que cayeron sobre el planeta como aves rapaces abalanzándose sobre su presa, y mientras las voces de los rememoradores muertos tiempo atrás bajo los bólters de los astartes gemían y gritaban, esos relámpagos impactaron en su blanco y se convirtieron en unos anillos negros de muerte imparable.

—Por la sangre del Emperador —susurró Sigismund—. Garro decía la verdad. Ha bombardeado a sus propios hombres.

—¿Qué… qué es eso? —preguntó Mersadie hablando al unísono con la imagen.

Las palabras grabadas de Euphrati le contestaron. «Vosotros ya lo habíais visto. El Emperador os lo mostró a través de mí. Es la muerte».

La grabación saltó y comenzó a avanzar más de prisa. Vieron a Qruze luchar contra el guardaespaldas traidor Maggard en el muelle de embarque, la huida de la nave de combate de Horus, el ataque del *Terminus Est* y mucho más.

Finalmente, Dorn no lo pudo aguantar más y se dio la vuelta.

—Ya basta. Acaba con esto, mujer.

Sindermann desconectó con delicadeza el cable del hololito y Mersadie se estremeció como una marioneta mientras las imágenes desaparecían.

El aire frío y limpio del interior del sanctorum siguió cargado de tensión mientras el primarca envainaba la espada. Luego se pasó los dedos de una mano por la cara y por los ojos.

—Quizá… ¿Es que no lo he visto? —Dorn miró a Garro y una parte de su impresionante presencia quedó apagada—. Qué insensatez. ¿Es de extrañar que me negara a aceptar la realidad de una verdad tan demente, incluso hasta el punto de casi matar al mensajero que me la ha traído?

—No, mi señor —admitió Garro—. Yo tampoco siento deseo alguno de creérmelo, pero a la verdad le importa muy poco lo que queremos.

Sigismund miró a su comandante.

—Mi señor, ¿qué hacemos?

Garro sintió una punzada de compasión por el primer capitán. Conocía el dolor, la vergüenza, que el puño imperial debía de estar padeciendo en ese momento.

—Reúne a los capitanes e infórmales, pero que esto no se extienda más —dijo Dorn al cabo de unos momentos—. Garro, Qruze, eso os incluye a vosotros. Ocupaos de que los supervivientes de la *Eisenstein* también guarden silencio. No permitiré que una noticia como esta se extienda de forma incontrolada por toda la flota. Yo decidiré cuándo se lo comunico a la legión.

El astartes asintió.

—Sí, mi señor.

Dorn se dispuso a salir de la estancia.

—Marchaos todos. Debo pensar en este asunto. —Le echó una última mirada a Sigismund—. Estaré en mis aposentos. Que nadie me moleste hasta que salga.

El primer capitán saludó.

—Si me permite el consejo, mi señor…

—No te lo permito —lo cortó el primarca.

El primarca los dejó allí. Cuando salieron, Garro no pudo evitar fijarse en el gesto de profunda preocupación que mostraba el semblante de Sigismund mientras cerraba la puerta del sanctorum tras ellos.

Garro vio que Keeler se había quedado al lado de la puerta y que por una de las mejillas le bajaba una solitaria lágrima.

—¿Por qué lloras? —le preguntó—. ¿Por nosotros?

Euphrati negó con un gesto de la cabeza y luego señaló a la pesada puerta cerrada.

—Lloro por él, Nathaniel, porque él no puede hacerlo. Hoy, tú y yo hemos roto el corazón de un hermano, y ya nada podrá curarlo.

* * *

La flota de Dorn se preparó para regresar al espacio disforme, y los hombres y mujeres de la *Eisenstein* se vieron apartados de todo aquel proceso. Se encontraban aislados en unos alojamientos provisionales situados en uno de los pasillos de las profundidades de la Falange. A Garro le costaba concentrarse en sus pensamientos, así que se dedicó a pasear por los corredores y estancias de la gran fortaleza estelar. Puede que antaño la *Falange* hubiera sido un planetoide o una luna menor en algún mundo lejano, pero había sido transformado en una catedral dedicada a los asuntos de la guerra y a las glorias ganadas por la VII Legión Astartes. Contempló galerías de honores de batalla que se extendían a lo largo de kilómetros, y secciones enteras de la fortaleza que replicaban a la perfección diferentes entornos de combate y que eran utilizados para el entrenamiento. Garro se entretuvo en una enorme estancia que contenía una recreación perfecta de las dunas heladas de Inwit, donde las leyendas decían que Dorn se había convertido en adulto. A su alrededor, los guerreros de armadura dorada iban y venían con tareas precisas. Pasaban caminando a su lado sin pausa o duda alguna cuando se echaba a un lado, cojeando todavía un poco con su pierna biónica. Se sintió fuera de lugar. El color mármol y verde de su armadura desentonaba entre el amarillo apagado y los rebordes negros de los Puños Imperiales.

Finalmente, y de un modo que casi pudo engañarse a sí mismo y decir que había sido una casualidad, se encontró delante del alojamiento que le había sido asignado a Euphrati Keeler.

La imaginista abrió la puerta antes de que a Garro le diera tiempo a llamar.

—Hola, Nathaniel. Me estaba preparando una tisana. ¿Quieres una taza? —Keeler se desvaneció en el interior del aposento dejando abierta la puerta a su espalda—. ¿Todavía no se sabe nada de lord Dorn?

—Nada —le contestó Garro mientras examinaba el escaso espacio del aposento—. No ha salido de su sanctorum desde hace un día y una noche. El capitán Sigismund está al mando en su ausencia.

—El primarca tiene mucho en que pensar. Ni siquiera podemos imaginarnos lo preocupado que lo habrá dejado la noticia.

—Sí —admitió Garro mientras tomaba la taza de líquido de acre olor que le ofrecía Keeler con sus delicadas manos.

El capitán de batalla cambió de postura y apoyó el peso en la pierna artificial. El miembro implantado era la menor de sus preocupaciones desde hacía días.

—¿Qué hay de ti? —le preguntó ella—. ¿Adónde te han llevado todos los acontecimientos que han tenido lugar?

—Esperaba poder encontrar un poco de tiempo para descansar, para dormir. No lo he conseguido.

—Pensaba que los astartes nunca dormían.

—Un error de interpretación. Nuestros implantes nos permiten mantenernos en un estado semidurmiente al mismo tiempo que somos conscientes de lo que sucede a nuestro alrededor. —Garro tomó un sorbo de la infusión y descubrió que le gustaba —. Lo llevo intentando desde ayer, pero lo que me espera, me inquieta.

—¿Qué es lo que ves en tus sueños?

El capitán frunció el entrecejo.

—Una batalla, en un mundo que no conozco. El paisaje me parece familiar, pero me resulta difícil localizarlo. Mis hermanos están conmigo, Decius y Voyen, y también los guerreros de Dorn. Luchamos contra una criatura de aspecto repugnante, una bestia de enfermedades y pestilencia como los seres que abordaron la *Eisenstein*. Unas nubes de moscas carroñeras oscurecen el aire y me siento repugnado en lo más profundo de mi ser. —Apartó la mirada, como quitándole importancia—. No es más que una pesadilla. —Vio un fajo de papeles del Divinitatus sobre la mesa, al lado de una gruesa vela encendida—. He leído los papeles de Kaleb. Creo que ya entiendo mejor en lo que creéis todos vosotros.

Euphrati se fijó en lo que estaba mirando.

—La congregación se ha mantenido en un segundo plano desde el rescate —le explicó—. No ha habido más reuniones —añadió con una sonrisa—. Has dicho «todos vosotros», Nathaniel. ¿Es que no te consideras uno de los nuestros?

—Soy un astartes, un servidor de la Verdad Imperial que…

Keeler lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Ya hemos tenxido esta conversación antes. Esos dos conceptos no tienen por qué excluirse mutuamente. —Lo miró fijamente a los ojos—. Llevas tanto peso sobre los hombros…, pero te sigues mostrando reticente a permitir que otros te ayuden a llevarlo. Este mensaje…, esta advertencia, no es solo tuya. Todos los que logramos escapar de la matanza en Istvaan formamos parte de ello.

—Quizá sea así —admitió Garro—, pero eso no hace que mi carga sea más ligera. Soy yo quien está al mando… —Se calló un instante—. Quien estaba al mando de la *Eisenstein*, y el mensaje sigue siendo responsabilidad mía. Incluso tú me dijiste que era mi misión.

Keeler hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Nathaniel. La advertencia no es más que un aspecto de la situación. Tu deber, como tú mismo acabas de decir, es la verdad. Has arriesgado la vida por ella, has luchado contra tus impulsos de astartes de unirte a tus camaradas con tal de servirla, incluso te enfrentaste a la furia de un primarca y no te viniste abajo.

—Sí, pero cuando pienso en toda la oscuridad y toda la destrucción que vendrá con esa verdad, me siento aplastado. La importancia de todo esto, Keeler…, la

increíble magnitud de la traición de Horus… Esto va a provocar una guerra civil que incendiará la galaxia.

—¿Y porque llevas el aviso, te sientes responsable de todo eso?

Garro apartó la mirada.

—Solo soy un soldado. Pensé que solo era eso, pero ahora…

La mujer se le acercó más.

—¿Qué ocurre, Nathaniel? Dime qué es lo que crees.

Garro dejó la taza sobre la mesa y sacó los papeles y el icono de Kaleb.

—Antes de morir, mi asistente me dijo que yo tenía un propósito en la vida. En ese momento, no entendí lo que quería decirme, pero ahora… ahora no puedo negarlo. ¿Qué pasará si Kaleb estaba en lo cierto, si tú estás en lo cierto? ¿Soy un instrumento de la voluntad del Emperador? Tus plegarias dicen que el Emperador protege. ¿Es que me protegió para que pudiera cumplir mi cometido? —Garro continuó cada vez más y más de prisa. Esforzándose por hablar al mismo ritmo que sus pensamientos—. Todas las cosas que he visto y oído, las visiones que me han invadido los pensamientos… ¿eran para reforzar mi determinación? Una parte de mí grita que todo esto no es más que una estupidez, pero luego miro a mi alrededor y veo que él me ha elegido. Si eso es así, entonces, ¿qué otra cosa puede ser el Emperador… sino una divinidad?

Keeler alargó una mano y le tocó el brazo. Pronunciar aquellas palabras le había costado un esfuerzo horrible a Garro.

—Nathaniel, por fin has abierto los ojos.

La mujer alzó la vista para mirarlo y él se dio cuenta de que estaba llorando, pero que las lágrimas de Keeler eran de alegría.

* * *

En la celda de alojamiento que le habían asignado lo esperaba la convocatoria para una reunión. Siguió las instrucciones del lacónico mensaje que le había dejado Sigismund y se subió a un transporte neumático que lo llevó por un entramado de túneles con raíles más complejo que el de una metrópolis colmena planetaria. Llegó al centro de mando de la fortaleza y un sargento de los Puños Imperiales de rostro impenetrable lo acompañó hasta una sala de audiencias que rivalizaba en grandeza y esplendor con la Corte de Lupercal. Garro tuvo una desagradable sensación al recordarlo. La última vez que lo habían llamado para que acudiera a una reunión como aquella fue cuando se pusieron en marcha los acontecimientos que llevaron al inicio de la herejía del Señor de la Guerra.

Iacton Qruze ya estaba allí, junto a los capitanes de las diversas compañías de los Puños Imperiales. Los guerreros de armadura dorada apenas saludaron la llegada del capitán de la Guardia de la Muerte. Solo Sigismund lo recibió con un brusco gesto de asentimiento.

—Hola, muchacho —lo saludó el lobo lunar—. Por lo que parece, dentro de poco sabremos qué nos depara el destino.

A pesar del recibimiento, Garro se sentía lleno de vitalidad y optimismo. Tenía fresca en la memoria la conversación que había mantenido con Keeler.

—Estoy preparado para enfrentarme a ello —le dijo al veterano—. Sea lo que sea.

Qruze sonrió levemente al notar el cambio que se había producido en él.

—Ese es el espíritu. Pasaremos por todo lo que tengamos que pasar.

—Sí —le contestó Garro mientras estudiaba con atención a los demás guerreros presentes en la cámara—. ¿Son estos los oficiales de mayor rango de Dorn? Son unos tipos muy huraños.

—Cierto. Incluso en sus mejores momentos, los Puños Imperiales son unos individuos envarados. Recuerdo una campaña en que los de la Tercera Compañía combatimos junto a Efried, mi equivalente en los Puños Imperiales. —Señaló con un gesto del mentón un astartes barbudo que había en el grupo—. Jamás lo vi sonreír, ni una sola vez a lo largo de la campaña, y eso que duró un año. Ese de ahí es Alexis Pólux, Yonnad, Tyr, de la Sexta… El apelativo de «hombres de piedra» se lo han ganado a pulso. —Negó con la cabeza—. Y ahora estarán más ceñudos todavía.

—¿Sigismund les ha contado ya lo de Horus?

Qruze asintió.

—Pero eso no es todo. He oído rumores de que en los aposentos de Dorn se han oído unos tremendos ruidos. No quiero ni imaginarme la destrucción que la rabia de un primarca puede llegar a ocasionar una vez desatada.

—Y Rogal Dorn no es de los que desahoga su frustración en público. —Contempló de nuevo los rostros de los demás capitanes—. El humor de su comandante marca el comportamiento de su legión.

—Así son ellos —comentó Qruze—. Entierran su rabia bajo roca y acero.

Las grandes puertas de un extremo de la estancia se abrieron y de la oscuridad que se extendía al otro lado salió el señor de los Puños Imperiales. Dorn se había quitado la armadura de combate que llevaba puesta cuando llegó Garro, y en su lugar iba vestido con una túnica de corte sencillo, pero el cambio de vestimenta no disminuyó en nada su abrumadora presencia. En todo caso, el primarca parecía tener un tamaño todavía mayor sin las restricciones de la ceramita y el flexiacero bajo los que solía estar confinado. Sigismund y los demás le hicieron una reverencia, y Garro y Qruze se apresuraron a imitarlos.

Por lo que sabía de los Puños Imperiales, Garro se esperaba alguna clase de ceremonia o procedimiento formal, pero en vez de eso, Dorn se dirigió con paso firme hacia el centro de la estancia y miró a su alrededor, fijando por turnos la vista en cada uno de los presentes.

Garro captó la furia tallada en granito que había en sus ojos, el eco de una rabia que, por unos breves instantes, él mismo había sufrido. Se le secó la garganta. No sentía ningún deseo de volver a sufrirla ni de lejos.

—Hermanos —los saludó el primarca con voz profunda—, en Istvaan III ha comenzado algo que va contra todos los juramentos de lealtad al Señor de Terra que hemos pronunciado. Aunque la dimensión completa del asunto me sigue siendo desconocida, el problema es saber qué debemos hacer al respecto. —Dio un paso hacia el guardia de la muerte y el lobo lunar—. Para bien o para mal, el aviso que el capitán de batalla Garro nos ha traído debe llegar a su destino final. Debe llegar a oídos del Emperador, ya que solo él puede decidir cómo actuar al respecto. Esa decisión, por mucho que yo lo lamente, está más allá de mis atribuciones.

—Mi señor, si me permitís… —empezó a decir el capitán Tyr—. Si no cabe duda alguna de la veracidad de este acto tan horrible, entonces, ¿cómo podemos permitir que quede sin castigo? Si en el sistema Istvaan se está iniciando una traición, no podemos dejarle tiempo para que se afiance.

Un coro de asentimientos fue la respuesta que obtuvo de los capitanes que lo rodeaban.

—Responderemos a la traición, de eso puedes estar seguro —le contestó Dorn con voz controlada—. El capitán Efried, el capitán Halbrecht y sus compañías de veteranos formarán un destacamento junto con mi guardia personal y permanecerán a bordo de la *Falange*. En cuanto termine esta reunión, ordenaré a los navegantes que tracen un rumbo que nos lleve al sistema solar. El capitán Garro ha cumplido con su responsabilidad al traernos el mensaje de aviso, pero considero un asunto personal que esa misión se complete del todo. Yo seguiré hacia Terra, nuestro destino original. —Miró al primer capitán—. Sigismund, mi fuerte brazo derecho, tomarás el mando del resto de la legión y de la flota de combate. Regresarás a Istvaan desplegándote en formación de combate y considerarás que has entrado en territorio hostil. El viaje de vuelta será difícil. En ese sector siguen rugiendo las tormentas de disformidad y eso te complicará el trayecto. Ve allí, primer capitán, apoya a nuestros hermanos leales al Emperador y entérate bien de lo que está ocurriendo en esos planetas.

—Si el Señor de la Guerra le ha dado la espalda a Terra, ¿qué órdenes tengo? —le preguntó Sigismund con el rostro ceniciento.

El semblante de Dorn se quedó completamente rígido.

—Dile que su hermano Rogal le hará responder por ello.

Quince
El destino de los setenta
Mar de crisis
Renacimiento

El capitán de la Guardia de la Muerte entró en la cubierta de la inmensa enfermería de la fortaleza, y una vez allí, buscó el camino hacia la sección donde se encontraba Decius. Finalmente, llegó a la cámara de aislamiento. Junto a la placa de bronce que Carya se había llevado consigo, era lo único que quedaba de la *Eisenstein* después de la destrucción de la fragata. Unos gigantescos servidores de carga habían desconectado el módulo de los acoplamientos de la enfermería y lo habían transportado hasta aquel lugar, donde el personal médico de Dorn podría dedicar toda su habilidad experiencia a curar las heridas del guerrero.

Sin embargo, los apotecarios de los Puños Imperiales no habían tenido más éxito que los de la Guardia de la Muerte. Garro miró a Decius a través de las paredes de cristal transparente de la cápsula de aislamiento y dio la impresión de que estaba a punto de morir. La lívida herida de la cuchillada parecía ya muerta por el color y la textura que mostraba, y unos tentáculos de pálida carne cadavérica salían serpenteando del tremendo corte. Los tubos de drenaje que habían colocado en las comisuras de los labios y en las fosas nasales de Decius estaban casi obturados por los chorros secos de pus. La infección producida por la desconocida toxina que impregnaba la maldita arma de Grulgor estaba venciendo, momento a momento, a las defensas del joven astartes.

Garro se dio cuenta de que alguien se había puesto a su lado. Vio el rostro Voyen reflejado en el cristal.

—Ha hablado una o dos veces, pero casi todas sus palabras son incoherentes. —El apotecario habló en voz baja, casi como si temiera dirigirse al capitán—. Lanza gritos de guerra y órdenes de combate en su delirio.

Garro asintió.

—Se está enfrentando a la enfermedad como lo haría contra cualquier adversario.

—No es mucho lo que podemos hacer —admitió Voyen—. El virus ha pasado a una fase de contagio aéreo en los últimos días, y no podemos entrar en la cámara para cuidarlo, ni siquiera protegidos por la servoarmadura. He hecho todo lo posible por aliviarle el dolor, pero me temo que se enfrenta a esto solo.

—El Emperador lo protegerá —murmuró Garro.

—Esperemos que sea así. El capitán Sigismund ha ordenado que el personal médico de la Falange examine y documente todos y cada uno de los aspectos de la enfermedad de Decius, por si acaso… regresan los intrusos a los que nos enfrentamos en la *Eisenstein*. Les he contado todo lo que presencié.

—Bien. —Garro se dio la vuelta para marcharse—. Sigue con tus tareas.

—Mi señor. —Voyen se interpuso en su camino, con la cabeza agachada—, debemos hablar —le dijo al mismo tiempo que le ofrecía la empuñadura de su cuchillo de combate—. En el puente de mando, antes de que hiciera estallar el destello de disformidad, lo cuestioné, y me he dado cuenta de que me equivoqué al hacerlo. Nos prometió que llegaría ayuda, y así fue. Un comportamiento como el mío se debe castigar. —El apotecario alzó la mirada—. He traicionado su confianza dos veces. Aceptaré el castigo que me imponga, sea cual sea. Le entrego mi vida.

Garro tomó en la mano el cuchillo y se quedó pensando un largo momento.

—Meric, lo que has hecho, tanto en las logias como en la *Eisenstein*, no es producto de una maldad en tu carácter. Todo eso lo hiciste por miedo, miedo a lo desconocido. —Le devolvió el cuchillo—. No voy a castigarte por eso. Eres mi hermano de batalla, y que me cuestiones es el motivo por el que te tengo a mi lado. —Le puso una mano en el hombro a Voyen—. Meric, no vuelvas a tener miedo nunca. Pon tus ojos en el Emperador, como he hecho yo, y no conocerás el miedo nunca más. —De repente, y obedeciendo a un impulso, sacó los papeles de Kaleb y se los puso en la mano—. Puede que, al igual que yo, encuentres un significado a todo esto.

* * *

Las señales astropáticas codificadas que precedieron a la *Falange* habían puesto en funcionamiento protocolos de alto nivel que situaban en alerta máxima a las fuerzas imperiales del sistema solar. La autoridad de Dorn fue suficiente para hacer partir a naves de combate y que todas las tropas estuvieran preparadas para la batalla. También se habían puesto en marcha otras fuerzas, agencias que habían sentido la llegada de la fortaleza estelar y la valiosa carga que transportaba.

La *Falange* surgió de forma explosiva de una puerta de disformidad que se abrió en un punto situado a varios minutos luz de la órbita de Eris. Apareció acompañado de una fuerte onda expansiva que envió unas descargas de radiante luz por el vacío. Los delicados aparatos sensores colocados en la superficie del décimo planeta captaron la nave recién llegada e informaron de inmediato a las estaciones de comunicación de Plutón y de Urano, quienes a su vez enviarían el mensaje mediante astrópatas a Terra. El regreso de los Puños Imperiales a la cuna de la humanidad se producía con mucho retraso. Lo correcto habría sido que se celebraran grandes ceremonias y actos en muchas de las colonias exteriores al sistema solar para

agasajarlos. Sin embargo, la *Falange* llegó con rapidez y con una decisión imparables, no a velocidad de crucero por los mundos adyacentes al sistema solar.

La gigantesca nave no mostraba los estandartes y pendones que indicaban el regreso triunfal de una heroica nave. En vez de eso, las señales de los mástiles y de las lámparas de láser estaban encendidas en todo el perímetro de la *Falange* para mostrar la urgencia de su avance. Las naves de patrulla se apartaron, ya que ningún capitán se atrevió a pedirle cuentas al señor de los Puños Imperiales por su prisa. La nave fortaleza llevaba casi a máxima potencia los motores, cuyas toberas brillaban como si fueran estrellas encadenadas allí. Pasó a través de los bordes desiguales de la Nube de Oort a tres cuartas partes de la velocidad de la luz y entró en el plano de la eclíptica, cruzando la órbita de Neptuno convertido en un destello de radiación deslumbrante.

* * *

Garro fue llamado de nuevo a los aposentos de Dorn. En la parte posterior de la gran cámara, unos enormes paneles de hierro se abrieron pegándose a las adornadas paredes y dejando una concavidad de cristal que comunicaba con el nexo de mando de la fortaleza, que estaba situado debajo. Era igual que el puente de mando de cualquier nave estelar, pero aumentado cien veces en amplitud. A Garro le recordó un estadio, con los anillos concéntricos de puestos de control dispuestos en gradas sobre un espacio central. Esa parte central del puente de mando era una galería de pantallas hololíticas, algunas de cuatro pisos de alto, siempre encendidas y relucientes. A los lados del nexo se alzaban estatuas de astartes con la armadura de los Puños Imperiales, con los brazos extendidos hacia adelante como si estuvieran sosteniendo la concavidad de observación de Dorn con la punta de los dedos.

En ese nivel se habían instalado consolas de repetición para que el primarca y sus oficiales pudieran obtener información de cualquier puesto de control con una simple orden. Garro se dio cuenta de que desde aquel lugar, una única persona al mando podía dirigir una guerra de millones de soldados y miles de naves estelares. Saludó con un gesto de cabeza a Qruze, que estaba hablando con el capitán Efried, e hizo una reverencia ante Dom.

—¿Me ha hecho llamar, mi señor?

—Hay algo que quiero que veas. —El primarca hizo un gesto de asentimiento en dirección a Halbrecht, un puño imperial de elevada estatura, rostro anguloso y cráneo afeitado—. Muéstrale al capitán de batalla nuestra nueva escolta.

Halbrecht pulsó un mando y de la amplia consola surgió una pantalla pictográfica. Garro vio una imagen de parte del vacío que rodeaba el casco de la *Falange* y una silueta oscura de gran tamaño que avanzaba a la par que la fortaleza. La estructura de esa nave solo se intuía por el lugar que ocupaba al tapar la luz de las estrellas. Era una de las Naves Negras.

—La *Aeria Gloris* —dijo Garro.

Era inconfundible. En el mismo instante que el capitán de batalla captó la silueta, su mente llenó los espacios en blanco. Estaba completamente seguro de que se trataba de la misma nave que había aparecido cerca de Iota Horologii.

—Exacto —le respondió Dorn—. Ese fantasma se nos ha unido cuando salimos de la sombra de Neptuno, y ha tomado el mismo rumbo y velocidad que nosotros. Nos trae órdenes del propio Consejo de Terra e instrucciones sobre dónde debemos atracar. Os mencionaron especialmente a ti, capitán, y a esa mujer, Keeler. Quiero que me digas por qué.

Gano dudó un momento, sin saber muy bien qué contestar.

—Amendera Kendel y yo nos conocemos. Es una dama del olvido dentro de la orden de las Hermanas del Silencio… —empezó a explicar.

Dorn hizo un breve gesto negativo con la cabeza, una seca orden de que se callara.

—Los asuntos que hayas tenido con esos intocables no me interesan, Garro. Lo que me preocupa es que saben que Keeler se encuentra a bordo de mi nave, y me han indicado que debía mantenerla aislada.

Garro se sintió preocupado.

—Euphrati Keeler no representa ninguna clase de amenaza para la Falange, mi señor. Ella es… una persona con un don.

—Con un don. —La expresión hizo que Dorn soltara un gruñido—. Conozco la clase de «dones» que suele buscar esa hermandad. ¿Has traído a una bruja mental a mi nave, guardia de la muerte? ¿Tiene esta rememoradora la marca del psíquico? —Torció el gesto—. Yo estaba en Nikaea cuando el Emperador en persona censuró por el bien del Imperio el uso de esos poderes nacidos de la disformidad. ¡No permitiré que algo así camine libre entre mis guerreros!

—No es una bruja, mi señor —la defendió Garro—. En todo caso, su don es que ella ha sentido más que nadie el influjo del Emperador.

El temor en su voz llamó la atención de Qruze, y el capitán de los Lobos Lunares se acercó a ellos.

—Ya veremos. La hermana Amendera ha solicitado que Keeler sea mantenida aislada, y los hombres de Halbrecht ya están de guardia a su alrededor. La mujer y sus acompañantes serán entregados a las Hermanas del Silencio cuando entremos en órbita alrededor de la Luna.

—Señor, no puedo permitirlo. —Las palabras salieron de sus labios antes de que pudiera impedirlo—. Se encuentran bajo mi protección.

—¡Y la mía! —se inmiscuyó Qruze—. ¡Loken me confió en persona su salvaguarda!

—¡Lo que deseéis y lo que estéis dispuestos a permitir no les interesa nada a los Puños Imperiales! —les replicó Halbrecht, poniéndose delante de Garro—. Sois invitados de la VII Legión y os comportaréis como tales.

—Actuáis bajo unas premisas equivocadas, los dos —intervino Dorn mientras se acercaba a las ventanas—. ¿Habéis olvidado lo que me contasteis? La Guardia de la

Muerte y los Hijos de Horus se han vuelto contra el Emperador, y si es cierto, esas legiones pronto serán declaradas renegadas, lo mismo que todos los guerreros que las componen, junto a los protectorados y las tripulaciones que están a su servicio.

—¡Lo arriesgamos todo por avisar al Emperador! —La voz de Garro tenía la misma gelidez que el hielo—. ¿Y ahora se nos llama traidores?

—Tan solo digo lo que algunos han pensado, y lo que otros pensarán dentro de poco. ¿Por qué creéis que vamos a atracar en la Luna en vez de dirigirnos a la órbita de Terra? ¡No pienso arriesgar las vidas del Emperador y de los miembros del Consejo de Terra!

Qruze escupió al suelo con furia. El comportamiento normalmente calmado del veterano desapareció por completo.

—Disculpadme, lord Dorn, pero ¿es que no visteis la grabación mnemónica de la señorita Oliton? ¿Es que la palabra de honor de setenta astartes no es suficiente para vos?

—Setenta astartes de una legión que le ha dado la espalda a Terra —comentó Efried con voz ceñuda.

El primarca asintió.

—Tenéis que entender mi posición. A pesar de todas las pruebas que me traéis, no puedo estar seguro de nada de esto hasta que no lo haya visto a través de los ojos de un puño imperial. No os llamo mentirosos, hermanos, pero debo ver esto desde todas las perspectivas. Debo tener en cuenta todas las posibilidades.

—¿Qué ocurre si resulta que vosotros sois los traidores? —les soltó Halbrecht—. ¿Por qué no podemos suponer que Horus ha sido depuesto por alguna clase de conspiración entre sus propios guerreros y a vosotros os han enviado para asesinar al Emperador?

Garro llevó de inmediato la mano a la empuñadura de *Libertas*.

—¡He matado por insultos mucho menores, puño imperial! Dime, por favor, ¿cómo íbamos a conseguir algo tan imposible?

—Pues a lo mejor llevando en secreto a una bruja psíquica a Terra —le contestó Efried—. ¿O a un individuo con una enfermedad tan grave que no hay medicina capaz de curarla?

Garro sintió que se le helaba la sangre, y la furia lo abandonó de inmediato.

—No… no —se volvió hacia Dorn—. Mi señor, si lo que os he dicho y lo que os he mostrado no es suficiente para convenceros, ¡por favor, decidme qué debo hacer para ello! ¿Debo atravesarme con mi propia espada para que me creáis?

—Acabo de hablar con el Regente Imperial, Malcador el Sigilita, mediante una llamada del comunicador —le dijo el primarca—. Le he dicho que, a pesar de la lealtad que le habéis demostrado al Emperador al enfrentaron a tantos peligros para traerle un mensaje de aviso, el Consejo de Terra no puede estar completamente seguro de a quién le debéis lealtad en última instancia. —Había una tremenda dureza en la voz de Dorn, pero Garro notó por primera vez la tensión que sufría. Al primarca

no le estaba resultando fácil decirle algo así a un camarada astartes—. Las órdenes que recibí fueron de regresar a Terra para reforzar las defensas del planeta, y, por lo que parece, tendré que hacerlo para resistir el ataque de mis propios hermanos. —Miró a Garro—. Acudiré al Palacio y hablaré con el Emperador sobre esta grave noticia. Tú, los refugiados del *Espíritu Vengativo* y todos los astartes de la *Eisenstein* permaneceréis en un lugar seguro de la Ciudadela Somnus de la Luna hasta que nuestro señor decida qué hacer con vosotros.

Garro desenvainó la espada con lentitud y le dio la vuelta para ofrecerle la empuñadura a Dorn, lo mismo que Voyen le había ofrecido la de su cuchillo de combate.

—Tomad mi espada y acabad conmigo si soy un traidor, os lo suplico, mi señor. Ya estoy cansado de tener que superar tantas pruebas. Con todas las mentiras y la desconfianza que he sufrido, ¡no soporto que mis propios camaradas lo hagan! —Garro se llevó la mano libre al pecho y se tocó la coraza con el águila. Luego hizo un gesto con el mentón y señaló la armadura del primarca, que mostraba un emblema similar, ambas un eco lejano de la que llevaba el Señor de la Humanidad—. Los dos tenemos la marca del aquila del Emperador. ¿Es que eso no cuenta para nada?

—En esta época sombría, nada es seguro. —Dorn endureció de nuevo la expresión del rostro—. Envaina la espada y guarda silencio, capitán de batalla Garro. Quiero que te quede claro: si te resistes al edicto del Sigilita de algún modo, la furia desencadenada e implacable de los Puños Imperiales caerá sobre ti y los tuyos.

—No nos resistiremos —respondió Garro con voz derrotada—. Si esto es lo que se debe hacer, que así sea. —Luego, devolvió a Libertas a su vaina en silencio.

El primarca le dio la espalda.

—Llegaremos dentro de pocas horas. Reúne a tus hombres y prepárate para desembarcar.

La distancia que tuvo que cruzar sobre el suelo de mármol para llegar a las puertas de la estancia pareció alargarse cuando la pierna herida de Garro se resintió con un dolor desconocido a cada paso que daba.

* * *

La *Falange* se aproximó a la Luna tras atravesar los ornamentos colgantes que parecían las estaciones de defensa orbital y las plataformas comerciales. El camino que recorrió fue un pasillo abierto que lo condujo a través de la oscuridad hasta el satélite natural de Terra. Cuando la fortaleza de los Puños Imperiales encontró acomodo en el punto de La Grange, donde se anulaba la gravedad mutua entre Terra y la Luna, la Falange siguió la misma órbita del satélite alrededor del mundo principal.

Antaño, el satélite había sido un lugar baldío de piedra moteada donde la humanidad había dado sus primeros pasos infantiles lejos de su planeta natal. Luego

habían construido colonias allí, poniéndose a prueba en el frío e inmisericorde vacío como preparación a futuros viajes a otros planetas, pero a medida que la gente de Terra avanzaba, la Luna se fue convirtiendo en poco más que una estación de paso, un lugar que se dejaba atrás en el viaje por las profundidades entre planetas y, más tarde, entre estrellas.

Durante un tiempo, en la Era de los Conflictos, cuando Terra se vio sacudida por guerras y matanzas, el satélite se convirtió de nuevo en un lugar desolado y vacío, pero tras la llegada al poder del Emperador, la Luna había conocido un renacimiento. Sin dejar de crecer y menguar, el satélite había recorrido todo el ciclo cuando la Era del Imperio la llenó de nuevo de vida.

En el ecuador de la esfera de piedra gris se abría, partiéndola por la mitad, un valle creado por la humanidad que tenía bastantes kilómetros de ancho. Se trataba del Circuito, un cañón artificial que dejaba al descubierto la piedra y la roca bajo la polvorienta superficie lunar. A todo lo largo de aquel abismo se abrían entradas que conducían al interior del satélite, con unas enormes puertas que llevaban a la colmena de espacios excavados por la humanidad en el corazón de la Luna. El viejo peñasco muerto que era el satélite se convirtió en el mayor complejo militar jamás construido por la mano humana. Era un gigantesco astillero para la armada del Imperio. Allí se construían y se reparaban miles de naves espaciales, desde la más pequeña lanzadera hasta la mayor de las barcazas de combate, y al otro lado se encontraban las estaciones del complejo desde donde se observaba el gran vacío que se abría más allá. Puerto Luna, el frío corazón de piedra de las grandes flotas de la humanidad.

El satélite era tanto un puerto seguro como un arma. Buena parte de los metales extraídos del interior del satélite los habían empleado los mejores ingenieros del Emperador para crear un anillo artificial que rodeaba al planetoide como un cinturón. Aquella enorme construcción albergaba baterías de cañones de energía y muelles de atraque para más naves. Allá donde caía la luz de la Luna, aquellos que la veían dormían tranquilos sabiendo que el incesante guardián mantenía una vigilia constante.

Y más allá, Terra.

La cuna de la humanidad estaba a oscuras. La luz del sol relucía a lo largo de la curvatura del planeta y la convertía en un brillante arco de color dorado. El lado nocturno de Terra mostraba su cara a la Luna, por lo que los detalles de sus continentes y sus enormes ciudades colmena quedaban ocultos bajo las fuertes tormentas y la penumbra. En los lugares donde la capa de nubes era lo suficientemente delgada, los destellos parpadeantes de las luces de las grandes metrópolis creaban relucientes collares de color blanco brillante y azul vivo. Algunas estaban agrupadas y formaban halos, mientras que otras se alargaban durante cientos de kilómetros siguiendo la línea de la costa. Las enormes manchas oscuras de los océanos brillaban como tinta derramada.

Nathaniel Garro iba en el Stormbird de color amarillo que llevaba el primer grupo de los setenta astartes de la *Eisenstein*. Se levantó del soporte de aceleración y se dirigió hacia una de las portillas de observación sin hacer caso de las miradas del capitán Halbrecht y sus hombres. Acercó la cara al hemisferio de cristal blindado y miró con sus propios ojos hacia el planeta donde había nacido. ¿Cuánto tiempo hacía de eso? El paso del tiempo parecía pesarle mucho más que antes. Garro calculó que habían pasado bastantes décadas desde la última vez que pudo contemplar la majestuosidad de la Terra Imperial.

Sintió una punzada de tristeza. Debido a la oscuridad de la noche, no era capaz de distinguir las formaciones de los continentes y los puntos destacados que había aprendido con tanta rapidez en su juventud. Garro se preguntó si habría personas mirando hacia arriba mientras él contemplaba el planeta. Quizá un chico, de no más de quince veranos, solo en los agrestes agriparques de Albia por primera vez en su vida, miraría hacia arriba, hacia el cielo nocturno, y se maravillaría de la increíble magnitud de las estrellas.

Allí abajo, en algún punto por debajo de él, se encontraban el lugar donde había nacido y todos los demás paisajes de su niñez. Allí estaba el corazón del Imperio, con grandes edificaciones de incomparable majestad, increíbles logros como la Montaña Roja, la Libraria Última, la Ciudad de los Suplicantes y el propio Palacio Imperial, donde residía en esos momentos el Emperador. Estaban tan cerca que a Garro le dio la impresión de que podría alargar la mano y tocarlo con los dedos. Apretó el guantelete contra la ventana y la palma de la mano cubrió el planeta por completo.

—Ojalá fuese tan fácil mantenerla protegida —le dijo Hakur. El sargento se había reunido con él al lado de la portilla de observación.

A pesar de todo lo que estaba ocurriendo, Garro se sentía extrañamente animado ante la visión de su planeta natal, a pesar incluso de que sus emociones tendían hacia la melancolía.

—Mientras quede un astartes con vida, viejo amigo, Terra jamás caerá.

—Preferiría no ser ese astartes —contestó Hakur—. Cada día que pasa estamos más aislados.

—Sí.

El capitán de batalla se quedó reflexionando. Lo cierto era que el tiempo había pasado con más rapidez de la que esperaba. Aunque tenía la sensación de que la huida de la *Eisenstein*, el periodo a la deriva y el rescate habían sido cuestión de poco más que unas cuantas semanas, Garro no tardó en descubrir que su percepción del tiempo no casaba con el paso de los días en otros lugares. Según el cronómetro central situado en la capital del Imperio, había pasado más del doble de ese tiempo desde el ataque contra Istvaan III. El capitán de batalla pensó una vez más en los astartes leales que se habían quedado atrás, solos ante el poderío de Horus.

El Stormbird viró y bajó el morro hacia la Luna. La portilla de observación se llenó con un paisaje de piedra que tenía la misma tonalidad que la armadura de color

mármol de Garro. Bajaban hacia el Valle Rético, al otro lado del cual comenzaba a extenderse el Mare Crisium, el Mar de las Crisis, donde las Hermanas del Silencio tenían su bien protegida ciudadela lunar.

Garro captó un color en movimiento con el rabillo del ojo. Era la armadura amarilla de un puño imperial, que se acercaba desde el compartimento de popa. Hakur vio que su capitán se había percatado del hecho.

—Odio que me traten como un novicio en su primera misión planetaria —dijo el sargento en voz baja—. No necesitamos escolta, y menos de estos individuos ceñudos.

—Lo ha ordenado Dorn —le contestó Garro, aunque lo dijo con poca convicción.

—¿Es que ahora somos prisioneros, capitán? ¿Hemos llegado tan lejos solo para que nos pongan unos grilletes y nos metan en alguna clase de celda lunar?

Garro lo miró fijamente.

—No somos prisioneros, sargento Hakur. No nos han quitado las armas ni el equipo de combate.

El veterano soltó un bufido.

—Eso se debe únicamente a que los hombres de Dorn no nos consideran una amenaza. Mire allí, señor. —Hakur señaló con un gesto del mentón el grupo de guerreros que se encontraba en el extremo del compartimento—. Fingen estar tranquilos, pero están demasiado tensos para disimularlo. Veo la regularidad de sus movimientos por toda la nave. Andan como si estuvieran efectuando una guardia, y como si nosotros fuéramos sus prisioneros.

—Quizá sea así —admitió Garro—, pero yo creo que el capitán Halbrecht teme más lo que representamos que quienes somos. Lo vi en su cara cuando Dorn reveló la traición del Señor de la Guerra. No era capaz de comprender que era verdad.

—Puede que sea eso, mi señor, ¡pero esta tensión me está hiriendo como una hoja afilada! —Miró a su alrededor—. Nos están insultando. Nos han separado. Llevan al lobo lunar con Voyen y la cápsula de aislamiento del muchacho en otra nave, y no sé qué ha sido del iterador y las dos mujeres.

Garro señaló un punto situado al otro lado de la portilla de observación.

—Todos vamos al mismo lugar, Andus. Mira ahí.

En el exterior, la inmensa torre de bronce de la Ciudadela Somnus giró para recibir a la nave que descendía. Cuando estuvieron más cerca, Garro vio que el edificio estaba compuesto por cientos de puertas, unas sobre otras, colocadas como las placas faciales de los cascos dorados de las Hermanas del Silencio. El Stormbird empezó a bajar en espiral, orbitando alrededor de la torre. Poco después, vieron una cúpula en el fondo del enorme cráter que se abría un poco más allá. La superficie de la cúpula se abrió con lentitud en varios segmentos triangulares que dejaron al descubierto una pista de aterrizaje oculta.

—Estamos efectuando la aproximación final a la ciudadela —les dijo Halbrecht—. Siéntense.

—¿Y qué pasa si me quiero quedar de pie? —le espetó Hakur, en un tono de claro desafío.

—Sargento —lo reconvino Garro, y le indicó con un gesto que se sentara en su sitio.

—¿Todos sus subordinados son tan tozudos y desafiantes? —le preguntó el otro capitán con cierto malhumor.

—Por supuesto —le contestó Garro mientras regresaba a su propio asiento—. Somos la Guardia de la Muerte. Es parte de nuestra naturaleza.

* * *

La compuerta del Stormbird se abrió como un gigantesco bostezo y Garro se apresuró a bajar por la rampa, lo que pilló por sorpresa a Halbrecht. El protocolo establecía que, al ser una nave de los Puños Imperiales, debía ser un puño imperial quien bajara el primero de la nave, pero a Garro cada vez le importaba menos toda aquella absurda etiqueta.

Un grupo de Hermanas del Silencio, en cuidadosa formación, los esperaba en la pista de aterrizaje. Garro miró a su alrededor y luego hacia arriba, hacia la compuerta abierta por encima de las alas del Stormbird, que se estaban plegando. Se podía distinguir el brillo, parecido al de una burbuja de jabón, de un campo de aura poroso, que mantenía en el interior del lugar la atmósfera al mismo tiempo que permitía sin problemas el paso de objetos de gran masa, como las naves espaciales. Un segundo Stormbird bajaba detrás de ellos con los retropropulsores a toda potencia. Por el vacío se acercaba una tercera nave, visible por las luces de señalización, pero demasiado lejana todavía como para distinguir con claridad sus detalles.

El capitán de batalla se detuvo y se inclinó ante las hermanas.

—Nathaniel Garro, capitán de batalla de la Guardia de la Muerte. He venido por orden del primarca Rogal Dorn.

Halbrecht y sus guardias llegaron inmediatamente detrás dando grandes pisadas. Garro notó la sensación de enfado que emanaba de ellos, pero mantuvo la mirada fija en las hermanas. Las insignias de la escuadra variaban dentro del grupo, y buscó las que correspondían a la unidad de la Tormenta de Dagas.

Garro vio que se trataba del mismo tipo de guerreras con las que se había encontrado en el mundo astronave jorgall, pero con diferencias estilísticas en las armaduras, del mismo modo que ocurría entre las diversas legiones astartes. Uno de los grupos llevaba puesta una armadura con detalles de plata gastada, con la parte inferior del rostro tapada por unas protecciones recubiertas de pinchos, lo que hacía que parecieran una barrera de pequeñas estacas. Otra de las mujeres, que se mantenía en la parte exterior del grupo, no llevaba puesta ninguna clase de protección. Iba cubierta por un abrigo grueso con tachonaduras que se cerraba con una gruesa hebilla. La prenda era de cuero rojo sangre, y llevaba un par de largos guantes a juego

además de un cuello alto que le tapaba toda la garganta. La mujer no tenía ojos. En su lugar, tenía dos implantes oculares, unas gruesas lentes de color rubí fijadas a la piel de la frente y de las mejillas mediante unos finos cables del grosor de un cabello. Contempló fijamente a Garro con la misma calidez que un cirujano observaría un cáncer que tuviera bajo el microscopio.

Garro sintió de forma muy abrupta un escalofrío que le recorría todos los huesos. Era la misma impresión extraña que había tenido cuando conoció a la hermana Amendera en la cámara de reuniones de la Resistencia, la misma ausencia peculiar de algo indefinible, solo que allí, en la Luna, la sentía a todo su alrededor. La inquietante sensación lo presionaba por todos lados.

—Capitán de batalla Garro, me alegro de verlo —dijo una voz familiar. Una figura delgada cubierta por una túnica se echó atrás la capucha y Garro reconoció a la novicia con la que ya había hablado en la Resistencia—. Os saludo también a vos, Halbrecht de los Puños Imperiales. Las Hermanas del Silencio os dan la bienvenida a la Ciudadela Somnus. Nos entristece que su llegada se deba producir en unas circunstancias tan difíciles.

Garro dudó unos instantes. No estaba muy seguro de cuánto sabían las Hermanas del Silencio de los acontecimientos que habían tenido lugar en Istvaan, o lo que Dorn o el Sigilita les habían comunicado. Ocultó su turbación con un saludo.

—Hermana, os doy las gracias por concedernos un lugar donde refugiarnos mientras se aclaran esas circunstancias.

Por supuesto, era una mentira. Ni Garro ni sus hombres querían estar allí, pero las Hermanas del Silencio habían demostrado ser merecedoras de su respeto y no vio necesidad alguna de comenzar aquella reunión con un sentimiento de animadversión. Ya había tenido suficiente de ese comportamiento con los Puños Imperiales.

—¿Dónde está vuestra señora? —añadió al cabo de un momento.

La expresión neutral de la novicia se desvaneció por un momento y Garro vio cómo le echaba una mirada de reojo a la mujer del abrigo carmesí.

—Ella nos atenderá, de momento.

El resto de los guerreros de Garro que habían bajado del primer Stormbird se colocaron detrás de su comandante y, bajo las precisas órdenes de Hakur, adoptaron una formación de desfile. Halbrecht se puso al lado del capitán de batalla y lo miró fijamente.

—Capitán —le dijo con un tono de voz muy formal—, ¿podemos hablar un momento?

—Sí.

Halbrecht entrecerró los ojos, pero no en una muestra de enfado, como se esperaba Garro. Más bien parecía lo que podía pasar por compasión.

—Sé lo que debe de pensar de nosotros. Apenas puedo llegar a comprender por lo que ha pasado —«si todo ello es verdad», casi pudo captar Garro como añadido silencioso—. No piense mal de mi primarca. Las órdenes que le incumben se dieron

para mantener la seguridad del Imperio. Si el precio que hay que pagar por eso es una herida en su honor, espero que lo considere un pago no demasiado elevado.

Garro le devolvió la mirada.

—Mis hermanos me han traicionado. Mi señor se ha convertido en un traidor. Mis hermanos de honor están muertos y mi legión está camino de corromperse. Mi honor, capitán Halbrecht, es lo único que me queda.

Garro se dio la vuelta cuando el segundo Stormbird aterrizó entre chorros de gas de los retropropulsores.

El otro transporte abrió una gran compuerta en uno de los lados y por allí salió un grupo de servidores llevando la cápsula de aislamiento. Voyen los acompañaba de cerca. Mientras Garro contemplaba la escena, un contingente de Hermanas del Silencio, todas ellas armadas con los potentes rifles infierno, formaron una guardia alrededor del módulo cuando pasó a su lado.

—¿Adónde lo lleváis? —le preguntó a la novicia.

—La Ciudadela Somnus posee muchas funciones, y nuestro personal médico tiene una excelente preparación —le contestó ella—. Quizá tengan éxito allá donde los apotecarios de los astartes no lo han tenido.

—Decius no es un cadáver alienígena al que se pueda cortar y descuartizar —le advirtió Garro con voz tensa al recordar al pequeño psíquico alienígena—. ¡Se le tratará con el respeto debido a un guerrero de la Guardia de la Muerte!

Sendek y Qruze se acercaron y los guerreros que los acompañaban se unieron a la formación de Hakur.

—Tranquilo, muchacho —le dijo el lobo lunar—. El chico todavía no ha muerto. Se mantiene pegado a su puñetera existencia. Muy pocas veces he visto un espíritu tan combativo.

Garro se limitó a soltar un gruñido. Sintió cómo su estado de ánimo se ensombrecía. La última nave llegó finalmente y se posó en la amplia pista sobre el tren de aterrizaje que había desplegado bajo las alas y el fuselaje. Reconoció la nave. La decoración negra y dorada era idéntica a la de la nave procedente de la *Aeria Gloris* que había visto en la cubierta de aterrizaje de la *Resistencia*. El aparato, de formas semejantes a la de un cisne, se posó con suavidad y se quedó en silencio. Garro supo de forma instintiva antes de que se abriera ninguna compuerta quién iría a bordo. De la zona central del casco surgió una rampa por la que desembarcaron un puñado de personas. A la cabeza marchaba Amendera Kendel, con el rostro noble y orgulloso, aunque con una expresión un poco apagada. Parecía distraída y preocupada. Dos de las detectoras de brujas de la unidad Tormenta de Dagas de Kendel acompañaban a los pasajeros que la seguían: Kyril Sindermann, Mersadie Oliton y, delante de ellos, Euphrati Keeler.

La mirada de Keeler cruzó la estancia y vio a Garro. Ella lo saludó con un gesto de asentimiento que le pareció casi regio. El capitán de batalla había pensado que la imaginista estaría atemorizada, tan nerviosa como evidentemente lo estaban Oliton y

el viejo iterador, pero Keeler se adentró en la ciudadela como si estuviera destinada a encontrarse allí, como si fuera la dueña del lugar.

La hermana Amendera dijo algo en el lenguaje de signos y la mujer incapaz de parpadear del abrigo rojo y su cohorte se movieron de repente con una rapidez grácil.

—Es una excruciatus —le explicó Halbrecht hablando de ella—. Se dice que cada una de ellas debe quemar personalmente a un centenar de brujos y brujas antes de lograr que la asciendan a ese rango.

Keeler se mantuvo en pie, inmutable, mientras la escuadra se acercaba a ella. La hermana excruciatus miró a Euphrati con una precaución exagerada y le echó un vistazo de arriba abajo de un modo frío y clínico. Luego le hizo un gesto a Kendel y otro, más brusco, a sus guerreras, que rodearon con rapidez a los refugiados.

Tanto Garro como Qruze se apresuraron a acercarse, dispuestos a combatir si llegaba el caso.

—¡Esta gente se encuentra bajo mi protección! —les gritó el capitán de batalla—. Aquellos que les causen el más mínimo daño, se enfrentarán a mí…

La hermana Amendera y sus detectoras de brujas se colocaron delante de ellos para impedirles el paso, pero fue Keeler quien los detuvo.

—Nathaniel, Iacton, por favor, no interfiráis. Iré con ellas. Es necesario.

La mujer del abrigo rojo hizo una serie de signos y la novicia los tradujo.

—Esta mujer muestra ciertos indicios que son asunto de nuestra hermandad. Por los edictos del Emperador y bajo la protección del Decreto de Nikaea, tenemos la autoridad necesaria para hacer con ella lo que consideremos necesario. No tienes derecho a reclamar nada en este lugar, astartes.

—¿Y los civiles, una documentalista y un iterador? —les soltó Qruze—. ¿También os los vais a llevar?

—¡Allá adonde vaya Euphrati iremos nosotros! —logró decir Mersadie de un modo desafiante, y Garro vio que Sindermann hacía un gesto de asentimiento para mostrarse de acuerdo.

Keeler volvió a ponerse en marcha.

—No tengas miedo por nosotros —le dijo en voz alta—. Ten fe. El Emperador protege.

Garro contempló cómo desaparecía la procesión por una rampa que acababa en una compuerta de gruesas hojas de acero que se cerró de golpe tras su paso. No pudo evitar sentir la desoladora certidumbre de que no volvería a verlos jamás.

Amendera Kendel se quedó delante de él, mirándolo con unos ojos de expresión acerada. Hizo una nueva serie de signos.

—El capitán Garro y los hombres que se encuentran bajo su mando deben saber algo —les tradujo la novicia con una voz clara y tajante—. Les ofreceremos santuario hasta el momento en que el Señor de la Humanidad decida lo que debe ser de ustedes. Les hemos preparado alojamiento. —La hermana del silencio no apartó la mirada de sus ojos en ningún momento—. Son nuestros invitados, y serán tratados como tales.

A cambio, lo único que pedimos es que se comporten como lo harían los guerreros de cualquier legión astartes, con honor y respeto. —La novicia se calló un momento—. Capitán, ella le pide que le dé su palabra.

Pareció que transcurría una eternidad antes de que Nathaniel contestara.

—La tiene.

* * *

Era una prisión, en el sentido estricto de la palabra.

No había barrotes en las ventanas ni puertas cerradas con cerrojos en la austera cubierta donde las hermanas les habían preparado los alojamientos donde tendrían que esperar para saber lo que ocurriría, pero el exterior era roca desnuda y un vacío sin oxígeno. Además, a lo largo de kilómetros a su alrededor había sensores de movimiento y emplazamientos de armas autónomos. Si abandonaban la ciudadela, ¿adónde podrían ir? Había la posibilidad de robar una nave del hangar, pero después, ¿qué harían?

Garro estaba sentado en su pequeño aposento, en silencio, pero escuchando a los setenta astartes mientras charlaban entre ellos. Todos expresaban en voz alta las ideas que les daban vueltas en la cabeza, ideas sobre lo que les depararía el futuro, sobre el miedo nacido de la desesperación y planes que no llevaban a ningún lado y que no servían para nada.

La hermana Amendera no se engañaba a sí misma. Garro lo había visto en su mirada. Ella sabía tan bien como él que si los astartes de la *Eisenstein* decidían poner fin a su confinamiento, poco podrían hacer las Hermanas del Silencio para impedir que se marcharan. Garro estaba seguro de que las guerreras de Kendel les harían pagar cara la huida, pero también calculaba que no perdería más de diez hombres, y probablemente solo serían los que habían resultado heridos durante la huida de Istvaan.

Sabía asimismo que la *Falange* debía estar cerca de allí, con Dorn a bordo. Quizá, si intentaban huir, el primarca enviaría a Halbrecht y a Efried para convencerlos de lo contrario. Garro frunció el entrecejo. Sí, esa sería una táctica muy sensata, y Dorn era uno de los mejores tácticos del Imperio. Garro se centró un momento en analizar la situación y no pudo dejar de admirar al señor de los Puños Imperiales por el modo en que había manejado el problema con los supervivientes de la *Eisenstein*. Si Garro y los demás se hubieran quedado en la fortaleza estelar, al final se habrían producido fricciones con los otros astartes y se habría acabado derramando sangre. Al mandarlos allí, bajo el techo de las Hermanas del Silencio, las mismas mujeres al lado de las cuales habían combatido hacía pocos meses, Dorn obligó a Garro a reconsiderar cualquier idea de enfrentamiento armado.

Y aunque lograran abrirse paso entre las Hermanas del Silencio y los Puños Imperiales y después consiguieran apoderarse de una nave, ¿qué lograrían con ello?

Era una locura pensar que podrían aterrizar en Terra y exigir una audiencia con el Emperador para limpiar su buen nombre. Cualquier nave capaz de bajar a Terra sería borrada de la atmósfera antes siquiera de que avistara el Palacio Imperial, y si decidían huir al espacio profundo, había cientos de naves de combate entre la Luna y el punto de salto a la disformidad más cercano.

Garro había temido que pudieran ocurrirles muchos tipos de percances a los setenta, pero aquello ni siquiera se lo había planteado. Llegar tan lejos, tanto en distancia física como en sus propias almas, solo para estar retenidos allí, a la vista de su meta…, en cierto modo era una tortura.

Pasó el tiempo y nadie los informó de nada. Sendek se preguntó en voz alta si los dejarían allí, vivos pero encerrados, mientras se resolvía el asunto de Horus en el otro extremo de la galaxia. Quizá los setenta quedarían convertidos en una nota a pie de página muy incómoda y de la que se olvidarían en mitad del enfrentamiento. Andus Hakur le gastó una broma al respecto, pero Garro se dio cuenta de que debajo de aquel falso humor estaba realmente preocupado. Aparte de una muerte en combate o debido a un accidente, un astartes era prácticamente inmortal, y había oído decir que cualquiera de ellos podría llegar a vivir mil años o más. Garro intentó imaginar lo que sería aquello, quedarse atrapado en la ciudadela mientras el futuro se decidía a su alrededor y ellos eran incapaces de intervenir.

El capitán de batalla intentó descansar durante los primeros días, pero le ocurrió igual que a bordo de la fragata. No lograba conciliar el sueño salvo en escasas ocasiones, y cuando lo hacía, estaba repleto de imágenes de oscuridad y horror sacadas de la locura del viaje de huida. Las criaturas enfermas y corruptas que había visto usando los cuerpos de Grulgor y sus hombres se mantenían acechando en los rincones de su mente y le atacaban la fuerza de voluntad. ¿De verdad habían existido aquellas cosas? Después de todo, el espacio disforme era un reflejo de las emociones humanas y de la turbulencia psíquica. Quizá el demonio-Grulgor no era más que eso, un enloquecido reflejo hecho realidad del negro y enfermo corazón que había latido en el interior de Ignatius, un destino en el que otros individuos podían acabar cayendo. En el otro lado del espectro sintió el brillo dorado de algo, alguien, que era increíblemente anciano y sabio. No se trataba de Keeler, aunque a ella también la sentía. Era una luz que empequeñecía por completo la de la imaginista, que le llegaba a todos los rincones del espíritu.

Finalmente, Garro se puso en pie y decidió abandonar todos sus esfuerzos por dormir. Se dio cuenta de que se estaba librando una guerra, pero no solo en el sistema Istvaan, entre los que apoyaban a Horus y los que apoyaban a su padre. Había otro conflicto, un enfrentamiento silencioso y oculto del que muy pocas personas eran conscientes, personas como Kaleb, Keeler y ahora él, Nathaniel Garro. Aquella era una lucha sorda, pero no por conseguir territorios o ganancias materiales, sino almas y espíritus, corazones y mentes.

Ante él y los que eran como él se abrían dos caminos. El astartes comprendió que siempre habían estado ahí, pero que su visión estaba nublada y no los había visto con claridad. Uno, el elegido por Horus, conducía a horrores monstruosos. El otro llevaba hasta allí, a Terra, a la verdad y a aquella nueva guerra. Garro se encontraba en mitad de aquel campo de batalla, y la batalla en sí se acercaba cada vez más, como el trueno que resonaba en el horizonte.

—Se acerca una tormenta —dijo el capitán en voz alta mientras sostenía en alto delante de él el icono de bronce de Kaleb con la representación del Emperador.

* * *

Siempre había dos caminos. El primero estaba encharcado de sangre y ya había bajado trastabillando por él varias veces. Al final, siempre visible pero fuera de su alcance, estaba la liberación, el indoloro y dulce néctar de un renacimiento.

El otro camino estaba cubierto de cuchillos y era una agonía y una tortura continuas, sin respiro alguno, y únicamente ofrecía un sufrimiento mayor que debía añadirse al que ya había padecido hasta ese momento en cuerpo y mente. No había salida en aquel camino, ni olvido, tan solo un bucle interminable, una cinta de Moebius sacada del infierno.

Solun Decius era un astartes, y comparado con cualquier individuo normal de entre los billones que poblaban el Imperio, era un hijo de los dioses de la guerra, pero incluso un ser de una fuerza como la suya tenía sus límites.

La herida creció hasta convertirse en unas fauces llenas de dientes que lo mordían sin cesar para arrancarle y devorar la esencia al cuerpo del guardia de la muerte. Decius había sido invadido a través de la herida que Grulgor le había abierto con el cuchillo de plaga. Lo había invadido un virus que en realidad era todos los tipos de virus a la vez, una enfermedad que era todas las enfermedades a las que la humanidad se había enfrentado, y algunas de las que todavía tendría que padecer. No había cura posible. ¿Cómo podría haberla? Los gérmenes procedían de la destilación viva de la corrupción en su estado más puro, una cepa serpenteante de microbios de tres y ocho puntas que desintegraban todo aquello con lo que entraban en contacto. Aquellas armas invisibles eran los soldados de a pie del Gran Destructor, cada uno de ellos marcado con la señal indeleble del Señor de la Podredumbre.

—¡Ayudadme!

Habría gritado aquellas palabras si al menos hubiera logrado abrir las mandíbulas, rígidas por un rictus, si hubiera conseguido separar los labios resecos y pegados entre sí, si por su garganta pudiera pasar algo más aparte de una densa pasta de mucosidades manchadas de sangre. Decius se removió en el lecho. Se le habían formado moretones lívidos en los puntos donde el cuerpo había quedado insensible por las infecciones. Arañó las paredes de cristal que lo rodeaban. Sus brazos parecían ramas quebradizas cubiertas de bolsas de carne floja y piel pálida. Unas criaturas que

parecían gusanos con tres ojos negros le atravesaban los músculos del pecho y lo azotaban con los diminutos latigazos de sus cilios. Sentía un inmenso dolor, pero cada vez que Decius creía que había alcanzado el máximo grado de sufrimiento, una nueva agonía lo acosaba.

Deseaba la muerte. No le importaba nada más. Decius deseaba tanto morir que llegó a rezar para que le llegara el fin. ¡Al infierno la Verdad Imperial! No le quedaba otra salida. Si no conseguía la paz por ningún medio del mundo material, ¿qué remedio le quedaba si no suplicárselo a otros planos más allá del universo real?

Entre la agonía oyó risas, burlonas al principio, pero que poco a poco fueron suavizándose hasta ser amables. Una inteligencia exterior lo estudió, lo midió, y finalmente vio algo en el joven. Se trataba de una oportunidad de refinar un arte que había descubierto hacía muy poco: el arte de rehacer personas.

Sintió que lo inundaba la tristeza. *Qué terrible era que el hombre al que Decius había llamado hermano y señor hiciera caso omiso de su sufrimiento, qué cruel era al permitir que siguiera sufriendo y sufriendo mientras la enfermedad se apoderaba cada vez más de su cuerpo*. Les había dado tanto, ¿o no era así? *Había luchado a su lado. Les había salvado la vida sin pensar en la suya propia. Se había convertido en el mejor guardia de la muerte que podía ser… ¿y para qué?* Para que pudieran encerrarlo dentro de una jarra de cristal y contemplarlo mientras se moría poco a poco, ahogándose con los gases que expelía su propia descomposición. *¿Me merezco esto?* ¿Qué maldad había cometido? *¡Ninguna!* ¡Nada! *¡Lo habían abandonado!* ¡Los odiaba por eso! *¡Los odiaba!*

Lo habían convertido en un ser débil. Sí, esa era la respuesta. En todo aquel asunto sobre Horus y sus planes, Decius había permitido que lo convirtieran en alguien indeciso y débil. Grulgor jamás habría conseguido herirlo si su mente hubiese seguido clara y concentrada.

Sí, gracias a aquel dolor espantoso veía la verdad. Su error tenía una única raíz, se reducía a un único momento. Había obedecido las órdenes de Garro. A pesar de lo mucho que aquello lo había irritado, Solun había logrado convencerse de que todavía tenía poca experiencia, se había convencido de que lo que decía Garro era lo mejor. Pero ¿era eso verdad? No, no era la verdad. Garro se comportaba de un modo indeciso. Su mentor había perdido su instinto de lucha. Horus… ¡Horus! Ese sí que era un guerrero que conocía la naturaleza de la fuerza. Era poderoso. Había atraído a los primarcas bajo su estandarte, ¡incluido Mortarion! ¿Y Garro pensaba que se podía enfrentar a eso? ¿Qué clase de locura se había apoderado de él?

¿Quieres la muerte? La pregunta resonó por todo su interior, y el dolor agónico disminuyó de repente. *¿O prefieres alcanzar una nueva vida? ¿Una nueva fuerza a la que no se puede abatir?*, le susurró una voz que no era una voz, rancia y húmeda, en su mente.

—¡Sí! —gritó Decius escupiendo bilis y fluidos ennegrecidos—. ¡Sí, malditos sean! ¡Jamás volveré a ser débil! ¡Elijo la vida! ¡Dame la vida! Se oyó de nuevo la siniestra

risa. *Eso haré*.

* * *

Lo que se alzó del lecho médico ya no era Solun Decius, desnudo y cerca del tormento absoluto. Se parecía a un astartes, pero solo en el sentido de que era una brutal parodia de sus nobles formas. Entre los huesos podridos y la piel llena de pústulas y en carne viva crecieron unas placas quitinosas de armadura negro verdosa que relucían como aceite derramado bajo la luz de los globos de brillo. Los ojos, que se habían encogido hasta quedar convertidos en pequeños glóbulos de gelatina muerta, se transformaron en unos gélidos zafiros, unos orbes de múltiples facetas que se extendieron por su rostro destrozado y se clavaron en el hueso. De las mandíbulas surgieron unos dientes marrones y desiguales. Alzó un muñón, que derribó una hilera de frascos al mismo tiempo que crecía deformándose hasta acabar siendo una garra con muchas articulaciones. Los dedos aserrados crecieron y se endurecieron convirtiéndose en sólidos cuchillos óseos del color de los escarabajos. Algo que ya no era Solun Decius abrió la boca y rugió, y de entre los sanguinolentos labios supurantes salió una nube de insectos que cubrió el cuerpo que se estremecía con un sudario viviente, una capa de miles de alas batientes.

El Señor de las Moscas se puso de pie sobre sus nuevas garras y destrozó de un solo golpe la pared de cristal para empezar a buscar algo que matar.

Dieciséis
El Señor de las Moscas
Silencio
En su nombre

Tollen Sendek se bajó del disco gravitatorio cuando la plataforma flotante llegó al nivel de la enfermería. La placa oval se quedó flotando durante un segundo y después ascendió en silencio por uno de los muchos huecos verticales que atravesaban el interior de la Ciudadela Somnus. Frunció los labios. El aire de la torre estaba cargado de una serie de curiosos olores que el guardia de la muerte encontraba desconcertantes. Los diferentes niveles mostraban olores distintos, que salían de incensarios y extraños artefactos mecánicos que se asemejaban a flores de acero. Aquello constituía alguna clase de elemento dentro de la disciplina de las Hermanas del Silencio, un método de división utilizado para delimitar los distintos cuadrantes. Se usaban métodos similares para guiar a los astrópatas ciegos en algunas naves espaciales y plataformas orbitales. Quizá era aquella similitud desagradable lo que incomodaba a Sendek. Le disgustaba profundamente todo lo que estaba directamente vinculado a las artes psíquicas, y todo lo relacionado con ellas. Aquellos temas se enfrentaban de pleno con su punto de vista racional y reduccionista respecto al universo. Sendek creía en la fría y lógica luz de la ciencia y de la Verdad Imperial. Los inquietantes asuntos que rayaban con la brujería lo intranquilizaban mucho. Aquello solo lo podía comprender el Emperador, y no las personas normales, con mentes muy inferiores.

Pero el olor… era diferente ese día. Antes recordaba a las rosas, y flotaba en el aire de un modo muy suave. En ese momento era más extraño, más dulzón, y tenía un toque metálico amargo. Siguió caminando.

Sin que nadie lo ordenara, los setenta guerreros establecieron un turno de guardia. No tenían nada que hacer aparte de entrenarse y enfrentarse en el reducido espacio de los alojamientos que les habían asignado unos pocos niveles por encima en la torre, y la inactividad y la espera los estaba desmoralizando. Así pues, establecieron turnos para mantener una guardia cerca de su camarada caído. Nadie consideró que Iacton Qruze debiera participar, ya que Decius era un guardia de la muerte y Qruze no lo era, pero todos los demás hombres bajo el mando de Garro aceptaron y entendieron de inmediato lo que se esperaba de ellos. Se aseguraron con discreción de que no

hubiera un solo momento en el que un guerrero de la XIV Legión no estuviera al lado del lecho de Solun Decius. Ninguno de ellos ponía en duda que el joven guerrero acabaría muriendo, pero el hecho de que no debía morir a solas se convirtió en un asunto imperativo que no hizo falta hablar entre ellos.

Sendek se preguntó, y no por primera vez, qué ocurriría cuando el joven por fin muriera. En cierto modo, Decius se había convertido en un símbolo para todos ellos, una representación de la resistencia de su legión. Se acordó de cuando jugaron la última partida de regicida a bordo de la Resistencia y notó una punzada de pena. A pesar de toda la bravuconería y arrogancia de Decius, el joven guerrero no se merecía una muerte tan ignominiosa. Decius debía haber fallecido en una batalla gloriosa en vez de verse reducido a librar un combate en su propio cuerpo.

El olor dulzón se hizo cada vez más fuerte, y Sendek frunció más el entrecejo. Lago, un miembro de la escuadra de Hakur y tirador experto con el rifle de plasma, se encargaba de la guardia anterior a la de Sendek, pero no había llamado para informar. No era propio de Iago ser tan descuidado. El duro entrenamiento del sargento Hakur eliminaba esa clase de defectos en sus hombres.

Un momento después, le llegó el inconfundible olor a sangre que se destacó entre la restante mezcla de aromas. Sendek se puso tenso. No se veía movimiento alguno a lo largo del pasillo de la enfermería, y donde la pared se doblaba en una esquina que daba a la zona de aislamiento, los globos de brillo del techo y de las demás paredes habían disminuido de potencia. Tan solo una leve luz rojiza delimitaba los bordes del pasillo. Echó a correr mientras lo registraba todo con los sentidos. El astartes pensó por un momento que se había producido un accidente, como por ejemplo el derrame de algún gran contenedor de aceite que también hubiera manchado las paredes, pero el olor a matadero le llenó las fosas nasales con una oleada de sangre fresca y carne podrida. Sendek se dio cuenta de repente de que nadie había disminuido la potencia de los globos de brillo. Lo que ocurría era que las gruesas y pegajosas capas de sangre que los cubrían habían reducido su luz. Pisó con las botas de ceramita una pasta de fragmentos de huesos rotos y dientes fundidos. Captó una silueta en la penumbra: era un antebrazo que acababa en jirones de carne y todavía estaba cubierto en parte por la armadura de color mármol de la Guardia de la Muerte. Unas relucientes motas negras iban y venían por encima de la extremidad amputada.

Sendek empezó a desenfundar la pistola bólter que llevaba al cinto en cuanto comenzó el sonido. A su alrededor, las ennegrecidas paredes parpadearon y zumbaron con el agudo chirrido del entrechocar de las alas de los insectos. Los enjambres que estaban encima de la sangre se removieron al sentir la presencia del astartes.

Echó un vistazo a la cámara de aislamiento y sintió que la garganta se le agarrotaba. Allí estaba la cápsula de Decius, pero había quedado convertida en poco más que un huevo de cristal reventado desde el interior. El suelo estaba cubierto de órganos y otros restos de cuerpos que habían quedado esparcidos por doquier

después de que los servidores y otros seres vivos fueran despedazados en el mismo lugar donde se encontraban. Sendek se llevó la mano a la gorguera de la armadura cuando el zumbido se hizo más fuerte y abrió de forma instintiva el canal de comunicación de combate que lo pondría en contacto con su jefe de escuadra.

—Andus —empezó a decir—, alerta a…

La garra lo atrapó por la pierna y lo levantó por los aires de un tirón salvaje. Sendek lanzó un grito y perdió la pistola cuando su atacante lo arrojó directamente contra un armario de cristal lleno de viales y ampollas. Atravesó el mueble de almacenamiento y rodó por el suelo. Cuando se incorporó sus manos y rodillas chapotearon sobre charcos de un fluido espeso. El guardia de la muerte intentó recuperarse, pero un pie engarfiado le propinó una patada en plena cara y lo hizo salir despedido de nuevo.

Sendek se deslizó por el suelo y chocó con lo que debían ser los restos del torso del hermano Iago. Tuvo que detenerse un momento para recuperar el aliento. El chirriante rugido de la tormenta de moscas martilleaba por toda la estancia como un ciclón. El batir de sus alas le resonaba en los oídos. Manoteó a su alrededor en busca de algo que pudiera utilizar como arma, y encontró una gran sierra para huesos entre los instrumentos de cirujano que habían caído de una bandeja. El guardia de la muerte se lanzó hacia adelante y empuñó con fuerza la herramienta de reluciente acero quirúrgico. Haría que el intruso pagara por haber matado a sus hermanos.

Apenas pudo distinguir la figura negruzca que tenía delante. Captó los extraños cabellos hirsutos que festoneaban la superficie de la oleosa armadura y empezó a tener arcadas ante el monstruoso hedor a muerte que la rodeaba. Una cabeza con un montón de ojos y una chirriante boca arácnida se lanzaron a por él, pero debajo de la corrupta carne hinchada había una forma que le resultó familiar. El terrible momento del reconocimiento impactó a Sendek con tanta fuerza como una bala.

—¿Solun?

Dudó un momento, con el golpe que estaba a punto de dar con la sierra de huesos detenido en mitad del recorrido.

—Ya no.

La boca se movió, pero la voz procedió de las moscas, que sacudieron las alas y arañaron los caparazones para crear una imitación del habla humana. La garra apareció de repente de entre las sombras y atravesó el hueso y la carne de la cabeza de Sendek, partiendo en dos el cráneo del guardia de la muerte. El contenido gris y rosado se derramó sobre la armadura y las moscas se abalanzaron sobre el festín para alimentarse.

* * *

—¡Nathaniel!

El grito de la mujer recorrió el cuerpo de Garro en una oleada estremecedora que le puso los nervios de punta. Lanzó un jadeo y la taza de acero que tenía en la mano se le escapó cuando los dedos se le quedaron sin fuerzas. El té negro se derramó sobre el suelo de la sala de ejercicios. Voyen vio que le ocurría algo y se apresuró a mantenerlo erguido.

—¿Capitán? ¿Se encuentra bien?

—¿No lo has oído? —le preguntó Garro con el cuerpo todavía tenso. Miró a su alrededor—. La he oído llamarme.

Voyen parpadeó.

—Señor, no he oído nada. Ha reaccionado como si lo hubieran golpeado con…

Garro lo apartó.

—¡La he oído, tan claro como te oigo a ti ahora mismo! Era… —El significado de aquello le llegó de inmediato proyectado con una poderosa lanzada de miedo—. ¡Keeler! Pasa algo malo… Ha sido… un aviso…

La compuerta de la estancia se abrió para dejar pasar a Hakur. La expresión de su rostro era de profunda preocupación. Garro supo de inmediato que había ocurrido algo muy malo.

—¡Informa! —le soltó.

Hakur dio un par de golpes suaves en el módulo de comunicación que llevaba incorporado en la gorguera de la servoarmadura.

—Mi señor, me temo que Sendek esté en apuros. Empezó a enviarme un mensaje de aviso, pero la comunicación se cortó de repente.

—¿Dónde está?

—Fue a relevar a Iago, que se encontraba con el muchacho —lo informó Voyen.

Garro le dio una palmada en el pecho.

—Voyen, quédate aquí, pero estate preparado para cualquier cosa. —El capitán de batalla salió al pasillo—. Sargento, que el capitán Qruze y un par de guerreros se encuentren con nosotros en el pozo de descenso.

—Señor, ¿qué está ocurriendo? —le preguntó Hakur—. ¿Es que estas mujeres se han vuelto contra nosotros?

Nathaniel cerró los ojos y sintió cómo el eco del grito seguía fluyendo por su espíritu, con una oleada de emoción oscura siguiéndolo de cerca.

—No lo sé, viejo amigo —le contestó mientras recogía el casco y se lo ponía—. Pronto lo averiguaremos.

* * *

El eco de los disparos subió por el pozo mientras Garro y los demás astartes bajaban con el disco de gravedad. Qruze lo miró.

—Esta maldita guerra nos ha seguido hasta aquí.

—Sí —le contestó el capitán de batalla—. Es posible que nuestra advertencia haya llegado demasiado tarde.

Hakur soltó una maldición en voz baja.

—No hay señal alguna de Sendek o de Iago, ni siquiera una onda portadora. A esta distancia es imposible que no me pueda poner en contacto con ellos. Si gritara, me oirían.

El disco disminuyó de velocidad cuando se acercó al nivel de la enfermería. El hedor a muerte reciente también subió por el hueco de descenso y los astartes se pusieron tensos.

—Armas —ordenó Garro, y desenvainó la espada.

Se puso al frente cuando salieron del ascensor y cruzaron el pasillo cubierto de sangre.

Entraron en la enfermería propiamente dicha y Qruze chasqueó la lengua en un gesto de disgusto.

—Sendek está aquí —dijo al mismo tiempo que se inclinaba sobre un bulto oscuro envuelto por la penumbra—. Al menos, lo que queda de él.

La pestilencia de la podredumbre llenó las fosas nasales de Garro a pesar de los filtros del casco mientras se acercaba al lugar. El trozo de carne gelatinosa parecía un cuerpo expuesto a los efectos de meses de putrefacción. Era sin duda Tollen Sendek, aunque los restos del cráneo destrozado eran poco más que una masa deformada e hinchada. Reconoció las escarapelas honoríficas y los juramentos de combate que llevaba prendidos a la armadura. Esos objetos también estaban descoloridos por el paso del tiempo y por el moho. Las articulaciones de la propia armadura estaban cubiertas de vetas de óxido naranja.

Uno de los hombres de Hakur retrocedió con una mueca de disgusto.

—Parece que llevara muerto semanas…, pero hablé con él esta misma mañana.

El lobo lunar se inclinó un poco más sobre el cuerpo.

—Iacton, no te acerques tanto…

El aviso llegó demasiado tarde. Varias pústulas blancas y gruesas del cuerpo de Sendek retemblaron al sentir la cercanía de la tibieza de Qruze y estallaron lanzando al exterior chorros de diminutos escarabajos iridiscentes. El veterano se echó hacia atrás de inmediato y apartó a manotazos a las criaturas, matando a muchas de ellas con la palma del guantelete.

—¡Agh! ¡Bichos repugnantes!

El capitán movió con la punta de la bota una extremidad arrancada. Había demasiados trozos de carne destrozados por la estancia como para que fueran parte de un solo cuerpo humano, y supo con una triste certidumbre que Iago estaba tan muerto como el pobre Sendek.

Hakur miró con cuidado desde el otro lado de la estancia el interior de la cápsula de aislamiento rota.

—Vacía… —dijo antes de enganchar algo con la punta del cuchillo de combate. Lo sacó de la cápsula y lo puso en alto para que lo vieran sus compañeros—. Por la gloria de Terra… ¿Qué es esto?

Parecía un trozo de muselina desgarrada cubierta de fluidos negros. Cuando Hakur le dio la vuelta en el aire, Garro distinguió varios agujeros, huecos que correspondían a unos ojos, unas fosas nasales y una boca. Qruze examinó con repugnancia el despojo.

—Es piel humana, sargento. Se ha desprendido del cuerpo, al igual que ocurre con algunas especies de serpientes y de insectos, que se deshacen de ella cuando les conviene.

El estampido seco de los disparos de bólter resonó por el pasillo que conducía a los otros compartimentos de la enfermería. Garro señaló con un gesto cortante hacia allí.

—Dejad eso. En marcha, vamos.

* * *

El rostro de Qruze se quedó rígido en una mueca de rabia permanente. A cada momento, cuando ya le daba la impresión de que habían dejado atrás un nuevo giro siniestro del destino, aparecía otro horror que había que añadir a los anteriores. Qruze tuvo la sensación de que un torno le estaba apretando el espíritu y que de forma gradual aumentaba la presión sobre su mente y su voluntad, cada vez más y más. Se sentía como si estuviera al borde de la desconexión, como sí todo lo bueno, la luz que llevaba en el interior, estuviesen a punto de apagarse. Cada nueva visión repugnaba y sorprendía al viejo veterano de un modo que nunca creyó que sucedería.

El astartes pasó con rapidez junto a una serie de puertas de sellado que habían sido arrancadas de sus goznes, derribadas por algo poseedor de una tremenda fuerza y violencia. Al dejar aquello atrás, llegaron a una sala de curación donde había hileras de camas y lechos de reposo. Calculó que se trataría de uno de los hospitales de las Hermanas del Silencio que habían sido heridas en combate. La estancia parecía más un matadero que un lugar de curación. Al igual que ocurría en la cámara de aislamiento, la estancia estaba cargada con el olor a muerte, sangre y excrementos, el hedor de la enfermedad y de la fuerte descomposición orgánica. Las pacientes que había en las camas estaban muertas o casi, y cada una por una razón distinta. Qruze vio una detectora de brujas que estaba esquelética, pero que no dejaba de estremecerse y de echar espuma por la boca, afectada por alguna clase de parálisis cerebral. A su lado había un cuerpo hinchado rodeado de vapores gaseosos. Luego vio a una víctima de cáncer de huesos, a una sollozante novicia afectada por la peste bubónica y a una chica desnuda que sangraba por los ojos y los oídos.

Pero no era solo la carne viva lo que se había visto afectado. Las manchas de corrosión cubrían buena parte de las estructuras metálicas de las camas de la

enfermería, y los recipientes de plástico y de cristal estaban agrietados y rotos. La descomposición lo corrompía todo. Qruze apartó la mirada.

—Las han dejado aquí para que mueran —dijo Hakur—. Están infectadas y las han dejado para que se pudran como trozos de carne abandonados.

—Es una prueba —le contestó Garro—. La mano que hizo esto estuvo jugando con ellas.

—Deberíamos quemarlas —añadió Qruze—. Habría que acabar con el sufrimiento de estas pobres.

—No hay tiempo para ese tipo de misericordia —le replicó Garro—. Cada momento que nos retrasamos, el monstruo que provocó este horror avanza un poco más para seguir extendiendo la corrupción.

Encontraron más muertos al otro extremo de la enfermería. También se trataba de varias Hermanas del Silencio, pero estaban protegidas con las armaduras propias de las vigilantes. Al lado de los cadáveres había pistolas bólter sin munición y rotas, con los cañones obturados por pegotes de mucosidad ácida. Allá donde la piel estaba al descubierto se veían miles de diminutos arañazos. Todas habían muerto por unas heridas punzantes en el pecho, por lo que parecía un grupo de cinco dagas que alguien les había clavado en el torso.

—Son demasiado estrechas para una espada corta —comentó Qruze.

Garro asintió y alzó una mano al mismo tiempo que flexionaba los dedos a modo de explicación.

—Garras —le aclaró.

Hakur y sus hombres estaban esforzándose por hacer girar la oxidada manivela de una gran compuerta estanca que les proporcionaría acceso a la siguiente sección del nivel. El metal atascado chirrió cuando lo obligaron a abrirse.

—¿Qué clase de criatura tiene unas garras como esas? —se preguntó Qruze en voz alta.

La compuerta se desprendió de las bisagras rotas con un rugiente desplazamiento de aire y delante de ellos apareció la respuesta.

* * *

La cámara contigua era un espacio abierto cruzado por pasillos y pasarelas suspendidas en el aire que formaban un entramado de acero por encima de la amplia abertura de un hangar situado varios niveles por debajo. Ubicado a medio camino de un costado de la Ciudadela Somnus, el hangar era uno de los muchos muelles de desembarco terciarios diseñados para recibir las lanzaderas procedentes de las Naves Negras. Aquel espacio en concreto servía como recepción de enfermería, y permitía que las hermanas heridas fueran llevadas directamente al centro médico si se encontraban en estado crítico. Normalmente tendría que estar abarrotado de servidores que se encontrarían realizando tareas de mantenimiento en la pista de

aterrizaje, en las naves allí posadas o en las compuertas estancas, pero en ese momento, lo que albergaba era una feroz batalla.

Garro distinguió los reflejos dorados y plateados de una docena de Hermanas del Silencio trabadas en combate cuerpo a cuerpo con una vertiginosa masa de garras y cubierta por una armadura verde-negruzca. Era difícil determinar con exactitud qué estaba ocurriendo. Una espesa capa de humo cubría a los combatientes… No, no era humo. La nube zumbaba y se retorcía con voluntad propia, y vio cómo una de las detectoras de brujas era empujada contra el borde de una de las pasarelas y caía hacia su muerte al quedar cegada por el enjambre. La forma apenas visible en mitad de los insectos, alta y reluciente, siguió lanzando salvajes ataques contra la línea de Hermanas del Silencio.

Hakur alzó el bólter, pero Garro le hizo un gesto para que lo bajara.

—¡Cuidado! Hay conductos de oxígeno y tubos de combustible en las paredes. ¡Un proyectil perdido puede convertir este lugar en un infierno! ¡Armas de combate cuerpo a cuerpo hasta que yo ordene lo contrario!

Las pasarelas eran estrechas, lo que obligó a los astartes a avanzar en fila de uno. Garro vio que Qruze se separaba del grupo acompañado por uno de los guerreros de Hakur para aproximarse al objetivo desde otra pasarela. Asintió y echó a correr. La cubierta metálica resonó y se estremeció bajo las pesadas botas de la Guardia de la Muerte. No estaba pensada para soportar el peso de un individuo cubierto por una armadura de ceramita y flexiacero.

El movimiento del enjambre era el de una criatura viva y pensante. Cuando el astartes se acercó, varias partes del mismo se separaron y cruzaron chirriantes el aire para formar grupos de formas venenosas que atacaron la piel y los ojos de los guerreros. Los disparos de bólter no harían daño alguno a semejante enemigo. A los diminutos cuerpos no les afectarían los disparos, por lo que los astartes se vieron obligados a usar las manos para aplastar a los insectos de dientes de sierra y convertirlos en pulpas de quitina machacada.

Garro blandió en alto la reluciente hoja azul de *Libertas* y abrió un gran tajo en los gruesos bordes del enjambre. Un momento después, tuvo que reaccionar con rapidez cuando una de las Hermanas del Silencio salió disparada hacia atrás empujada por un tremendo golpe. Atrapó a la figura de armadura dorada y detuvo su caída hacia una sección rota de la barandilla de la pasarela. La mujer lanzó un fuerte gemido y el capitán se dio cuenta demasiado tarde que tenía el brazo cubierto de cientos de diminutos tajos allá donde las afiladas alas de los insectos le habían cortado la piel. Garro la puso a cubierto detrás de él y de repente se encontró cara a cara con Amendera Kendel, quien tenía el rostro enrojecido por el esfuerzo del combate.

Para sorpresa del capitán de batalla, la hermana del silencio realizó una rápida serie de gestos para transmitirle un mensaje en el lenguaje de signos de combate de los astartes.

Naturaleza del enemigo, desconocida.

—Es cierto —contestó Garro, asintiendo—. Hermana, conoce esta torre mucho mejor que yo. Bloquee todas las rutas de escape y deje que mis hombres se encarguen de este mutante.

Tuvo que alzar la voz para hacerse oír por encima del chirrido de los insectos. Kendel hizo una nueva serie de señales mientras se ponía en pie.

Proceda con cautela.

—Ya ha pasado el momento de actuar así —le replicó, antes de lanzarse de cabeza contra la chirriante masa del enjambre, donde el campo de energía achicharró en el aire grandes puñados de moscas negras.

* * *

Las Hermanas del Silencio obedecieron la orden de Garro y se replegaron. Hubo un momento, apenas un breve instante, cuando Nathaniel Garro oyó el grito de Keeler, en el que temió que las mujeres se hubieran vuelto contra ellos. Algunos de sus propios hermanos de batalla ya habían vuelto sus armas contra él, y era triste y revelador que su primera reacción hubiera sido suponer que algo así había ocurrido de nuevo y que las detectoras de brujas de Kendel iban a intentar asesinarlos. Se sintió aliviado al comprobar que no era así. Enfrentarse a otra traición que se añadiera a las de Horus, Mortarion y Grulgor… ¿que el destino iba a ser tan cruel de maldecirlo de nuevo con algo semejante?

Sí.

En su alma, en su fuero interno, sabía a quién encontraría en el centro del enjambre incluso antes de posar los ojos en él. El repugnante monstruo de grandes garras extendió los dedos extraordinariamente largos de su hipertrofiada mano izquierda en un grotesco gesto de saludo cuando Nathaniel se adentró en el ojo del enjambre. El suelo de piezas hexagonales de acero crujió y chirrió al combarse.

—Capitán. —La palabra era un coro burlón de ecos chirriantes y le llegó en forma de zumbido procedente de todos lados—. Mire, estoy curado.

A pesar de las repulsivas malformaciones en la carne y el hueso, el aspecto del individuo que había bajo el mutado cuerpo le resultaba evidente a Garro.

El capitán de batalla estuvo al borde de la desesperación durante un largo segundo. El asco que sintió ante lo que se encontraba frente a él amenazó con derribar los últimos pilares de la razón que se mantenían en pie en su cerebro. De repente, le llegó un recuerdo. Garro se acordó de la primera vez que había visto a Solun Decius en la meseta embarrada de las llanuras negras de Barbarus. El aspirante estaba cubierto de cortes leves, de regueros de sangre y de una pátina de suciedad. Estaba pálido por el agotamiento y los venenos que había ingerido, pero detrás de sus ojos de mirada salvaje no existía ninguna clase de muestra de debilidad. El chico mostraba un aura de animal salvaje, algo tremendamente feroz y astuto. Garro supo en ese mismo instante que Decius era acero puro, listo para ser templado y convertido en una

espada afilada al servicio del Emperador. Vio que todo su tremendo potencial había quedado desperdiciado, retorcido y destruido. Sintió que lo embargaba una tremenda sensación de fracaso.

—¿Por qué, Solun? —gritó, enfurecido por la locura del joven. La voz le resonó en el interior del casco—. ¿Qué es lo que te has hecho a ti mismo?

—¡Solun Decius murió a bordo de la *Eisenstein*! —le respondió también a gritos la rasposa voz—. ¡Ha dejado de existir! ¡Soy yo el que vive ahora! Soy el paladín de la enfermedad… ¡Soy el Señor de las Moscas!

—¡Traidor! —le replicó Garro—. Has imitado a Grulgor en su grotesca transformación. ¡Mira en lo que te has convertido! En un monstruo, en una abominación, en un…

—¿Un demonio? ¿Eso es lo que ibas a decir, idiota chapado a la antigua? —Unas crueles risotadas rodearon a Garro—. ¿Ha sido la hechicería lo que me ha renovado? ¡Lo único que importa es que he engañado a la muerte, como un verdadero hijo de Mortarion!

—¿Por qué? —gritó de nuevo Garro mientras sentía cómo lo martilleaba la injusticia de todo aquello—. En nombre de Terra, ¿por qué te has entregado a esta abominación?

—¡Porque es el futuro! —la voz zumbó y chirrió—. Mírame, capitán. Soy aquello en lo que se convertirá la Guardia de la Muerte. ¡Lo que Grulgor y sus hombres son ya! ¡Representantes inmortales de la podredumbre a la espera de segar la oscuridad!

Garro tenía el olfato sobrecargado por el hedor a corrupción.

—Debí haberte dejado morir.

Se echó a toser y se tambaleó por un momento.

—¡Pero no lo hiciste! —aulló la criatura—. Pobre Decius, atrapado en el borde de la mortalidad, azotado por un dolor tan inmenso que derribaría una montaña. ¡Podrías haberlo liberado, Garro! Pero lo dejaste seguir viviendo mientras sufría una agonía, lo torturaste con cada segundo que pasó, ¿y todo por qué? Por tu ridícula confianza en que tu señor lo salvaría… —La criatura dio un pesado paso hacia él y alargó una garra en su dirección—. ¡Te lo suplicó! ¡Te suplicó que acabaras con él y tú no le hiciste caso! ¡Le rezó a tu amado Emperador para que lo liberase y tampoco le hizo caso! ¡Olvidado! ¡Olvidado! —Un tremendo golpe rozó a Garro y este se apartó internándose en un nuevo enjambre de moscas. Las rendijas de respiración de la armadura se habían cerrado para mantener fuera las chirriantes mandíbulas de los insectos.

Garro llevaba entrelazada entre los dedos del guantelete la cadena del ícono de bronce.

—No —insistió—, habrías sobrevivido. Si hubieras aguantado, si hubieras entregado tu espíritu al servicio del Dios Emperador…

—¿Dios? —repitió, rugiente, el enjambre—. ¡Yo conozco a los dioses! ¡El poder que rehizo a Decius, es de uno de esos dioses! ¡La inteligencia que le respondió

cuando estaba postrado suplicando por la bendición de la muerte, eso es un dios, no tu dorado ídolo hueco!

—¡Blasfemo! —rugió a su vez Garro—. Eres una blasfemia, y no permitiré que sigas viviendo. ¡Tu herejía, la de Grulgor, la de Mortarion, la del propio Horus, será aplastada!

El capitán de batalla lanzó una serie brutal de contraataques e intentó alcanzar con varios golpes la descolorida armadura. Todos sus ataques fueron repelidos.

—¡Idiota! La Guardia de la Muerte ya está muerta. Así ha sido decidido.

La respuesta de Garro fue un feroz mandoble de arriba abajo que abrió un profundo tajo a través de las placas rígidas del caparazón quitinoso. La criatura que antaño había sido Solun Decius retrocedió ante el dolor que le provocó el golpe. De la herida empezaron a brotar unos delgados chorros de mucosidad amarillenta. Al instante, parte de uno de los enjambres los rodeó a ambos para luego lanzarse sobre la herida y meterse en su interior. En cuestión de segundos, la pulposa masa de insectos que se retorcían se hinchó y extendió hasta taponar por completo la abertura mientras las moscas se comían unas a otras para mantenerla cerrada.

—No puedes matar la podredumbre —siseó la voz—. La corrupción lo alcanza todo. Las personas mueren, las estrellas se enfrían…

—Cállate ya —le ordenó Garro. Uno de los defectos del carácter de Solun había sido que nunca supo cuándo debía callarse.

Libertas relució mientras cruzaba el aire para cortar trozos córneos de la armadura insectoide de su monstruoso enemigo. La garra distendida, enorme y pesada, alcanzó al guardia de la muerte en el pecho y melló la coraza del águila y abrió unas cuantas grietas en la ceramita.

Las uñas de los dedos, afiladas como cuchillas, le arañaron el brazo pero no lograron clavarse lo suficiente. Garro blandió de nuevo la espada y atacó a su enemigo, obligándolo a retroceder a lo largo de la pasarela. Ninguno de los dos contendientes disponía de espacio para maniobrar, pero acorralar a su adversario solo haría más difícil el combate.

Las garras y la espada chocaron una y otra vez, y el acero de color azul cristalino sacó chispas de las garras quitinosas. La velocidad y la fuerza que había detrás de los golpes eran asombrosas. Decius jamás había sido tan mortífero, ni siquiera en sus mejores momentos. Garro tenía que utilizar toda su habilidad para enfrentarse de igual a igual a su antiguo pupilo, y cuando empezó a sentir un poco de fatiga y de tensión en los músculos, se dio cuenta de que su oponente no iba a padecer nada de aquello.

«Debo acabar con esto, y con rapidez, antes de que muera más gente».

Recordó el combate contra Grulgor en el puente de la *Eisenstein*, pero en aquel lugar había sido la disformidad la que había proporcionado vigor a los enemigos enfermos. Allí no había más que la rabia y la furia que sentía Solun Decius, quien estaba convencido de que sus hermanos lo habían abandonado. Garro estaba seguro

de una cosa: solo él era rival para el Señor de las Moscas. Ninguno de sus hermanos había sido capaz de vencer a Decius en combate cuerpo a cuerpo, y en aquella forma mutada, sin duda los mataría en muy poco tiempo.

La pasarela sobre la que luchaban crujió y se inclinó cuando Garro saltó para evitar un golpe circular a baja altura. El sonido hizo que el capitán de batalla sonriera con frialdad. Lanzó un potente mandoble hacia abajo, pero su oponente lo esquivó con facilidad.

—¡Demasiado lento, profesor! —le dijo burlón el chirrido.

—Demasiado rápido, aprendiz —le respondió Garro.

El mandoble había sido en realidad una finta que jamás había pretendido impactar contra el monstruo. En vez de eso, la centelleante hoja atravesó la barandilla y el suelo hexagonal de la pasarela, partiendo cables y dejando unos bordes rojizos brillantes allí donde el filo había cortado por la mitad las moléculas. El pasillo colgante gimió y se retorció bajo su peso para luego romperse y doblarse en toda su longitud, lo que lanzó a los dos combatientes por los aires. Garro y el mutante cayeron sin dejar de propinarse tajos y golpes de garra hasta que impactaron contra el amplio espacio del suelo del hangar. El enjambre zumbó furioso y bajó volando en espiral hacia ellos, como si estuviera rabioso por haber sido dejado atrás.

Garro se puso en pie e hizo caso omiso del dolor provocado por la caída y colocó delante la pierna implantada para detener justo a tiempo una feroz patada lateral de la cosa-Decius. Garro paró el golpe con la extremidad artificial y los huesos metálicos crujieron y le provocaron una oleada de dolor en el abdomen. Respondió al mutante con un golpe de la pesada empuñadura de la espada. El pomo dio de lleno en aquella cara de ojos artropoides y mandíbulas negras. Garro le propinó después un tajo que arrancó piel pálida e hinchada mientras el enjambre los envolvía de nuevo a los dos. El tajo abrió la carne cadavérica y dejó escapar un chorro de sangre polvorienta. Los insectos reaccionaron de inmediato aullando y cubriendo a Garro de la cabeza a los pies con una gruesa capa viviente.

El capitán de batalla se llevó a *Libertas* a la altura del pecho y puso la energía a máxima potencia. La chasqueante aura le recorrió toda la armadura formando espirales centelleantes. Los insectos alados se convirtieron en diminutos puntos llameantes y perecieron dejando cubierta la armadura de un fino polvillo negruzco. Garro se pasó un guantelete por las lentes del casco a tiempo de ver cómo el Señor de las Moscas cubría todo el campo de visión. Su enemigo se estampó contra él y lo lanzó contra el costado de un contenedor de carga. Garro resistió el golpe y se dio la vuelta para repeler el nuevo ataque del enemigo. Bloqueó un zarpazo de la garra y contraatacó con una andanada de puñetazos contra el ya dañado rostro mutado. Las moscas zumbaron a su alrededor intentando arreglar la carne machacada mientras Garro seguía rompiendo trozos de caparazón y de cartílago. Recibió un tremendo golpe, pero era un ataque desesperado, y se separó del mutante. El monstruo se tambaleó hacia atrás y se quedó, inerte, al borde de un andamio de aterrizaje.

Garro se dio cuenta de la oportunidad que se le había presentado. Detrás del Señor de las Moscas y de su chirriante y chasqueante enjambre se encontraba una ancha compuerta que se abría directamente al espacio. Levantó la vista hacia las figuras que seguían en la pasarela superior y se puso a gritar por el comunicador de voz.

—¡Kendel! —rugió al mismo tiempo que señalaba hacia adelante—. ¡Abre la compuerta! ¡Ahora!

La cosa-Decius no podía oír sus palabras, pero la criatura no tardó en darse cuenta de lo que pretendía.

—¿Crees que puedes detenerme? ¡Llevo la marca del Señor de la Podredumbre!

Empezaron a sonar sirenas de alarma y unas luces chillonas de color naranja parpadearon con ritmo estroboscópico sobre las paredes de bronce y de acero. Garro oyó el chasquido de las puertas metálicas al separarse al otro lado de la compuerta. El Señor de las Moscas lanzó un aullido, y el enjambre llevó la voz chirriante por el aire y la hizo sonar por encima del coro de sirenas.

—¡Yo tengo razón, Garro! ¡Veo el futuro! Dentro de diez mil años, la galaxia arderá…

Las palabras desaparecieron en mitad del aullante tornado que se inició en cuanto se abrió la escotilla.

Con un estampido, el aire y el equipo suelto que había en el interior del hangar salió despedido hacia la noche lunar. Los pequeños objetos, las listas de material, las placas de datos, las herramientas y las superficies llenas de polvo del hangar salieron expulsados a toda velocidad, y con ellos, el enjambre. El adversario de Garro manoteó a su alrededor y se agarró a la bota del astartes. El capitán de batalla cayó al suelo y rodó mientras el vacío tiraba de ellos hacia la rugiente boca negra de la compuerta. Garro sintió cómo las uñas del monstruo le arañaban la ceramita de las grebas. Intentó golpearlo con *Libertas*, pero la descompresión era más fuerte que cualquiera de los dos. Era el aliento de un dios que arrastraba a los dos combatientes lejos de allí.

Un contenedor de carga chocó contra la espalda de Garro y el astartes rodó y salió volando por la fuerza de la tempestad. Vio pasar a su lado a toda velocidad las paredes del hangar y captó el brillo de su enemigo, que volaba a su lado. Un momento después, ambos estaban en una helada negrura, expulsados de la Ciudadela Somnus y cayendo hacia las brillantes arenas blancas de la luna entre una nube de cristales de hielo. Durante un breve segundo vio el disco de bronce de la compuerta al cerrarse a su espalda. Giró lentamente sobre sí mismo una y otra vez mientras el yermo páramo se apresuraba a reunirse con ellos.

* * *

Nunca llegó a sentir el impacto. El tiempo parpadeó y Garro se encontró sumido en un caldero de dolor, con la agonía torturándole todas y cada una de las articulaciones

del cuerpo. Los únicos sonidos que se oían eran el áspero ritmo de su respiración y el siseo de la atmósfera dentro de su armadura. Varias runas de advertencia se encendieron en el visor. En algún punto de la armadura había un pequeñísimo agujero y se estaba produciendo una lenta pérdida de presión hacia el espacio. Varios reguladores de la mochila de energía parpadeaban en alertas. Garro hizo caso omiso de todo aquello y se puso en pie en mitad del pozo lunar donde había caído. Sintió una tremenda oleada de dolor en un hombro. Se lo había dislocado. Tomó una píldora restauradora del dispensador automático que llevaba en el interior de la gorguera de la armadura y se agarró la muñeca. Luego pegó un fuerte tirón y colocó la articulación en su lugar con un chasquido agónico.

Estudió el terreno que lo rodeaba. Se trataba de un pequeño cráter de paredes empinadas, con el suelo cubierto por una gruesa capa de polvo y salpicado de peñascos de aspecto poroso. La torre de bronce de la ciudadela dominaba el negro cielo que se extendía más allá. Una huella con forma humana indicaba el punto donde había aterrizado, y cerca de la silueta estaba *Libertas*, tirada en el suelo. Garro se apresuró en dirigirse allí con un movimiento saltarín, medio corriendo, medio resbalando. La gravedad en la superficie lunar era mucho menor que en el interior de la ciudadela, donde los generadores de campos de gravedad artificiales la mantenían al mismo nivel que la de Terra. Tuvo que esforzarse por no tropezar. Se sintió muy torpe debido a la armadura, y tardó unos cuantos segundos en adaptarse a las nuevas condiciones.

No vio señal alguna de su oponente, y por un breve instante, Garro se preguntó si la cosa-Decius había aterrizado en algún otro lugar, quizá en el exterior del cráter.

Algo crujió bajo su bota cuando se apoyó de nuevo en el suelo, y aquello interrumpió sus pensamientos. A su alrededor había dispersos unos diminutos objetos relucientes que brillaban como pequeñas joyas. Cuando se agachó para empuñar la espada, se dio cuenta de qué eran: los cadáveres helados de miles de insectos, moscas y escarabajos.

¡Nathaniel!

La advertencia le acarició el borde de la mente, una leve brisa que sopló sobre el océano de su pensamiento, pero no fue suficiente.

El polvo lunar estalló hacia arriba en una tormenta gris y Libertas salió despedida hacia un lado cuando la criatura que acechaba bajo la capa cenicienta salió de golpe con las garras alzadas hacia la garganta del capitán de batalla. Garro forcejeó con el Señor de las Moscas y salió despedido hacia atrás con un lento movimiento. Gruñó por el esfuerzo, pero propinó un fuerte puñetazo a su adversario en el esternón y sintió que la quitina cedía bajo el impacto.

El capitán de batalla había participado en un millar de batallas, y en todas ellas, los chasquidos de las armas al disparar y entrechocar había sido la música de fondo junto a los gritos de los guerreros trabados en combate. Sin embargo, allí fuera, bajo la blancura cegadora desprovista de aire de la atmósfera de la Luna, no se oyó sonido

alguno. Lo único que rompía el silencio era el rugir de la sangre en las venas y el ritmo frenético de su respiración. Tampoco se olía nada. El hedor rancio de la criatura, que había impregnado por completo el interior de la ciudadela, había desaparecido. En su lugar, lo único que Garro captaba era el aroma de su propia sangre y la pestilencia de los plásticos quemados de los servomotores de la armadura.

Lucharon sin armas, cuerpo a cuerpo, utilizando todos los trucos de combate que conocían. Garro aprovechó la baja gravedad y se apoyó en un saliente rocoso para que el impulso lo hiciera girar sobre sí mismo, con lo que le pudo propinar una patada en pleno rostro a su enemigo. Vio cómo uno de los ojos estallaba para formar una nube de sangre contaminada. Las gotas se congelaron de inmediato y se convirtieron en unas sólidas joyas negras que se esparcieron sobre el polvo lunar. La parte lógica y analítica de la mente del capitán de batalla se preguntó cómo era posible que aquella monstruosidad siguiera existiendo en el vacío. No llevaba traje de aislamiento, como ocurría con Garro, ni una capa de atmósfera que lo sustentara. Vio parches de escarcha oscura sobre las extremidades del engendro, donde el frío del espacio había congelado los fluidos que perdía, pero seguía vi-viendo, desafiante por el simple hecho de existir.

Garro recibió un golpe que lo dejó sin respiración, y siguió haciendo caso omiso de las nuevas runas de alerta que aparecieron en los visores. Unos chorros de vapor blanco, el preciado aire que respiraba, surgieron de los puntos donde la coraza había sufrido daños. Al final, acabaría ahogándose, aunque fuera un astartes.

—Debes morir, abominación —dijo Garro en voz alta—, ¡aunque esta sea mi última victoria!

El Señor de las Moscas se le echó encima y el capitán de batalla acabó golpeando con la espalda la pared del cráter, donde quedó bajo las oscuras sombras de la formación rocosa. El destrozado rostro insectoide lo miró burlón mientras la gran garra le arrancaba la coraza y la arrojaba lejos. Respondió al ataque, pero la cosa-Decius era más rápida. Sintió un dolor lacerante cuando el astartes mutado clavó las garras serradas a través de las capas de ceramita y flexiacero. La criatura estaba intentando abrirle la armadura y entregar el cuerpo del interior al vacío asesino.

—¿Es este mi deber? —preguntó Garro—. Soy un guardia de la muerte… Estoy muerto…

Una pena repentina lo envolvió por completo. El peso de todos sus pensamientos más sombríos y tristes volvió de repente. Quizá lo más apropiado sería que muriera allí, en aquel campo de batalla de piedra y sin vida. Su legión ya había quedado destruida. ¿Qué era él en esos momentos? Nada más que una reliquia, alguien que resultaba un estorbo. Ya había llevado el mensaje de advertencia y no tenía propósito alguno en su existencia. El frío lo fue invadiendo, sacándole la vida de los huesos. Quizá eso sería lo mejor, aceptar la muerte. ¿Qué le quedaba? La vista se le volvió borrosa y la presión que lo ahogaba aumentó.

Fe.

La palabra estalló en su interior.

—¿Quién? —jadeó—. ¿Keeler?

Ten fe, Nathaniel. Tienes un propósito en la vida.

—Soy… —barbotó Garro con la voz ahogada por la sangre que tenía en la boca—. Soy… —Tocó con los dedos una roca suelta y la agarró con firmeza—. ¡Yo soy!

Lanzó un grito de tremendo esfuerzo y blandió la roca lunar para golpear con enorme violencia la cabeza del Señor de las Moscas. El impacto le hizo temblar el brazo y el mutante cayó hacia atrás, con un gran trozo de carne podrida arrancada que dejó al descubierto la mandíbula deformada y un puñado de dientes desiguales. Garro se lanzó hacia adelante y empuñó la espada, caída todavía en el suelo. La cadena del icono de Kaleb estaba enrollada alrededor de la empuñadura, y engarzó los dedos en ella al agarrarla. *Libertas* quedó en sus manos y sintió una fuerte oleada de energía por el simple hecho de empuñarla de nuevo. Se sintió completo, se sintió bien. Garro le había contado a Kaleb cuál era el origen de la espada, y cuando vio el orbe de Terra sobre el horizonte de la Luna, todas sus dudas y dolores se desvanecieron.

Con una espada en la mano y el Dios Emperador a su espalda, el capitán de batalla se dio cuenta de que estaba muy lejos de haber cumplido por completo con su deber. No moriría todavía. Nathaniel Garro tenía un propósito en la vida.

La criatura a la que tiempo atrás había llamado hermano estaba de rodillas e intentaba recuperar los trozos de su cara para recomponerla. Garro la había dejado cegada. El astartes se colocó al costado del mutante y alzó la espada. Le costaba respirar, pero bajó con fuerza el arma. Por un momento, los ojos de Nathaniel mostraron pena. La vergüenza y la compasión lucharon unos instantes en su rostro. Pobre, pobre Decius. Sí, había sido abandonado, pero por su propio espíritu.

El Señor de las Moscas alzó el rostro a tiempo de encontrarse con *Libertas*. Garro decapitó al monstruoso astartes con un solo tajo de la espada. El cadáver se desplomó y estalló en silencio en una nube de fragmentos ennegrecidos. Los trozos revolotearon en la oscuridad hasta convertirse en ceniza, luego, en motas de polvo negro para, por último, desaparecer. La cabeza cayó sobre el polvo lunar y se retorció con una risa que no se oía. Se fundió mientras Garro la miraba. Los trozos de piel y de hueso se convirtieron en brasas como si estuviera ardiendo desde dentro. Por último, un reluciente torbellino de energía humeante salió disparado hacia arriba, hacia el cielo, y dejó atrás un eco de burlona diversión.

«No puedes matar a la podredumbre». Las palabras resonaron en su interior, y Garro envainó con cuidado la espada.

—Ya lo veremos —dijo antes de levantar la cabeza para contemplar la salida de Terra por el horizonte.

La esfera del planeta brilló en la oscuridad. Era el ojo de un dios que se giraba para enfrentarse a un universo que le era hostil. Garro se puso las manos en el pecho, con las palmas abiertas y los pulgares alzados, para formar el saludo del aquila imperial. Luego, hizo una reverencia.

—Estoy preparado, mi señor —dijo mirando al cielo—. Se acabaron las dudas y los temores. Solo tengo fe. Dime tu voluntad, y la cumpliré.

Diecisiete
El Sigilita ha hablado
La tormenta que se avecina

Cuando las Hermanas del Silencio fueron a buscarlo, estaba arrodillado sobre una pierna en la celda de meditación, con la espada desenvainada y el icono de bronce en las manos. Estaba pronunciando las palabras del *Lectio Divinitatus*, que ya tenía grabadas en el cerebro después de tantas repeticiones. Las mujeres intercambiaron una mirada de extrañeza al oírle murmurarlas. Le indicaron que las siguiera con unos secos gestos de la mano, y él las obedeció. La túnica que llevaba puesta se le ciñó al cuerpo al levantarse, y el contacto del burdo tejido con la piel hizo que le escocieran las nuevas cicatrices que le habían dejado las heridas y por las quemaduras del vacío. Dejó la servoarmadura en la estancia, pero se llevó consigo la espada. *Libertas* no se había apartado de su lado desde el duelo que libró en el Mar de las Crisis.

Lo condujeron por toda la Ciudadela Somnus hasta la aguja de cristal situada en el extremo superior. No fue hasta que entró y cerraron las puertas a su espalda que vio a otro astartes. Le parecía que habían pasado semanas desde que había visto por última vez a uno de sus hermanos.

La figura se le acercó. La cámara estaba construida a base de triángulos de cristal y gruesos cilindros de metal negro, y aquel diseño arquitectónico provocaba extrañas sombras de cantos agudos al recibir la luz reflejada desde Terra.

—Nathaniel. Ah, muchacho, me temía lo peor.

Garro asintió.

—Iacton. Todavía estoy vivo, por la gracia de Terra.

El lobo lunar alzó una ceja.

—Claro, claro.

A diferencia de Garro, Qruze llevaba puesta la armadura, que todavía lucía orgullosa los antiguos colores de su legión.

Había otras figuras entre las sombras y Garro las observó con atención. La dama del olvido se acercó a él, con la novicia a su lado.

—Hermana Amendera —la saludó con una leve reverencia—. ¿Para qué se nos ha llamado a este lugar? —intentó evitar que se notara el enfado en su voz, pero no lo logró—. ¿Qué clase de prueba debo superar ahora?

Garro se quedó mirando a la novicia, y esperó a que la muchacha le proporcionara una respuesta, pero en su rostro lo único que se veía era la tensión y el miedo. El capitán de batalla se llevó de inmediato una mano a la empuñadura de la espada.

—Hay otros… —le advirtió Qruze, señalando con un gesto del mentón hacia las sombras.

—Estáis aquí, astartes, porque yo lo he ordenado.

La voz procedía de la oscuridad. El tono era firme pero tranquilo, distinto al de un comandante militar. Parecía más bien un educador, un consejero. Una repentina llama apareció entre las sombras y Garro distinguió la silueta de un águila dorada con las alas extendidas, como si estuviera a punto de echar a volar. Debajo del ave rapaz ardía un pequeño brasero que atraía la mirada con su baile de luz y calor.

Se oyó el sonido de unos pasos que se acercaban, y con ellos, el repiqueteo del extremo de un báculo contra el suelo de baldosas de piedra. El capitán de batalla sintió que se le agarrotaba la garganta al recordar la cámara de reuniones de la *Resistencia* en el momento que había llegado su primarca. Sin embargo, quien salió de las sombras no fue Mortarion.

Eran dos hombres, pero eran mucho más que eso. Incluso descalzo, el más alto de ellos tenía como mínimo la misma altura que Qruze con la armadura puesta. El rostro de rasgos duros y vigilantes sobresalía de una armadura dorada que estaba forjada como la de los exterminadores pero que llevaba como la servoarmadura normal de los astartes. Garro distinguió incluso desde lejos el intrincado trabajo de grabado que cubría el reluciente metal, con dibujos repetidos de águilas y de relámpagos. Una capa de un fino tejido rojo le colgaba a la espalda, y, reposando en el hueco del brazo, llevaba un casco alargado del mismo color dorado, rematado por una pluma carmesí. En la otra mano, y en un ángulo que mostraba la facilidad con la que el guerrero la empuñaba, llevaba un arma que era medio lanza, medio cañón. Se trataba de una lanza guardiana, el arma característica de la guardia personal del Emperador, las legiones Custodes. Garro había oído decir a menudo que los custodios eran al Emperador lo que un astartes a su primarca, y al ver a aquel individuo, se lo creyó. El guerrero observó a Garro y a Qruze con una mirada tranquila y sin mostrar emoción alguna.

La simple presencia del guardián ya era suficiente para indicar el elevado rango de la persona que lo acompañaba, y todos se inclinaron ante la figura encapuchada y vestida con una simple túnica de administrador. Aquel individuo hubiera pasado desapercibido entre las masas de cualquier ciudad colmena del Imperio de no ser por el báculo que llevaba, ya que en el extremo del mismo se encontraba el águila dorada con el brasero y las largas cadenas de acero de donde colgaban los axiomas imperiales. Era la Vara, y tan solo podía empuñarla una persona: el Regente de Terra en persona, el Primero del Consejo, el Encargado del Tributo y confidente del Emperador.

—Lord Malcador —dijo Garro—. ¿Qué desea de nosotros?

El capitán de batalla se atrevió a levantar la vista y trató de mirarlo a los ojos. La mirada encapuchada del Sigilita se clavó en él, y aunque el capitán de batalla no fue capaz de verle los ojos, se dio cuenta de inmediato de que lo estaba sometiendo a un intenso escrutinio, pero de un modo que no llegó a imaginarse. Los rumores decían que el único ser que poseía mayores poderes psíquicos que Malcador era el propio Emperador. Su aspecto era poco llamativo, pero el individuo que estaba con ellos en aquella estancia exudaba un cierto tipo de poder sereno, bastante distinto a la energía animal de un primarca guerrero, pero no menos poderoso.

Garro vio con el rabillo del ojo que la detectora de brujas daba unos cuantos pasos atrás, como si temiera estar demasiado cerca de él. El Regente mantuvo la mirada fija en el capitán de batalla mientras rebuscaba en su espíritu como si no fuera más que arena. El guardia de la muerte notó un regusto grasiento y eléctrico en el aire, pero no se resistió a la sensación. No había llegado tan lejos para guardar secretos.

—El Emperador protege —le dijo el Sigilita con lentitud, como si estuviera leyendo las páginas de un libro—. Así es, y de modos que tú jamás llegarás a entender. —Malcador se calló y permaneció pensativo unos momentos—. He oído las palabras de Rogal Dorn, he examinado vuestros testimonios y los registros mnemónicos de Mersadie Oliton, y por eso voy a ser muy directo. Garro, has venido hasta aquí con la esperanza de tener una audiencia con el Señor de la Humanidad para poder advertirle directamente de lo que ocurre. Eso no va a suceder.

Garro se sintió decepcionado. Incluso después de todo lo que había ocurrido, mantuvo viva la llama de la esperanza.

—Pero ¿oirá el mensaje de aviso, lord Malcador?

—No puedes ir a Terra, así que Terra viene a ti. —Malcador señaló el báculo con un gesto del mentón—. Yo he oído la advertencia y eso es suficiente de momento. El Emperador no está disponible, ya que está ocupado con grandes tareas en el interior del Palacio Imperial.

Garro parpadeó, sorprendido.

—¿No está disponible? —repitió—. ¿Sus hijos se vuelven contra él, y está demasiado ocupado como para enterarse de lo que ocurre? No lo entiendo…

—No —lo interrumpió el Regente—, no lo entiendes. Con el tiempo, todo esto se nos aclarará, pero hasta ese momento, debemos confiar en nuestro señor. El mensaje ha sido entregado. Tu misión ha terminado.

Garro vio que Qruze se ponía tenso.

—¿Para eso estamos aquí, lord Malcador? —El lobo lunar señaló con un gesto al guardia custodio—. ¿Van a ocuparse de nosotros? ¿A retirarnos del tablero de juego?

Malcador se quedó muy quieto.

—Hay muchos en el Consejo de Terra que sugirieron ese tipo de solución para el problema. Los asuntos relativos a la lealtad de las personas, que antaño se consideraban sólidos, ahora están a debate.

Garro dio un paso adelante.

—Señor, os diré lo mismo que le dije al primarca Dorn: ¿es que lo que hemos hecho no es prueba suficiente de nuestra lealtad? Sé que podéis ver en el corazón de cualquier persona. ¡Mirad al mío, y decidme qué es lo que veis en él!

De entre los rebordes de la túnica de Malcador salió una mano.

—No es necesario, capitán. Ninguno de vosotros debe demostrarme nada. Después de todo por lo que habéis pasado, creí que os merecíais que os dijeran la verdad. He venido para decírosla, para que no haya malentendidos.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó Qruze—. ¿Qué será de nosotros, lord Malcador?

—Sí —terció Garro mientras apretaba con fuerza el icono que tenía en la mano—. No podemos quedarnos aquí contemplando las estrellas y esperando el día en que llegue Horus buscando batalla. Pido… —Se quedó mirando al regente con una expresión dura en los ojos—. No, ¡exijo que me den una misión! —Garro empezó a alzar la voz—. Soy un astartes, pero ahora soy un hermano sin legión. Estoy solo pero indemne, rodeado de juramentos rotos. ¡Pertenezco a la voluntad del Emperador, pero no soy nada si no me da un propósito!

Las palabras del capitán de la Guardia de la Muerte resonaron por la torre de cristal y la novicia de Kendel se encogió visiblemente al oírlas. Malcador lo señaló con el báculo rematado por el águila.

—Solo la muerte pone fin al deber, astartes —le dijo con cierto tono de satisfacción—. Y todavía no has muerto. En estos precisos momentos, lord Dorn prepara los planes con los que nos enfrentaremos a Horus y a los primarcas que se han unido a su bandera. Se están estableciendo líneas de combate a lo largo de toda la galaxia, preparativos de una magnitud que nunca ha conocido la humanidad.

—¿Qué lugar ocuparemos en todo eso?

Malcador inclinó la cabeza en un levísimo gesto.

—El asunto sobre qué hacer con vosotros todavía se está debatiendo. No se resolverá en breve, quizá tardemos meses, pero al final, lo solucionaremos. La traición del Señor de la Guerra ha dejado bien claro que el Imperio requiere hombres y mujeres de una naturaleza inquisitiva, cazadores que busquen al brujo, al mutante, al traidor, al alienígena… Guerreros como vosotros, Nathaniel Garro, Iacton Qruze, Amendera Kendel, que puedan arrancar de raíz la posibilidad de cualquier traición futura. Un deber de vigilancia.

—Estamos preparados para ello —le dijo Garro con un gesto de asentimiento—. Yo estoy preparado.

—Sí —replicó el Sigilita—. Lo estás.

* * *

Encontró a Voyen en una de las celdas de meditación. Estaba repasando con cuidado todo su equipo de combate. El apotecario le hizo una leve reverencia cuando entró. Garro se dio cuenta de inmediato que la ropa que Voyen llevaba puesta era la sencilla

túnica de un suplicante civil, no la de servicio de un astartes. Los emblemas del águila de dos cabezas y la estrella y el cráneo de la Guardia de la Muerte no aparecían por ningún lado.

—¿Meric? Nos estamos preparando para marcharnos, pero tú te has mantenido alejado de nosotros. ¿Qué ocurre?

Voyen se detuvo en sus quehaceres y miró a su comandante. Garro vio algo nuevo en su mirada, una cierta derrota, una melancolía que se le grababa en las líneas de la cara.

—Nathaniel, he leído el texto que me entregaste, y siento como si abriera los ojos por primera vez.

Garro sonrió.

—Eso es bueno, hermano. Podemos sacar fuerzas de ahí.

—Escúchame antes. Puede que no estés de acuerdo.

El capitán de batalla se quedó dudando unos instantes.

—Te lo he estado ocultando, a ti y a mis demás hermanos, pero lo que ocurrió en Istvaan, lo que Horus y Mortarion hicieron, y luego Grulgor y Decius… —Respiró profundamente y tembló con fuerza—. Estas cosas me afectaron en lo más profundo, hermano. —Voyen se miró las manos—. Me encontré incapacitado, inútil. —Miró fijamente a los ojos de Garro y este vio miedo en el rostro del apotecario, un verdadero terror—. Me partió el alma, Nathaniel. Esas criaturas… Temo ser responsable en parte de su aparición…

—Meric, no.

—¡Sí, hermano, sí! —insistió el apotecario. Voyen le puso algo en la palma de la mano y Garro bajó la mirada para ver qué era. Se trataba de un pequeño disco de bronce con un símbolo grabado, una estrella y un cráneo. Estaba aplastado—. Debo expiar mi pertenencia a las logias, Nathaniel. El *Lectio Divinitatus* me ha mostrado que eso es lo que debo hacer. Me hiciste prometer que si alguna vez la logia intentaba obligarme a darle la espalda al Emperador, la abandonaría, ¡y eso hago! ¡Las logias formaron parte de la traición, y tenías razón al rechazarlas! —Apartó la mirada—. Y yo… me equivoqué terriblemente al unirme a ellas.

La tremenda certidumbre de su voz le indicó a Garro que no habría argumento posible con el que lograra apartar a su hermano del camino había decidido tomar.

—¿Qué vas a hacer?

Voyen señaló su equipo de combate.

—Renuncio al honor de ser un astartes y un guerrero de la XIV Legión. Ya he tenido suficientes muertes y traiciones. Mi servicio a partir de ahora lo realizaré en la Apotecaria Majoris de Terra. He decidido dedicar el resto de mi vida a buscar una cura para la enfermedad que se llevó a Decius y a los demás. Si Grulgor no mintió, es posible que ese horror se esté extendiendo ahora mismo entre nuestros hermanos, y debo hacer honor a mi juramento como sanador por encima de mi juramento como guerrero de la Guardia de la Muerte.

Garro se quedó mirando a su amigo durante un largo instante, y después le ofreció la mano.

—Muy bien, Meric. Espero que encuentres la victoria en esta nueva batalla.

Voyen estrechó la mano que le ofrecía.

—Y yo espero que tú encuentres la victoria en la tuya.

—Nathaniel.

Se apartó de la ventana de la galería de observación por la que estaba mirando y se le escapó un jadeo. La mujer se separó de la escolta de Hermanas del Silencio que la acompañaban y le tocó un brazo.

—¿Keeler? Pensé que te habían encerrado. —Ella le sonrió y Garro la observó con detenimiento. Parecía cansada, pero aparte de eso, no mostraba señal alguna de maltrato—. ¿Te han hecho daño?

—¿Es que no hay un solo día en que no te preocupes del bienestar de los demás? —le preguntó con voz alegre—. Me han permitido un pequeño momento de respiro. ¿Cómo estás tú, Nathaniel?

Garro volvió a mirar la redonda Terra a través del cristal blindado.

—Estoy… intranquilo. Me siento como si fuera una persona diferente, como si todo lo que me ha sucedido en la vida antes de la huida de Istvaan no fuera más que un prólogo. He cambiado, Euphrati.

Se quedaron callados unos momentos antes de que Garro hablara de nuevo.

—¿Fuiste tú? Cuando Decius se transformó y cuando me atacó por sorpresa en la superficie, ¿fuiste tú quien me avisó?

—¿Tú qué crees?

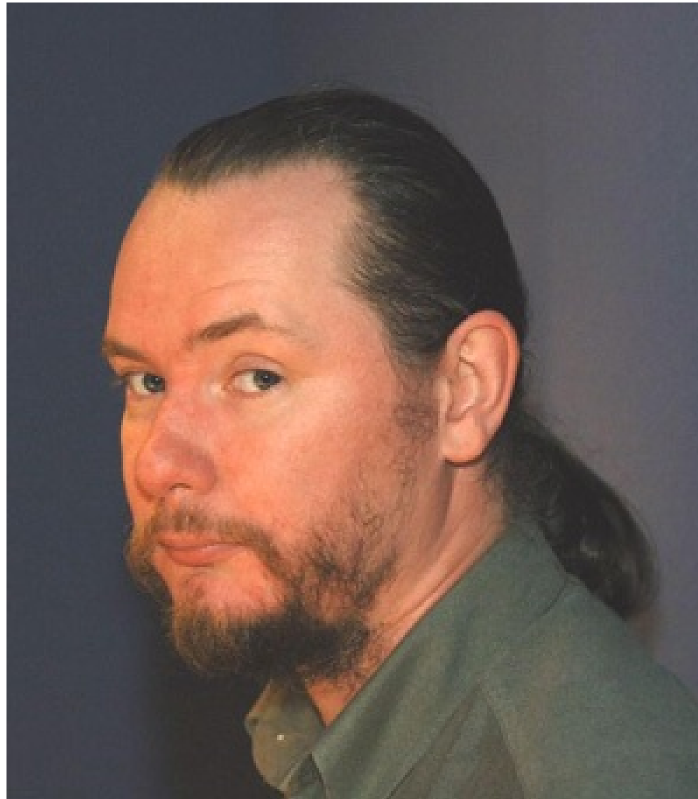
El capitán de batalla frunció el entrecejo.

—Creo que me gustaría una respuesta clara.

—Existe un lazo —le respondió Keeler en voz baja—. Yo misma estoy comenzando a ver los límites de mi propia persona, entre tú y yo, entre el pasado y el futuro. —Señaló el planeta con un gesto del mentón—. Entre el Emperador y sus hijos. Entre todas las cosas. Pero como todos los lazos, debe ser puesto a prueba para mantenerlo fuerte. Ese momento nos ha llegado, Nathaniel. La tormenta se acerca.

—Estoy preparado. —Garro tomó la mano de Keeler entre las suyas y la estrechó con suavidad—. Yo estaba allí cuando Horus traicionó a sus hermanos. Por la gracia del Emperador, también estaré presente cuando deba pagar por su herejía.

Allí los dos, bajo la luz de Terra, el soldado y la santa, contemplaron el planeta natal de la humanidad y empezaron a rezar al unísono.



JAMES SWALLOW es un autor y guionista británico radicado en Londres. Ha trabajado en varios de sus propios trabajos, vinculado a novelas y dramas de audio, así como a la industria de los videojuegos.

Además de las novelas de Warhammer 40k, ha escrito para otros entornos establecidos como Star Trek, Doctor Who, Stargate y 2000AD.


La herejía de Horus
James Swallow
LA HUIDA DE LA EISENSTEIN
La herejía se extiende